



FRANCISCO DE MIRANDA

Protáctico de la Independencia
Americana (Biografía)

Alfonso Rumbazo
González

Ediciones de la Presidencia de la República

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ

FRANCISCO DE MIRANDA

PROTOLÍDER DE LA
INDEPENDENCIA AMERICANA
(Biografía)



Ediciones de la Presidencia de la República, 2006

HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

ADÁN CHÁVEZ FRÍAS
MINISTRO DEL DESPACHO DE LA PRESIDENCIA

© Ministerio del Despacho de la Presidencia
Francisco de Miranda Protolíder de la Independencia Americana (Biografía)
Ediciones de la Presidencia de la República
Caracas - Venezuela, 2006
Depósito Legal: lf53320069202297
ISBN: 980-03-0360-X

Portada: Ministerio de Comunicación e Información (MINCI)
Foto de Portada: Vladimir Zamkov: Francisco de Miranda, Moscú 1976.
Diagramación: Lic. José Alejandro Guzmán S.
Corrección de Textos: Lupe Rumazo, Ing. Solange Alzamora Rumazo.

*A Venezuela, especialmente;
a México, Colombia y la
Argentina, países que han
sido nobles conmigo.*

*A Diego, Constanza y
Solange, dignos hijos de la
escritora Lupe Rumazo, mi
hija única.*

Galeato
(Trece anotaciones para los informados)

- Este libro, por estrictamente histórico, no hace concesiones a lo novelesco.
- No juzga la vida de Miranda por el final; ve la totalidad y considera cosa pobre la teoría de la buena o mala suerte.
- Rechaza el calificativo de Precursor, que disminuye y amputa el todo coherente de su vida y de su obra. Comprendió Miranda el momento histórico de América Latina antes que todos; inventó y creó la Revolución, enrumbándola reciamente durante treinta años. A la hora de la guerra, entró directamente en ella; comandó las tropas de su patria, Venezuela, con el grado de Generalísimo; cayó prisionero y murió en una cárcel del enemigo. Fue, así, un Protolíder, un Líder primero, de preeminencia.
- No admite el libro la anotación de que en Miranda hubiese habido un Don Juan o un Casanova. Tal aserto contradiría los muchos estudios sobre el Donjuanismo. A pesar de que conoció íntimamente a muchas mujeres, no hubo en él insatisfacción acezante, ni engaño nunca: dos características del Donjuanismo. Carlos Pi Sunyer escribe: “Lo que busca Miranda en el sexo femenino es la mujer indiferenciada. Es la llamada del impulso vivo; la atracción de la mujer genérica, como instrumento de la satisfacción del deseo”. Desconoció Miranda el amor profundo y único. Dejó dos hijos habidos en su ama de llaves inglesa.
- Tuvo conciencia histórica desde el principio. A los veinte años comenzó su *Diario*, que continuó escribiéndolo durante cuatro décadas. Hizo de su propia existencia una gran historia, e historia que se escribe.
- Organizó la masonería americana según las estructuras tradicionales, y la puso al servicio de la Revolución.

- Viajó por Europa durante cinco años, para estudiar personalmente los diferentes sistemas políticos. Necesitaba crear algo nuevo, para la América nueva.
- Admiró la Revolución Francesa y la sirvió como General, en 1792; la detestó luego, al ver que caía en poder de los jacobinos. Y más, cuando asumió el poder Napoleón.
- Entiende el libro que el nombre de Colombia dado por Miranda a la América –y el de *Colombeia* a su *Diario*– corresponden a un redescubrimiento del Nuevo Mundo, para la libertad. Hay un nexo simbólico en más de un aspecto con Cristóbal Colón, figura de su mayor admiración.
- Se mantuvo el Prócer en las altas esferas sociales, como centros de poder de los cuales podía valerse. Si su sentido revolucionario iba dirigido a la América Latina toda, sus empeños requerían ayuda política y económica, sobre todo de la clase europea dominante. Hubo allí un impulso inteligente, destinado a concreciones magnas.
- La hazaña de la empresa libertadora de 1806 en las Antillas, se la considera en el libro como la apertura de fuegos en la lucha por la Independencia; los abrió Miranda en persona. No se juzga este acto heroico por el resultado; se lo califica de “el gran reto inicial”.
- En Miranda no hubo un perdedor, sino un constante ganador: logró en pleno, con otros muchos y con el pueblo, que la América se levantase en revolución. Y lo consiguió como los titanes, con su personal sacrificio.
- Sus palabras finales: “¡Déjenme morir en paz!”, corresponden a lo profundo de su convicción: la paz de haber plasmado lo grande, lo de muy alta trascendencia. ¡Se supo hasta el final hombre creador!

Presentación

Francisco de Miranda fue el primero en descifrar y comprender el momento histórico de su tiempo. El primero en darse cuenta de que había llegado la hora exacta para la emancipación iberoamericana. Esta, su originalidad, y ésta su jerarquía entre los hombres.

No se detuvo en su descubrimiento; del ballazgo pasó valerosamente a la acción, volviéndose el eje y centro del magno empeño; sábese su ejecutor y echa todo su torrente vital en esa forja ingente, larga, difícil. Persistirá en ella, irreductible, durante ¡treinta años! En el “¡Levántate y anda!” con que sacude a los americanos hay urgencia, fervor, llamarada, invencibilidad. La grandeza de aquella irrupción gigante y tenaz excitó virulentas oposiciones; y la España monárquica de entonces le odió y persiguió infatigablemente por espacio de tres décadas, hasta atraparlo mediante un traidor; cayó el héroe, cuando ya el incendio de la revolución libertaria por él provocado habíase extendido a todo punto.

Emerge Francisco de Miranda con la marca de lo oceánico. En su ir entero nada es en él pequeño, ni quieto, ni sin dignidad. Lo colosal y lo titánico irán mostrándose en su existencia poco a poco, hasta que llegue el heroico final que Walt Whitman definió como un “morir avanzado”. Por oceánico, hácese Capitán de su propio navío; sale de los puertos y arriba a playas y radas; y, celoso de lo suyo, fija hechos y pormenores en sus sesenta y tres grandes cuadernos de bitácora que él llamará Colombeia, un Diario de muchos años y un Archivo ingente adicional. A los veinte, muy joven, vibrante y ambicioso, se embarca en La Guaira y, esbelto junto al mascarón de proa, abre rumbo hacia el mundo, viajero por la mar Atlántica. A los treinta y siete días de navegación, el puerto de partida en su patria Venezuela parece unirse al otro puerto, a Cádiz, en España. Unirse, dice el destino: ¡Miranda morirá en Cádiz cuarenta y cinco años después; la salida y la llegada final se han juntado! De un puerto al otro puerto y, entre los dos, una vida tensa, agónica, creadora.

Después del primer arribo a Cádiz, vendrán otros puertos de tránsito, en larga lista de nombres sucesivos: Melilla, en el norte africano, donde combatirá contra los moros; Pensacola, en la Florida, lugar de enfrentamiento con los ingleses, en pro de la independencia de los Estados Unidos; Gibraltar, sitio de excepcional médula creativa: allí ingresará a la francmasonería. Luego, La Habana,

en Cuba, que será el lugar en el cual, valerosamente, decididamente, romperá con España para siempre. La Habana señala el portentoso viraje, necesario para el cumplimiento de su destino.

De Cuba navega, arrebatado ya en prefiguraciones, hacia el puerto de Nueva York, donde emergerá, por vez primera, el proyecto que ha estado formándose en la conciencia, de emancipar el Nuevo Mundo ibérico. Allí, a orillas del océano, se plasma un Francisco de Miranda revolucionario, agitador de libertades para todo un continente. Abí comienza un futuro grande. No intuye el rebelde lo que cuesta actuar apoyándose en aquello que se cree que podrá ser realizado, o sea la ingente hazaña que significa mover algo desde un plano solamente entrevisto. Tiene la plenitud de los treinta y tres años.

Más tarde, cuando el plan emancipador haya adquirido vitalización vocadora potente, instalará en otro puerto, en Londres, el centro de su magna red conspirativa, y la manejará con la pericia de quien halla en el tinglado un instrumento familiar, un arma conocida. Y, cuando no encuentre el apoyo solicitado ni en Inglaterra ni en Francia, se dirigirá por cuenta propia, para tomarlos, a los puertos venezolanos de Ocumare y de La Vela de Coro. ¡Siempre el océano, siempre los puertos!

En este navegador perpetuo rige un único rumbo, un Norte de brújula precisa, pero su ir jamás aparece rectilíneo. Hombre hábil, de adaptación y sagacidad, zigzaguea y da vueltas; hace que su oleaje suba o baje, estalle en tormenta o vaya en lenta serenidad. No se detiene nunca; detenerse es retroceder o perecer; obra aun al final, en La Carraca de Cádiz, donde organiza una evasión que no puede cumplirse por la fatal interferencia de una enfermedad grave que lo echa al sepulcro.

Esa oceánica actividad se ensancha y graba a lo largo de una vida extraordinariamente pródiga en sucesos, pasiones, aventuras, entrevistas, viajes, peligros, éxitos y cárceles. Le aman u odian; no produce indiferencia; le persiguen, temen, admiran, quisieran endiosarle o destruirle. Navegante del Nuevo Mundo, orienta su nave en busca del vellocino de oro que le obsesiona. Le acompañarán casi todos los esforzados varones que plasmaron luego la liberación americana: Bolívar, San Martín, O'Higgins, Alvear, Artigas, Monteagudo, Gual, Rivadavia, Montúfar, Rocafuerte, Servando Teresa de Mier, Nariño. Las car-

tas de navegación fijarán cada hecho y cada nombre-actor; en distribución continental de actividades, las pequeñas y secretas embarcaciones denominadas Logias masónicas irán haciendo la múltiple apertura.

Miranda es oceánico en la misma medida en que Simón Bolívar, el continuador y vencedor final, es hombre de tierra. Los ideales de este caminante —que no navegante— se concretan en las creaciones de la Gran Colombia, de la Federación de Repúblicas, de los proyectos unionistas del Congreso Anfictiónico de Panamá. Habla luminosamente en Angostura, corazón del trópico; dicta el proyecto de Constitución de Colombia en el interior de una piragua que cabriolea entre bosques y pantanos; prepara la Carta Fundamental para Bolivia en la incitante quinta de La Magdalena, cerca de Lima. Alcanza su apoteosis al pie del Chimborazo o en la cima del Potosí. ¡Todo, todo en tierra firme! Si Miranda otea horizontes con su catalejo, Bolívar en contraste va paso sobre paso en su caballo: así seguirá por espacio de catorce años de incansable esfuerzo físico, aun a pesar de la tuberculosis de su último lapso vital. Cuando él un caraqueño, el más joven, intenta operar desde el mar—sus dos expediciones de Los Cayos—, sólo parece un utilizador de recursos meramente auxiliares. Cuando el otro caraqueño, el más viejo —hay más de treinta años de distancia en la edad de los dos—, actúa en tierra, triunfa en Valmy y en Amberes, al servicio de la Revolución Francesa; pero, ofuscado por esta brillantísima experiencia, se obnubila en Venezuela, en tierra, donde los hechos fatales le compelen a la capitulación de San Mateo, en 1812. Vencido, piensa en el mar: por él iría a la Nueva Granada, para proseguir la guerra desde allá; pero le atajará el destino, y los españoles le mandarán prisionero, por el océano tan suyo, tan mirandino, a la cárcel gaditana y a la muerte.

Bolívar es un Argos de cien ojos que todo lo mira simultáneamente. Miranda, un Polifemo, cuyo único ojo se fija sólo en un objetivo trascendente: la emancipación americana. No lo logrará él, sino Argos. El cíclope mirandino perderá su ojo solitario, por golpe de un Ulises pigmeo, perverso y torpe: el traidor Casas, en La Guaira.

Al caer Miranda, Bolívar tomará el mando y hará la independencia de América. Pero, agónico en San Pedro Alejandrino y tenso aún por las ingratitudes, exclamará: “He arado en el mar”. El arado de la tierra se fundió a esa hora con el agua inmensa del océano. Miranda y Bolívar vinieron a ser, así, para la historia grande, una unidad excelsa e inmutable.

UNIVERSITARIO

Las grandes épocas son materias explosivas en las cuales está acumulada una fuerza enorme. Si la tensión de la masa se ha vuelto demasiado poderosa, basta el estímulo más fortuito para hacer surgir el gran destino.

FEDERICO NIETZSCHE.

Crepúsculo de los dioses—IncurSIONES de un intempestivo.

En Iberoamérica, el gran destino, cabalgante en los siglos dieciocho y diecinueve, le correspondió a Francisco de Miranda antes que a todos.

Nacido en Caracas, colonia de España, el 28 de marzo de 1750, tuvo por padres al comerciante canario Sebastián de Miranda Ravelo y a la caraqueña Francisca Antonia Rodríguez; matrimonio que engendró diez hijos; Francisco fue el primogénito.¹

El padre murió en Caracas en 1791, y la madre antes, en 1777. Ninguno de los dos alcanzó a conocer el engrandecimiento de su primogénito.

Había dinero, alegría y la paz de lo confortable en ese hogar enriquecido con importaciones de géneros. Así, el niño creció protegido por bienes materiales y en un ambiente social grato, visto que su familia hallábase clasificada entre las de “pureza de sangre”.²

¹ La partida de bautismo expresa: “En la Catedral de la ciudad de Caracas, en cinco de abril de mil setecientos y cincuenta años, yo el infrascrito Teniente Cura bauticé solemnemente, puse óleo y crisma y di bendiciones a Sebastián Francisco, párvulo que nació a veinte y ocho de marzo, hijo legítimo de don Sebastián de Miranda y doña Francisca Antonia Rodríguez. Fue su padrino el bachiller don Tomás Baptista de Melo...”.

² “El primero de la stirpe no llevaba el apellido Miranda; se llamaba Alvar Fernández. El cognomento ‘de Miranda’ se le agregó a un descendiente suyo, Menén o Melendo Analo, por el celo con que custodió el castillo de Miranda, puesto a su cuidado”. Puede consultarse FERNÁNDEZ, DAVID W. *La familia de Miranda*. Caracas: Instituto de Estudios Históricos Mirandinos, 1972.

La Caracas de mediados del dieciocho era ciudad pequeña, de unos veinticinco mil habitantes, modesta y silenciosa; de casas bajas, con imágenes de santos en el zaguán, y de ventanas también bajas para la conversación con los transeúntes. Los habitantes de todo el país se clasificaban así: blancos peninsulares, blancos canarios y blancos criollos; pardos, negros libres o manumisos, negros esclavos (juntos pardos y negros, hacían mayoría), negros cimarrones; indios tributarios, indios no tributarios y población indígena marginal.³ De hecho, negros e indígenas, todos, eran esclavos.

Los blancos, tanto peninsulares como criollos (mantuanos), consideraban deshonoroso el trabajo. Los hijos de blancos buscaban una de estas cuatro profesiones: la militar, la religiosa, la jurídica y la burocrática; en las cuatro imperaba el poder despótico de la metrópoli. Todos estaban unidos –uncidos– en dependencia política, económica y cultural; la dimensión integradora era de servidumbre.

El fenómeno cultural integral –que descubrirá Miranda lúcidamente– ha sido señalado así por Leopoldo Zea:

Por primera vez en la historia de la humanidad, el conquistador de América no quiere ser asimilado, pero tampoco quiere asimilar; no quiere ser identificado con los hombres y pueblos que ha sometido [...] Pese a todo, hubo asimilación, pero tan sorda que no se hizo consciente al hombre que sufrió la conquista y colonización. Para este hombre, lo que le era propio era falso, demoníaco, impropio, inauténtico; en cambio, verdadero, bueno, propio, auténtico será lo que el colonizador le imponga. Pero algo que tampoco podía considerar legítimamente propio. Desde el inicio de esta situación aprendió que era el hijo ilegítimo de una concubina que le era extraña. Que era, también, el bastardo del encuentro cultural de lo indígena [y lo africano] y lo ibero. Tal sucedía con el mestizo, resultado racial de este encuentro, el cual si bien se sabía hijo del conquistador y de la indígena [o negra] tomada por el primero, se sabía extraño al uno y a la otra. Inferior al primero por

³ BRITO FIGUEROA, FEDERICO. *Historia Económica y Social de Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1973. Según esta obra, Caracas tenía 24.187 habitantes en 1772 (página 151).

*tener madre indígena [o negra], y superior a la segunda por tener padre ibero. Lo propio, el mestizaje lo hacía inferior; lo extraño, el pasado paterno era lo superior.*⁴

A la falta de libertad, de autodeterminación del hombre americano, había que añadir la subestimación, la humillación permanentes; todo esto junto volcóse reiteradamente en sublevaciones que fueron aplastadas con crueldad. En la de 1749-51, liderizada por Juan Francisco de León, tomó parte Sebastián de Miranda, padre del futuro héroe. Fue una rebeldía por motivos económicos: protestaban contra el monopolio de la Compañía española Guipuzcoana, cuya exclusividad para importaciones y exportaciones duró casi sesenta años, en Venezuela; había creado un verdadero capitalismo comercial, muy favorecido por la supresión de la encomienda de los indígenas. Correlativamente, habíase acentuado la acción de los contrabandistas anclados en las islas holandesas y británicas de las Antillas.

Los barcos negreros continuaban llegando; se vendían negros esclavos como mercancía y luego se los vigilaba como a reos. No se concibe el régimen colonial ibérico en el trópico sin la presencia del trabajador negro, tratado casi siempre brutalmente. El año del nacimiento del niño Francisco de Miranda, se introdujeron a Venezuela 5.500. A lo largo del dieciocho, 70.500.⁵ Otra importación fue la de los títulos nobiliarios que España vendía a diez mil pesos cada uno.

Las tensiones mayores de aquella sociedad de vivir lento aunque apasionado, complejo en competencias y vanidades, sumisiones y rebeldías; de temple recio y dispuesto a la reacción potente, eran la llegada de nuevos gobernadores, obispos nuevos, autoridades importantes de renovación obligada; y el teatro, las corridas de toros, la audición musical. Hubo desbordados festejos cuando la proclamación del rey Carlos III, en 1759. Este monarca

⁴ ZEA, LEOPOLDO. *Filosofía de la Historia Americana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978: 105.

⁵ Federico Brito Figueroa, citado por ARELLANO MORENO, ANTONIO en su *Breve Historia de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1973: 93.

será determinante, para bien y para mal, en la vida de Miranda; los poderosos tienen el privilegio de otorgar o de atacar impunemente, según les parezca.

El niño Francisco había nacido en tiempos de graves complicaciones en el mundo. De 1750 en adelante, y por espacio de más de una centuria, se desarrollaron tres revoluciones simultáneas, la económica, con la aparición de la máquina (Revolución Industrial) y el correlativo desarrollo de la ciencia en forma acelerada; la política, con el fin del absolutismo en varios países, la fortificación del nacionalismo y la acentuación de las corrientes democráticas. Y la revolución intelectual, con la presencia de la Ilustración. *La Enciclopedia*, corrosiva y determinante del cambio de rumbos, comenzó a publicarse en 1751, con sus características de materialismo, ateísmo y defensa de la técnica. Kant, en presencia de la dominación del hombre sobre la naturaleza, mediante la razón, pudo decir que la humanidad había entrado en la edad adulta. Las logias masónicas comenzaron a actuar; de su multiplicación se aprovechará Miranda grandemente!

La próxima expulsión de los jesuitas, de España y América, Portugal y Francia, alterará básicamente el proceso económico social americano. La guerra de los Siete Años (1756-1763) –Federico de Prusia, uno de los actores capitales, será una de las magnas admiraciones de Miranda, quien viajará especialmente a Prusia para conocerlo– alterará el mapa político del mundo. Y la de Inglaterra contra Francia por el dominio del Canadá, terminará con el triunfo de los ingleses. Gran Bretaña entrará, así, a constituirse en la gigante déspota de todos los mares. Mientras circulan en Europa –¡no en España!– *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, fijador de las normas específicas para cada uno de los tres Poderes del Estado constitucional; y *El Contrato Social* de Rousseau, señalador nítido y definitivo del origen del poder público, las potencias de la Europa oriental se repartirán, por primera vez –habrá otros repartos– el territorio de Polonia; los beneficiarios: Rusia, Prusia y Austria. Lo antijurídico se contrapone a lo que dicen las teorías sabias de los autores franceses. Al mismo momento, la Inquisición, rezago de la Edad Feudal, condena las obras de los grandes escritores: Voltaire, Diderot, Montesquieu y

¡tantos más! El pasado trata de romper su costra, para oponerse a lo nuevo. ¡Lucha estéril!

Probablemente a los nueve años el niño Francisco asistía ya a una de las tres escuelas de Caracas; era la ruta para los hijos de familias distinguidas o adineradas; muy pocos lograban contar con maestros a domicilio, sobre todo porque no había maestros.⁶

Hacia los doce, se matriculó en la Universidad, en la que hizo estudios de bachillerato por lapso de seis años.⁷ Para el ingreso fue necesario llenar los mortificantes requisitos que se exigían, sin excepciones: acta matrimonial de los padres, a fin de probar la “limpieza de sangre” —era la permanente humillación de los criollos—; demostración de que el adolescente, sus padres y sus abuelos eran “notoriamente blancos”, de conocida estimación y no condenados nunca por el tribunal de la Inquisición; y que el propio estudiante, educado cristianamente, “jamás había dado mala nota de su persona”. ¡Era una Universidad poblada de ángeles de sangre blanca purísima! Cursó Francisco lo que hoy denominaríamos un bachillerato esquemático y simple, reducido a tres años de latín, retórica latina, algo de matemáticas y de geografía; y tres años de filosofía: lógica, física, el tratado de Anima, y metafísica, siempre según Aristóteles. ¡No se estudiaba castellano! Aquella parecía más bien una preparación para el estado eclesiástico.⁸

Terminado el Bachillerato en Artes, no se presentó Miranda como aspirante a ninguna de las Facultades Mayores. Buscaba otros derroteros. Había recibido, en suma, el conocimiento del latín, retórica latina, filosofía escolástica, algo de geografía y matemáticas elementales. Poco saber, pero con él, como en todos los centros

⁶ Una de las escuelas estaba adscrita a la Universidad, y la regía un capuchino; otra, correspondía a los franciscanos; y la pública, municipal, había sido fundada a mediados del dieciséis. (Cf. RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Simón Rodríguez, Maestro de América*. Caracas, 1976: 21).

⁷ ROBERTSON, WILLIAM SPENCE. *La vida de Miranda*. Caracas: Banco Industrial de Venezuela, 1967: 10. (Cita los libros de matrículas).

⁸ LEAL, ILDEFONSO. *El grado de bachiller en Artes de Andrés Bello*. Caracas: Ediciones de La Casa de Bello, 1978.

regidos por sacerdotes entonces —el caso de la Universidad era ese—, una potente inyección de curiosidad intelectual; se lograba crear en el estudiante la necesidad de aprender, de captar. Los bachilleres universitarios y los graduados en derecho y medicina, fueron después el valioso elemento civil —y, en ocasiones, el eclesiástico—, tan determinante en la independencia como el militar. Aquel anhelo de perfeccionamiento mental desembocaba en el vasto y persistente esfuerzo de la autodidaxia.

Miranda mostrará gratitud para con la Universidad. En sus dos testamentos (1805-1810) escribirá esta cláusula:

A la Universidad de Caracas se enviarán en mi nombre los libros clásicos griegos de mi biblioteca, en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que alimentaron mi juventud y con cuyos sólidos fundamentos he podido sucesivamente vencer los graves riesgos y peligros en medio de los cuales me ha colocado el destino.⁹

Mientras estudiaba, hubo cambio de Gobernador; hecho que tuvo serias consecuencias para la familia Miranda. La nueva autoridad, José Solano —capitán de navío—, quiso, como política primera, robustecer el ejército, y creó el Batallón de Blancos Criollos.¹⁰ Nombróle Capitán de una de las Compañías al comerciante Sebastián de Miranda, padre del estudiante universitario. Ofendidos por ello los mantuanos de Caracas, forzaronle al Capitán a vender su negocio, con grave mengua de su economía. Había una discriminación entre los españoles peninsulares y los de las islas Canarias; a éstos, se les subestimaba. A pesar de la venta de la tienda, los mantuanos, ridículamente vanidosos, siguieron acosando. Exigióles el Gobernador a los acusadores la presentación por escrito de las objeciones. Atacaron aun con mayor ahínco, especialmente Juan Nicolás de Ponte y Martín

⁹ El filósofo Juan David García Bacca publicó *Los clásicos griegos de Miranda*. Universidad Central de Venezuela: 167. Los clásicos griegos que conservó Miranda en su biblioteca están en lengua griega, y se ven subrayados por él en muchos puntos. Los autores son: Demóstenes y Esquines, Diógenes Laercio, Epicteto, Polieno, Polibio, Estabón y Tucídides, además de Homero en la *Iliada* y la *Odisea*.

¹⁰ GARCÍA CHUECOS, HÉCTOR. *Siglo dieciocho venezolano*. Madrid: Edime.

Blanco Tovar. El ofendido renunció, pero conservó el bastón de mando y el uniforme, lo cual no pudieron soportar los Ponte y Blanco, y pidieron acción punitiva del Ayuntamiento; éste, amenazó con la cárcel. Sebastián de Miranda se dirigió al rey, amparado por la protección del Gobernador. Y Carlos III sentenció, en real cédula:

He resuelto aprobar el retiro concedido a don Sebastián de Miranda por mi Gobernador y Capitán General de Venezuela, con el goce de todas las preeminencias, exenciones, fueros y prerrogativas militares que le corresponden como tal Capitán reformado, y el permiso de que pudiese llevar bastón y vestir el uniforme del nuevo Batallón de milicias de aquella provincia [...] Por tanto, ordeno y mando a mi Gobernador y Capitán General de la expresada provincia de Venezuela, ampare en mi Real nombre al citado don Sebastián de Miranda en el goce de las expresadas preeminencias militares, sin permitir que se le moleste por ningún juez ni justicias por el uso del bastón y uniforme, por ser así mi voluntad.

¡Los tiempos coloniales incluían estas pequeñeces, de suyo ridículas, y en ellas quedaba enzarzado el propio rey!

Hubo una consecuencia: el estudiante, que quería ingresar al ejército, vio de pronto cerrada la vía; en el ejército ejerciase el predominio de los mantuanos. Optó por exigir de su padre el pago de un viaje a España, donde podría iniciar fácilmente su derrotero militar con el apoyo del rey. Una de las atestiguaciones previas llevaba la firma de Juan Vicente Bolívar, futuro padre de Simón Bolívar.

Caracas hallábase entonces un tanto convulsionada con la expulsión de los jesuitas. En Europa, la Inquisición había caído sobre Rousseau, condenando sus obras. Y en Córcega acababa de nacer Napoleón Bonaparte. Hechos muy significativos para el joven Miranda, cuyo destino empezaba a tomar ruta. “El destino realiza su juego misterioso en entero silencio, en soledad”, escribirá Malraux.

MILITAR EN ESPAÑA

Se me concedió una mirada penetrante como la del lince encaramado al árbol más alto.

GOETHE. *Der Brautigam*.

Viajar es, para quienesquiera, ir en busca de la novedad, de lo interesante, de lo sorpresivo; también puede significar propósito de aprender o de comparar. Para el joven de veinte años Francisco de Miranda, quiere decir trascendencia. Abre su *Diario* el momento mismo de embarcarse en La Guaira (25 de enero de 1771). Quiere fijar lo suyo, e impedir que desaparezca. Simbólicamente, empieza así el *Diario*: “A las doce del día nos hicimos a la vela”. Según la clasificación de *La voluntad de poder*, Miranda actuará siempre como hombre de medio día, vigoroso, optimista, afirmativo: ¡sobre él caerá la luz perpendicularmente! En una navegación a vela de treinta y siete días, sus únicos compañeros de viaje serán un cirujano, un capitán vizcaíno con su hijo pequeño y un ingeniero de la armada española. (La fragata sueca, que está de regreso, había transportado a Venezuela una parte del regimiento *Lombardía*).

Arriban los viajeros a Cádiz, y Miranda se aloja, por recomendación que lleva, en casa de José de Aniño; quince días después, se dirige en coche a Madrid; la ruta tomará dos semanas. En la vía, según las anotaciones del viajero, va apareciendo parte de la realidad española:

Fuimos a ver la imagen de Nuestra Señora de la Consolación: todas las paredes de la iglesia están cubiertas de infinidad de milagros [...] Hay en el monasterio de la Cartuja, en Jerez, hasta cuarenta monjes, fuera de los barbones y legos; sus rentas son inmensas; tienen, para el cultivo de sus tierras solamente, trescientas y más yugadas de bueyes [...] Llegamos a la ciudad de Córdoba, célebre por su catedral; aquí el duque de Alba tiene veinticinco huertas y más de seis mil pies de olivo [...]

En Madrid, Miranda empieza a vivir solo. ¡La experiencia necesaria! Antes de un mes de llegado, da con Juan Gaspar de Terriegel, quien le ofrece en venta el grado de Capitán de Infantería; el rey, por servicios especiales, habíale otorgado a este su súbdito cuatro Patentes de Capitán. La compra se hizo ante escribano por la suma de ochenta y cinco mil reales,¹¹ dos años más tarde; probablemente la demora se debió a que el padre no pudo remitirle antes, desde Caracas, el dinero necesario. Al nuevo oficial se le destinará a Granada y luego a Toledo, incorporado al Regimiento de Infantería de la Princesa; en esas plazas permanecerá cerca de dos años, hasta diciembre de 1774. Será el lapso de su aprendizaje militar, complejo para él por no haber comenzado desde los grados inferiores. Nunca tendrá contacto de camaradería con el elemento popular: la tropa, el hombre humilde. Ha dado un salto, no sólo de escalafón, sino de relaciones sociales. Marcado así, buscará los estratos de altura.

Madrid se le vuelve una segunda Universidad, pero de rostro nuevo, diferente. Al descubrirlo, toma su propia vida en serio. Sabe desde el principio qué quiere. Cuida mucho su apariencia; viste con lujo; la juventud se le hace no dilapidación ni desbordamiento, sino búsqueda de poderes penetrantes destinados al dominio; tiene necesidad de perfeccionarse y de ascender; intuye que debe necesariamente prepararse. Parece de mayor edad; Píndaro lo hubiese llamado hombre tempranamente hiperbóreo. De un metro ochenta centímetros, fuerte y bien proporcionado, normalmente armonioso y serio sin rigidez, no pasa nunca inadvertido; su elegancia y su lenguaje inteligente, rico, crean simpatía, atraen. Desde su natural altivez, convence; la vida le ha dado dones excepcionales.

Hay un hombre —el catalítico— que le abrirá los nuevos horizontes: monsieur La Planche, profesor de francés. Con las clases de este idioma, Miranda —que será un polígloto eminente— recibe de Francia los libros que el gobierno español y la Inquisición han prohibido; le llegan por la vía del contrabando. Y su capacidad de lectura empieza pronto a desbordarse, pues aprende y domina la nueva

¹¹ CARRASCO, RICARDO. *Francisco de Miranda*. Buenos Aires: Editorial Bell, 1951: 33.

lengua con gran celeridad. Largos años más tarde, le dirá al rey Carlos III:

Pasé a Europa con el designio y vocación de servir a V. M. en el ejército. Para este efecto fijé mi residencia en Madrid, y con sumo ardor me apliqué al estudio previo de las matemáticas, principalmente en los ramos conducentes al arte militar; y de las lenguas vivientes de la Europa, buscando y haciendo venir de países extranjeros maestros y libros, los mejores y más adecuados para el asunto, en lo cual se expendió considerablemente parte de mi patrimonio.

Las matemáticas le llevarán a constituirse en autoridad entre sus compañeros de la oficialidad militar, muchos de los cuales le combatirán, por envidia. Los otros libros, harán el cambio de su mentalidad retrasada traída de Caracas.

Cuanto observa en España y cuanto percibe a través de los volúmenes que lee, vuélvense en él fijación de contraposiciones. Está viviendo en una España tradicionalista, apegada a la obsesión religiosa, anacrónica; parece la mujer del bíblico Lot, petrificada, vuelta la cabeza hacia atrás; de América hizo un proyecto evangelizador. “Los conquistadores iberos, españoles y portugueses –escribirá Leopoldo Zea¹²– tratarán de imponer su cultura a los indígenas sometidos, esto es, de cristianizarlos, pero sin asimilar la cultura que éstos poseen; la cultura indígena es extraña a la cultura cristiana traída, y será vista como demoníaca”. “En los ámbitos de España imperaba una concepción de rancia catolicidad. En toda América, la nota constante es la presencia religiosa como centro y motivo, así en la educación, igual en la filosofía, en la pintura –las normas del Concilio de Trento explican la ausencia del desnudo–, también en la arquitectura, la música, el teatro y las letras”.¹³

No sucedía eso en las otras naciones europeas. En el propio acto de conquista, no pretenden, como los españoles o portugueses, inyectar la cultura que representan; tampoco evangelizan; su proyecto

¹² ZEA, LEOPOLDO. *Op. cit.*: 104.

¹³ SALCEDO BASTARDO, J. L. *El primer deber*. Caracas: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1973.

es uno solo: explotar; ni asimilan lo que encuentran, ni lo eliminan; déjanle, al nativo con su realidad, y no les interesa cambiarlo. Los europeos no ibéricos van ya muy adelante, con la Ilustración, las ideas de *La Enciclopedia*, la revolución industrial; miran hacia el futuro. En vez de rememorar, ¡inventan, crean, cambian! Lo dicen los libros que Miranda recibe de Francia cada vez más abundantes.

La mentalidad mirandina va entrando, así, a la iluminación corrosiva del cambio intelectual y conciencial que, por su naturaleza, opera con lentitud. “Romper costumbre es a par de muerte”, escribió Gonzalo de Berceo.

Completa sus estudios con lo que hay que ver en España. ¡También el pasado tiene una significación! Visita tanto el Palacio Nuevo, como el Viejo del Retiro, en acto realmente turístico; toma anotaciones y hasta escribe descripciones para su Archivo: capta, discute, compara, advierte contrastes. Le sorprende encontrar en el Palacio Nuevo retratos de Lutero y de Ana Bolena; en La Granja hállase magníficamente representada la antigüedad pagana, en fuentes y estatuas de Apolo, Diana, Neptuno, Andrómeda, Saturno, las Musas, Cástor y Polux. En Segovia le cuentan el cuento del infantito a quien el ama dejó caer al abismo. En el Escorial admira el arte italiano de Rafael, el Pellegrino, Miguel Ángel, el Tiziano. De todo cuanto halla en estas excursiones, en las cuales practica el francés con su maestro, le sorprenden especialmente la Biblioteca del Escorial y los retratos de hombres ilustres que la adornan. ¡Los hombres ilustres!

En aquel lapso conmociona a los católicos españoles la Bula de extinción de la Compañía de Jesús, expedida por el Papa Clemente XIV. Nada comenta Miranda en sus anotaciones.¹⁴ Probablemente se encogió de hombros; los ex-jesuitas asumirán para él otro significado, que no el religioso.

La nutrición intelectual que va tomando en Madrid, a pesar de la angustia que cabe cuando de algo muy prohibido se trata, y muy castigado a la vez, adquiere proporciones hasta el punto de alterar

¹⁴ Cuarenta años después, la Compañía de Jesús fue restablecida por el Papa Pío VII, en 1814.

básicamente la mentalidad de este lector voraz. Cuando tenga que abandonar definitivamente la capital española, hará un inventario de sus libros: 365 en español, 138 en francés y 40 en inglés. ¿Qué hay allí? Una vasta concurrencia de humanismo, una concepción orbital de la cultura. En esa biblioteca aparecen: Voltaire, Rousseau y Montesquieu, casi completos; cuatro tomos de *El espíritu de la Enciclopedia*; cinco, de *Misceláneas* de D'Alembert; tres, de las *Obras Maestras* de Corneille; dos, de *Cartas* de Diderot; seis, de *Elementos de política*; siete, de la *Historia filosófica y política* de Raynal; varios, de Locke; tres, de *Ensayos* de Hume; de Helvecio: *Del espíritu* y *Del hombre*; ocho, de la *Historia de España y Portugal*; *Historia de Francia*, de Hénault; *Historia de México*, de Bernal Díaz del Castillo; *Don Quijote*, de Cervantes; *La lógica* de Port Royal; *Cuentos* de La Fontaine; *Los incas*, de Marmontel; las *Obras Maestras* de Molière; en latín, las obras de Virgilio y Salustio; tres tomos de *Historia de los dogmas y opiniones filosóficas de la Enciclopedia*; *De lo sublime*, de Burke; *De la Historia*, de Bilingbroke; *Los caracteres*, de La Bruyère; *Aventuras* de Telémaco; diez volúmenes de las obras de Pope (en inglés); *Religión de la naturaleza*, de Wollaston, etc. Además, numerosas obras sobre temas exclusivamente militares y sobre ciencias. Había comenzado ya el estudio del alemán. La Europa no ibérica está vaciándose luminosamente en su inteligencia. ¡Ya es otro hombre! Más que en el ejército, se ha alistado en la selectísima élite del mundo pensante. Y todo, por propia iniciativa; porque no era esa la instrucción que se daba en España a los militares; podría servir de muestra de lo que se enseñaba el caso de José de San Martín, que perteneció al ejército español más de veinte años; su cultivo intelectual se mostró solamente mediano, exceptuado lo relativo al arte militar.

Muy pocos fueron los casos en ese tiempo, de hombres que cambiaron por acción directa de las lecturas. Con Miranda, habrá que recordar a los que recibieron la educación limitada, amputada, que daba la colonia, y que la alteraron, volviéndola fruto nuevo: Simón Rodríguez, Unánue, Monteagudo, Rivadavia, Santacruz Espejo, Servando Teresa de Mier y el propio Bolívar. Pocos, pero que se trocaron en capitanes de la titánica empresa libertaria; ninguno de ellos se quedó de simple caudillo, visto que los caudillos no necesitan sabiduría. Cuando un enriquecido por los libros entra en acción,

necesariamente se hace rebelde; conoce bien la potencia que hay en saber decir no.

De pronto la rueda de los acontecimientos produce una pequeña guerra en Marruecos: el sultán Sidi Mohamed quiere apoderarse de la ciudad de Melilla, para rescatarla del cristianismo y restituirla al islamismo; Melilla pertenece a España (una de las conquistas de los Reyes Católicos). Pone sitio a la población y espera la llegada de las escuadras que manda Carlos III, para hacerle frente. En ese ejército parte el capitán Miranda (diciembre de 1774), pero en calidad de voluntario. Pidió él el enrolamiento: quería ascender por méritos de guerra y demostrar que poseía suficientes conocimientos en el arte militar.¹⁵

Melilla no fue para Miranda un bautizo de sangre, sino sólo una primera experiencia militar en la que actuó con preeminencia. El sitio duró menos de cuatro meses; al cabo de ellos, el Sultán izó bandera blanca. Miranda tuvo dos actitudes en este pequeño conflicto. La de votar con la minoría contra la mayoría, en el Consejo de Guerra que se celebró a bordo para decidir si la flota debía o no retornar al puerto de Málaga antes de atacar al Sultán; el retorno era para un equipamiento mejor. Al repetirse la votación, se reafirmó el venezolano en su criterio. La otra actitud fue la de presentar un plan de ataque a la principal fortaleza de los marroquíes; no le aceptaron el proyecto, pero quedó la constancia de la capacidad militar del joven capitán. De estas ocurrencias y del sitio a la plaza, llevó un *Diario* especial, que se denomina *Diario de Melilla*; magnífica muestra histórica de cómo se hacía la guerra en aquellos tiempos.¹⁶

¹⁵ Una carta de Miranda a O'Connor, fechada en Melilla el 18 de abril de 1775, dice: "A nadie mejor que a usted le constan las instantes solicitudes que hice a V.E. para que me permitiese venir en calidad de voluntario (no tocándome aun sino remotamente mi turno) a servir en la defensa de esta plaza". Cf. *Colombeia*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, T. I, 1978: 415.

¹⁶ *Colombeia*. T. I: 328-401. El Diario trae además una historia sucinta de Melilla. Miranda relata el asedio desde el día en que inicialmente se produjo, 9 de diciembre, aunque él no desembarcó sino veinte días después.

Terminado el sitio, pide al rey una recompensa honrosa. Lo único que obtiene, para él y sus compañeros, es una nota de felicitación “por el esmero con que se ha portado esa guarnición en la obstinada defensa de esa plaza”.¹⁷ Para negarle el ascenso que le correspondía por mérito, ¡se alegó el carácter de voluntario con que se unió a la expedición! A esta hora, muy temprana aún, empieza ya la reacción de Miranda contra una monarquía injusta e ingrata. El día del nacimiento del odio, en una vida grande, vuélvese fecha de significación indeleble. Muchas veces, en la historia, el odio fue más poderoso, más dinámico y de mayores recursos que el amor. Esta vez, odiar será empezar a crear.

Las autoridades militares forzaronle a permanecer en Melilla cinco meses, como si hubiesen querido castigarle. Se dedicó a la lectura y a la correspondencia. Un mes antes de su retorno a la Península, se organizó en el puerto español de Cartagena una expedición contra Argel, destinada a atacar a los moros que habían renovado acciones contra posesiones españolas. Fracasó el intento hispano y finalizó con la derrota de su comandante conde de O'Reilly. Este, lo mismo que Juan Roca, compañero de la campaña de Melilla, se volverán enemigos del venezolano; no podrán soportar ni su altivez, ni sus capacidades intelectuales. Ortega y Gasset escribió que una de las fallas capitales del ser del español era la envidia.

De Melilla es militarmente trasladado a Málaga, y luego a Cádiz, donde vivirá más de tres años. ¿Cuáles sus primeros empeños, que serán luego de tensa persistencia? Salir de alguna manera de la monotonía en que va dentro del ejército. ¡No nació para la quietud! Informado de que se preparaba una expedición a Buenos Aires, dirigióse a su comandante Pedro Ceballos, para pedirle ser incorporado a la empresa. Alega tanto la necesidad de demostrar sus servicios, como “ir aprendiendo al mismo tiempo los deberes de la profesión”.¹⁸ Un mes más tarde, le pide al Inspector General de Milicias, Martín Álvarez, alguna comisión de interés. “No puedo negar —le dice— el gran disgusto en que me hallo en la situación actual, falto

¹⁷ CARRASCO, RICARDO. *Op. cit.*: 53.

¹⁸ *Colombeia*. T. I: 436.

de facultades con qué poder hacer uso de las ideas que, por un continuo estudio y algunos viajes he podido adquirir en la profesión, a pesar de haberlas solicitado con instancia repetidas veces y sacrificándome en el sitio de Melilla”. Vehemente ya, le presiona al Ministro de la Marina, marqués González de Castejón, para que se le transfiera al servicio marítimo; aduce estas razones: “Tengo un mediano conocimiento de las principales partes de matemáticas, y asimismo de los idiomas inglés, francés, italiano y latín”.¹⁹ No sería obstáculo que se le sometiese a examen. Hasta el rey se dirige (carta de 7 de junio de 1776), para que le conceda el permiso de pasar a la marina, con el grado de teniente de navío. ¡Nada, nada alcanza! No se interesan los poderosos por él; casi podría decirse que su presencia va pasando ante ellos inadvertida. No es atendido ni menos comprendido. Toda subestimación duele, y más si el subestimado posee conciencia de lo que es. ¿Los Jefes le trataban así por ser americano?

La correspondencia de ese lapso habla de libros. Sus amigos Mertens, oficial francés, compañero suyo en Melilla, y el coronel Villalta, amigo suyo también en aquella plaza, dialogan con Miranda sobre lecturas. Mertens le cuenta desde Cartagena: “Lo que tengo que decirle, mi querido indio, es que he recibido libros, y entre otros los que tenía el señor de Villalta en Melilla, de los cuales usted me prestó dos tomos; me deleito con ellos y asimismo mis amigos”. Y en otra carta:

Heme aquí en medio de mis libros y otros pasatiempos para entretener el espíritu, y le confieso que nunca me he sentido tan a gusto... Acaba de caer en mis manos un pequeño folleto titulado “El evangelio de la razón o Diálogo entre un monje y un hombre honrado”. Es un texto más impío que las obras de Voltaire: atormenta el Antiguo y el Nuevo Testamento, los milagros, etc., en una forma que da lástima. Me han prometido otros bastante curiosos, cuyos títulos tendrá usted ya que le diré al amigo Fournier me entregue su catálogo y se lo enviaré con todo lo que me parezca ser de su gusto. Estamos ocupados trabajando con sus papeles, de los cuales le

¹⁹ *Colombeia*. T. I: 433 y 435.

hablamos en la torre de Melilla; pero como el volumen será bastante considerable, no sabemos muy bien cómo hacérselo llegar.²⁰

¿Hallábanse en la tarea de poner orden en las páginas y documentos del *Diario de Melilla*?

A tiempo que se desenvuelve la estada de Miranda en Cádiz, ábrese en América, en el Nuevo Mundo, el más importante proceso creativo para su historia, el mayor después del descubrimiento: empiezan la independencia y autonomía. El año anterior, 1774, los trece Estados de la Nueva Inglaterra se reunieron en Filadelfia en su primer Congreso, mediante delegados, y suspendieron las relaciones comerciales con Inglaterra. Respondieron así a las tasas impositivas creadas por Londres exclusivamente contra los habitantes de estas colonias. La despótica arbitrariedad inglesa llevó a la guerra, que comenzó en 1775 (batallas de Lexington, Concord, Bunker Hill). El 4 de julio siguiente se firmó la Declaración de Independencia, redactada por Jefferson; en ella se formularon, por vez primera en la historia de la humanidad, los Derechos del Hombre; los ampliará, trece años más tarde, la Revolución Francesa. La espléndida victoria final de los norteamericanos, será el hecho paradigmático para el resto de América; el derrotero americano había empezado a modificarse, con trazos profundos. Francia y España ayudaron militarmente a esa liberación; en ambas naciones reinaban los Borbones. Inglaterra le cobrará a España esa ofensa, volviéndose factor determinante hasta el final de la lucha dirigida por Bolívar. Y el propio Miranda, corrido el tiempo, anclará sus más tenaces gestiones hacia la independencia iberoamericana, en la ofendida capital británica.

El capitán Miranda, de veintisiete años, disfruta también de la pasión, complaciéndose anchamente en la aventura. Lo demostró a su paso por Granada, rumbo a Melilla. Manuel Trebijano le informaba en una carta:

²⁰ *Colombeia*. T. I: 439-440. En la Nota de la página 439 se explica lo del folleto que leía Mertens: “Se trata de un fragmento del testamento antirreligioso del cura Meslier, publicado por Voltaire, después de muchas vacilaciones, con el título de *Evangelio de la razón*”. Jesús Meslier fue un cura de aldea.

Don Juan Centeno me encarga diga a V. M. que cuide de su persona, a efecto de poder restituirse a este pueblo sin lesión. Porque dice se halló en un congreso de damas en que, hablándose de Melilla, de las continuas bombas, ruina de la plaza y notable riesgo de los sitiados, dijo un sujeto: ¿el capitán Miranda en qué estado estará? Que a esta voz todas, todas generalmente perdieron el color, que una se desmayó, a otra fue menester aflojarla (el corsé) y otra se aflojó ella misma; que todo se convirtió en sustos y temores.

Otra carta, esta vez del propio Juan Centeno, le expresaba:

Del común de las damas no digo nada, ni más sino que deseo con ansia se restituya V. M. para que me dejen descansar. Y prevengo que yo no he dicho que hay damas que no quieren se publique el que yo tengo cartas de V. M., sino que yo no quiero que esto se sepa, para que no llegue la noticia a las damas, porque luego vienen en tropel y me quieren sacar los ojos.²¹

Miranda se prodigó en los amoríos con febril rebasamiento durante toda su vida, sin hipocresías, sin escondrijos. En su *Diario* anotó, a veces muy minuciosamente, la mayoría de sus aventuras. Pasada la cincuentena, tendrá dos hijos, de madre inglesa.

De su estada en Cádiz se conservan varias cartas: diez, de la gaditana Pepa Luque, hija de un alto oficial del ejército; y cuatro de María Teresa, también gaditana y declaradamente amante. Es un epistolario ardiente, sentimental y sensual. Incluye las frases banales de uso:

Vida mía: yo me siento muy descorazonada. No tengo más diversión que leer tus cartas y todas me parecen cortas [...] No puedo vivir sin ti, pues estoy como una loca sin hacer más que llorar y hablar de ti [...] Voy temiendo verte acompañado de tu querida y mi competidora. No pongas a otras en lugar mío. Soy más firme que el peñón de Gibraltar.²²

²¹ *Colombeia*. T. I: 405-408.

²² *Colombeia*. T. I: 460-470.

Observada cuidadosamente la existencia de Miranda, no aparece un gran amor en pureza de eclosión absorbente, comparable al de Bolívar y Manuela Sáenz, o al de Sucre y su esposa Mariana Carcelén (mientras vivió Sucre). La madre de los dos hijos de Miranda fue su ama de llaves. Conquistó fugazmente a muchas, o fue conquistado por ellas, pero sin haber amado a ninguna en verdad; no encontró ahí una trascendencia. Ni el caso más espectacular: el de la marquesa de Custine, en París, puede calificarse de amor; fue apasionamiento fugaz, que cesó cuando la bella veleidosa se inclinó hacia Chateaubriand.

Recibe cartas de su familia. Su cuñado Marcos de Orea le cuenta: “Esto está cada vez peor y si Dios no nos muda este Gobernador, nos comeremos los dedos”. ¡Es el clima normal del régimen español en sus colonias! También se queja: “No sabe V. M. bien el cuidado con que nos tiene, pues habiendo llegado el S. Miguel y el S. Ignacio, ambos de Cádiz, y no haber tenido carta de V. M. estamos sin saber a qué atribuirlo. Nunca, por Dios, deje de hacerlo, pues de lo contrario perderá el juicio su madre, que no le convencen razones y siempre piensa lo peor” (abril de 1776).²³ Otro cuñado, Francisco Antonio Arrieta, también presenta su reclamo: “Por Dios, Panchito, escribe a tu padre, no puede ser feliz ni honrado el que no cumple con su obligación”.

¡Ni un gran amor de mujer, ni cariño vigilante para con su familia! El Capitán no parece cuidar con celo sino su personal trascendencia. Ahí donde los humanos suelen detenerse, él pasa de largo, casi indiferente. “Si quieres ser algo, sólo tú por ti mismo”, advirtió Goethe en el segundo Fausto. Dentro de ese carácter, que está formándose recio, opera por otro lado, el secreto, misterioso y hábil manejo del destino, que hace que en Miranda se produzcan sorprendentes concatenaciones y coincidencias. Así, en Cádiz, se le destina en guarnición a la Carraca,²⁴ que será precisamente el lugar donde un día le esperará la muerte. ¿Había necesidad de que conociera, con mucha anticipación, ese sitio trágico?

²³ *Colombeia*. T. I: 443 y 445.

²⁴ Una de las cartas de Pepa Luque, en Cádiz, tiene esta dirección: “A don Francisco de Miranda, Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa, en la Carraca”, Cf. *Colombeia*. T. I: 463.

Le invitan a Gibraltar, y acepta alborozado esta ruptura de la monotonía taladrante de la vida de cuartel. “Usted se fue para Gibraltar –le escribe Mertens– donde naturalmente habrá aumentado sus luces en la moral, en medio de un pueblo filósofo, o al menos que podría serlo”. Gibraltar es un baluarte inglés desde setenta años atrás. Se queda dos meses y ofrece retornar; lo hace, en efecto, un año después, con el objeto de absorber mejor la cultura británica, muy distante de la española, más completa, más amplia, más perfeccionada. Probablemente esta segunda vez fue invitado a ingresar en la francmasonería, la asociación más importante del siglo dieciocho y de buena parte del diecinueve en el mundo occidental; la más perseguida y condenada, a la vez, por el Vaticano, la Inquisición y algunos Estados de moldeamiento católico. Hacia 1717 se constituyó en Londres una Gran Logia, hecho que se considera como el nacimiento de la francmasonería especulativa. Antes de diez años habrá Logias en Francia, los Estados Unidos, España. La Logia “Matritense” fue creada muy secretamente en Madrid el 17 de abril de 1728. Las demás naciones europeas siguieron la ruta de las fundaciones casi inmediatamente. Llegó a constituir gran honor ser francmasón, y a la entidad fueron ingresando Federico II de Prusia, Napoleón Bonaparte y sus hermanos Jerónimo y José, D’Alembert, Danton, el pintor David, Diderot, Federico Engels, el filósofo Fichte, Goethe, el compositor Haydn, el filósofo Helvetius, Guillermo Humboldt, Jefferson, John Adams, Kant, Lafayette, el sabio Lavoisier, Mirabeau, Mozart, el almirante Nelson, Thomas Payne, Robespierre, Rousseau, Voltaire, Saint-Simon, Schiller, Sieyès, Talleyrand, Washington, y tantos y tantos más.²⁵ Miranda se afilió a la entidad con entusiasmo. No presumía aún que de ese poder se serviría más tarde, con sagacidad inmensa, para plasmar en Hispanoamérica la revolución contra España.

¿Qué significa la masonería en aquellos años del Miranda al servicio de la Corona hispana? El investigador José A. Ferrer Benimeli²⁶ escribe:

²⁵ “Cronología masónica”, en *Historia de la masonería en Hispanoamérica*, por MARTINEZ ZALDÚA, RAMÓN. México: B. Costa Amic, editor, 4ª edición, 1978: 163-185.

²⁶ FERRER BENIMELI, JOSÉ A. *Los archivos secretos vaticanos y la masonería*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1976: 826-828. En esta obra se dan los nombres,

El denominador común de la masonería del dieciocho, en países tan dispares como Austria, Italia, Portugal, Suiza, Francia, Holanda, Bélgica, Alemania, Suecia, México, Inglaterra, Perú, etc., es el de una asociación admiradora de la armonía de la naturaleza, obra del Gran Arquitecto del Universo, y propagadora de la amistad universal entre los hombres. Ideal vago y atrayente que llenaba a los espíritus pre-románticos, y que permitía a cada uno encontrar en las logias su bienestar, gracias a la tolerancia de los demás [...] Hubo una masiva presencia católica en dichas logias y una directa participación del clero masón que de forma tanto cuantitativa como cualitativa dio consistencia y vida a la Orden del Gran Arquitecto del Universo a lo largo de todo el siglo dieciocho.

La masonería fue condenada por los Papas reiteradamente: Clemente XII (1738); Benedicto XIV (1751); Pío VII (1814); León XII (1826); Pío VIII (1829); Gregorio XVI (1832); Pío IX (1826); León XIII (1884). La razón o circunstancia de las condenas eclesiásticas o civiles era “el juramento masónico” al que tenía que seguir “el secreto absoluto” de aquello que se había jurado. Al convertirse el ente masónico en uno cerrado, se encerraba a la vez una acción capaz de hacerse presente, mediante doctrinas nuevas, por encima de leyes, imposiciones y controles.

Estos dos elementos: “el secreto y el juramento” constituyeron el factor sine qua non de la emancipación americana, presentes como estaban en las colonias tanto la estricta y cruel vigilancia de las autoridades españolas, como la actividad de la Inquisición. Sólo el secreto de la conspiración y la consiguiente coordinación entre los revolucionarios, secreta asimismo, pudieron conducir al éxito final de la conspiración. Miranda, iniciado ahora en Gibraltar, utilizará el poderío masónico en forma extraordinaria; y todos los capitanes que con él conspiraron y que luego hicieron la guerra magna de liberación, integrantes de la masonería fueron: Bolívar, San Martín, Páez, Monteagudo, Santander, O’Higgins, Rivadavia, Alvear, Bermúdez,

con fechas, cargos y logias, de más de mil seiscientos sacerdotes, religiosos, capellanes, vicarios, priores y obispos que pertenecieron a la masonería en el siglo dieciocho. (Páginas 727 a 811).

Mariño, Juan Pío Montúfar, Rocafuerte, Unánue, Nariño, Soubllette, Montilla, Ribas, Pueyrredón, Zapiola, Belgrano, Hidalgo, Morelos, Urdaneta, etc., etc. La masonería fue la gran gestora y por ende la gran coordinadora de la emancipación americana; ese es su honor, en la historia.

En Gibraltar, y a través de la masonería, descubrió Miranda un amigo para toda la vida: John Turnbull, adinerado comerciante inglés, dueño principal de la firma “Turnbull y Forbes”. Su protección económica al venezolano fue permanente, y la mantuvo generosa hasta el final; llegó a remitir dinero secretamente aun para el proyecto de evasión del prisionero Miranda en la Carraca de Cádiz. La fraternal comprensión llegará al punto de que el destino les quite la vida a los dos el mismo mes y el mismo año, en un simbólico acto de fraternización profunda. Turnbull fue muy destacado francmasón.

En Cádiz, el capitán caraqueño ingresa a la logia de la ciudad,²⁷ dependiente de Londres.

Una señal y marca de la personalidad emergente del Capitán es su sentido de rebeldía. Su regimiento tiene por comandante al vanidoso y mezquino conde O'Reilly, que siente por el capitán Miranda, americano, el desprecio con que trataban los peninsulares a los criollos. Un día ordena el arresto del oficial caraqueño “por haber usado prendas que no eran las del uniforme”. Miranda comenta en su *Diario*: “Pocos arrestos se habrán hecho con mayor aparato; de modo que sospecharon casi todos hubiese algo de Inquisición en el asunto”. No fue malo el pretexto para descubrir las intenciones con que procedía el señor, Inspector General, conde O'Reilly. Cumplido el castigo, solicita la víctima un permiso de cuatro meses para trasladarse a Madrid. Otro conde, el de Ricla, Ministro de Guerra, concede la licencia sin objeción.²⁸ Viaja con el regimiento de la

²⁷ El año 1776 había ya una logia en Cádiz según informe de la Inquisición de Madrid a la de Sevilla. Cf. FERRER BENIMELI, JOSÉ A. *Op. cit.*: 615.

²⁸ Como muestra de la vanidad de los aristócratas españoles, se copian aquí los títulos de conde de Ricla: “Don Ambrosio Funes de Villapando, Abarca de Boles, etc., conde de Ricla, Señor de las baronías del Valle de la Solana y Murillo de Tou, de los Castillos de Artasona y Santiá, del Honor de Tormos y sus Agregados, de las Villas de Agüero y Alcalá de Gurra, Grande de España, Gentilhombre de Cámara de S.M., con entrada; Caballero Gran Cruz de la distinguida Orden

Princesa y anota minuciosamente cuanto va encontrando al paso. ¡Nada de relieve! Apenas un chispazo que dice: “Veinticinco parroquias tiene Toledo y una infinidad de conventos de monjas y frailes que inundan esta aniquilada ciudad”.

¡De nuevo Madrid! Y allí, de bulto de pronto, la presencia venezolana. Se informa Miranda de que el rey ha hecho la unidad de las provincias de Venezuela: Caracas, Maracaibo, Cumaná, Guayana y las islas de Trinidad y Margarita, mediante la constitución de una Capitanía General. Esta determinación de Carlos III, acertada de todo en todo, será en el futuro un excelente fundamento para la unidad de las acciones de conspiración y de guerra, rumbo a la emancipación.

Otro hecho le sorprende en Madrid: la prisión y condena a ocho años de reclusión en un convento, del enciclopedista peruano Pablo Olavide, acusado por la Inquisición; se le declaró herético, infame y miembro podrido de la religión. Pero a tiempo que actuaba contra Olavide, a quien Miranda elogia en su *Diario*, la Inquisición operaba también contra Miranda. El Tribunal de Sevilla había remitido una “Sumaria” que debía estudiar el Consejo Supremo de la entidad en Madrid. En ese documento se le acusaba al oficial caraqueño de ideas heréticas y de guardar libros prohibidos y pinturas obscenas. ¡Evidentísimo que la acusación tenía amplio fundamento! ¡Miranda era un hombre libre! La Inquisición, ni entonces ni después, actuó directamente sobre el acusado venezolano; sólo disponía acciones tortuosamente hipócritas para vigilarlo de cerca, pero no llegó a ordenar su apresamiento. No así con el coronel Villalta, compañero suyo en Melilla y leal amigo; se le encarceló en Sevilla por orden de la Inquisición, acusado de aquello mismo que se le imputaba a Miranda; pero, además, se decía que había expresado que ponía en duda la influencia del Santo Oficio en la literatura y que “actualmente ningún sabio podía ser religioso”.

Española de Carlos III y de la Real de San Genaro, Comendador de la Reina en la de Santiago, Capitán General de los Reales Ejércitos y del Principado de Cataluña, Decano del Supremo Concejo de Guerra, Consejero de Estado y del Despacho Universal de Guerras”. ¡Cuánta falta hacía en América rebelarse contra estos disparates!

Probablemente en España no, pero sí en el mundo, hubo conmoción por la muerte, ese año, de Rousseau y de Voltaire, a corta distancia el uno del otro en el tiempo. Miranda debió de calibrar certeramente lo que eso significaba; él sí los conocía en pleno, y estaba sin duda de acuerdo en lo que ya se decía: que el siglo dieciocho debía de llamarse “Siglo de Rousseau” o bien “Siglo de Voltaire”.

Tampoco hubo estremecimiento en Madrid –¿mas bien alegría?– cuando, por orden del Parlamento Francés, fue quemada en París la obra del abate Raynal *Historia filosófica y política de los Establecimientos y del Comercio de los Europeos en las dos Indias*: ataque a la “tiranía de la Iglesia” sobre el pensamiento de los hombres. ¡Miranda había leído ya a Raynal!

La conmoción grande, inmensa, fue la declaratoria de guerra de España a Inglaterra, para apoyar con Francia, a los Estados Unidos que venían combatiendo por su independencia. Había un pacto de familia –la de los Borbones– entre Francia y España, y los franceses habían enviado ya al combate cuarenta mil hombres. Miranda es miembro del ejército español; le atañe directamente el conflicto. Pero, al ordenarse una gran expedición de tropas a Cuba, punto clave en las posibles acciones de guerra a desarrollarse, Miranda se queda sin su mejor amigo en el ejército: el coronel Juan Manuel de Cagigal, comandante de su regimiento de la Princesa. Al ser ascendido a General, recibe Cagigal la orden de trasladarse al campo militar de San Roque, en Cádiz, de donde seguirá más tarde a La Habana. Cagigal, nacido en Cuba, americano por lo mismo, criollo y de espíritu muy noble, entró en amistad con Miranda espontáneamente: de elevada mente los dos, masones los dos, hijos de América los dos. La amistad se la reconoce verdadera cada vez que uno de los amigos sufre crisis; el amigo es quien acude, y salva o auxilia. Después de Turnbull, álzase Cagigal en el corazón de Miranda; ¡y con qué firmeza en el apoyo, en la colaboración, en la defensa!

Cagigal es reemplazado en el comando del batallón de la Princesa por el coronel Juan Roca, que había sido compañero de Miranda en Melilla. Roca había ascendido por la oculta vara de la

intriga; el venezolano es ahora su subalterno, y muy pronto será tratado como tal, y hasta con odio; ¡Roca es peninsular!

Hay una comisión militar para el capitán: acompañar, comandando una de cuatro compañías, a la Reina Madre de Portugal, a su regreso de Madrid a Lisboa. Cumplió su cometido sin otro incidente que el de haber rechazado una pretensión de mando sobre él de un capitán Manuel Tarais, a quien en su *Diario* llámale “tonto capitán de caballería”; las autoridades diéronle la razón al caraqueño. Mucho escribió en su *Diario* sobre este corto lapso. En esas páginas empieza ya a aparecer un lenguaje nuevo:

A pesar de haber llevado recomendación para el padre sacristán mayor, ni aun siquiera merecí un simple cumplimiento. ¡Rara canalla, todos ellos! [...] El que llaman hospital es una mala caballeriza por su poco gobierno y porquería; los dichos frailes no cuidan más que de su abundante [aunque puerco] refectorio nada más [...] Vi todo el santuario y convento; el tesoro es, a la verdad, uno de los mayores que yo he visto en su especie, pero ni aun éste está guardado con limpieza y aseo.²⁹

¡Hay un falseamiento del hombre! ¡Los frailes se cuidan demasiado de lo terrenal; pero, a la vez, hacen la Inquisición!

A su regreso, encárganle de la parte económica de su Compañía. El coronel Roca busca el momento de acusar y ordena un día el arresto de Miranda, en su domicilio. Los cargos son nimiedades, que el capitán refuta una por una.³⁰ Informado Cagigal, escríbele a Miranda con inmensa nobleza:

Veo por la de V. M. lo bien que me ha correspondido el actual coronel. Pero no importa; V. M. cuenta en todo con mi amistad, por lo que escribo al Inspector en los términos que verá por la adjunta.

²⁹ *Colombeia*. T. I: 493-494.

³⁰ Los cargos fueron: descuido en el manejo de los fondos de la Compañía (falso); no pago a un soldado; extravío de 23 casacas (falso); “trata sin humildad a los soldados”; castigo a un soldado; herida a un soldado al darle lecciones; castigos a dos soldados, y no haber dado parte de esos castigos. Cf. *Colombeia*. T. I: 135.

La carta al Inspector O'Reilly está engendrada en conceptos de justicia:

[...] Para recomendar a V.E. don Francisco de Miranda, Capitán del Regimiento de la Princesa del que tuve el honor de ser Coronel y cuya circunstancia me obliga a no desentenderme en cualquier asunto que mire a aquel Cuerpo en general o a un individuo suyo en particular; y mucho más siendo de las cualidades del expresado Capitán a quien juzgo como uno de los mejores de su clase, tanto por la subordinación e instrucción de su Compañía y no haber tenido noticia contraria a su buena conducta, como por su talento y aplicación militar. Tengo noticia que se halla arrestado y procesado, de cuyo asunto principal me separo por no estar enterado, pero sí de que, según se dice, se le hacen cargos ajenos de la causa. Me intereso con V.E. para que enterado de que estas son emulaciones a lo sobresaliente de este oficial, lo proteja y atienda, para que quede su honor como lo ha sabido conservar.³¹

La respuesta de O'Reilly fue ladina: “No admitiré contra Miranda ninguno de los asuntos acaecidos durante el mando de V.S.”. ¡O sea que todas las acusaciones del coronel Roca quedaban en pie!

El arresto se cumplió por espacio de casi seis meses; Miranda tenía enemigos inflexibles, como cabía a un hombre de recia personalidad; los débiles, ni enemigos tienen. ¿Hiciéronle un daño a la víctima? Sólo en el sentido de no haber considerado su defensa; ¡le humillaron! Además, impidieron la acción vital que un joven de veintinueve años requiere necesariamente. ¡Están cultivándole en el “amor a España”!

¡Pero, en punto a cultura personal, otorgáronle un beneficio inmenso! Fueron aquellos seis meses de encierro en su residencia una gigantesca indagación en conocimientos, con lecturas en su ya muy variada biblioteca de 543 volúmenes (en español, francés e inglés). Practica el “ucronismo”, poniéndose al nivel de los saberes de la época. Y se nutre de libros de Francia en las “boutiques” de Cádiz, que venden ocultamente obras en su mayor parte prohibidas. No lee

³¹ *Colombeia*. T. I: 530.

sólo por aprender, sino por la dicha que en ello encuentra. Hoy se diría que ese goce no es sólo espiritual sino físico. “En las páginas de su *Diario* se encuentran innumerables notas que revelan el placer, el deleite que le causan las lecturas”.³² El carácter universal de su cultura llegará a cimas muy altas. La cultura otorga un poder que no dan ni la política ni las riquezas: es firme, indestructible y creciente.

Cesó el arresto cuando Miranda recibió la orden de trasladarse a Cádiz, al Segundo Cuerpo del Regimiento de la Princesa (abril de 1780). Ante la imposibilidad de llevarse sus libros, los encargó a José de Pineda, con minucioso inventario. Los perderá todos; tal vez pasaron a poder de la Inquisición.³³

En Cádiz está Cagigal; ¡todo se ha salvado! O'Reilly, por gestión de Cagigal, le propone a Miranda que se incorpore a la expedición militar que se disponía a partir a La Habana: una escuadra de cuarenta navíos, con diez mil hombres, al mando del general Victorio de Navia Osorio. Arriban al puerto cubano donde aguarda el resto de la flota, y cambia en seguida la situación de Miranda. Cagigal, nombrado Gobernador y Capitán General de la isla, llámale al Capitán venezolano para su Ayudante, situándole en relieve y en preferencia. El ir de Miranda está próximo al gran salto. Una vida grande jamás se detiene. Ni nadie es capaz de atajarla.

³² PI SUNYER, CARLOS. “Patriotas americanos en Londres”. T. I. *Estudios mirandinos*, 5. Caracas: Monte Ávila Editores, 1978: 122.

³³ MEDINA, J. T. *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Cartagena de las Indias*. Santiago de Chile, 1899: 361.

LOS INTRIGANTES

He aquí el encanto y el espanto de la historia humana: lo imposible sucede realmente todo el tiempo.

ALDOUS HOUSLEY. *Cartas.*

Eufórico, más optimista que de ordinario, Miranda entró en actividad en La Habana; la situación de privilegio en que le había colocado el general Cagigal, nombrándole su Ayuda de Campo, significaba reconocimiento de valía y, al par, muestra pública de confianza. Empieza a hablar la voz de la fama; y la de la envidia, que es la sombra necesaria en la fama. Comenzará muy pronto también el oculto, sinuoso, serpentino movimiento de la Inquisición, que no soporta el encumbramiento de los hombres de pensamiento liberal; lo liberal significa, a los ojos turbios de los inquisidores, lo demoníaco. ¡La envidia y la Inquisición producirán el soberbio espolazo a la rebeldía creadora de Miranda!

Durante diez meses, el Capitán General Cagigal gobierna y adecúa buques y hombres para el momento en que el Gobernador General de La Louisiana, Bernardo de Gálvez, requiera una movilización de la flota hispana contra los ingleses. Diez meses fecundos para Miranda; se informa, por las comunicaciones oficiales, de la marcha completa del Reino —Península y colonias— y de los acaeceres en el resto del mundo.

Llega de pronto una noticia del Perú. Se ha alzado en armas contra España el cacique indio Tupac Amaru (noviembre de 1780); ha ajusticiado al corregidor español Antonio Arriaga para castigar públicamente sus abusos y ha creado un ejército de seis mil indios, que llegarán a veinte mil. En el primer choque han sido derrotados más de mil soldados de la tropa hispana. Ahora, los virreyes de Lima y Buenos Aires acuden en auxilio de los acosados y llegan a juntar un ejército de diecisiete mil hombres, comandados por el mariscal José del Valle. América ya no soporta el despotismo colonial; se yergue altiva en sus indios, sus negros, sus mestizos, sus criollos. ¡La marejada irá hinchándose!

El retorno de Miranda a su América empieza a significarle la presencia de un continente que se subleva, que quiere libertad. ¿Y no es la doctrina de la libertad la que ha leído en los enciclopedistas? ¿Dónde se origina el poder sino en el pueblo? ¿A qué las lecturas, si no llegan a una plasmación clara y firme? El corrosivo de la inconformidad acucia ya en su conciencia. ¡Ese espíritu está avanzando!

Es un espíritu que, al par del cumplimiento de los deberes castrenses y de las actividades oficinescas, tiene impaciencia de cultura y hambre mental que absorbe vehementemente. Compra nuevos libros; se nutre con más libertad que en la Península. Asimismo, penetra en el arte. El instrumento musical de su predilección, la flauta, le toma horas y horas; la toca con perfección, hasta con virtuosismo; la ha estudiado muy prolijamente. Su biblioteca de música, en La Habana, llegará a tener estas obras: quince cuadernos con Sonatas a dúo; veinticinco cuadernos, cada uno con seis Tríos; seis Cuartetos en cuatro cuadernos; seis Quintetos en cinco cuadernos; siete Conciertos; quince Minuetos y un cuaderno de Marchas de diferentes autores. Para complemento, hay en su habitación un piano de fabricación inglesa. Sabe vivir en altura: muebles finos, abundante platería, loza delicada todo lo cual consta en el inventario que se hará más tarde. No había en él un simple militar deseoso de ascensos. Vida de varón estético, que luego sabrá condolerse del dolor de las masas. Las gentes, para elogiarlo o definirlo, según las costumbres de entonces, dirán: “parece un marqués”. Más tarde, aun en los salones europeos más exigentes, será un dominador y un invitado cuidadosamente buscado y celosamente cultivado. El refinamiento es su norma; la distinción natural, su fundamento. Desde esa altura verá mejor el posible proceso de liberación americana.

Hacia marzo (1781) los barcos españoles de vigilancia, de La Habana, advierten la aproximación de buques de guerra ingleses, que llevan rumbo a la cuenca norte del mar de las Antillas. Se da la alarma inmediatamente y se ordena la preparación de la expedición que irá en auxilio de las tropas españolas que han sitiado el puerto de Pensacola, ocupado por los británicos. Partirá la expedición, con el

almirante Solano, el general Cagigal, y el capitán Miranda, entre los oficiales.

Semanas antes de la salida, han llegado Noticias de significación, procedentes del virreinato de la Nueva Granada, vecina de Venezuela: los “comuneros”, o sea el pueblo en masa, se han sublevado en las poblaciones de Charalá, Mogote, Simatoca y el Socorro, en protesta por los decretos de más impuestos. Era una nueva prueba del nervio rebelde de los americanos, contra el colonialismo. Había ya una conciencia criolla y mestiza, capaz de insurrección.

En estrecho nexo con los alzamientos de Tupac Amaru en el Perú y otros anteriores al de los “comuneros”, el Intendente de Venezuela José de Abalos habíale escrito al Ministro de Indias:

*El encono y tono doloroso con que se lamentan se hace mayor cada día, y si S.M. no les concede o les dilata el libre comercio sobre que suspiran, no puede contar con la fidelidad de estos vasallos, pues a cualquier insinuación y auxilio que les amaguen los enemigos de la Corona, prestarán oídos y corazones y será imposible, o muy difícil, el remedio.*³⁴

No podía prever el Intendente que la acción de los “comuneros” llegaría a Bogotá y que se extendería luego a las poblaciones de San Antonio del Táchira, San Cristóbal, La Grita, Lobatera, Bailadores, Lagunillas, Ejido, Timotes y Mérida, en una penetración poderosa a territorios que hoy son venezolanos.³⁵ No se sumó la ciudad de Trujillo, y fracasó el valiente empeño, con las consiguientes persecuciones, prisiones y embargos.³⁶

³⁴ MORÓN, GUILLERMO. *Historia de Venezuela*. Caracas: Italgráfica, 6ª ed., 1974: 223.

³⁵ MUÑOZ ORAA, CARLOS EMILIO. *Los comuneros en Venezuela*. Citado por ROJAS, ARMANDO. “Bicentenario de la revolución de los comuneros venezolanos”. *Academia Nacional de la Historia*. (Caracas), (29 de junio 1981).

³⁶ El rebelde Tupac Amaru fue ajusticiado en mayo (1781): “le cortaron mano y lengua, no lograron el descuartizamiento con caballos y por fin le cortaron la cabeza en presencia de su hijo de 12 años”, escribe Luis Alberto Sánchez.

Con estas electrizantes infiltraciones en el espíritu, generadas por las voces de protesta del pueblo de Hispanoamérica, embárcase Miranda en el convoy el 9 de abril. Como antes, en la campaña de Melilla, abre ahora el *Diario* especial de la campaña de Pensacola: 30 páginas, de muy minuciosos detalles. Los mil seiscientos hombres fueron presentados, al cabo de diez días de navegación, al Mariscal de Campo Bernardo de Gálvez, a quien encontraron fatigado y que “desesperaba de la empresa”, pues no tenía disponibles sino dos mil soldados aptos para un ataque. Se construyeron fortificaciones y trincheras; hubo choques armados, con víctimas. En ataques sorpresivos y valientes, los sitiadores fueron avanzando, tomándose baluartes. y montando cañones, a tiempo que operaban los navíos desde el mar. El 9 de mayo, el comandante de las fuerzas inglesas, general Campbell, ordenó izar bandera blanca. Los españoles habían triunfado; Miranda había cooperado mucho en la acción y por lo mismo tenía su parte en la emoción de la victoria. Casi en seguida se organizó el retorno de la expedición. Una vez en La Habana, Miranda fue ascendido a Teniente Coronel por el General Cagigal como premio a su brillante comportamiento militar en Pensacola.

¿Qué trae Miranda de aquella empresa, además de libros en inglés que ha comprado? La certeza de que ha cooperado en favor de la independencia de una nación americana; en esa certeza está vibrante la palabra emancipación, término que había comenzado a revolvérsele dentro, desde las noticias de los alzamientos en el Perú y en la Nueva Granada. Son impactos que se volverán potente germen; el tiempo está haciéndosele semilla. ¡Pensacola es el mástil para una gran bandera!³⁷ Trae asimismo el propósito de acentuar su correspondencia con Venezuela. ¿Atisba el futuro? Se escribe poco con sus parientes; más con sus amigos y, sobre todo con personajes que ya conocen bien su significación de oficial culto, muy destacado y con autoridad. Tiene libre el espíritu!

³⁷ J. L. SALCEDO BASTARDO en el Apéndice al Diario de Viaje de Miranda a través de los Estados Unidos, expresa: “Pensacola fue como una espléndida incitación para el oficial caraqueño. Hay referencias históricas claras de que Miranda, en esos días, concibió la posibilidad de su acción futura para la independencia de la América Hispana, y de que a partir de allí se hizo la resolución de consagrar su vida entera al logro de esa causa superior”. (*Francisco de Miranda – Peregrinaje por el país de la libertad racional*. Caracas, 1976: 161).

En La Habana encuentra correspondencia corrosiva, quemante. Mantuanos de Caracas se han dirigido a él —a él, ¡el hombre de prestigio, gallardo militar en quien se puede confiar!—, pidiéndole el comando de una sublevación contra las autoridades españolas. Lo contará él mismo más tarde, en su *Diario*:

*Llamado por vosotros en 1781 al socorro de la Patria, extremadamente agitada con los vejámenes y opresión excesiva que en aquellos tiempos ejercía sobre sus infelices habitantes el Ministro don José de Gálvez, por medio de sus agentes y visitadores, cuyos excesos habían provocado justamente una insurrección general en el Reino de Santa Fe de Bogotá, en el Perú y aun en la provincia de Caracas, no pude en aquellas circunstancias acudir a su socorro, tanto por hallarme liado con un grado superior en el ejército de su Majestad Católica entonces en guerra con la Inglaterra, como por concebir que en todos aquellos movimientos de insurrección no había combinación ni designio general: lo que me fue patente luego que recibí las Capitulaciones de Zipaquirá (junio de 1781), testimonio de la sencillez e inexperiencia de los americanos, por una parte, y de la astucia y perfidia de los agentes españoles por la otra; y así creí que el mejor partido era sufrir aun por algún tiempo y aguardar con paciencia la independencia de las colonias anglo americanas, que sería en lo venidero el preliminar infalible de la nuestra.*³⁸

Este testimonio mirandino revela que en Caracas había una voluntad de rebeldía, que se expresó en el llamado a Miranda. Fueron varias las cartas que le llegaron, con tan trascendente contenido. Unos cuantos meses más tarde recibirá otra, en que aparecen los nombres de Juan Vicente Bolívar —futuro padre de Simón Bolívar—, Martín de Tobar y el Marqués de Mijares, mantuanos muy prominentes. Puede advertirse que Miranda, a su retorno de Pensacola, ya poseía la certeza de la independencia hispanoamericana, como secuela “infalible” de la norteamericana; y que como Oficial ya no se confiaba ni de las improvisaciones ni de las momentáneas llamaradas. Había madurado lo suficiente, y fundamentaba su responsabilidad en los planes

³⁸ *Archivo de Miranda*. T. VIII: 8-14. (Borrador destinado por Miranda al Diputado girondino Armand Gensonné).

estructurados con visión y coordinación. Lo creativo obedece siempre a un ordenamiento severo. ¿Quién podía ser el líder, sino él? Ese fue su real auto-descubrimiento. De la independencia en general, hablaban todos.

Mientras Miranda va descubriendo poco a poco su derrotero histórico, la naturaleza se ha encargado de traer a la vida niños trascendentes: en Caracas, Simón Rodríguez y Andrés Bello; en la lejana Yapeyú, en el Río de la Plata, José de San Martín. Faltan por llegar otros, y el mayor de ellos, Simón Bolívar, que ya casi se halla a la puerta. ¡Está germinando el futuro grande!

Dos meses pasa el caraqueño en La Habana, seguramente atareado con las cuestiones oficiales y militares. Sobre todo, se prepara para cumplir una misión de suma confianza: trasladarse a Jamaica, negociar el canje de prisioneros de Pensacola, hacer una amplísima investigación de la realidad militar de la isla, ya que España proyecta apoderarse de ella, y adquirir material útil para la guerra. Sólo una persona de absoluta confianza del Capitán General Cagigal podía recibir tan delicado y difícil encargo.

Vigila todos estos pasos la Inquisición que ha decidido ya destruir al oficial venezolano, a quien viene persiguiendo desde la Península. El fanatismo político-religioso es peor que un puñal; atisba como las serpientes venenosas. La perversa patraña contra Miranda empieza a cumplirse al arribar a La Habana el general inglés Campbell, de paso para Inglaterra; era el jefe derrotado por los españoles en Pensacola. Se le atendió de acuerdo con su rango y dentro de una cortesía muy gentil; se le hizo pasear por la ciudad y, al ver un cuartel militar en construcción, pidió conocerlo; al otro día partió hacia Londres. Un hecho nimio, sin importancia; pero no, para la Inquisición. ¿Por qué no acusarle falsamente a Miranda, ante el rey? Se dirá perversamente que había mostrado un cuartel, por dentro, a un general inglés, rompiendo así el secreto militar; ¡que era un traidor! ¡Todo falso! Y la monstruosa calumnia, en forma de intriga, viajó en volandas a Madrid. ¿El autor o ejecutor de ella, en La Habana? El obispo de la ciudad, monseñor Echeverría, “prelado intrigante y

trapacero” en el decir mirandino. Se suponía en la nota-libelo, que había sido Miranda el oficial encargado de acompañarle al general Campbell en su recorrido de la ciudad.

Mientras viajaba por barco esta bolsa de veneno, Miranda partía rumbo a Jamaica el 9 de agosto, ignorante de lo que se tramaba contra él. La baja intriga la conocieron sólo los del secreto inquisitorial, más unos cuantos enemigos del oficial venezolano, en quienes germinaba ya la satisfacción por su caída. Nada que agrade más a un perverso que la presencia del daño por él buscado o cuando menos por él sabido.

La estada del caraqueño en Jamaica fue de cuatro meses; laboró allí con la eficacia que ponía en sus actos; operó con astucia; logró cuanto fue a buscar en comisión de servicio secreto. Además, compró libros, muchos libros, especialmente en inglés y francés; ¡más de doscientos volúmenes! Entre ellos, las *Constituciones de la Francmasonería* y las *Ilustraciones de la Masonería*. Quiere especialmente penetrar con vigor en la historia: *Historia de Francia*, por Bossuet; *Historia de Inglaterra*, por Goldsmith; las *Historias de Carlos V, Felipe II; de los judíos; de América*, por Robertson; del *Imperio Romano*, por Gibbon; *del Mundo*, por Guthrie. Otros de los autores son: Hume, Milton, Chesterfield, Addison, Bolingbroke, Blackstone, Burke, Locke; Maquiavelo, Virgilio, Plutarco, Swift, Platón; *la Enciclopedia*. Además, libros sobre el arte militar y las matemáticas. ¡Como si quisiera abarcarlo todo! Ante esta voluntad de cultura, parece secundaria su actividad castrense.

De regreso, tan pronto como toca en el puerto cubano de Batabanó, se dirige al general Cagigal su jefe:

Acabo de llegar a este surgidero [...] Traigo noticia exacta de las escuadras enemigas que ejercen en aquella isla y de las que próximamente se esperan de Europa; del número de tropas veteranas que hay en el día y de su milicia, etc. Planos topográficos del país, que son bastante exactos [...] Tres embarcaciones ligeras y de superior vela que son excelentes para avisos y aun para muy buenos corsarios, con varias otras cosas y negociaciones ventajosas, que no puedo fiar a la pluma y que a la vista comunicaré a usted.

Los navíos han sido comprados secretamente y se ha requerido burlar la vigilancia de los navíos ingleses para poder traerlos (dos bergantines de 16 cañones y una goleta con 12 cañones); además ha quedado negociada la adquisición de cuatro más. Para compensar en parte al inglés Felipe Allwood, que ha servido de muy discreto y eficaz intermediario en estas adquisiciones muy importantes, Miranda le ha permitido la introducción de lienzos y loza; van en uno de los barcos; la mercancía vale ocho mil pesos.

Y se presenta ipso facto la segunda patraña: que Miranda ha introducido contrabando; que Miranda es un contrabandista! Confiscan todo lo traído, incluido el equipaje del Oficial. ¡Vendrá un juez de residencia, para actuar en el caso! El general Cagigal se indigna; los cobardes acosan siempre desde lo bajo; contra su Ayudante están en guerra los pequeños, ¡Miranda se enfurece! El rey dirá más tarde que había sido informado del hecho “por algunas personas fidedignas, de conocida probidad y celo”. Hasta esta insignificancia había ido a la Corte, para aumentar a los ojos del gobierno el desprestigio de Miranda.³⁹ Cagigal, ignorante de la intriga, informa minuciosamente a la Corte sobre el “contrabando”, y demuestra la verdad. ¡Pero llegará el investigador!

Comienza así el año 1782, con el corrosivo de la injusticia. Siempre dentro de la buena fe, el Capitán General Cagigal comunica al Ministro de Indias en Madrid el éxito de la misión de Miranda en Jamaica: canje de 22 oficiales y 850 hombres –lo cual señala la magnitud de las operaciones militares. en Pensacola–; detalle completo de las fuerzas inglesas en Jamaica; tres planos de la isla y costas; compra de dos bergantines y una goleta; y hasta semillas de pasto para el ganado, ya que la ganadería en Cuba hállase en decadencia. Orgulloso de su edecán y ayudante, le permite que se dirija al rey –en acuerdo previo con el Comandante General del Ejército de operaciones, Bernardo de Gálvez– para pedirle “se digne concederle el grado y sueldo de Coronel de Infantería” (8 de enero de 1782).⁴⁰ Algo más: a

³⁹ Cagigal procedió al reconocimiento de los efectos incautados y, en ejercicio de su autoridad, ordenó la devolución de las pertenencias de Miranda y de las mercancías del inglés Felipe Allwood. ¡No había tal contrabando!

⁴⁰ *Colombeia*. T. II: 229.

fin de que el Comandante Gálvez conozca muy en detalle todo lo concerniente a Jamaica, envíale a Miranda en persona al cuartel general de Cap-français. Tanta importancia le da Gálvez a la información mirandina, que decide conservarle al oficial caraqueño junto a sí, dándole el cargo de Edecán suyo.

Miranda, aunque muy molesto todavía con lo del contrabando, que no está definido, acepta el honor que le ofrece Gálvez. No sospecha que en la Corte de Madrid lo están devorando. En la vida hay dos rieles: por el uno va lo que uno hace; por el otro, lo que los otros intentan para destruir lo hecho. Son direcciones paralelas, pero de intención contraria, en que intervienen constantemente el azar y la necesidad. El azar fue, aquí, el paso del general Campbell por La Habana; la necesidad, la de aplastar pérfidamente, de la Inquisición y de los inmersos en tinte de envidia.

Los planes del momento son la toma de las Bahamas, paso previo indispensable para poder abrir operaciones sobre Jamaica. Con esta perspectiva, Gálvez nombra al general Cagigal Comandante de la expedición.

De pronto, a comienzos de marzo, llegan a La Habana dos irritantes comunicaciones del Ministro de Indias para el Capitán General y Gobernador Cagigal. Dice la una, con carácter de “Muy reservada”:

El rey ha sabido con sumo desagrado que al general Campbell y a otros oficiales suyos, se les permitió ver las fortificaciones de esa Plaza, a influjo y en compañía de don Francisco de Miranda, capitán del regimiento de Aragón, que es un entusiasta y apasionado de los ingleses. Con esta noticia, que los mismos enemigos han publicado en sus Colonias, se ha servido S.M. mandar que inmediatamente separe V.E. a este oficial de su lado, y que en primer aviso o correo u otra embarcación que salga de ese puerto para cualquiera de estos reinos de España, le envíe irremisiblemente a ellos, sin confiarle pliegos ni encargo alguno de su Real Servicio. También quiere S.M. que proceda V.E. con tan inviolable reserva en la ejecución de esta providencia, que no

pueda traducirse por ningún conducto, y así no debería confiarla a persona alguna excepto el Comandante General del Ejército de operación, por ser Miranda de uno de los cuerpos de su mando.— 2 de noviembre de 1781.

La intriga había escupido su corrosivo: el rey, el ministro, habían aceptado una mentira llena de infamia, ¡sin siquiera proceder a averiguarla! Miranda resulta acusado de traición a España, en favor de los ingleses; él, que había sido ascendido en premio de su brillante comportamiento en Pensacola, ¡luchando precisamente contra los ingleses!

La segunda nota del Ministro al Gobernador, quince días después, repite las instrucciones de la primera y, además, expresa que:

no puede conformarse S.M. con la comisión que dio V.E. para el canje de prisioneros españoles detenidos en Jamaica a don Francisco de Miranda; por lo mismo, quiere S.M. nombre V.E. inmediatamente otra persona de su entera confianza que releve a aquel oficial [...].

¡Se le insinúa aquí al Gobernador que desconfíe del oficial venezolano!

Cagigal espera destruir la torpe acusación inmediatamente, con la simple exposición de la verdad. Y le escribe al Ministro de Indias (5 de marzo):

Debo exponer a V.E. que el día que llegó el general Campbell a esta ciudad, de tránsito para la de Nueva York, por urbanidad y falta de otra prevención, le dejé a comer en mi casa y a la tarde le franquéé uno de mis coches, para que con sus edecanes diese una vuelta al paseo público. Hallábase Miranda en el campo,⁴¹ y ocupado el ayudante, por lo que previne que los acompañase el distinguido don José Montesinos, a quien no juzgué debía hacer unas prevenciones tan de

⁴¹ Miranda había sido invitado ese día por su amigo el conde Casa Montalvo, a su hacienda Ojo de Agua, a cuatro leguas de la capital.

su profesión y que están generalmente encargadas a los oficiales de los puertos. Supe después que el imprudente Montesinos llevó a Campbell a la fábrica que se hace para Castillo del Príncipe, extramuros de esta ciudad, y que entrando en ella vieron su carpintería en que se trabajaba y alguna otra pieza de las mismas que se registran desde fuera, por no estar aún concluida su magistral, obrando en ello más la curiosidad y accidente que el estudio o premeditación [...] La conducta e inocencia de Miranda no sólo se califica negativamente, por no haber intervenido en el hecho que se supone, mas también positivamente, por lo que ha hecho en servicio del rey y Estado [...] A Montesinos le reprendí con severidad, y nos pareció hacer mayor demostración contra éste, el ingeniero y oficial encargado del Fuerte, porque no se publicase como delito lo que sólo había sido descuido [...] No vio Campbell en general las fortificaciones, sino sólo una corta parte de la que aún no lo es [...] Yo aseguro que no se haya dado ni dará prueba de lo que se ha informado al rey contra Miranda, y si basta un falso informe para resolver contra tan inmediatos dependientes míos, sin pedir ni esperar el que yo sé, prepare V.E. los oídos, y yo el sufrimiento, para no valerme de quienes necesite, para no sacrificarlos a la emulación.

A todo esto le añade Cagigal otra nota, que expresa:

La representación adjunta demostrará a V.E. y persuadirá al rey, la falsedad y descaro con que la calumnia se ha atrevido a insultar mi honor y manchar el de mi edecán, el teniente coronel don Francisco de Miranda.

El Gobernador Cagigal nada hace contra Miranda, hasta tanto la Corte de Madrid dé respuesta a su alegación. Prepara, en cambio, la expedición a las Bahamas, parte el 22 de abril, directamente a la isla de Nueva Providencia. Son dos mil hombres, en los correspondientes barcos, comandados por el general Juan Manuel Cagigal; Miranda, autorizado por Gálvez, va como Ayudante del Comandante. Los ingleses no oponen resistencia; disponen de muy escasas fuerzas; se rinden. Miranda redacta los artículos de la Capitulación. Cagigal expide esta Certificación:

El teniente coronel don Francisco de Miranda ha servido de Edecán a mis órdenes en la toma de la providencia y conquista de todas las islas Bahamas, habiéndose distinguido particularmente en varias importantes comisiones que durante dicha expedición se pusieron a su cargo y contribuido muy principalmente a su conquista.

Miranda debió de hacer valer su dominio del inglés; Cagigal habla en sus comunicaciones de los cuatro idiomas de su edecán.

Finalizada la empresa, Miranda recibe el encargo de llevar la información oficial del triunfo al Comandante General Bernardo de Gálvez, en Cabo Francés. ¿Qué ambiente encuentra ahí? Se lo comunica a su jefe en La Habana: “Yo en honor y por obligación, debo decir a V. que aquí lo que hay es un cúmulo de desafectos, que infaliblemente conspiran a denigrar sus acciones de V. y a su honor y arruinarme a mí”. Bernardo de Gálvez debió haber recibido de Madrid notas similares a las que llegaron a La Habana contra Miranda. Las voces negativas tienen siempre vasta irradiación; y para las órdenes, no hay insularidad!

A distancia, en Madrid, esos mismos días (11 de marzo de 1782), se daba orden de prisión contra Miranda. La intriga infame continúa su carcoma; no han llegado todavía las alegaciones de Cagigal; los buques a vela tardan en llevar la correspondencia. El ministro de Indias, en Madrid, José de Gálvez, comunícale al Gobernador de La Habana:

El rey manda que, si al recibo de esta Real Orden, no hubiere ya enviado V.E. a España al teniente coronel don Francisco de Miranda, capitán del regimiento Aragón, según le está prevenido en Reales Ordenes de 2 y 16 de noviembre último, le haga inmediatamente arrestar y poner a disposición de S.M. en el castillo de San Carlos de la Cabaña; advirtiéndole a su Comandante, en orden que le pasará en inserción de ésta, que ha de ser responsable de la persona de Miranda, a quien privará de toda comunicación y del uso de la escritura hasta que S.M. determine otra cosa.

¡Apresar a Miranda!

¿Qué hacía el obispo, autor de la malignidad? Cagigal se lo cuenta a Miranda en una carta:

El pedante del obispo sufre con bajeza la soberbia que le domina y que mi circunspección le ha impuesto, sin que sus viles adulaciones y flaquezas hayan podido corromperme a que ceda un punto de mi concepto [...] Se ha ido huyendo a Santiago; allí vive y pace, sin cumplir así su obligación.⁴²

Hay que advertir que el obispo no iba solo en la perversa tramoya; Cagigal habla de Urrutia, Tagamena o Moya, el clérigo García, etc. ¡La inquisición, más la política anti-liberal, más la envidia!

Para reforzar la defensa de Miranda, se envían a Madrid los testimonios de dieciséis personajes, todos los cuales conocen al caraqueño, lo elogian y lo respaldan; entre ellos están el Auditor de Guerra José de Cuartas; José Montesinos, el culpable verdadero; el Comisario de Guerra y Marina Francisco Javier Matienzo; el conde Vallengano, el conde de Casa-Montalvo, el almirante Solano, que habló directamente de “calumnia”, etc. El obispo se negó al testimonio solicitado.

El Comandante General Bernardo de Gálvez apresa a Miranda en Cabo Francés y lo remite a La Habana: “Va Miranda –le escribe a Cagigal– en cumplimiento de orden de S.M. del 11 de marzo último, en que se me manda asegurar su persona y remitirlo a la de Vm”.⁴³

¿Cómo es recibido Miranda en La Habana? En triunfo por la victoria en las Bahamas. Se lo cuenta él mismo al abate Roland:

Habiendo llegado aquí felizmente el 5 del pasado mes, mis amigos me han recibido más bien en triunfo que otra cosa [vicisitud de las cosas!].

⁴² Colombeia. T. II: 278.

⁴³ En el *Archivo de Miranda* hay unas cuantas cartas sin firma, de amigos que quieren hacerle saber su respaldo. En una de ellas se dice que Miranda está muy triste... En otra se expresa: “Usted amigo mío, tiene más enemigos que cabellos; la emulación es grande”. Asimismo hay varias de una Geneviève enamorada.

Mi verdadero y digno amigo, el señor Gobernador, se ha distinguido entre todos y de alguna manera ha mitigado un poco en mí las sensaciones que conservo, y no olvidaré jamás, de la conducta de esos señores para conmigo.⁴⁴

Se le puso en libertad inmediatamente. ¡El Gobernador Cagigal desafió al Gobierno de Madrid, en defensa de la justicia! Pero cuando había decidido partir a España, para defenderse ante la Corte y defenderle a su Ayudante Miranda, fue reemplazado en la Gobernación por Luis de Unzaga y Amézaga el 29 de diciembre. El nuevo Gobernador le dejó tranquilo al oficial caraqueño, que había resuelto asimismo viajar con Cagigal a hacer valer su inocencia en Madrid.

Y llega, en efecto, el día de la partida. Cagigal y Miranda se embarcan en una fragata de la Escuadra española que se dirige a la Península. ¡Van directamente a las fauces del lobo monárquico!

Es muy diferente el ánimo de los dos viajeros. Cagigal cree en la justicia de quienes han de juzgar en la Corte su conducta, y la de su Ayudante; está seguro de esa supuesta rectitud. ¡Cómo se engaña! Miranda también espera una sentencia que lo declare inocente; pero ha habido una orden de prisión contra él, y no la olvida; está muy alerta. Todo puede suceder, ¡excepto dejarse él atrapar por sus enemigos! Su vigilancia y su astucia pesan más que el real poder de su amigo, quien también ha perdido fuerza al ser separado de la Gobernación.

Además, el venezolano porta dentro, muy adentro, un gran escozor, que un día hará explosión: el producido por las cartas que le escribían de Caracas contra las autoridades españolas. Especialmente aquella del 24 de febrero de 1782, recibida antes de la expedición a las Bahamas. Llegó con otras tres, llevadas por el fraile Padre Cárdenas. La que no traía firmas era la importante para la historia. Miranda la conservó en su Archivo; como había guardado ya muchas, también carentes de firma. Esta vez, muy prolijamente anotó al margen: “Carta

⁴⁴ *Colombeia*. T. II: 386.

de don Juan Vicente Bolívar [el futuro padre del Libertador Simón Bolívar], don Martín de Tobar y el Marqués de Mijares”. Las otras tres eran en esta ocasión de su cuñado Francisco Arrieta y de su hermana Rosa, con noticias familiares y algunos chismes políticos.

La carta de los tres mantuanos Bolívar, Tobar y Mijares decía textualmente:

Amado paisano nuestro: Ya informamos a usted plenamente por cartas que le enviamos en el mes de julio pasado del 81, el lamentable estado de esta provincia toda y la desesperación general en que nos han puesto las tiránicas providencias de este Intendente [José de Abalos],⁴⁵ que no parece ha venido aquí sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer; ultrajando él y todos sus secuaces personalmente a todo el mundo, y a su ejemplo, todo pícaro godó hace lo mismo, etc., y lo peor es que el maldito señor Ministro Gálvez [más cruel que Nerón y Felipe II juntos] lo aprueba todo y sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles y acaba de enviar una orden a todos los gobernadores para que ningún caballero americano se pueda ausentar a país ninguno extranjero sin licencia del rey, que es menester que se pida por su mano a Madrid. Con que véanos Vmd. aquí ya reducidos a una prisión desdolorosa y tratados peor que muchos negros esclavos de quienes sus amos hacen mayor confianza.

Y así no nos queda ya más recurso que en la repulsa de una insoportable e infame opresión [como Vmd. dice en su carta a don Francisco Arrieta]. Vmd. es el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que con los brazos abiertos y puestos de rodillas se lo pedimos también por el amor de Dios; y a la menor señal nos encontrará prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin y derramar la última gota de nuestra sangre en cosas honrosas y grandes: Bien sabemos lo que ha pasado y pasa por un vecindario en Santa Fe y en El Cuzco, pero no nos agrada el resultado y temiendo iguales consecuencias [y con la experiencia

⁴⁵ SALCEDO BASTARDO, J. L. *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 4ª ed., 1972: 230.

demás en casa de la de León] no hemos querido dar un paso, ni lo daremos sin su consejo de Vmd., en cuya prudencia tenemos puesta toda nuestra esperanza.

Allá enviamos a Vm. con el hijo de [...] firmas y noticias hemos creído necesarias para que en nombre nuestro y de toda la provincia, pacte y contrate con nuestro pleno poder y consentimiento; y aún más allá si lo tuviese Vmd. por conveniente, como potencias extranjeras, a fin de conseguir el rescate de un tan maldito cautiverio.

Esta la fiamos al padre Cárdenas, religioso de la Merced que va a La Habana y es sujeto de quien se puede Vmd. fiar y muy de su hermano de Vmd. Arrieta, quien le contará a Vmd. todo a boca muy pormenor, y nos promete traer la respuesta de ésta personalmente para nuestro alivio; por Dios que no deje Vmd. de enviárnosla sin falta.

Dios le guarde a Vmd. su importante vida muchos años.

B.L.M. de Vmd. sus fieles y amantes paisanos, [etc. etc.]

*Por todos [...].*⁴⁶

¡Había un fermento revolucionario; los venezolanos querían libertarse! ¡Pero Miranda no acudió; no era la hora! Esa su gran intuición, que los mantuanos no comprendieron; tenían la vista corta, o sufrían una presión excesiva sobre el ser requerido de ruptura y evasión. Corridos los años, hasta 1806 y aun después, querrán vengarse de él por no haber respondido al llamado que le hicieron. Atendiendo a un causalismo de reto y respuesta, contribuirán a la suma de 30.000 pesos, que fue el precio puesto a su cabeza; hasta presenciarán complacidos, además, la quema de las Proclamas mirandinas, en la

⁴⁶ *Colombeia*. T. II: 533. Ha habido el intento de negar la autenticidad de esta carta de 1782, de los mantuanos de Caracas; de él participa la prologuista del segundo tomo de *Colombeia*, Josefina Rodríguez de Alonso. El criterio meramente deductivo y de suposiciones empleado por los negadores –la mencionada prologuista, Augusto Mijares y algunos otros–, invalida por completo su alegato; aparte de que se muestran poco informados. Además del borrador para el diputado girondino Gensonné, ya copiado en páginas anteriores, Miranda se refirió a esta carta en una Memoria dirigida a William Pitt el 18 de marzo de 1799; allí Miranda declaró “que en 1782 recibió proposiciones revolucionarias de coloniales hispanoamericanos”. Y en una copia de esa misma Memoria, “Miranda afirma que desde el año 1782 tuvo instrucciones para solicitar auxilio de Inglaterra con el fin de conseguir la independencia absoluta de su tierra natal”. Cf. ROBERTSON, WILLIAM SPENCE. *Op. cit.*: 28 y 31.

plaza mayor de Caracas. Sólo dos años después advertirán que Miranda tenía razón, y actuarán a su lado, aunque no todos. En política, la miopía es un peligro. Los verdaderamente grandes son los únicos que descubren la hora exacta para el acto trascendente.

Hallábanse ya en alta mar los viajeros, cada uno con sus meditaciones, esperanzas, determinaciones. ¡A viaje largo, paciencia! Pero en las Antillas, las olas y el viento traicionan sorpresivamente. Y esta vez, estalló la tempestad con violencia; había peligro de naufragio. La fragata tuvo que refugiarse de prisa en el puerto de Matanzas, a unos cien kilómetros de La Habana, hacia el oriente. Las serias averías del velamen requieren reparación. Empieza así a operar el destino, o más bien el fatalismo de la ley dialéctica, y Miranda se ve detenido en su ruta hacia España; el acosamiento recóndito e incontrolable irá presionando, hasta cortar lo que deba desaparecer, a fin de que nazca aquello que está determinado. El azar a veces le hace el juego a la necesidad.

De este modo, cuando Miranda obtiene de Cagigal —quien decide trasladarse a La Habana— autorización para instalarse cerca, en casa de un particular, hasta tanto quede reparada la nave, emerge lo imprevisto. Le cuenta el propio Miranda a su jefe, en carta que debió hacerle llegar secretamente (16 de abril):

Hallábame, con el permiso de V.E., en el lugar de Regla tomando los aires, ínterin se metía lastre y recorría un poco la fragata que nos conducía a España, y anteayer se apareció en la casa donde asistía, un ayudante del señor Gobernador y Capitán General de esta isla, inquiriendo por mi persona que justamente estaba fuera de casa; y se fue ofreciendo volver luego. Poco después, y antes de llegar yo a ella, supe confidencialmente que de positivo se había dado orden para arrestarme, privado de toda comunicación por escrito o de palabra, y que esto dimanaba de pliegos que la noche anterior habían llegado del Guárico o España. [Los amigos cuidaban al viajero...]. Suspendí entonces la intención de volverme a la posada y me dirigí a la de un amigo. Allí me ratificaron varios otros lo mismo [...] No me quedó ya la menor duda de que el golpe venía dirigido con toda malicia por la

misma mano que disparó hace un año otro igual, fundado en la más solemne y más atroz calumnia que pudo levantarse, para denigrar mi honor y saberir el de V.E [...] ¡No es el delincuente a quien buscan, sino mi persona, sea más inocente y pura que Sócrates!

La carta continúa in extenso para llegar a esta soberbia conclusión, que es el golpe de espada que corta:

En este supuesto y para precaver asimismo dañados designios, resolví sustraerme de tal autoridad, dirigiendo mi viaje hacia Europa por las provincias anglo-americanas del Norte [...] Nuestro Señor conceda felicísimo viaje a V.E.

Los valientes saben guillotinar el pasado y hacer el viraje radical. ¿Dejarse apresar, y por causa de una calumnia? ¡Nunca! ¡El mundo es muy ancho, precisamente para evitar el efecto de tales patrañas!

El mismo día, desde su escondite, le escribe otra carta a Cagigal, con la anotación de “confidencial”. Necesitaba decirle algo más, aparte de que le pide que le envíe informes de la Corte a la ciudad de Filadelfia:

Le diré que mi idea en dirigirme a los Estados Unidos de América, no sólo fue por sustraerme a la tropelía que conmigo se intentó, sino para dar al mismo tiempo principio a mis viajes en países extranjeros, que sabe V. fue siempre mi intención, concluida la guerra; con este propio designio he cultivado de antemano con esmero los principales idiomas de Europa que fueron la profesión en que desde mis tiernos años me colocó la suerte y mi nacimiento. Todos estos principios [que aún no son otra cosa], toda esta simiente que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en mi entendimiento por espacio de treinta años que tengo de edad, quedaría desde luego sin fruto ni provecho, por falta de cultura a tiempo. La experiencia y cono cimiento que el hombre adquiere, visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija en el gran libro del universo; las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen; sus leyes, gobierno, agricultura,

policia, comercio, arte militar, navegación, ciencias, artes, etc., es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar en algún modo la obra magna de formar un hombre sólido y de provecho!

Espera viajar por Europa durante cuatro años, “para perfeccionar –dice– mi incompleta educación”. A Cagigal le llama, con justísimo acierto, “mi mejor amigo”; a él tenía que confiarle sus planes inmediatos. Como para ampliar su alegato, le recuerda lo que hizo el gobierno español diez años atrás con Miguel de Azanza y compañeros, en México, durante los ocho meses en que les tuvo “en aposentos lóbregos de una cárcel con las ventanas clavadas”.

¡Miranda ha medido su futuro! De haberse realizado normalmente la navegación, habría ido en Madrid directamente a la cárcel: había contra él seis órdenes de arresto, más una sentencia dada en La Habana por el Juez de Residencia Juan Antono de Uruñuela, por el supuesto contrabando: se le condenaba a pérdida del empleo en el ejército español, reembolso del precio de tres veleros comprados en Jamaica para la armada real, y diez años de prisión en la cárcel de Orán.

De la heroica decisión radical de viaje a los Estados Unidos a la realización del mismo, hubo una agónica espera de mes y medio. Miranda vióse forzado a vivir de escondite en escondite, en poblado o en el campo; se le buscaba; en la orden de capturarlo dada a los sabuesos no había precisión:

Me manda don N. diga a Vm. que se han dado las órdenes más estrechas a todos los capitanes de partido, para prender a la persona que Vm. sabe. El destino que pretenden dar a su fuga es con la variación de asegurar unos que a Boston, otros que a las Guines, otros que a Matanzas, otros que al Husillo, otros que a algún convento de frailes.

A tanto llegó la vigilancia, que el propio Cagigal, que ya había decidido en La Habana viajar sin Miranda, no pudo contestarle a éste la carta del aviso de la determinación de huir al exterior, sino al cabo de un mes. Decíale el gran amigo en esa hoja:

Siga Vmd. enborabuena el plan de su idea, pero merézcale mi amistad y mi cariño el único favor de que, interin yo le aviso desde Madrid las resultas de estos particulares, Vmd. no ha de tomar partido ni variar sus promesas en un punto. Yo por obligación y en justicia, debo manifestar al rey el distinguido mérito de sus servicios de Vmd. como testigo que soy de ellos [...] La emulación es constitutiva del mérito como del cuerpo la sombra; y así no es extraño lo que a Vmd. sucede, pues proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por la misma senda, bien que de todos modos es injusto y sensible [...] Espero con mi llegada a la Corte satisfacer el cariño paternal con que siempre he mirado su persona.

Vehemente, Bernardo de Gálvez llega a exigirle al general Cagigal por nota oficial, que le diga el paradero de Miranda. Respóndele con noble altivez Cagigal:

Debo decirle que el teniente coronel don Francisco de Miranda, por quien V.E. pregunta, se halla a mis órdenes por representación mía al rey, contestándome su Majestad quedaba inteligenciado [...] etc [...] y conviniendo absolutamente a mi honor, y al suyo, vindicarse a los pies del Trono como igualmente lo tengo ofrecido al mismo Soberano, yo respondo al rey de su persona; y este es el destino que tiene en el día, interin oyéndome su Majestad se dignase resolver otra cosa. Su paradero es en el campo, donde con mi permiso fue a restablecer su salud.

¡Excelente lección a un funcionario abusivo; a un hombre Javert!

La partida del fugitivo es inminente. Cagigal y Miranda llegan a verse a escondidas y con peligro. Dícele el general, en una esquila llevada secretamente: “Si pasado mañana Vmd. ha de volver, lo mejor sería ir casa de García donde hablaríamos. En fin, si Vmd. quiere exponerse abirme, que iré aunque me vean”. Miranda le contesta, también secretamente: “Dispense V. los ruegos e importunidades de un infeliz que por última vez pretende importunar a V. De cualquier modo (y aunque sea en mitad del día) he de merecer a V. se llegue aquí por unos minutos o me diga dónde le podré hablar, para ir yo a buscarle por medio de los mayores riesgos; no me queda ya otro

arbitrio”. La esquila final de Cagigal expresa: “Amigo: soy muy consecuente y daré hasta la vida por Vmd. El ir yo a esa es publicar a Vmd., sin embargo espero la respuesta para hacerlo inmediatamente, o lo que Vmd, manda. Sin que sea excusarme porque ya digo a Vmd. con su aviso paso al instante, pero me pareció que a la oración (las seis de la tarde) sería mejor. Vmd. resuelva lo que le parezca, que al instante lo ejecutaré”. ¡Qué ejemplo de amistad profunda, auténtica! La amistad es más que un vínculo; es una voz plural, un intercambio de esencialidades.

Al otro día, primero de junio, parte rumbo a los Estados Unidos, desde La Habana, en la balandra norteamericana *Prudent*, ayudado secretamente por sus amigos Ignacio Menocal y James Seagrove. Esa misma fecha sale hacia Cádiz la escuadra española; en uno de sus barcos va el general Juan Manuel Cagigal. El uno de los amigos entra en los brillantes derroteros de la libertad; el otro será declarado preso en su casa, y privado de bienes y renta, durante cuatro años! La muerte del ministro Gálvez le significará la liberación. Un día, al cabo de dieciséis años, los tribunales españoles declararán que Cagigal y Miranda fueron inocentes ¡La absolución resultaba una mofa!

Siete meses antes de la huida de Miranda a los Estados Unidos, la Inquisición española había dado también su acre veredicto:

Francisco de Miranda deberá ser encarcelado y sus bienes confiscados. En el momento de ser arrestado, todos sus libros y papeles deberán ser examinados y los objetos prohibidos confiscados [28 de octubre de 1782].

¡En España, no había salvación posible para el caraqueño!

Rara vez se encuentra en la historia que un gran mal —la intriga vil, en este caso— produzca un bien mucho mayor que ese mal. La tempestad que impidió el viaje de la fragata, dio ocasión para que se manifestara Miranda como rebelde fundamental; como varón, por tanto, dominador de disposiciones y mandatos contrarios a la justicia y a su clara conciencia de porvenir.

Es el hombre americano que en este acto ya se revela en su carácter de personalidad autónoma. Todo hombre, según Sartre, se elige en una situación. Miranda, en el momento crítico, se eligió hombre de libertad. La acusación ante la Corte era una maniobra perversa de sus enemigos. También Cristóbal Colón fue acusado ante el régimen de Madrid, y defendió su integridad. Los dos, Miranda y Colón eran hombres de destino. La diferencia aparece en su actitud; el uno se somete; el otro, hombre de América, se subleva y rompe el nexo.

EN EL PAÍS DE LA LIBERTAD RACIONAL

Inventar un tema vital, un tema para la vida por el que hasta se llegue a morir de buena gana, es el invento supremo a que puede aspirar un hombre.

JUAN DAVID GARCÍA BACCA. *Ensayos y estudios.*

Para Miranda, el arribo a los Estados Unidos significó encontrar las directas verdades de una revolución de independencia. Las estudiará hasta clavarlas en su espíritu, visitando uno a uno los lugares de los más importantes combates, conociendo personalmente a los héroes de aquella gesta, juzgando militarmente cada una de las hazañas. Ya está en marcha su vocación de hombre nacido para líder revolucionario y emancipador. No es hombre de paz, sino de rebeldía.

Desembarcó en New Bern, puerto de Carolina Norte, el 9 de junio. En la travesía pensó que podía desligarse del pasado radicalmente. ¿Consigue alguien desprenderse totalmente del ayer? Dos años más tarde, todavía estará dirigiéndose al rey de España, en un Memorial, desde Londres, para el rescate de la limpidez de su actuación. La erradicación de su pretérito la hará poco a poco, rumbo al futuro, hasta convertir los actos en ataque. No es hombre que deje hilos pendientes.

El valeroso acto liberatorio de Miranda se produjo en un año excepcional para la historia. En 1783 se firmó el Tratado de Versalles por el cual Inglaterra reconoció la independencia de los Estados Unidos, al final de la primera guerra anticolonialista habida en el Nuevo Mundo. Ese mismo año, nació en Caracas el futuro Libertador Simón Bolívar. Y ahora Miranda se libertaba también, coincidiendo con grandes sucesos. De ahí en adelante, ya podrá decir con orgullo lo que escribió T. S. Elliot en los *Cuatro Cuartetos*:

*En mi principio está mi fin;
y en mi fin está mi principio.*

No ha llegado a ese país por aventura de viajar; quiere conocer, pero tiene además voluntad de búsqueda. Su fuga fue el aprovechamiento inteligente y audaz de la ocasión que le ofreció la suerte. Todo, en la vida de Miranda, es planteamiento, ruta autotrazada.

En los Estados Unidos se le recibe con gran simpatía y reiteradas atenciones, tanto por las cartas de presentación del general Cagigal, todas elogiosas, como por ser un alto oficial del ejército español, que combatió a favor de la independencia norteamericana. Además, o más bien en primer término, por su magnífica cultura intelectual y social; su personalidad domina rápidamente; con él se puede hablar de todo, y en el más perfecto inglés. Por otra parte no se toma su arribo como huida; se sabe que se ha dirigido a las autoridades españolas y al propio Rey —Cagigal ha llevado ese grave encargo—, para exigir que se le declare libre de toda culpa. ¡No es un traidor; ningún norteamericano lo pensó siquiera! ¡No le hubiesen atendido como le atendieron! Era ya el personaje que ha comprendido, como dirá más tarde Humboldt, que el Nuevo Mundo hispano, como el sajón, estaba ya maduro para la independencia. No actuará solo; ninguna revolución es obra de un solo hombre; será líder, con otros después, de un pueblo decidido a ser libre.

Cuatro ciudades se vuelven centro de sus actividades: Charleston, Filadelfia, Nueva York y Boston. De esos lugares parte hacia fuera, constantemente, para visitar pequeñas poblaciones, estudiar costumbres y, sobre todo, para indagar en los lugares mismos, acompañado de los propios héroes, las batallas con éxito, sin éxito, como si quisiera en cierta manera poner en resurrección hechos y hombres. ¡Si todo fue ayer! ¡Si las últimas tropas británicas abandonaron el territorio norteamericano hace sólo dos meses!

Esta obsesión de palpar la guerra se torna tan predominante que hasta ciertas mujeres se quejarán de que no son correspondidas debidamente. Como viaja con libros, los presta en una u otra ciudad: a la señora Burr, la *Filosofía de la Naturaleza*, del Barón de Holbach (filosofía materialista); a Susan Livingstone, la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio europeo en las dos Indias*, del abate francés

Tomás Raynal, obra quemada públicamente en París por decisión del Parlamento. ¡Nada de literatura fácil, de frivolidades! Miranda no perderá altura nunca. Las mujeres que encuentra son de altura, casi todas.

No era New Bern, en la Carolina Norte lo que le interesaba a Miranda sino Charleston en la Carolina Sur; pero el capitán de la nave no se detuvo, probablemente “porque a él no le convenía”, dice el *Diario* mirandino. Así, tuvo que esperar un mes hasta poder viajar hacia el sur, retrocediendo. Charleston fue puerto atacado y tomado por los ingleses, que lo retuvieron por más de dos años. Ahí viven varios de los firmantes del Acta de Independencia. Ahí el general Greene le envía a su propio edecán para que le muestre al viajero las fortificaciones; encuentra los fuertes de Moultrie y Johnston en decadencia; al de Shute Folly, a pesar de su semidestrucción, lo considera “una obra maestra”. Le invitan a la casa del coronel Lewis Morris, ayuda de campo del general Greene; éste fue uno de los hombres-eje del general Washington. Todos ellos van narrándole las peripecias de la guerra libertaria, y lo hacen sobre el terreno, que parece todavía húmedo de sangre.

Cuando le presentan al juez Burke, Presidente de la Corte, se sorprende, muy gratamente, de hallar en él, un norteamericano, “el admirador, más apasionado de Miguel de Cervantes”. Conoce al juez Heyward, un hombre que determinó un acto con destino: su voto decidió que se aprobase, el 4 de julio de 1776, la Declaración de Independencia. El general Moultrie le explica la desesperada defensa que hizo del Fuerte Sullivan.

En este profundo penetrar en una guerra libertaria y en atender invitaciones, se le van tres meses, con inmenso beneficio espiritual para él. “El gobernador me ha colmado de honores —escribe— y la personas principales del país vinieron a visitarme; me han agasajado y distinguido mucho”. Hace una anotación importante, que de por sí revela el sacrificio que significó la guerra: “El número de las mujeres es superiorísimo al de los hombres, y hay quien les da una proporción de cinco a uno; sólo en el distrito 96 quedan 1.200 viudas”. (Hay que

advertir que las anotaciones de Miranda en su *Diario* no tienen nunca el más mínimo matiz sentimental).

Subraya que el gobierno de este Estado “es puramente democrático, como lo son –dice– todos los demás de Estados Unidos”, y se embarca rumbo a su segundo objetivo: Filadelfia. Veinte días de navegación, tocando puertos intermedios, hasta dar con la ciudad –“la mayor y la más hermosa de todo este continente”– en la confluencia de los ríos Delaware y Schuyl-Kill. Lleva muchas cartas de recomendación obtenidas en Charleston; le sirven de tarjeta de presentación, y nace por ellas una amistad. ¡Magnífica fórmula social, la de aquellos tiempos! ¡Todo hombre que viaje debe inventar su cadena y creer en ella! Por una carta de Cagigal, el agente de España F. Rendón le aloja en su casa.

Filadelfia es la capital de la nación; tiene unos 30.000 habitantes. La Casa de Asamblea, “donde se reunió siempre el Congreso para la gran obra de la Independencia” –dice textualmente “la gran obra”, hay que subrayarlo– le atrae mucho; lo mismo que la Colección Peale “formada por unos cien retratos, hechos por el propio artista, de los más importantes personajes, tanto nacionales como extranjeros, que han contribuido a la Revolución de esta América”. También hay que destacar estas palabras del *Diario* mirandino. ¡Puede advertirse cómo los Estados Unidos están sirviendo de escuela realista para lo que luego él mismo proyectará, con la potencia íntegra de su alma, para la América Latina!

El impacto mayor lo recibió el día en que llegó a Filadelfia el líder norteamericano George Washington:

El 8 de diciembre [1783] entró en Filadelfia el general Washington, de paso para el Congreso que se hallaba reunido en Annápolis, con propósito de hacer allí su dimisión formal, pues ya había tomado posesión de Nueva York y licenciado el ejército [...] Al día siguiente estuve a visitarle en compañía de Rendón [agente del gobierno de España] y le entregué una carta de recomendación que me había dado

el general Cagigal [...] y tuve el gusto de comer en su compañía todo el tiempo que permaneció en Filadelfia.⁴⁷

El arribo del héroe tuvo grandiosidad:

Su entrada fue a las doce del día, acompañado del ministro de Francia y de sus dos edecanes, coronel Humphreys y coronel Benjamín Walker, que venían con él desde Nueva York. También el Presidente Dickinson, el Sr. R. Morris y algunos otros oficiales americanos que se encontraban entonces en Filadelfia y una compañía de Milicias de Caballería, que salieron a recibirle a una distancia de cuatro o seis millas. Niños, hombres y mujeres mostraban tal contento y satisfacción como si el Redentor hubiese entrado en Jerusalén; tales son las nimias ideas y sublime concepto que este hombre afortunado y singular logra en todo el continente [...] Y es cosa bien singular por cierto, que, con tantos personajes ilustres como hay en América, que con su virtud y talentos han forjado la grande y complicada obra de esta Independencia, nadie tiene un mayor aplauso general ni la popularidad de este Jefe, mejor dicho, no la posee nadie más que él. Así como los rayos del sol, reflejando un efecto tan admirable, del mismo modo todas las actuaciones y hechos de tantos individuos en América se reflejan sobre la Independencia y se concentran como en un foco, en Washington.

Era natural, espontánea esa apoteosis del héroe, y más en Filadelfia, ciudad que organizó el ejército para la guerra y nombró a George Washington su Comandante, en 1775, apenas ocho años atrás. Los grandes héroes son tratados así por las multitudes. ¡La conciencia colectiva busca siempre el estrado y allí sitúa la voz de un ser que hable por todos!

Pero Miranda no reconoce ídolos; ésta será una de sus características diferenciadoras; prefiere lo equitativo, lo justo en términos estrictos. Así, su comentario sobre Washington tiene estas observaciones mordaces:

⁴⁷ MIRANDA, FRANCISCO DE. *Peregrinaje por el país de la libertad racional (1783-1784) - Diario de viaje a través de los Estados Unidos*. Caracas: Oficina Central de Información, 1976: 67.

No faltan filósofos que lo examinen [a Washington] a la luz de la razón, y conciban una idea más justa de lo que el alto y bajo vulgo tiene imaginada [...] Washington como foco, usurpación tan caprichosa como injusta. [Hay que recordar que en su Diario, que no estaba destinado a publicarse, Miranda dice su absoluta, su escueta sinceridad].

Añade Miranda algo menos importante:

Su trato es circunspecto, taciturno y poco expresivo, pero su modo de ser suave, al que acompaña una gran moderación, lo hacen soportable. Nunca pude observar que abandonara estas cualidades, ni siquiera cuando el vaso corría sobre la mesa con alegría y buen humor, y que al beber ciertos brindis se ponía de pie y daba sus tres “cheers”, como todos nosotros.

Nunca los Estados Unidos, en el dieciocho y el diecinueve tuvieron un varón de la excelsitud y grandeza de George Washington. Esto, a pesar de la crítica mirandina, que provenía del hoy inmediato.

“Fui presentado a las más distinguidas personalidades de la ciudad, quienes me honraron con numerosas invitaciones”, escribe Miranda. Una estada de dos meses y medio, por entero grata, sugerente. Hay anotaciones significativas:

Toda religión y sectas están permitidas: cuáqueros, ana-baptistas, Church of England, metodistas, presbiterianos, moravios, luteranos, católicos, reformistas, winchesteristas. Todos alaban a Dios en el modo y lenguaje que les parece mejor. Los cuáqueros tienen separación para las mujeres en el interior de los templos; un predicador nos encajó un sermón de más de hora y media, en el mismo estilo de nuestros frailes.

A pesar de la amplitud religiosa, los cuáqueros le llamaron la atención por haber tocado la flauta y jugado naipes en día domingo... (Los cuáqueros tienen cuatro templos en la ciudad).

Una de las relaciones más valiosas fue la de los intelectuales: un astrónomo, un profesor de física, un director de periódico, un

autor de “dos papeles” dirigidos al ejército, un orador y el secretario de negocios extranjeros. Era lo que daba esa incipiente ciudad capital que, además, se ocupaba en política y en negocios.

¡Había que ver algún lugar relacionado con la guerra! En compañía de tres amigos fuese en trineo —¡arreciaba el invierno!— a la población de Chester, cerca de la cual hallábase el sitio de la batalla de Brandywine (11 de septiembre de 1777), en que Washington fue derrotado. ¡No era una visita turística! Quería Miranda explicarse a sí mismo el por qué de la derrota. En el *Diario* que llevaba, anotó estas preguntas: “¿Por qué Washington se expuso a un riesgo tan evidente? ¿Por qué el general Howe no vadeó el río...? ¿Por qué Cornwallis marcha diez millas...?”. ¡Es el militar que juzga lo militar, con autoridad suficiente!

Probablemente Miranda quería quedarse en Filadelfia un poco largamente; no pudo hacerlo. Se lo cuenta en carta a su amigo el general Cagigal, cuya prisión ignora:

A mi arribo a Charleston tuve el gusto de escribir a V. comunicándole mi feliz arribo, etc. [...] Todo va bien hasta aquí [en Filadelfia]; pero, habiendo llegado hace pocos días algunas cartas de La Habana, donde algún desafecto o pícaro malvado se ha tomado el cuidado de escribir a distintos sujetos de esta ciudad todas las voces vagas que en aquélla hayan corrido con mi ausencia, añadiendo que soy desertor, etc., han llenado este pueblo de las mismas impresiones, y véame V. aquí en la más desagradable circunstancia que un hombre de vergüenza puede hallarse jamás [...] He determinado apurar mi constancia y sufrimiento, retirándome bajo algún pretexto, sin decir nada a estas gentes por ahora.. Dentro de tres o cuatro días pienso marcharme para Nueva York incógnito, y de allí seguir a Inglaterra [...].

La calumnia le sigue al calumniado como la propia sombra; el calumniado va caminando como si le hubiesen manchado. (Esta carta no llegó nunca a manos de Cagigal). Le pide al agente español Rendón, en préstamo, seiscientos pesos, después de explicarle la injusticia de que ha sido víctima; contrata un criado irlandés, John Dean, y procede a las despedidas, con cautela.

Nueva York, en la que se quedará seis meses, prenderá el gigantesco motor libertario mirandino y lo pondrá a caminar, sin detenerse, por espacio de treinta años. Nada más extraordinario hasta entonces en la historia latinoamericana, que esta determinación. La atestiguación del inicio es del propio Miranda:

*En los Estados Unidos fue que en el año de 1784, en la ciudad de Nueva York, se formó el proyecto actual de la Independencia y Libertad de todo el continente hispanoamericano, con la cooperación de la Inglaterra, tanto más interesada, cuanto que la España había dado ya el ejemplo, forzándola a reconocer la independencia de sus colonias en el propio continente.*⁴⁸

Allí “se formó el proyecto”, tomó forma, adquirió estructura; antes, en Miranda había ante todo un anhelo y una convicción,⁴⁹ que venían desde la noticia de las sublevaciones de Tupac Amaru y Los Comuneros y que se acentuaron definitivamente en la acción militar de Pensacola. En Nueva York, a donde arribó en el mes inicial del nuevo año 1784, se hizo el nacimiento de aquello que ya estaba encarnado.

Encuentra el viajero, en Nueva York, dos amigos excepcionales, que creen en él, que cooperan con él y le encienden de entusiasmo: el general Henry Knox y el coronel Alexander Hamilton, un lustrero menor que el venezolano; Knox había sido edecán y Secretario privado de Washington; su contribución al criterio y texto de la Constitución norteamericana fue de especial validez. Al general Knox, le presenta así su coetáneo Miranda, en su *Diario*: “Este hombre, que de simple librero pasó a la milicia, y de aquí a los primeros rangos

⁴⁸ *Archivo de Miranda*. T. VIII: 8-14. (Borrador de una carta destinada por Miranda al diputado girondino Armand Gensonné).

⁴⁹ En la *Historia de Louisiana*, del entonces cónsul de Francia en Filadelfia Barbé-Marbois, se lee: “En esa época llegó a Filadelfia Miranda, criollo de Caracas, emprendedor y fantasioso. Tuvo conversaciones con quien escribe esta Historia, y en ellas le dijo: Nuestros reinos en América no tardarán en ser estremecidos por una revolución semejante a la que V. ha presenciado aquí”. (Cita de RODRÍGUEZ DE ALONSO, JOSEFINA. *El siglo de las luces visto por Francisco de Miranda*. Caracas, 1978: 75).

del ejército americano, es uno de los militares más instruidos en la teoría y la práctica del arte de la guerra de cuantos caudillos he conocido en este continente, incluso el ídolo [Washington]. Su trato es bastante agradable y su conversación interesante”. Silueta admirativa, pero trazada fríamente.

¿Se entregó alguna vez Miranda a algún amigo, con esa totalidad propia de una amistad plena? ¡Tal vez ni a Cagigal! Operaba siempre con orgullo inmenso, y el orgullo distancia. Knox había actuado como uno de los consejeros de Washington y tenía la Comandancia de la Academia Militar de los Estados Unidos. Con él paseará, dialogando anchamente, en la ciudad de Boston. Hacia el final de la vida de Miranda, sólo Knox seguirá fiel en la amistad; Hamilton, no.

La búsqueda de lo militar, o sea el acto de ir palpando uno a uno los lugares en que, con el sacrificio de los hombres, fue plasmándose la emancipación, fue de carácter fecundo en Nueva York y sitios aledaños. En el paso del río Delaware, Miranda anota:

Por este mismo lugar pasó el general Washington cuando, en la víspera de la navidad del año 1776, sorprendió e hizo prisionera la brigada de Hesse que a las órdenes del coronel alemán Rall, estaba acantonada en ese lugar, guarneciendo uno de los más importantes puestos del acantonamiento del ejército británico.

Más adelante, escribe:

Por allí se ven —a inmediaciones de Brooklyn— las trazas y restos de las líneas americanas que los británicos quisieron el año 1776, cuando Washington se retiró por la noche con todo su ejército a Nueva York por el ferry, dejándolos enteramente burlados y redimiéndose seguramente de una ruina irremediable. También se ven “The Heights of Guana”, donde dos días antes fueron completamente derrotados y hechos prisioneros los generales Sullivan, Lord Stirling y Odell, que bajo las órdenes de Putnam se batieron tenazmente con un cuerpo de 6.600 hombres el 27 de agosto, contra el ejército británico que mandaba el general Howe, compuesto de 22.000 hombres.

Para un militar, estos hitos llevan al entusiasmo; para un soñador en la independencia hispanoamericana, esas huellas concretas de lo heroico, iluminan y anuncian el alto costo que paga el hombre para ser libre.

En Nueva York las damas enamoradas, solteras o no, acuden a Miranda en relativa abundancia; algo más que en Filadelfia, desde donde Francisco Rendón le dice al viajero: “A las señoras y señoritas Ross, Penn, Allen, Marshall, Rutledge, Shippen, etc., he dicho mil cosas de Vm. y todas le retornan muy finas memorias, agradeciéndole mucho las que hace de ellas.”⁵⁰ Una de las neoyorquinas más asiduas será Susan Livingstone, de las familias más influyentes del país; su padre había redactado, con Jefferson y Adams la Declaración de Independencia; fue Canciller de la república por espacio de un cuarto de siglo. Quedan en el Archivo de Miranda varias cartas de Susan, y tres o cuatro de su hermana Eliza. Cuánta dignidad, cuánta altura en esas páginas; también la pasión requiere nobleza, buen gusto, discreción; en esas cartas no aparece ni la más leve sugerencia de descensos.⁵¹

La fortaleza militar más detenidamente estudiada por Miranda —en compañía del coronel Taylor— fue la de West Point, a cincuenta millas de Nueva York, en la ruta del río Hudson. Sintió allí el viajero el intenso placer de revivir la heroica lucha por la independencia.

En el fuerte Washington, en la vía, tuve el gusto de dar un vistazo a las famosas líneas británicas que he mencionado [...] En White Plains, nos desayunamos y procedimos a visitar los puestos y situaciones de los ejércitos americano y británico que operaron sobre dicho terreno en el mes de septiembre de 1776. Allí permanecen aún los restos de las baterías y líneas que cubría el ejército americano, compuesto de 20.000 hombres cuando el general Howe, con el británico de 22.000

⁵⁰ Colombeia. T. II: 567.

⁵¹ PI SUNYER, CARLOS. En *Patriotas americanos en Londres* ya citado, tiene un capítulo titulado “Miranda y Casanova”. Allí escribe: “Como lo demuestra en su *Diario*, escrito entre sus veinte y cuarenta años, lo que busca Miranda en el sexo femenino es la mujer indiferenciada. Es la llamada del impulso vivo. Es la atracción de la mujer genérica como instrumento de la satisfacción del deseo” (página 156).

hombres lo quiso atacar. Se ve igualmente sobre la derecha el puesto llamado Chatterton Hill, donde el general americano McDougall fue atacado y batido por fuerza británica superior [...] No hay duda de que la posición primera del ejército americano era sumamente débil [...] Pero no es esta la primera que se le escapa al general Howe [...] A las diez de la mañana llegamos a West Point [...]; emprendimos inmediatamente la visita militar, comenzando por los almacenes de armas; en éstos se conservan unos 20.000 fusiles de fabricación francesa [...] Lo que verdaderamente es digno de admirar es la famosa cadena que servía para cortar enteramente la navegación del río [...] Pasamos al fuerte principal llamado Clinton; allí está depositado un tren de artillería de 160 piezas de todo calibre, tomadas a los ingleses en Saratoga y Yorktown [...]

Vienen luego los fuertes de Putnam, Constitution Island, Montgomery, Stoney Point. Miranda se siente ahí en plenitud de actividad y mando militares, en una guerra que no fue una de tantas, sino la única que se había hecho a nombre de la libertad. Esto es lo que realmente asimila. De no haberse hecho libertador, ¡Miranda hubiese podido ser un historiador de grandes exploraciones!

Hubo un episodio dramático, que debe ser recordado. Escribe Miranda:

Llegamos al oscurecer a Orangetown [otros la llaman Tappan]. Aquí se ve la situación que ocupaban los campamentos del ejército americano el año 80, cuando el desgraciado André fue ahorcado. He visto el cuarto de su prisión, personas que estuvieron a su lado y lugar de la ejecución. Al pie de la horca se enterró su cuerpo, y allí está aún su sepultura, señalada con dos lápidas comunes sin inscripción ni marca que indique el menor recuerdo de su memoria.⁵²

El mayor británico John André había concebido el plan de lograr la entrega de la fortaleza de West Point, valiéndose de su amistad con el general americano Benedict Arnold. “Está la casa —dice el *Diario* mirandino— donde desembarcó el mayor André y tuvo su

⁵² *Colombeia*. T. II: 150.

primera conferencia con el general Arnold”. La traición fue descubierta; a André se le aplicó la pena de muerte, en juicio ordenado por Washington. Arnold huyó.⁵³

Visita otras fortalezas, y, antes de salir hacia Boston, recibe una carta de un amigo suyo en Filadelfia, J. M. Vaughan, en la que le da este sorprendente consejo: “Parece que Vm. nos deja, para ir a Europa; pero que Vm. me permita decir que España no puede ser la morada de Vm.; las luces no están todavía bastante para premiar—puedo decir para tolerar— los ingenios tan liberales y generosos como el de Vm. Esta o Inglaterra es un suelo más propio para crear semejante planta”. ¡Miranda y España ya son términos casi contrarios!

¿Es fácil conseguir amigos auténticos? La amistad tiene más vidriosidad que el amor. Miranda, si no logró mas que amoríos y no amores, alcanzó la buena suerte de encontrar unos pocos amigos de lealtad entera, de decisión absoluta: el cubano general Cagigal, los norteamericanos coronel Hamilton y general Knox; y otros tres norteamericanos también: el coronel W. S. Smith, que será su compañero de viaje por Europa durante seis meses; James Seagrove, que influyó enormemente para que pudiese el venezolano salir de La Habana; y el patriota de la independencia Stephen Sayre, con quien hubo suficiente intimidad para la confidencia. En suma, un cubano y cinco norteamericanos; a los cuales hay que añadir los ingleses John Turnbull y Nicholas Vansittart (Lord Bexley). Exceptuado Hamilton, cuya actitud amistosa se debilitó poco antes de su trágica muerte, todos vieron en Miranda un hombre que se definía por sus proyectos—proyectos muy a lo grande— y se pusieron de su lado con irrevocable decisión; hiciéronse copartícipes de esas magnitudes que hoy la historia ensalza con tanto énfasis. Creer en alguien no es sólo conocerlo, sino admitirlo sin reservas: a esto se llama amistad.

⁵³ Para los ingleses, el mayor André fue un héroe; como tal, se le erigió un monumento en la Abadía de Westminster. Miranda guardó en su Archivo el texto completo del Juicio seguido al mayor André. Al hacerlo, obedecía a su subconsciente. Veía él, considerado traidor, una posible condena que a él podía tocarle; o miraba el anonadamiento de su cadáver.

Los tres meses de permanencia en Boston significaron más conocimiento de varones de excepción, nuevas visitas a lugares de guerra y las anotaciones constantes sobre cuanto iba observando. Principalmente: la economía, las estructuras político-administrativas, las Universidades y Bibliotecas, el vivir social, las preocupaciones religiosas de la gentes. Se ve forzado a escuchar sermones de pastores protestantes; examina la justicia. Es un humanista integral, para quien “nada de lo que sea humano le parece ajeno”. Y, a fin de no encontrarse en angustia, maneja los escasos fondos de dinero con la prudencia y la pacatería de un Voltaire.

En varios de los paseos por Boston y poblaciones vecinas, va en la compañía del general Knox. Un día,

el marqués de La Fayette llegó aquí, en el momento en que yo me encontraba. Tuve ocasión de tratarle y me parece de carácter mediocre, revestido de aquella actividad y moción perpetua de un ente galicano. Le acompañaban con carácter de edecán un joven francés, le Chevalier de Caraman, desprovisto de conocimientos, y el capitán de una fragata de guerra, La Nimphe, enviada a este puerto para conducirlo a Francia. Este viaje del señor Marqués me parece uno de aquellos juegos de manos con que suele Francia querer alucinar al género humano, y que en muchas ocasiones le suele surtir efecto, pero a los ojos de los que ven bien no son sino unas ridículas farsas políticas. Estas gentes sencillas e inexpertas aun en política, han procedido a demostraciones excesivas y absurdas, a medida que el “héroe” pasaba de un lugar a otro para recibir loores con la velocidad de un Rolando.

La misma actitud de resistencia, de parte de Miranda, que en presencia de George Washington. ¡No tolera las expresiones multitudinarias; ni el endiosamiento de los hombres! ¡La Fayette había entrado en las zonas de la vanidad!

A la llegada del correo, recibió una carta de Eliza Livingston, en que le decía: “Estoy encargada por media ciudad de transmitirle sus cordiales saludos”. Miranda había fijado huellas en la ciudad de Nueva York, como en todo punto donde iba deteniéndose. Sabía

hacerse inolvidable. La otra enamorada, Susan, habla más subjetivamente: “¿Se acordará usted de sus amigas americanas cuando esté metido de lleno en ese mundo de placeres [Londres], o seremos olvidadas? La felicidad no es el destino de los débiles mortales en este mundo transitorio”. ¡La ausencia, generadora de muy grave pesimismo!

¿Hubo donjuanismo en Francisco de Miranda?

A los personajes preeminentes de la historia se les conocen sus aventuras y amoríos; sus amantes. En las figuras secundarias, eso pasa inadvertido. De Napoleón y de Bolívar, de Isabel I de Inglaterra y de Catalina II de Rusia, de Alvear y de Fructuoso Rivera sucesor de Artigas, se saben los nombres de las mujeres o de los hombres que tomaron nexo pasajero o semidurable con esas vidas excelsas. Asimismo, de Francisco de Miranda. Uno de los tomos de su Archivo contiene únicamente cartas de las mujeres que se enamoraron de él; y en su *Diario* aparecen numerosos datos de triviales relaciones suyas con mercenarias del placer.

¿A esto puede llamarse donjuanismo? Cuando el fraile Tirso de Molina creó el personaje de Don Juan (1630), diole a su obra el título de *El burlador de Sevilla*. Porque una de las características del donjuanismo hállese en el hecho de seducir, para luego abandonar lo alcanzado. Don Juan es meramente un personaje de una obra de teatro; pero llevada a los hechos concretos su tendencia, llámase Giacomo Casanova, veneciano, de aventuras y jugador, contemporáneo de Miranda. El casanovismo, que viene a ser un donjuanismo aplicado, realizado, engaña a las mujeres y no las recuerda más. Stefan Zweig estudió muy detenidamente a este italiano, que se volvió escritor capital en sus *Memorias*, consideradas ahora como una exposición de la filosofía existencial. Lo analizó, en cuanto filósofo, Simone de Beauvoir, en magnífico ensayo.

No hay constancia en Miranda —sí la hay en Casanova, según su propia confesión, y con el señalamiento de numerosos nombres— de que hubiese seducido y engañado a ninguna mujer. Por punto

general, ellas se enamoraban de él; varón de muy refinada cultura social; acostumbrado a la vida de la Corte y amigo de duques, marqueses, ministros, gobernantes, monarcas, tomaba principalía en los salones espontáneamente; sus muchos conocimientos intelectuales, sus viajes numerosos, el dominio de varios idiomas, abrían en su favor muchas puertas. No buscaba; le buscaban; atraía sin esfuerzo. A Bolívar le sucedía lo mismo, constantemente.

Carlos Pi Sunyer estatuye este principio:

La búsqueda de placeres fáciles y amoríos pasajeros, es para Casanova algo fundamental; en Miranda, es cosa secundaria, accesorio y episódico. Los dos guardaron celosamente las cartas de las mujeres que conocieron íntimamente. En la mayoría de las cartas de Casanova se sabe con certeza si proceden de la amante o de la amiga, de la mujer apasionada y exigente o de la dama bondadosa y protectora. En las cartas a Miranda se plantean dudas; en algunas no se sabe ciertamente quién las escribió; en otras se tiene información completa, sobre aquellas que las escribieron; además, la forma vaga, a veces ambigua, con referencia a hechos que no se conocen y sobreentendidos cuyo fundamento se ignora, hace que en algunos casos no pueda saberse con certidumbre la índole y la hondura de las relaciones entre Miranda y aquellas que le escribían, con pasión en su juventud y más tarde con tierno y amable sentimiento.

Al menos quince nombres de mujeres asumen relieve en el ir mirandino: Pepa Luque y María Teresa, muy apasionada la una y resignada la otra; Geneviève, haitiana, que al quedarse sin su amor, le dice: “ojalá no te hubiera conocido”; Susan Livingstone y su hermana Elsa, que no se atrevieron en sus cartas desde Boston, a pasar de la sugerencia, tal vez por ser ambas puritanas; la sueca Catherine Hall; Sophie Michel; la viuda Miaczynski; la baronesa de Stael; Lady Stanhoppe; muchas cartas de la viuda de Pétion, quien dice: “vuestra por la eternidad”; numerosas, de su ama de llaves en París, Françoise, cuyas son estas palabras: “soñad en mí como pienso en vos; toda vuestra hasta el último día de mi vida”. Y las de mayor apasionamiento y más abundantes: las de Delfina Sabran, marquesa de Custine, en París. La inglesa Sarah Andrews, su ama de llaves en Londres, le dio

dos hijos, Leandro y Francisco. ¡Hay que añadir a la zarina Catalina de Rusia!

Miranda no tuvo ningún gran amor en su existencia entera; murió soltero. ¡No hubo para él una Manuela Sáenz! Las mujeres no dejaron huella de marca honda en su sentimiento. Por allí, no se le puede mensurar.

Tal vez el personaje que más le impresionó a Miranda en Boston fue Samuel Adams, a quien los historiadores norteamericanos han llamado “Padre de la Revolución”. De este político de sesenta años ya, expresa el *Diario*: “Aquí he tenido el gusto de conocer al famoso republicano, agente principal de la pasada revolución, Mr. Samuel Adams. Es sujeto de talento y de extensos conocimientos. Tuvimos charlas muy amplias acerca de la Constitución de esta república, y a dos objeciones que le presenté sobre la materia, manifestó su acuerdo conmigo, después que meditó bien los puntos”. Importa señalar esas objeciones, porque aparece ahí ya el Miranda, autor en el futuro, de estatutos para la organización de Iberoamérica.

La primera objeción fue: ¿cómo en una democracia, cuya base era la virtud, no se le señalaba puesto a ésta, y por el contrario todas las dignidades y el poder se daban a la “propiedad”, que es justamente el veneno de una república semejante? La otra fue la contradicción que observaba entre admitir como uno de los derechos de la humanidad el tributar culto al Ser Supremo del modo y forma que le parezca, sin dar predominancia a ley o secta alguna, y que después se excluya de todo cargo legislativo o representativo al que no jurase ser de religión cristiana. Graves solecismos, sin duda!

Miranda mostró siempre gran tolerancia en materia religiosa. Al par, su lógica actuaba con rigidez.

Samuel Adams fue uno de los signatarios de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Debieron de hablar in extenso él y el venezolano sobre ese documento, uno de los más importantes del mundo, en la centuria. Por este texto, básicamente

inspirado en las doctrinas del filósofo inglés John Locke, y por el hecho de la Revolución Industrial, se le ha llamado al siglo dieciocho “El final de la era aristocrática de la historia mundial y el nacimiento de la era democrática”.

De esa Declaración norteamericana emanarán, trece años más tarde, los “Derechos del Hombre” proclamados por la Revolución Francesa. El mundo empezó a pensar de otra manera! Dice la Declaración:

Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales, que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad.

Había nacido una filosofía política: la de la revolución contra un gobierno impuesto, sin el consentimiento de los gobernados: por consiguiente, contra la España colonialista! Es lo que seguramente pensó Miranda, cuyos planes de emancipación americana habían avanzado ya muy firmemente! Se supo sobre un gran sustentáculo, para su acción futura!

Cabe suponer que Miranda haya querido soñar un poco acerca del porvenir; para eso escribió veinte días antes de su partida rumbo a Londres, una “Estimación de gastos para equipar una fuerza de 5.000 hombres” que insertó en su Archivo, con esta anotación: “Boston, 23 de noviembre de 1784”. ¿Le ayudó el general Knox? ¿Fue simple indagación suya? En todo caso, más tarde hará muchos de estos cálculos, cuando trate de inyectar vida real a sus proyectos revolucionarios. ¡Va, hoy, en auténticas anticipaciones!

La visita a Salem fue impresionante, por el recuerdo de las brujas que eran quemadas ahí por el fanatismo religioso, y por otras huellas de esa misma obsesión, encontradas en el archivo de la ciudad.

Miranda copia esta: “Año de 1667 -County Court. Marido y mujer, por haber cometido fornicación antes de estar casados, fueron azotados y multados. Otros, por decir “my god”, multados. Una mujer por no asistir a la iglesia, azotada y multada; otros, por jugar a los naipes, simplemente multados, etcétera”.

No hay error ni hay exageración en decir que los Estados Unidos del lapso de la Independencia moldearon al Miranda libertario, facetándolo, insuflándole de vigor y rumbo; volviéndolo líder. La frecuentación de los grandes de la emancipación, militares y civiles; la toma de conciencia en cada uno de los lugares donde se libró la lucha; el examen de los métodos de guerra; la revisión de libros, folletos, proclamas; el ahondamiento en la propia Constitución; los informes que recibía o solicitaba; las confidencias de los combatientes; el análisis, en suma, de aquel gigantesco proceso de una lucha de largos años —más de seis— para alcanzar la liberación, hicieron de Miranda casi uno de esos héroes, uno de esos convencidos luchadores, uno de aquellos clarividentes del futuro. Allí se nutrió como nunca se hubiese nutrido ni en Inglaterra, ni en la Francia de la Revolución. Penetró a un campo inmenso de guerreros, idealistas y creyentes en la democracia, y se sintió invadido, pleno de esas luces. Para él, aquello constituyó un hechizo, viniendo, como había venido, de España, nación sometida a un régimen monárquico despótico, retrógrado, aferrado a un ayer oscuro incambiable. Todo se le hacía nuevo, creador; en todo encontraba impulso, emulación, vitalidad de germen. El contraste, más que deslumbrante, le entusiasmó. Y vio claramente que el hombre colonial requería independizarse. Su inteligencia atrapó en pleno el mensaje, y empezó a palpar profundamente su personal destino. ¿Por qué no ponerse a la cabeza de una obra gigante difícil, muy compleja, de sacrificio, pero digna en grado sumo para ocupar una existencia entera? El antecedente norteamericano era magnífico: conocía a España, las debilidades de su régimen, las taras de su mecánica administrativa; su capacidad dentro y su incapacidad fuera. Conocer es saber cómo y dónde atacar. ¡Había brechas abiertas!

Iba a salir de los Estados Unidos en el hervor ya medio sereno de los treinta y cuatro años. ¡A esa edad, ningún hombre le ataja al

hombre! Había estudiado muy detenidamente a ese país; John Adams, sucesor de Washington en la Presidencia, expresó textualmente que “Miranda estaba más enterado sobre cada campaña, sitio, batalla o escaramuza, que cualquier oficial de nuestro ejército o miembro de nuestras asambleas”.⁵⁴ Gracias a ese conocimiento minucioso, los Estados Unidos fueron para Miranda una escuela y una muestra de lo que podía hacerse; un ejemplo cívico que, en muchos aspectos, produjo en él una gravitación nueva.

Sale hacia Londres el 15 de diciembre; arribará en el nuevo año de 1785, al cabo de mes y medio de navegación. ¡Inglaterra es la enemiga de España; Miranda está perseguido por España!

⁵⁴ ADAMS, JOHN. *Works*. T. X: 135 (citado por ROBERTSON, en *La vida de Miranda*: 48).

VIVISECCIÓN DEL VIEJO MUNDO

¡Altivez del hombre en marcha, bajo su carga de real universalidad!

SAINT JOHN PERSE. *Crónica*.

Durante la larga navegación, ha leído Miranda las obras filosóficas de David Hume. Y arriba a Londres con esta impresión:

[...] Continué mi viaje por los Estados Unidos de América, visitando principalmente cuantos puestos y campos sirvieron de teatro de las más brillantes acciones militares de la última guerra, y conversando despacio con los héroes y sabios que ejecutaron aquella obra inmortal.⁵⁵

Al hecho de la Independencia lo llama “obra inmortal”; esta es su nueva convicción; se ha estructurado ahí una gravitación de muy alto poder penetrativo, que dará irrevocablemente con las grandes oquedades ígneas!

Londres será la ciudad donde resida más tiempo Miranda, sumados los cuatro lapsos que estuvo en ella; más aún que en España o Francia. Fue para él una segunda Caracas. En carta a su cuñado Francisco de Arrieta le dice en qué se ocupa por esos días: “La filosofía, el gobierno, las academias de ciencias, asambleas parlamentarias y sociedad de sabios y hombres de Estado, dividen todo mi tiempo por el presente, con sumo provecho, y contribuyen en algún modo a mitigar el peso de la dura adversidad”. Esta, significa carencia de dinero; a su cuñado le ha pedido dos mil pesos.

Dos preocupaciones acucian al viajero: preparar su gira por Europa, que será necesariamente larga; e ir redactando un amplio Memorial dirigido al rey de España, puesto en términos tales que el gobierno español sepa a qué atenerse en adelante.

¡Pero España se ha anticipado ya! Desde antes del arribo de Miranda, el embajador hispano en Inglaterra, Bernardo del Campo,

⁵⁵ Representación al rey Carlos III. *Colombeia*. T. III: 429.

ha sido prevenido por su gobierno de que al caraqueño hay que vigilarlo y, de ser posible, apresarle; oficialmente es un “reo de Estado”.

El primer Informe secreto de Del Campo proporciona muchos detalles:

Miranda habita en la calle de Palacio y dispone de dos criados. Como ha traído numerosas cartas de recomendación de Estados Unidos, trata ya en Londres a muchas personas de todas clases, así ingleses como de otras naciones. Con nadie hace misterio de quien es, destino que ha tenido, correrías que ha hecho últimamente y agravios que ha recibido de parte del Gobierno y Generales españoles. Cuantos le frecuentan convienen en ser hombre de mucho talento, de gran travesura y de una instrucción más que mediana; pero que es fanático en sostener los principios de libertad contra todo gobierno [...] Me dicen también que, si bien es verdad que frecuenta personas importantes, y otros que podrían parecer sospechosos, como generales, marinos e ingenieros, también es verdad que frecuenta a sabios, artistas y escritores con igual interés... Me ha molestado profundamente saber que hasta Lord Howe, Primer Lord del Almirantazgo, ha estado a verlo.

Hay un cerco cerrado de espionaje; bullen perversas intenciones, planes malvados. Especifica el Informe:

¡Se jacta de estar en posesión de papeles de la mayor importancia, entre ellos una documentación sobre la verdadera situación de diversas provincias de las posesiones españolas de Indias [...] También dice poseer los planos y proyectos de las últimas campañas y la correspondencia de nuestra Corte con sus comandantes navales y militares [...] Miranda tiene dos cofres grandes y uno pequeño, llenos de ellos. Su presente ocupación es hacer copiar en libros los que juzga más importantes, con la intención, según debemos recelar, de entregarlos al gobierno británico.

Los planes mirandinos eran muy otros...

La conclusión del agente diplomático español es certera: “Estoy convencido de que Miranda es sujeto capaz de llevar adelante con orden y tesón cualquier empresa atrevida, a la que auxiliarían, en momento oportuno, los enemigos de la Corona [los ingleses]”. El gran talento y la gran energía, juntos, pueden retar al mundo! Miranda posee lo uno y lo otro en superabundancia de poderío!

Del Campo es astuto y ladino. Escribe dos cartas, una para Miranda y otra al Ministro Floridablanca; son dos actitudes, casi contrarias. Le dice al venezolano:

A pesar de que no he tenido el honor de conocerlo, ya que no nos hemos nunca encontrado, e ignoro en consecuencia sus asuntos, el interés que tengo por todo español me incita a decirle que dentro de dos o tres días tendré ocasión de enviar su pliego, como también cualquier otra cosa que desee. Y le aseguro también que si puedo servirle en algo, gracias a mi influencia en España, quedaré a su servicio con la mejor voluntad.

Al Ministro le expresa otra cosa:

Vino a mi casa don Francisco de Miranda, en ocasión de estar yo fuera, y entregó el adjunto pliego, recomendando su segura remisión a la Corte. Aprovechando la ocasión, le escribí un billete muy cortés, para aparentar que no sospechaba nada [...] Si fuera posible emplear el sistema de Arnesto,⁵⁶ para que este hombre, confiado enteramente en la honrada generosidad de V.E., se aventurase a ir a España, creo que debíamos darnos por contentos, aunque sea a costa de algunos sacrificios.⁵⁷

¡La trampa, como método oficial! El pliego encomendado por Miranda al diplomático del Campo, para ser enviado a la Corte, es una “Representación” al rey Carlos III. Allí expone, discute y, luego, pide; todo, dicho en términos de lenguaje cortesano. No hay

⁵⁶ A este Arnesto, lo mismo que a otro de apellido Vidal, les convencieron de que pasaran por Francia; allí les apresaron y remitieron luego a España. Francia, aliada de España contra Inglaterra, se prestaba para esas ruindades.

⁵⁷ RODRÍGUEZ DE ALONSO, JOSEFINA. *Op. cit.*: 96.

en esos pliegos ni ingenuidad ni sometimiento; rige más bien la palabra altiva, que exige justicia y que renuncia a una situación:

Permitame ponga en sus reales manos esta petición, a que da motivo el injurioso y tropélico procedimiento que en mi persona ha querido también ejercer el Ministro del Departamento de Indias, don José de Gálvez;

Informa que ha sido acusado de contrabandista y de haber acompañado al general inglés Campbell; dos falsedades ya aclaradas; la segunda,

[...] una calumnia atroz con que se ha intentado dañar mi honor, y yo tengo pruebas de que todo fue tramado por el prelado Echeverría intrigante y bullicioso [...]. En el mes de abril de 1783 salió su primera providencia reservada para el arresto de mi persona [...], pero la inocencia mía y su malevolencia [la del Ministro Gálvez] interesaron a muchos en mi protección. Tuve puntuales avisos de sus tramas más secretas, y me embarqué con seguridad para Charleston, a fin de sustraerme por este medio de una cábala tan poderosa y aprovechar el tiempo al mismo paso, dando principio a mis viajes por los países más civilizados del mundo que yo tanto había deseado [...]. España no estaba en la lista de esos países “más civilizados” [...]. Continué mi viaje por los Estados Unidos de América, visitando principalmente cuantos puestos y campos sirvieron de teatro a las más brillantes acciones militares de la última guerra y conversando despacio con los héroes y sabios que ejecutaron aquella obra inmortal [...]. Infiero ser tal vez ciertas las voces que corrieron por América de haber sido Su Excelencia el General Cagigal puesto en arresto a su llegada a España [...]. No lo quise creer porque sería el acto de mayor iniquidad.

Y viene la parte sustantiva de la “Representación”:

En este estado, Señor, y con la desventaja mayor de todas para el ascenso que es ser “americano”, según la opinión general de esos reinos y particular del señor Ministro actual de Indias y del arzobispo que fue de México, don Francisco de Lorenzana, cansado ya de lidiar con poderosos enemigos [...] a Vuestra Majestad humildemente suplico

se digne exonerarme del empleo y rango que por su real bondad gozo en el ejército, de todo lo cual hago dejación formal por la presente [...] Así también apreciaría que se me permitiese rembolsar la cantidad de ocho mil pesos fuertes que me costó el empleo de Capitán con que comencé a servir en el ejército [...]. Desearía pudiesen servir al menos [estos ocho mil pesos] para que conociendo mejor mis paisanos su situación actual, caminen con más experiencia en lo sucesivo y sepan moderar los altos pensamientos a que comúnmente es guiada la noble "Juventud Americana".

La decisión del rey fue categórica: Miranda tiene perdidos el empleo y la graduación, y que Bernardo del Campo reciba el expediente contra Miranda! Para el rey no cuenta ya el pasado; ha sido eliminado por el hoy. Ya no obra el derecho, sino una maniobra política. ¡Es un enemigo, y nada más!

Miranda le había escrito a su gran amigo el general Cagigal, desde el fondo de la angustia: “¿Qué es de la vida de usted? ¿Dónde para ahora su persona? ¿Qué ocurrencias ha habido desde nuestra separación?”. Cagigal, en la prisión, ni recibirá estas cartas, ¡ni podrá escribir nada! ¡Está en marcha la justicia del rey!

Una noticia grata: el nobilísimo amigo de Miranda John Adams llega de Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos; le acompaña como Secretario otro amigo: el coronel William Stephen Smith. Miranda tiene así un hogar más para su nexo y esparcimiento.

Del Campo prosigue en sus malignidades. Envíale al ministro Floridablanca un plan de apresamiento de Miranda:

Estoy a punto de obtener de don Francisco de Miranda que acompañe a Flandes a don Matías de Gandásegui, que irá con su mujer y su hija a pretexto de poner a esta pupila en un convento. Me las arreglaré para que tomen la ruta de Calais, donde deben detenerse dos días. La policía francesa, prevenida, haría detener a los dos hombres cuando se dirigieran a visitar el castillo, como lo hacen todos los viajeros. Los pondrían entonces en celdas separadas, para liberar en seguida a Gandásegui, quien regresaría inmediatamente a Londres a reclamar

los cofres de Miranda —aparentemente con su consentimiento— para entregármelos o llevárselos a Calais. Gandásegui deberá entonces regresar a su celda para que el verdadero preso no sospeche nada. Una vez asegurado Miranda con sus papeles en territorio de Francia, lo demás dependía de la voluntad del rey.

¡En Madrid aprobaron el plan y lo aplaudieron!

Pero se presentó el azar, de pronto y despóticamente ¡Si de Madrid le han comunicado que demorará la respuesta del rey a su “Representación”, puesto que el monarca está muy ocupado, Miranda decide aprovechar el lapso y esperar la comunicación, en Alemania! Una carta del viajero al ministro Floridablanca dice las cosas con entera sencillez:

Por una rarísima casualidad va a frustrarse, por el momento, mi proyecto. El caso es que a fines de mes tiene el rey de Prusia sus más famosos ejercicios, que alborotan tanto a los militares. El tiempo que concibo se requiere para la determinación de Su Majestad sobre mis asuntos, es justamente el suficiente para aprovechar la coyuntura ventajosa que ahora se presenta a la investigación de un militar aplicado.

La contraposición de situaciones es magnífica: tensión agónica, ira, desconcierto, de parte del diplomático; ¡despreocupación, optimismo, alegría, en Miranda! Reacciona astutamente, sin embargo, Del Campo y le entrega al oficial caraqueño unas cuantas cartas de recomendación; quiere seguirle los pasos.

Le invita al Secretario Smith a acompañarle en parte de la gira; acepta éste por el corto lapso que le conceden de vacaciones; se encargará de la redacción del *Diario* mirandino. El amigo Turnbull otórgale un préstamo, y parten los dos el 10 de agosto de 1785 hacia Prusia; pasarán por Holanda. Miranda se lleva el grato recuerdo de las últimas cartas recibidas de la enamorada Susan Livingston, que le ha dicho: “Usted es demasiado lacónico en sus cartas [...] A veces me hago la idea de que volverá usted a este país, pero los alicientes de Europa son tantos”.

En el trayecto, Smith anota cuanto encuentran de interés; en la ciudad de Magdeburgo, el duque de Brunswick, Fernando, pide datos amplios sobre la revolución de los Estados Unidos; opina que el ejército americano “ha dado un ejemplo sin ejemplo”. Miranda tiene razón... “Magdeburgo es el gran depósito y arsenal prusiano... A nuestro regreso de la ciudadela nos encontramos con una guardia que conducía un número de individuos miserables y harapientos, todos encadenados y sonando por las calles sus cadenas, que regresaban a la mazmorra después de su trabajo diario. Aquí hay lecciones para los republicanos y temas para que los defensores del despotismo se sonrojen”, dice el *Diario*.

En Postdam se acentúa el contraste entre el lujo, el poderío, y del otro lado la miseria, el esclavizamiento. Es ya la zona de los dominios del rey de Prusia Federico II, a quien la historia llama El Grande. Vive en el palacio Sans-Souci donde abundan cuadros y esculturas de artistas; las columnas son de mármol; la biblioteca y las habitaciones, de gran elegancia. Pero, “en medio de toda esta grandeza hay un montón de leña en su comedor y su cama, disimulada en un rincón tras un biombo, parece estar demasiado puerca, aun para un monje; es una vulgar cama de campaña”. Los jardines, los corredores, fastuosos. “Es inútil tratar de describir en detalle; un interior ofrece una riqueza tan grande y buen gusto como yo no hubiera sido capaz de imaginar” (dice Smith).

Y de nuevo el contraste: “Los mismos centinelas de guardia en la puerta de su palacio, piden limosna”. Pero él viaja sin escolta; su residencia no está rodeada de muros y guardas; se alza en pleno campo. La reina, Elisabeth de Brunswick, vive en Berlín; el rey en Postdam.

Berlín es la ciudad capital de Prusia. En sus proximidades van a efectuarse las maniobras; para presenciarlas Miranda solicita del rey el debido permiso, que es concedido inmediatamente.

Federico II tiene “las mejores tropas del mundo” y además es un estratega extraordinario. Los estrategias no se hacen, sino que nacen, como los poetas, los músicos, los artistas; se aúnan allí los conocimientos militares vastos con la intuición. La genialidad militar de Napoleón, de Bolívar, de Sucre, se mostró en la estrategia.

En la correspondencia que recibe Miranda en Berlín, aparece una carta de su amigo James Penman (Londres, 26 de agosto) quien, un tanto alarmado, le adjunta un recorte del periódico londinense *Morning Chronicle* (20 de agosto): “Me ha causado alguna inquietud —dice Penman—, pero me abstengo por ahora de hacer cualquier comentario al respecto”. El artículo, titulado “América Española” habla directamente de Miranda, sin nombrarlo; aun más, revela todos sus planes políticos para la independencia de Hispanoamérica. ¡Por vez primera aparecía publicado lo profundamente auténtico de Francisco de Miranda! Alguien —¿quién?— había echado esa bomba de profundidad, que debió hacer explosión en la propia sala de la Corte de Madrid. La doble intención aparecía manifiesta: ensalzar públicamente un proyecto trascendente, y clavar un aguijón ahí mismo donde a Miranda se le negaba justicia. El texto,⁵⁸ de enteros adhesión y respaldo a la personalidad y proyectos mirandinos, expresa:

La llama que fue encendida en Norte América ha hecho su camino, como se previó, dentro de los dominios americanos de España. Esta emulación que encierra los compromisos del gobierno en la América española hacia los españoles nativos y establece otras distinciones entre éstos y sus descendientes del otro lado del Atlántico, ha sido una espada de doble filo y corta dos veces. Si esto ha preservado hasta ahora la soberanía de España en estos lugares, ha sembrado sin embargo las semillas de un hondo resentimiento entre el pueblo.

Se celebran conferencias, se organizan reuniones en secreto entre una raza de hombres que distinguiremos con el nombre de españoles provincianos. El ejemplo de Norte América es el gran motivo de conversación y un magnífico objeto de meditación. En Londres, estamos bien seguros, está en este momento un americano español de gran importancia, que posee la confianza de sus conciudadanos y aspira a la gloria de ser el libertador de su patria. Es un hombre de criterios sublimes y de inteligencia penetrante, diestro en lenguas antiguas y modernas, entendido en libros y conocedor del mundo. Ha pasado varios años estudiando la política general, el origen, progreso y fin de las diferentes clases de gobierno; las circunstancias que reúnen y retienen

⁵⁸ *Colombeia*. T. IV: 73.

multitud de hombres en las sociedades políticas y las causas por las cuales estas sociedades son disueltas y engullidas por otras. Este caballero, después de haber visitado cada provincia de Norte América, viene a Inglaterra, a la que considera como la madre patria de la libertad y la escuela del conocimiento político. Como amigos de la libertad, nos abstenemos de dar más detalles respecto a esta distinguida personalidad. Es una prueba notable y un ejemplo del hecho que queríamos ilustrar. Admiramos sus talentos, estimamos sus virtudes y de corazón deseamos prosperidad a los más nobles propósitos que pueden ocupar el ánimo de cualquier ser humano, otorgando el beneficio de la libertad a millones de sus conciudadanos.

España quedaba, así, notificada desde Londres de varias cosas: de que en Inglaterra se daba a un hombre-valor toda la estimación que merecía, en contraposición con lo que estaba sucediendo en el lar español respecto de este varón, al que se le juzgaba con injusticia y, sobre todo, con bajeza y miopía; de que le había nacido a España un enemigo muy poderoso; y de que las colonias españolas seguirían el ejemplo de los norteamericanos. Inglaterra se sentía con ello satisfecha: ¿no había España mandado tropas contra Inglaterra, en la independencia de los Estados Unidos?

La admiración y el respeto que producía Miranda en Londres, serán los mismos que se advertirán durante toda la gira por Europa; monarcas, príncipes, nobles y constituidos en autoridad querrán tener el honor de su amistad. Igualmente los sabios, los escritores y artistas. ¿Y en España? Allá no entenderán, sino cuando ya sea tarde, que lo transcrito por Del Campo encerraba una tremenda verdad. Decíale el diplomático a Floridablanca: “A veces Miranda, en una alegre sobremesa, declara a sus amigos que él solo podría hacer más daño a España que varios regimientos enemigos, y que nuestro gobierno ha obrado muy torpemente en darle justos motivos de queja y resentimiento”. Del Campo tal vez se mofaba de eso que transcribía; ¡parecía tan iluso! Sin embargo, como se ha dicho, “Nunca España tuvo un enemigo mayor en su historia!” ¡Un enemigo que le arrebató un continente entero!

Once días duraron los desfiles y maniobras, en las afueras de Berlín, con la actuación del “mejor ejército del mundo”. En la tercera maniobra se produjo algo digno de señalarse. Dice Miranda en su *Diario*:

Durante el ejercicio abandoné el gentío y fui solo a una posición dominante. Muy pronto vi al grupo británico avanzar hacia el mismo lugar, guiado por lord Cornwallis y el general Musgrave; avanzaron y pasaron muy cerca de mí por ambos lados; yo estaba demasiado ocupado con las tropas para fijarme en ellos. Al cabo de unos minutos, lord Cornwallis se adelantó, me saludó y se disculpó por haber pasado sin saludarme. El general Musgrave y el coronel Fox siguieron este ejemplo.

¡En este predicamento se le tenía a Miranda!

En la quinta maniobra apareció el rey en persona, en uniforme de gala. “El rey mandaba con gran atención, alineando personalmente cada pelotón en la línea de disposición; sus habilidades militares son indudablemente grandes y si contase con el cariño de sus soldados podría ser, quizás, un segundo conquistador del mundo”. Miranda traza en su *Diario* esta silueta de Federico II, el Grande:

Quizás la historia no puede producir un personaje más extraordinario. A la mentalidad de un filósofo, une el corazón y los sentimientos de un tirano; adorna sus mirmidones con toda la vistosidad y esplendor de sus uniformes mientras que con tres medios peniques por día se morirían de hambre en sus cuarteles, si no fuese porque se las arreglan cuando no están de guardia... El rey ve muy rara vez a la reina, y jamás habla con el Príncipe de los asuntos referentes a su reino. Con su mirada pone en movimiento a multitud de espectadores, y con un fruncimiento de ceño desalienta y hace temblar a sus súbditos. Pero él también sufre su pesadilla ante la cual tiembla a su vez, y ésta es José, el actual emperador de Alemania.

Tiene setenta y tres años; se ha carteadado con Voltaire y otros pensadores de Francia. La muerte le acecha, sin embargo, y dará su golpe pocos meses más tarde.

Hubo tres días más de maniobras, en Postdam.

En Berlín aparece el Miranda revolucionario, al hacerle una visita al filósofo judío Moisés Mendelssohn. Smith cuenta en el *Diario*:

Es una vieja figura antediluviana. Miranda empezó en seguida con su tema y predicó la libertad y la independencia con tanto celo como no lo hizo jamás el Rey de los judíos, cuando estableció su sistema religioso. El israelita sostuvo e insistió que eso era un ideal, y una necesidad, [etc. etc.].

Al recorrer un palacio —el del príncipe Henrich— vieron los viajeros en el salón lujoso una preciosa estatua de Cupido, con esta inscripción de Voltaire: “Seas quien seas, he aquí tu amo; lo fue, lo es y lo será”.

El Rey —que no pudo asistir, por un ataque de gota— despidió a todos los invitados con un almuerzo muy elegante en Sans-Souci. Entre los asistentes estuvo el agente de España, Miguel José de Azanza, cuya cortesía fue muy cuidadosa y gentil para con Miranda. Había recibido instrucciones de Del Campo.

En Postdam, la visita más significativa fue la que hicieron los de la gira al príncipe Fernando de Brunswick, a quien habían conocido ya en Magdeburgo. Ahora, “demostró más apego a los principios que nos gobernaron durante la revolución y que le expusimos plenamente durante una conversación de casi dos horas”. En la vida de Miranda hay varias anticipaciones; ésta, fue una de ellas, pues al cabo de siete años, Miranda y el príncipe Brunswick se enfrentarán en la batalla de Valmy, una de las victorias brillantes en la vida militar del caraqueño.

Miranda es hombre recto; espera que los demás lo sean. Al escribirle a Del Campo, para anunciarle que retornará pronto a Londres, le pregunta si el tesoro español ha devuelto ya la suma que le adeuda, por pago del grado de capitán... La rectitud, la sinceridad y la ingenuidad suelen entremezclarse con frecuencia.

Prosiguiendo la ruta recuerdan en Leipzig a Lutero; en Praga, a Juan Huss, condenado a la hoguera por el Concilio de Constanza (1415). No faltan a la Opera, al teatro; van a Galerías de arte, a bibliotecas; Miranda sabe que Europa es un prodigioso hacinamiento de tesoros. En Dresden conocen la fábrica de porcelanas Meissen.

Viena se vuelve compuerta que se abre a todos los anhelos: novedades, paseos, fiestas; sorpresas y hechizos. Viena es ciudad de claridad, construida con buen gusto y hasta con refinamiento. La nobleza posee palacios de esplendor, a los cuales van como invitados Miranda y Smith; concurren a fiestas de alto rango. Les sorprende que el emperador José II, a quien encuentran en el teatro, sea persona de vestir y costumbres sencillas, un tanto ajeno a los gustos de la ciudad. “Se confiesa regularmente y lleva vida libertina públicamente”.

En Viena se despiden Miranda y Smith; finalizado su permiso, éste debe retornar a Londres. Smith le hace a su amigo un préstamo de 240 libras, a fin de que continúe la correría; en el noble norteamericano tendrá Miranda siempre un amigo fidelísimo, capaz de darle voces de alerta cada vez que haya peligro. Llegará a impedir que los españoles alcancen éxito en sus artimañas persecutoras.

Miranda reasume la redacción de su *Diario* y sale en dirección de Presburgo, en Hungría. Su pasión por viajar, que es pasión por descubrir y encontrar, vale más que su esperanza de que la Corte de Madrid le devuelva su dinero. Parece un varón de aventura, de aventuras, esforzado. Hay que decirlo de una vez: será el hombre que convertirá su vida toda en una gran aventura: la aventura histórica más trascendente en la América del dieciocho-diecinueve.

Antes de llegar a la capital húngara (Presburgo), va con ilusión al palacio del príncipe de Estherhazy: allí es director de la orquesta Joseph Haydn. Anotará en su *Diario*: “Hablé mucho de música con Haydn”, el más importante compositor en Europa ese momento; Miranda sabía mucho de música; tocaba la flauta —hecho ya señalado— y llevaba dos flautas consigo, una de ébano y otra de boj, ambas del taller del famoso Baretto;⁵⁹ era un erudito en estos conocimientos.

⁵⁹ PARLEN, KURT en su *Diccionario universal de la música*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 1959, dice: “Durante el siglo dieciocho y aun después, la flauta era instrumento de los predilectos de la sociedad”: 140.

Añade Miranda: “Haydn convino conmigo en el mérito que tiene Boccherini”.⁶⁰ Con bondad suma, el gran maestro le acompañó al viajero, para que conociese el palacio: la biblioteca, la inmensa galería de pintura, el teatro, jardines y cascadas; el templo de Diana, el de Apolo, la ermita y la preciosa “La Bagatela”; los bosques los recorren en el carruaje del príncipe Nicolás José, que tiene setenta años. “Asistí por la noche a la Ópera —dice el *Diario*— y vi allí al príncipe, con su sobrina y con su querida, una mujer vulgar”.

El arribo a Venecia trae significación especial: conoce allí, en la misión diplomática de España, al ex-jesuita español Esteban de Arteaga, quien llega a entregarle la primera lista de ex-jesuitas americano-españoles que residen en Bolonia: doce de México, cuatro de Quito y siete de Chile. Estos religiosos, por haber sido expulsados de España y América por el rey Carlos III, guardaban grave rencor contra la Corona de Madrid y se volvieron, a corto trecho, valiosos colaboradores de Miranda en el empeño de la independencia.

Pero en esa misma Venecia estuvo Miranda en peligro de ser apresado por España, que continuaba persiguiéndolo. Esos días llegó a Venecia el nuevo representante diplomático hispano, señor de Moñino, hermano del Ministro Floridablanca; el anterior diplomático, marqués de Esquilache, había muerto. Por suerte, Moñino, que llegaba de Florencia, no había recibido instrucciones sobre la captura al venezolano; y no se las habían dado, porque nadie presumía por dónde iba a pasar el viajero, que era persona un tanto impredecible; en algunos sitios se presentaba, por prudencia, con el seudónimo de Coronel Martín de Mariland.

Hubo un hombre, un amigo noble, el coronel Smith, que vigilaba sin cesar. Antes de separarse en Viena, habían convenido en que para la correspondencia Miranda se llamaría Mons. J. Spilley. Y con este nombre le escribió una carta en varias copias, ya que también Smith ignoraba por dónde iba el viajero; los ejemplares fueron a Roma, Génova, Nápoles, Lyon. Ninguna llegó. ¡La situación era muy grave!

⁶⁰ Este compositor italiano, coetáneo de Haydn y muy valioso, fue a residir en Madrid, donde murió en pobreza.

Smith se había dirigido de Viena a París; encontró allí que la policía le aguardaba a Miranda para apresarlo y remitirlo a Madrid. El conde de Aranda, embajador español, había exigido esta cooperación del gobierno francés. Smith le escribió inmediatamente a su amigo, para prevenirle. Le decía, sibilinaamente:

No hay la menor necesidad de que Vm. venga aquí. Yo ciertamente insisto en que Vm. abandone esta parte de su plan. Yo seré capaz de hacer por Vm. todos los negocios [...] Ahora Vm. debe tomar el camino superior y presenciar mis asuntos en Rotterdam, Helvoetsluis y Harkich.

¿Cómo había descubierto Smith el peligro? Una carta del propio Smith, pero de tres años más tarde —cuando Miranda, desde los países nórdicos, ha podido al fin comunicarse con su amigo—, lo explicará todo:

Visité [en París] al marqués de La Fayette, quien apenas tuvo tiempo para saludarme, exclamando: ¡plegue a Dios, que su compañero el coronel Miranda no haya venido con usted. Diciéndole que no había venido, que yo le había dejado en Viena, entonces dijo que estaba muy contento de oír esto y me suplicó que si escribía a usted, le aconsejase de no venir a París pues si el conde de Aranda sabía que usted estaba en París, él [La Fayette] temía mucho por el destino de usted.

En Italia empieza lo medular de la empresa viajera mirandina. Es la presencia de la cultura clásica. Italia le entrega entera la policromía de sus expresiones estéticas, sociales, militares, religiosas y políticas. Miranda tiene la pasión del conocimiento; además, la necesidad de revisar sus lecturas. Para viajar, hay que saber; de otro modo, el ir de una parte a otra vuélvese simple traslado. Opera infatigable, porque le acucian la curiosidad y la exigencia de juicios y cuestionamientos propios. Nada le obstruirá sus propósitos, ni el frío excesivo, ni el calor agobiante; tampoco las dificultades, muy serias a veces, de transporte, comida y alojamiento. Con reiterada frecuencia, los problemas pequeños tornaron martirio las giras; pero el imán de la diversidad supera todo. La milicia le había fortalecido, enseñándole a ser tenaz e invencible y a encontrar vías o evitar sorpresas.

En Venecia le llama a la plaza de San Marcos, “una de las más bellas de Europa”; con sentido de erudito anota que el palacio Barbarigo de la Talasa está “en el sitio donde se hallaba la escuela de Tiziano” y deplora que esté perdiéndose el color de un cuadro de Piezetta. Ve detenidamente la biblioteca, el arsenal, la fábrica de cristales Murano. En presencia de los cuatro caballos de bronce de Lisipo, “no se harta uno de verlos”, escribe; asimismo se deslumbran con la estatua ecuestre de Bartolomeo Colleoni, plasmación maestra de Veroccio.

Esta voracidad estética mostrará Miranda en toda Europa, ya que Europa entera deslumbra con los tesoros dejados por diferentes culturas sucesivas. En Padua recuerda que allí nació Tito Livio. Verona le ofrece sus museos, sus templos, y también su desaseo, como Venecia; concurre a la Opera –casi en ninguna ciudad de Europa dejó de ir al teatro– y anota los nombres de las figuras que entregó la ciudad a la cultura: Plinio, Vitruvio, Cátulo. Magnífica música sacra escucha en Parma, y le sorprende cómo en el teatro Farnesio “se oye muy bien de todas partes lo que se dice en escena; yo hice la experiencia”. Encuentra en decadencia la celeberrima Universidad de Bolonia; de los dieciséis mil estudiantes que tenía, procedentes de muchos países, no hay sino cuatrocientos cincuenta. Es la más antigua de Europa: data de 1088; sus trabajos sobre medicina eran conocidos en el mundo.

En Florencia “no hay teatro ni diversión alguna; hasta las prostitutas están prohibidas”. Pero los museos, la biblioteca... En doce días palpa extático los fabulosos tesoros de arte de la Galería del palacio de los Uffizzi, del Duomo, del Palacio Pitti, en todo lo cual el Renacimiento parece haber grabado su imagen más permanente y lúcida. En la biblioteca toma y casi acaricia los manuscritos de Maquiavelo y Petrarca. “Tuve en mis manos un Virgilio del siglo V, en pergamino, corregido por las notas de un cónsul romano, y varios evangelios en caracteres griegos tan legibles como si ayer se hubieran escrito”. A fin de nutrirse mejor en todo, contrata un profesor de italiano. Ante las puertas de bronce del Bautisterio, fundidas por Ghiberti, recuerda la frase de Miguel Ángel: “Merecerían ser las puertas del paraíso”.

Al dirigirse a Pisa, pasa por el campo donde murió la sanguinaria Catalina de Medicis. Ha comenzado el nuevo año 1786; la ciudad está jubilosa.

Una huella de América encuentra en Livorno: al pasar por un mercado de pieles, halla –lo señala en su *Diario*– que “los cueros procedentes de Buenos Aires son de mejor calidad y mayor tamaño que los demás”.

Para Roma, un mes entero; inscrito en la pensión como el coronel Martin de Mariland, podrá operar libremente; el seudónimo escogido le recuerda a los Estados Unidos. Quiere pasar inadvertido; la máscara permite duplicar la acción.

Hay que poseer mucha cultura, para ver a Roma. En la Roma grande cuyos círculos luminosos penetran profundamente en la historia universal, se conservan tres magnas realidades: lo que queda del Imperio de los Césares; lo que forjó el Renacimiento, y todo cuanto hizo o deshizo allí el cristianismo católico en un lapso de muchas centurias. El viajero prefiere, ante todo, la huella más antigua. Si se observa con perspicacia, hállase que Miranda va realizando, de los Estados Unidos en adelante, una excursión de carácter histórico preferentemente; en cada lugar busca los monumentos, las ruinas, los sitios de batallas y las fortalezas; recuerda, a cada paso, el ayer de carácter perdurable. El futuro revolucionario aparece, en este sentido, tradicionalista. ¿Y quién podría crear, sino cimentándose en la obra válida del pasado?

Se sorprende intensamente en el Panteón, templo construido por Agripa, yerno del emperador Augusto: “es el más hermoso resto de la magnificencia de la antigua Roma y el solo templo romano que se haya conservado enteramente; es superior seguramente a San Pedro”. Pero dentro se han erigido altares católicos; Miranda protesta, con entera razón. “Del Panteón se sale disgustado. ¿A qué altares de santos en un templo de gentiles? ¿A qué deshacer sus bellos ornamentos de bronce para fundir cañones inútiles? ¿Y para qué enterrar 28 carretadas de reliquias bajo el altar mayor?”. Al visitar el

Coliseo –anfiteatro de Flavio– vuelve su desagrado profundo; no soporta la profanación de lo que constituye cultura de una época.

No se puede retener la indignación [escribe] contra aquellos que han contribuido a destruir este insigne monumento del poder romano. Vespasiano lo hizo edificar, aplicando 12.000 judíos, etc., y podía contener 107 mil espectadores. Los bárbaros mismos lo respetaron. Con sus materiales han formado palacios –el Farnesio es uno– que no pueden parecer más que chozas en comparación del Coliseo. Donde estaba la arena hay ahora un Vía Crucis, para remate de todo.

Cristianos y no cristianos, el Vaticano y los civiles poderosos entraron a saco en las obras monumentales del Imperio Romano; aprovecharon los mármoles y columnas para templos, para edificios fastuosos. ¡Una gran civilización fue destrozada por otra, arbitraria y audaz!

A la columna de Trajano la llama “tal vez la más bella que se conoce en el mundo; se ven allí batallas, marchas, campamentos, pasos de ríos, casas, en un total de dos mil quinientas figuras que se entorchan en espiral, representando las expediciones de Trajano sobre los Dacios. ¡En lo alto, una estatua de San Pedro ha reemplazado la de Trajano! [...]”. Sabido está que la cultura romana creó dos originalidades arquitectónicas: la columna conmemorativa y el arco de triunfo; una y otro, constituidos en magnitud, en grandeza, son propios del imperio más importante de todos los tiempos.

Cerca del Coliseo está el Arco de Constantino... Fue uno de los cuatro arcos del Foro de Trajano. “Las ocho hermosas figuras de los Dacios, que allí se ven descabezadas, lo fueron por el cardenal Leopoldo de Medicis”.

Pasa por la Plaza Nova, célebre por sus tres fuentes; admira luego las Termas de Tito. Y da con las ruinas del Foro Romano, donde asesinaron a Julio César; allí hablaba Cicerón, en el Senado. Camina Miranda “con la imaginación llena de los hechos históricos de la historia romana”. Sobre el Capitolio escribe:

Celebérrimo lugar, centro de la potencia de Roma, de donde los Escipiones, Pompeyos, Césares, etc., partían a subyugar el universo que no podía resistirles, se sometía a sus leyes e inclinaba la cerviz [...] Apenas se puede conocer hoy el sitio que ocupaban lo monumentos más célebres: la Ciudadela, Roca Tarpeya, Templo de Júpiter Capitolino.

Contempla muy detenidamente la estatua ecuestre, en bronce, del emperador Marco Aurelio, filósofo estoico, y anota la exclamación del pintor Maratta (siglo diecisiete): “¡Muévete; te olvidas de que eres vivo!”.

Los templos del catolicismo romano reciben del viajero especiales anotaciones. Sobre la basílica de San Pedro escribe —habla siempre con total franqueza—:

No me hizo este edificio, a primera vista, aquella sublime impresión que yo esperaba, pareciéndome que le faltaba majestad y sencillez [...] Al entrar en la iglesia quedé desconcertado ante sus inmensas proporciones y el gran número de monumentos diferentes que se ven en todas partes.

Días después, expresa: “San Pedro me gusta a cada visita”. En la plaza gigante, frente a la basílica, se yergue el obelisco rojo, altísimo, lleno de jeroglíficos egipcios: “Constantino lo trajo desde Tebas, en el alto Egipto, para colocarlo en el Circo Máximo, de donde lo quitó Sixto V, para ponerlo aquí”.

Las notas de Miranda son un amplio curso de información culta. Cuando entró a la iglesia de San Pietro-in-Vinculi, buscó inmediatamente el mausoleo del Papa Julio II, creación de Miguel Ángel. Este proyecto, concebido para monumento colosal, no pudo realizarse sino en la parte que queda, por muerte del artista. A un lado del templo hállase la estatua de Moisés —debía integrar el mausoleo—; de ella dice Miranda:

Sentada sobre el sarcófago, es indudablemente la obra maestra de Miguel Ángel y por consiguiente de la escultura moderna. La barba es quizás demasiado larga, mas la noble expresión y la gran inteligencia

y naturalidad con que está hecha, le dan una animación sorprendente. No se cansa uno de ver esta estatua. [...] Santa María de los Ángeles es un templo majestuoso, formado de una pequeña parte de las Termas del Diocesano, que el célebre Miguel Ángel, sirviéndose de la gran sala que estaba mejor conservada y alguna otra parte adyacente, dio la forma de una cruz griega, y ha realizado la más bella y majestuosa iglesia de Roma, a excepción de San Pedro.

La célebre basílica de San Juan de Letrán, que es la sede del Sumo Pontífice y la primera iglesia del mundo católico-apostólico-romano, es fábrica y donación de Constantino Magno, según dicen [...] El interior está lleno de columnas, estatuas, dorados, pinturas, estucos, capillas, etc., que sólo logran producir una impresión confusa, sin orden ni concierto, a pesar de poseer excelentes piezas. Y este es un defecto que tienen todas las iglesias de Roma, sin exceptuar San Pedro.

En la Capilla Sixtina asistió el viajero a una misa pontifical. Sus observaciones son las de un incrédulo. Miranda fue católico hasta los veinte años, en su lapso de Caracas. En Madrid, y luego en las guarrniciones donde sirvió, fue despojándose poco a poco de las creencias, por obra de sus lecturas. No se volvió hostil a la religión como sucede en los espíritus que del pro pasan al anti y caen en fanatismos —no hay peor creyente que un converso—; más bien sometió los actos del cristianismo y la conducta de sus gentes a severas observaciones críticas, desde un fondo personal exigente. Escribe en su *Diario*:

Llegamos a tiempo de ver toda la función, que realmente es digna de la consideración de un hombre que piensa. ¡Qué fausto! ¡Qué absurdidades! ¡Cómo es posible que los pueblos hayan prestado veneración y creencia a unas ridiculeces semejantes! [...] Allí estaba el Sumo Pontífice [Pío VI], con sus cardenales y obispos; éstos, sentados por tierra de la manera más humillante, y aquellos en sillas altas con sus caudatorios a los pies. Cuando Su Santidad oficia la misa, le traen la hostia a su silla, para que allí con todo descanso la consuma, y asimismo el sanguis, que lo bebe por un tubo de oro, como las limeñas el mate [...] Todos los días, a la una del día, comparece el Papa por la puerta de Santa Marta, que comunica con el Vaticano por un subterráneo, en chinelas carmesíes, bata blanca a modo de “robe de chambre” y empolvado

como un petimetre parisién [...], se dirige a la estatua sedente de San Pedro y de pie, apoya su frente sobre el pie de dicha estatua, bésalo por encima tres veces, cierra los ojos como que reza [...] etc. Observa esta vida regularmente, según me informaron, dejando todos los monopolios al Nepote [príncipe Braschi, sobrino del Pontífice], que se enrique enormemente a ojos vistas.

Del gigantesco fresco “El juicio final”, que queda detrás del altar, nada dice Miranda; no lo vio: mientras oficiaba el Papa, era obligatorio cubrir el fresco con un cortinaje, para tapar los muchos desnudos que allí pintó el artista.

Las Termas de Caracalla “que contaban con 1.600 sillas de mármol y baños para 3.000 personas a un tiempo, dan cabal idea de la grandeza romana; esto se ve confirmado con los restos que quedan”. El ciudadano romano tuvo muy alta conciencia de su valer, y se enorgullecía de pertenecer a un imperio como nadie se ha enorgullecido después en ninguna zona de la tierra. El “soy ciudadano romano” significaba el título mayor para un hombre. Miranda va advirtiéndolo a través de cuanto ve; e idénticamente pensará, pocos meses más tarde, el genio de Goethe, al visitar estos lugares augustos.

Otros monumentos le exaltan al viajero: el mausoleo de Adriano –Castillo Sant Angelo–; la vía Appia, por donde parece que continuaran pasando las legiones romanas; el admirable mausoleo de Cecilia Metella, mujer de Creso, el ciudadano más rico de su tiempo. Se da el placer de pisar la tierra donde Rómulo fundó a Roma, en el monte Palatino. Va a las ruinas de la famosa ciudad de Túsculo; allí estuvo la Academia de Cicerón; examina detenidamente el Museo de la Antichità; viaja hasta el anfiteatro Castrense, que está fuera de las murallas de la ciudad.

De entre tanto y tanto como ofrece Roma, la ciudad más rica del mundo en historia, le falta a Miranda una visita a la Puerta Latina, a cuya proximidad hállase el templo del dios Rodicole, edificio construido en el mismo lugar en que acampó Aníbal, para disponerse a sitiar a Roma (guerra púnica segunda). Luego, conoce la catacumba

de San Sebastián. Las catacumbas eran simples cementerios subterráneos, acerca de los cuales se forjó mucha leyenda de tipo religioso.

Las catacumbas de San Sebastián están consideradas como las más célebres y vastas de Roma. Algunos escritores aseguran que 13 Papas y 74.000 mártires han sido enterrados en ellas. He aquí la abundancia de reliquias con que Roma comerciaba con todo el mundo cristiano, lo cual producía tesoros inagotables: [...] Yo me reía interiormente viendo cómo don Luigi –su acompañante– y mi criado se llenaban a escondidas las faltriqueras de tibias y otros huesos santos [...] Antes de despedirnos, el buen fraile que nos acompañó tuvo que convenir conmigo en que no sería extraño que nuestras sacras reliquias fueran huesos de paganos [...] Oyendo esto, mi gente rectifica y tira sus reliquias al diablo. La Roma Imperial amaba mucho la vida; el culto de la muerte lo crearon los egipcios en la antigüedad.

Y participa jubilosamente el viajero en las fiestas del carnaval; a pesar del frío, las gentes van dichas por las calles, en ánimo de desbordamiento. Desbordarse es vivir en gama más luminosa: se ríe y se olvida.

Hay una única referencia de Miranda a sus ideales de emancipación americana, durante su visita a Roma: la presencia, en su pensión, como contertulio, del ex-jesuita Tomás Belón. Le entrega Belón, al final, una lista de los ex-jesuitas hispanoamericanos y españoles residentes en Italia; 290, procedentes de México, 12, del Perú, y dos del Paraguay y Buenos Aires. Entre los peruanos consta Juan Pablo Viscardo, que a veces firma como Rossi; su “Carta dirigida a los españoles americanos” que es una vehemente protesta contra el colonialismo español, la aprovechará Miranda magníficamente. Los ex-jesuitas, enemigos de España, que los había expulsado, eran, por otra parte, gente muy versada sobre Hispanoamérica, que Miranda quería conocer a fondo; ellos le informaron sobre habitantes, economía, problemas sociales; orientándolo, sirvieron a la revolución americana con alta eficacia; hicieron la hendidura para la siembra.

Nápoles le ofrece nuevas diversiones carnavalescas. Todo es bello, interesante, emotivo, para este turista de treinta y seis años, apuesto, enamorado, cultísimo.

En la Iglesia de la cartuja de San Martín encuentra un Cristo de Miguel Ángel, con la correspondiente leyenda: que el artista mató a su ayudante para copiar la agonía. Esta leyenda se ha aplicado después a varios escultores y pintores, en Europa y sobre todo en América.

Nápoles, ciudad anexada a España desde tiempo atrás, está gobernada por los borbones; Miranda se sabe más a gusto; por estar de incógnito, allí nadie le molesta ni persigue. Sale de la ciudad para conocer el palacio real de Caserta y el acueducto, construidos por Carlos III, cuando estuvo de rey de Nápoles. Asiste a la Opera, al teatro. El hombre culto aparece hasta en las minucias: “El vino del monte Falerno no es como el que describe Horacio”. Recuerda que el rey Carlos ordenó las excavaciones de Pompeya y Herculano, descubiertas cuatro décadas atrás. Sube al Vesubio. Encuentra que en la ciudad hay tres Conservatorios de música, en los cuales “los castrados se reciben gratis y les pagan todos sus gastos”. Goethe hablará también de estos cantantes que mediante la amputación conservan voces de extraordinaria calidad.

Al fin, ahora sale rumbo a Grecia, otro anhelo muy sustantivo para Miranda, espíritu estructurado por la cultura clásica. Italia y Grecia, son grandes fundamentos para ese ver profundo y austero, armonioso y muy elevado.

Ir de Nápoles al puerto de Barletta, significa atravesar la península, por medio de los Montes Apeninos y por tierras poco atractivas, yendo del mar Tirreno al mar Adriático. Viajar, en aquellos tiempos, a caballo o en carruajes, era sacrificio que soportaban únicamente los organismos fuertes. El propio Miranda se vio persistentemente atacado por un dolor de cabeza que le mortificaba mucho. El calor, los accidentes de las vías de tierra y piedras, las tempestades, los mosquitos en la noche, bastaban para fatigar aun a

los más vigorosos. En esta ruta, fue necesario que se formara una caravana de carruajes y que caminaran protegidos por gente armada, a causa de los salteadores abundantes en la región. Llegar, significaba placer; no, el ir. El inmenso recorrido que efectuará Miranda, constituirá real hazaña.

En Barletta esperará diez días hasta conseguir embarcación para Ragusa. En estas esperas lo único que salva es la cultura. Lee Miranda dos obras oportunamente adquiridas: *Las Memorias del barón de Tott sobre los Turcos y los Tártaros* y *El viaje literario de la Grecia*, por Pierre Agustín Guys, escritores franceses los dos. El oficial caraqueño sabe viajar: se informa antes, lejos de la superficialidad de los datos aislados.

Ragusa, pequeña república aristocrática entonces –hoy, Dubrovnik, ciudad de Yugoslavia– le recibe al viajero con las atenciones propias de gentes constituidas en la mayor altura social; la familia del conde Basseglí y las de los condes Regnina y Sorgo, sobreabundan en atenciones por espacio de veinte días; le acompañan a excursiones sobre todo a ruinas de lo que edificaron los romanos.

Entrar a una Grecia policromada ese momento por la primavera (mayo), es convocar la plena luz de los dioses del Olimpo. Desembarca jubiloso en Patrás; pero allí descubre, desde las primeras horas, el contraste; ¡la Grecia de la inmortalidad está ocupada por los turcos! Y la civilización turca es tan inferior, tan burda, tan torpe en algunas de sus expresiones ¡Turquía gobierna despóticamente ahí desde hace más de tres siglos! ¡En 1770, quince años atrás se sublevaron una vez más, los griegos, y fueron reprimidos con brutalidad: media población pereció en el heroico empeño o huyó cuán lejos pudo!

Cuarenta días emplea Miranda en ver la Grecia que con tanta precisión conocía por sus estudios y lecturas. Ama a este país tanto como a Italia, por lo que significaron para el empinamiento sabio del hombre sobre la vida; parece embriagarse ahí con la complacencia de un gran sibarita del saber.

Poco se detiene en la visión de las costumbres. Presencia un matrimonio al estilo griego tradicional, en el que la novia deja caer el velo de su cara para que el novio la vea “por primera vez”; ida la pareja, efectúase el baile en el que “verdaderamente no se puede dar una idea de la obscenidad de los movimientos de los bailarines. ¡Qué Juan Garandé ni qué Juan Garandé de La Habana!” Prefiere el viajero cabalgar y recorrer los campos; es un gozador de la naturaleza, juguetea con flores y pájaros en tibio clima primaveral. En Corinto, a donde se dirige al cabo de unos días, elogiará los trigales y los olivares. Antes de llegar a este puerto, advierte a lo lejos el Monte Olimpo; ya en la ciudad asciende al castillo y mira en su majestad de siglos el Helicón, el Parnaso; a lo lejos, el mar de Lepanto y las islas de Salamina. “Es uno de los panoramas más bellos que he visto en mi vida”, escribe.

Del puerto Pireo viaja a caballo con su criado; así entra a Atenas, donde se quedará diez días serenamente deslumbrado. La primera visita, a la Acrópolis. Al templo de Palas Atenea –la Minerva de los Romanos–, “que fue utilizado como depósito de municiones por los turcos, en la guerra con los venecianos; fue volado por una bomba arrojada por éstos y quedó destruida la parte central”; ahora es fortaleza turca. “¡Qué sublime momento –exclama Miranda–; todo lo que he visto hasta ahora no vale nada en comparación!”. Al hablar del templo Erecteion, parece Miranda un arquitecto que hiciera la descripción:

Es de orden jónico; los capiteles jónicos de sus columnas y especialmente sus volutas, merecen mucho más que la del teatro de Marcelo o de la Fortuna Virile, en Roma.

Sobre una elevación agradable está el famoso templo de Teseo, el edificio más entero de su especie, de la antigüedad, que creo existe en el mundo. Su figura es cuadrilonga y de bellísima proporción; se conoce que sirvió de modelo al de Minerva. Qué carácter de solidez, qué gusto, qué bella proporción! Sirve en el día de iglesia griega [...]

Va al sitio donde estuvo la Academia de Platón. En las ruinas del Panteón de Adriano hay bellísimas columnas de mármol: “todos los días encontramos varias piezas de sus pedestales, acabadas de

romper por los turcos”. Hay un Arco de Triunfo que está semienterrado. Es el Arco que da entrada a la ciudad. De un lado tiene esta leyenda: “Esta es Atenas, que fue en sus comienzos la ciudad de Teseo”; del otro lado dice: “Esta es la ciudad de Adriano, y no la de Teseo”.⁶¹

Tan profundamente se sabía Miranda ser un griego, residente allí desde siempre, que busca en Atenas un afinamiento. Y, sin dudarlo ni calcularlo, compra una casa. “Quería –escribe– tener posesiones en la sabia y política Atenas”. ¡Los vendedores continuaron después habitándola indefinidamente, por voluntad del comprador!

El campo de Maratón queda a ocho horas a caballo; sin embargo, el viajero quiere verlo; allí un pequeño ejército griego derrotó a los invasores persas (año 490 a.C.). “Las gentes del lugar nos informaron que aún se encontraban en la tierra pedacitos de plomo que se cree eran parte de las flechas que sirvieron en la acción”. En medio hay una pirámide, un honor de los 2.000 griegos que perecieron en la batalla; el suelo está cultivado de trigo y legumbres y circundado de montes, por tierra y el mar al frente. “La descripción que hacen Plutarco y Plinio es tan exacta que, al descubrirlo me parecía ver el plano; lo mismo me sucedió con el puerto de Pireo”.

Otra experiencia: visitar “la famosa cueva que describe Pausanias, y que el pueblo dice es la morada de las ánimas de los griegos que murieron en Maratón”.

La Grecia tomada por los turcos muestra degeneraciones reprobables:

En el patio del palacio del Comandante turco hubo música y baile por tres días consecutivos, con motivo de la conversión de un joven griego, que se había pasado al mahometismo. Todo joven griego bien parecido, lo toma un turco, abusa de él homosexualmente y después tal vez llegue al empleo de su amo, pues de aquí se hacen los primeros hombres

⁶¹ Después de la muerte de Alejandro Magno, Grecia pasó a integrar el Imperio Romano.

del Imperio. Por las calles apenas se encuentran mujeres y si se ven, echan a correr; particularmente si ven un turco, pues las pobres griegas son maltratadas y violadas impunemente por éstos.

Cuán infamante superposición de hábitos y costumbres ¡Qué manta tan empobrecida y tan rasgada, tendida sobre el mármol de una Grecia de tanto encumbramiento en la historia!

En Puerto Pireo recorre las ruinas de varias obras de Temístocles, y se embarca, rumbo a Turquía.

Esmirna, puerto turco dominado por el comercio francés, tiene calles estrechas y sucias, otorga al viajero una única situación grata: haberse encontrado allí con los grandes amigos de Charleston, Mr. Turnbull y señora. El barco que luego le lleva a Constantinopla toma dieciocho días de navegación; es portador de treinta y dos negras esclavas jóvenes; serán vendidas. En una de las escalas, contempla las ruinas de Sestos y Abidos, que le recuerdan la tragedia de Hero y Leandro: éste arribaba todas las noches a nado para verse con Hero; una noche no llegó: se había ahogado, por una tormenta; ¡Hero se lanzó también al mar! Unidos en la muerte como en la vida, en brava y fatal lucha contra el oleaje!

La Turquía que encuentra Miranda le lleva a esta conclusión: “Los escritores nos han engañado de medio a medio, particularmente el señor de Tott. El más próximo a la verdad es el libro de milady Mary Montagu”, inglesa que en 1720 publicó *Cartas* (su esposo era embajador de Inglaterra en Constantinopla). Turquía es diferente del mundo occidental europeo; aun dentro del mahometismo muestra características propias. La sociedad turca de Constantinopla es inaccesible para los europeos, en aquel siglo dieciocho: las embajadas, los comerciantes de significación, los banqueros, han tenido que establecerse en la parte alta de la ciudad, donde se hace toda la vida intensa típicamente occidental. Se han precautelado de la hostilidad en torno. Miranda, invitado por el embajador sueco Heidestam, pasa las seis semanas que ha prefijado para el estudio de la sociedad, economía y política turcas, en el palacio de Suecia, donde se le atiende

y agasaja como a huésped muy destacado. De ahí en adelante se le dará el título de Conde, debido a una circunstancia muy ocasional: el Encargado de Negocios de España, Juan de Bouligny, aguardaba al nuevo embajador español, conde d'Espilli, en el buque *Miño*, pero no llegó; en cambio, presentóse Miranda y, por una noticia del Ministerio turco, se creyó que era él el nuevo embajador; se aclaró que no lo era, pero quedóse el caraqueño con el título de Conde... Quizás la emoción mayor del viajero fue haber podido entrar, mediante una propina, a la antigua basílica de Santa Sofía, construida en el siglo sexto por el emperador bizantino Justiniano y convertida en mezquita por los turcos en el quince. Miranda exclama:

La sublime impresión que uno siente al contemplar la cúpula desde el interior, es muy superior a la que se tiene al entrar por primera vez a San Pedro de Roma, a San Pablo en Londres, al Escorial en España, donde los arquitectos han querido perfeccionar esta cúpula posándola sobre un tambor [...] En el lugar donde debía estar el altar mayor, se ven dos grandes candelabros con sus cirios de cera, delante de una cortina verde que cubre el nicho en el cuál está, según dicen, el Corán.

Las otras mezquitas estaban clausuradas para los “francos” o extranjeros; asimismo, los sitios destinados a la venta de esclavos, que mucho hubiese querido observar el viajero.

Hay algo que capta y analiza muy cuidadosamente Miranda: las relaciones de Turquía con Rusia; sobre ese punto podrá hablar ampliamente cuando se encuentre en Rusia; le interrogarán sobre las armas, las fortificaciones, la flota: hacía apenas tres años de la Convención de Constantinopla en que Rusia había obtenido la Crimea y el Kuban, pero no todo estaba terminado entre las dos naciones; la guerra volverá.

Aquí aparece el enamoramiento de Miranda de dos hermanas que mucho se entusiasman por él; se verán nuevamente en París, ¡años más tarde!

Sólo una noticia triste, ante de partir rumbo a Rusia: ha muerto Federico de Prusia, ¡Federico el Grande! Todo grande deja un inmenso vacío, ¡porque es irremplazable! El Príncipe heredero es afeminado...

En el dominio de los amoríos, Catalina II superó con mucho a su contemporáneo Luis XV. ¿Que un hombre le gustaba? Necesariamente tenía que ser suyo. ¿Que cesaba de gustarle? Lo despedía inmediatamente. A los que había elegido los cubría de dinero, títulos y honores.

ALAIN DECAUX. *Catalina II.*

Catorce días de navegación por el Mar Negro, para arribar a Kerson primer puerto ruso. Fácilmente se le sale a Miranda esta exclamación: “Maldita noche!”. Pero no les permiten desembarcar en el puerto, sino en una isla destinada a la cuarentena de los viajeros. A Miranda y a un francés de apellido Roux les asignan alojamiento en una casa “con todos los vidrios de las ventanas rotos —hace mucho frío— y las puertas sin con qué cerrarlas; una silla, un candelero y una vela de sebo por favor”. Previsivo, el caraqueño viaja con su colchón. ¡Ahí, treinta y tres días! De no haber podido hacer llegar las cartas de recomendación que llevaba para el cónsul imperial y para un comerciante acaudalado, quienes le enviaron provisiones todo el tiempo, la estada hubiese sido de extrema dureza. Todo el recorrido mirandino, de 1785 a 1789 por muchos países, podría señalarse como una magnífica fluencia de la amistad. Nunca los amigos, masones o no, atendieron tanto y tan generosamente al amigo que viajaba; consideraban un grato honor mostrarle simpatía y admiración. Y más le cuidaban, si padecía, tenía contratiempos o estaba en peligro. Miranda hubiese podido decir que él sí creía en la humanidad; al menos, en parte de ella!

Tenía por todo acomodo —escribe en su Diario— un colchón pelado por tierra y un pozo de agua estancada en la puerta; recibí una mesa y unas sillas del comerciante señor Van Schooten, con muy buena provisión de vinos, té, azúcar, manteca, ron, queso, arenques, jamones, etc. [...] Hay tantas ratas que es una peste y no faltan culebras que a cada paso atraviesan por aquí y por allí. Qué diablo de prisión infernal!

¿Por qué la cuarentena obligatoria? Porque quince años atrás, la peste había asolado varias poblaciones de esa región rusa. No fue

posible otra lectura durante el cautiverio que *El pornógrafo*, *El Mimógrafo* y *Las Ginógrafas*, de Restif de la Bretonne; ¡alguien le prestó estos libros extraños!

Arribar a Kerson significa entrar en el vasto imperio de Catalina II, uno de los gobernantes de mayor significación en el mundo, entonces. Mujer cultísima, se cartea con Voltaire y los enciclopedistas; gobierna con astucia y despotismo; ha ampliado el territorio ruso, a costa de los turcos y los polacos; asimismo ha multiplicado el número de los siervos. “La emperatriz era insaciable para amar, para viajar, para conversar. Todo el siglo XVIII con sus utopías políticas, su racionalismo crítico, su sensibilidad prerromántica cabía en la cabeza de Catalina”.⁶²

Hay expectativa e interés intensos: el Príncipe Potemkin, fundador de la ciudad y el hombre más poderoso de Rusia después de la zarina, está para llegar; los preparativos para recibirlo se aceleran. Pero el Príncipe necesita, ante todo, adecuar lo necesario en la ciudad de Kiev, a donde arribará Catalina II, en la visita que ha proyectado a sus nuevos dominios en Crimea. Esto le toma a Potemkin casi dos meses; lapso largo de espera que Miranda emplea en leer *Pedro el Grande*, de Voltaire, y las *Memorias* sobre Rusia del general Manstein; visita, además, cuarteles y fortificaciones. La mayoría de los cuarenta mil habitantes de Kerson —fue fundada apenas ocho años atrás— son militares, con sus familias.

El Príncipe es recibido con descargas de artillería. Su séquito de funcionarios, jefes militares, representantes de las provincias, ochenta músicos y doscientos soldados de caballería, es espectacular. “Todo el mundo a hacer la corte al ídolo favorito. A mí me dejaron con las damas. Válgame Dios, y qué trulla de aduladores y pícaros!”, escribe Miranda en su *Diario*.

A partir de la presentación, el oficial venezolano se vuelve el compañero que el Príncipe considera indispensable en las fiestas, los

⁶² PICÓN SALAS, MARIANO. *Miranda*. Caracas y México: Editorial Aguilar, 1955: 35.

actos sociales, las correrías. Especialmente invitado por Potemkin, visitará con éste y con el Príncipe de Nassau, más el Capitán de la guardia, la península de Crimea, donde se harán los cuidadosos preparativos para recibirle a la Zarina. La compañía de Miranda significaba para el Príncipe información y criterio: “Hablamos *tête à tête*, confidencialmente, hasta media noche [...] Me contó todo el proceso de anexión de Crimea [...] Hablamos de Inglaterra y de la América del Norte, de cuyas naciones se ve que no tiene idea clara”.

Catalina II y su pomposo séquito de Corte Imperial arribaron a Kiev a fines de enero del nuevo año 1787; los viajeros a Crimea se retrasaron con una semana. La Soberana le escribió al barón de Grimm, en París: “Llegamos aquí el 29 en buena salud y una temperatura de menos 20. La mitad de Polonia está aquí.⁶³ Han venido también el Príncipe de Nassau, Grande de España, y un español llamado Miranda”. En el breve recorrido de Crimea, pudo informarse el oficial caraqueño de dos puntos importantes: de que toda la correspondencia era abierta y copiada, según las normas de todo régimen despótico. Y de que Catalina, en años anteriores, le había amado a Potemkin con tanta intensidad que en una de las cartas le decía: “Adorado mío, te amo con todo mi corazón, con toda mi razón, con toda mi alma, con todo mi cuerpo, en una palabra con todos mis sentimientos”. Y él le respondía: “Yo te seré fiel hasta la muerte. Lo más grato para mí es servirte y ser utilizado por ti”. El incendio no duró sino dos años; pero Potemkin cumplió su juramento de fidelidad hasta la muerte.

Kiev va a ser para Miranda de excepcionalísima significación, porque desde el principio se interesó Catalina por él. Presentado el 14 de febrero, se verán con frecuencia en fiestas, recepciones, juegos, banquetes y comidas, actos sociales y entrevistas privadas, por espacio de dos meses y medio. El mismo día de la presentación por el Maestro de la Corte, fue invitado al almuerzo: un banquete para sesenta personas. Antes de entrar al salón la Zarina le dijo a Miranda unas cuantas palabras; y cuando se desarrollaba el banquete, dos veces le envió la Soberana porciones de un plato que estaba a su lado, sirviendo

⁶³ Quince años atrás, Rusia, Austria y Prusia se repartieron a Polonia.

la vianda ella misma para su invitado. En la recepción, al final del día, ya pudo el venezolano conversar detenidamente con la Reina; acompañábanle a ésta, en una partida de Wist, Potemkin, el embajador Cobentzel y el favorito Alejandro Mamonov, un joven general. Es oportuno fijar edades: Catalina, 57 años; Potemkin, 48; Miranda, 37; el favorito menor que Miranda. Esa noche hablaron mucho de la América Española y de la Inquisición.

¿Quién es Catalina de Rusia? Una mujer de muy poderosa capacidad de gobierno y de cultura intelectual sólidamente erigida. Su concepción política está diseñada con claridad: “El imperio ruso es tan grande que toda forma de gobierno que no sea el absolutismo, le sería perjudicial, porque toda otra forma es lenta en aquello que decide y ejecuta, y deja prosperar pasiones que dispersan su vigor”. Su criterio de la política se funda en tres elementos, que serían desconcertantes para un político común: Circunstancias, Conjeturas, Coyunturas. O sea que en los hechos examina sobre todo las circunstancias en que se produjeron; elucubra luego sobre ellas, y, astutamente, busca coyunturas para aplicar la solución. Habilidad suma! Vigencia del maquiavelismo más puro! ¿Cuál su secreto profundo en el arte de manejar a los hombres? Tomar decisiones, lo mismo en los casos importantes que en los pequeños e intrascendentes, y no cambiarlas! Así, cada quien podía saber a qué atenerse. El día en que empezó a plasmarse una conspiración, para llevar al poder a un niño que parecía tener derecho al trono y al que pusieron ya el nombre de Iván IV, la Emperatriz solucionó el problema con mano dura y sin titubeos: el niño fue asesinado; así no había pretendiente! Esta segurísima sagacidad suya le permitirá avizorar el futuro con acierto: cuando estalló y triunfó la Revolución Francesa, Catalina sentenció: “la revolución terminará en una dictadura inapelable”. O sea que anunció a Napoleón! Desató dos guerras contra los turcos, ambas de cinco años de duración, y triunfó en las dos.

¡Esta gran personalidad le interesaba a Miranda extraordinariamente!

Escribió mucho, muchísimo Catalina II, como Jefe de Estado. Siempre, en francés, que era precisamente el idioma mirandino en

esta correría por Europa. Su correspondencia es gigantesca, y de qué calidad casi siempre. Voltaire decía de la Soberana rusa que era la Monarca más valiosa de Europa y la que había convertido el siglo dieciocho en un siglo de oro. A Diderot le invitó a pasar una temporada en su Corte; sus otros amigos de preferencia fueron Grimm, d'Alembert, Helvetius. Para las leyes que puso en vigencia, redactadas por ella, se fundamentó directamente en Montesquieu, cuyo “Espíritu de las leyes” era su libro de cabecera.⁶⁴ El despotismo también puede ejercerse mediante la ley.

Muy refinada, alegre, solía decir: “No soy muy bella, pero sé agradar, y esa es mi fuerza”.⁶⁵ Su capacidad de trabajo sorprendía a todos: en pie a las cinco de la mañana, atendía a todo hasta las diez de la noche; y esto, ¡durante los treinta y cuatro años de su reinado! Siempre y siempre, en ejercicio de un poder absoluto, regulado por leyes escritas por ella misma. El historiador ruso Karamzine escribía en el siglo pasado: “Nuestros zares no han sido los representantes del pueblo, sino los representantes de Dios que reina sobre todos los imperios. Los zares han sido nuestra ley viviente”.⁶⁶ El pueblo ruso,

⁶⁴ Su bien fortalecida cultura intelectual procedió de su desventura. Princesa alemana, se casa de 14 años con el Príncipe heredero del trono de Rusia, Pedro III. A los quince días de casada, se da cuenta de que su marido tiene una amante; además toca muy mal el violín y se ocupa demasiado de sus perros. Decide ella mantener las relaciones matrimoniales sólo en apariencia consolándose de su soledad con tal cual amante. ¡Y esto dura dieciocho años! ¿Empleados en el aburrimiento o la hipocresía? Catalina es demasiado inteligente y ambiciosa para derrotarse tan torpemente. Determina lo mejor: adquirir con tenacidad entera, una amplia cultura intelectual. Estudia mucho, lee inagotablemente, aprende idiomas; vuélvese, así capaz de dialogar con espíritus altísimos. Cuando su esposo llega al poder, por muerte de la reina Isabel, le deja que cometa todos los errores que caben en un hombre tonto. Hasta que, a los seis meses, la situación es tal, que Pedro III abdica. A los ocho días, es estrangulado, y Catalina comienza su gobierno, que durará 34 años.

⁶⁵ Catalina II tuvo muchos amantes —“favoritos” era el término elegante para nombrarlos—; se conocen los nombres de los que mayor lapso estuvieron a su lado; son veintidós, a los que hay que añadir los de relación fugaz. El último, Zoukov, fue compañero de una Zarina de más de sesenta años (murió ésta, de 67).

⁶⁶ GRUNWALD, CONSTANTIN DE. *Société et civilisation russes au XIX siècle*. París: Ediciones de Seuil, 1975.

esclavizado, se sometió largamente, hasta que estalló en la primera guerra mundial del siglo veinte.

Sería equivocado pensar que Miranda quería en las fiestas de casi todos los días en Kiev, en homenaje a la Zarina, o de parte de príncipes y embajadores, solamente divertirse, crear amistades, agotar el placer de vivir. El viajero caraqueño busca no lo efímero sino lo fundamental, que se lo dirá más tarde (en octubre de 1792) a su amigo el diputado francés Gensonné:

Resolví ocupar el tiempo que era necesario aguardar (para tratar con Inglaterra el proyecto de independencia Americana), en examinar atentamente los diversos gobiernos y sistemas políticos de la Europa: artes, ciencias, religiones, industria y efectos; las diferentes formas de repúblicas y gobiernos mixtos, que ocuparon mi atención por espacio de cinco años.

Esta indagación, que la hace personal y pormenorizadamente, en los países de su itinerario, le servirá de polifacética referencia para la forja, más tarde, de un plan de gobierno para la América Latina, que lo presentará al régimen inglés de Pitt. Gracias a estas investigaciones directas y a su propia meditación personal pudo en 1811, en Caracas, presentar objeciones al modelo de los constituyentes venezolanos.

El calendario de fiestas que se encuentra en el registro del *Diario*, le sirve a Miranda para ir profundizando en la política: intrigas, suspicacias, pasiones y odios, elogios interesados, adulación, banalidades, casi todo envuelto en sonrisas y palabras gentiles. En ese ambiente se informa de que está preparándose una nueva guerra contra Turquía.⁶⁷ Al visitar un día las catacumbas de Petcherskaia, en unión de la Zarina e invitados, anota con buen humor: “Vimos infinidad de ataúdes y sepulcros revestidos de telas de ricas sedas, y otras pequeñas divisiones que forman como pequeños cuartos de habitación con altares y lámparas ricamente adornadas, sobrepasando

⁶⁷ La guerra estallará a fines de ese mismo año; durará un lustro y Rusia triunfará de nuevo. Potemkin no alcanzará a la victoria: morirá un año antes de ella.

en superstición todo cuanto Roma y Nápoles ofrecen en su especie”. Juzga y se distrae: “Las dos, la hija menor del Caballerizo y la condesa Golowkina, bailaron una danza rusa todavía más voluptuosa que nuestro fandango”.

Todos se disputan a Miranda, por su cultura intelectual, sus viajes, sus experiencias dentro y fuera del ejército. Es hombre que ama la vida, “como se la ama a los cuarenta años, con mirada de águila”, que dijera René Char. La Zarina le distingue entre todos; alguna vez le habló al oído; de parte de la Soberana había no sólo la necesidad de informarse de novedades, sino que buscaba dialogar con quien veía los problemas humanos e internacionales de diferente manera.

Cuando Miranda creyó que debía continuar su viaje, recibió de Catalina la prohibición de hacerlo, “pues no deseaba que su amigo corriese el riesgo de ahogarse, ya que había comenzado el deshielo de los grandes ríos”. En un banquete inmediato, “me envió dos platos rusos para que los gustase, y me habló con cariño”, dice el *Diario*. En el baile, le hizo palpar la calidad de la tela del vestido que llevaba y le dijo, a modo de aparente justificación, que esas telas se fabricaban en Moscú. La aproximación de los dos era grande.

Al otro día del domingo de pascua (29 de marzo), el chambelán se le acercó a Miranda, en una cena con el favorito Mamonov, y le sugirió que se quedase en Rusia definitivamente. Terminada la cena, el propio Mamonov le pidió, a nombre de la Zarina, que no se fuese del país, “porque temía que en España no le trataran bien”. Esto de España significaba algo más que la retención de un hombre por una mujer: el ministro español Floridablanca había ordenado a su Ministro en Petersburgo que solicitara la extradición de Miranda. El Encargado de Negocios –por ausencia del titular Normandez–, de nombre Pedro de Macanaz, tuvo la torpeza de solicitarla...

Miranda no titubea, ante la petición de la Zarina. Le responde a Mamonov que le es imposible quedarse, “porque tiene el proyecto

de emancipar la América española”. Magnífica respuesta a una solicitud de extradición; ¡y respuesta que no se quedará en palabras! Al mismo favorito le pide el viajero que le exprese a la Soberana su agradecimiento y la razón trascendente que le impide seguir en Rusia. Catalina acepta la determinación del caraqueño y le hace saber que está dispuesta a darle su imperial protección en todas las partes del mundo. La Zarina no confunde querer con retener; esto, puede matar aquello.

La emperatriz está para salir hacia Crimea. La víspera, asiste al banquete de despedida. Terminado éste, Potemkin le reitera al caraqueño el ofrecimiento imperial de apoyo, y le dice gallardamente: “Se le dará cuanto necesite”. El embajador de Francia, conde de Segur, informa a su cancillería en París: “Parece probable que nadie se anime a hablarle a la Emperatriz en contra de Miranda, que lo ama, lo protege y persiste en la creencia de que es inocente y oprimido”. En verdad, Miranda era inocente y estaba perseguido; la Soberana conocía la verdad.

El obsequio de Catalina, espléndido, es una letra por 2.000 ducados, una orden por dos mil libras, y 500 ducados “para gastos”. Además, una Circular secreta a los embajadores de Rusia en París, Londres, La Haya, Copenhague, Estocolmo, Berlín y Nápoles, firmada por el Ministro de Estado Conde de Bezborodko, con este texto:

Queriendo Su Majestad Imperial dar al señor de Miranda una prueba señalada de su estimación y del interés particular que le inspira —hay que subrayarlo—, ordena a V.E. que tan pronto como reciba la presente carta, acoja a este Oficial conforme al aprecio que ella misma hace de su persona, rodeándole de todos los cuidados y atenciones posibles, acordándole su asistencia y protección siempre que de ellas tuviese necesidad y las solicitase, y en fin, de ofrecerle, si llega el caso, como asilo, su misma embajada.

La Emperatriz, al recomendaros a este coronel de una manera tan distinguida, ha querido demostrar cuánto aprecia el mérito donde allí se encuentra, y que para aspirar de preferencia a sus bondades y alta protección, no puede haber mejores títulos que los que posee el señor Conde de Miranda.

*La voluntad de nuestra Soberana es que el contenido de esta carta quede en el secreto más impenetrable.*⁶⁸

Una Circular secreta, puesta en términos tan elocuentemente denunciadores, añadida a los espléndidos obsequios en dinero, sólo podían corresponder a una situación de amantes ocasionales. A uno y otro se les presentó la ocasión, y los dos no iban a detenerse en escrúpulos. El historiador inglés William Spence Robertson escribe:

*En la carta dirigida a Ogden —amigo de Miranda—, el 29 de junio de 1789, Stephen Sayre —amigo aun más íntimo de Miranda y de Ogden—, que a la sazón se encontraba en Londres, decía que Miranda había viajado con mucho provecho. Nada —agregaba— ha escapado a su penetración. Luego, “después de mencionar, en términos escandalosos, la intimidad del criollo con la Zarina”, el norteamericano expresaba que Miranda poseía cartas tales, para todos los embajadores de la Emperatriz, como jamás las recibió hombre alguno de una testa coronada.*⁶⁹

Estas cuestiones relativas a la moral y las costumbres, quedan un tanto en consonancia con lo que Miranda encontrará luego en Moscú, en los baños públicos del río Moscova:

*Del lado de los hombres —la entrada costaba dos kopecs—, éstos se bañaban desnudos con la mayor tranquilidad, y del otro, apenas separado por un pequeño tinglado, las mujeres pasaban, también desnudas, del sudadero al patio donde se lavan y restriegan concienzudamente con jabón, a la vista de todo el mundo. En este gran conjunto, en el que las había de todas las edades, no pude descubrir el menor parecido con la Venus de Milo. Después de enjabonarse bien se meten en el río todos juntos, pues apenas una vara marca la división de las aguas. Las mujeres seguían lavándose cuidadosamente y decían en ruso: verás, pero no tocarás.*⁷⁰

⁶⁸ *Archivo de Miranda*. T. V.

⁶⁹ ROBERTSON, WILLIAM SPENCE. *Op. cit.*: 75. Este historiador se refiere a los *Manuscritos de Knox*, tomo XXIV, f. 70, que se encuentra en la New England Historic Genealogical Society, de Boston. Los escrupulosos pueden acudir a esos importantes manuscritos, que sin duda expresan más que la ingenua queja de que “no hay documentos que prueben las relaciones íntimas de Miranda y Catalina II”. ¿Pueden esperarse “documentos”?

⁷⁰ RODRÍGUEZ DE ALONSO, JOSEFINA. *Op. cit.*: 289. Cita el *Diario mirandino*.

¡El pudor, en los grandes, no se refiere al erotismo!

La despedida se hizo dentro del protocolo: la Zarina le dio a besar la mano, deseándole buen viaje. ¡Volverán a verse!

Casi un mes se toma Miranda en Moscú. Escribe las cartas de la gratitud: a Catalina: “La protección que la magnanimidad de V.M. me ha acordado será toda mi vida un motivo para rendirle mi eterno homenaje en todo lo que me sea posible”. A Potemkin, luego de agradecerle: “Entre las gracias que me ha colmado S.M. me ha concedido el honor de que vista el uniforme de Coronel de Rusia, el que usaré con mucho gusto cuando me sea necesario”. En el lenguaje mirandino hay siempre un mantenimiento de altura.

Moscú no es la capital de Rusia, sino Petersburgo. Pero allí, lo mismo que en la ciudad metropolitana, en Kiev y en otros centros, la masonería está muy difundida. Y Miranda es masón. “Toda la élite mundana e intelectual del país está dentro de esta ‘sociedad secreta’: sabios, escritores, artistas cotizan allí, como los aristócratas, los ministros, los generales y miembros del alto clero ortodoxo cuyo arzobispo es Filarete”, escribe Grunwald.⁷¹

Añade luego que no es sino recordar, posteriormente, al héroe Pedro Bezukov, en *La guerra y la paz* de Tolstoi, para darse cuenta de la extraordinaria impresión que hacía la entidad sobre todo en los jóvenes, apenas comenzado el diecinueve. Miranda va captando poco a poco el poder de una organización internacional, en la cual encontrará múltiple apertura cuando inicie en Londres las labores de emancipación americana.

Con ánimo de estudio visita la ciudadela del Kremlin, los palacios, la Universidad donde encuentra un sentido de

⁷¹ GRUNWALD, CONSTANTIN DE. *Op. cit.*: 129. Catalina II prohibirá las logias masónicas, al producirse la Revolución Francesa en 1789, o sea dos años después del paso de Miranda por Rusia. El zar Alejandro I las restablecerá en 1802. (Grunwald cita un obra, documentada, de Tatiana Bakunin, con los nombres de todos los adherentes a la masonería en Rusia desde comienzos del dieciocho hasta 1822).

internacionalización, pues los mil alumnos estudian francés, alemán, inglés e italiano en forma gratuita. Al Arzobispo le oye decir: “Los ministros de Catalina engañan a la Emperatriz, y ella a su vez los engaña a todos”. Política sin muy inteligente astucia, no es política. Conoce conventos e instalaciones militares. En todas partes aparece la mano creadora de Pedro el Grande. En el templo de San Miguel Arcángel están enterrados varios zares. (Allí será sepultada Catalina II).

A mediados de junio viaja a Petersburgo, la ciudad de Pedro el Grande; él la hizo capital de Rusia, y como tal quedó hasta 1918, en el siglo veinte. Antes de partir, ve en el Archivo Nacional “las cartas, borradores y memoranda, de la mano propia de Pedro I, que en 13 volúmenes se conservan aquí y dan más justa idea del método, gobierno, intención y carácter de este grande hombre, que cuanto la historia nos refiere”. Busca Miranda, obsesivamente, el conocimiento de los métodos de gobierno; su excursión, regustada y lenta, le lleva a una alta vitalidad en los saberes propios de un estadista y de un político. Las fiestas y cuanto observa como real turista, son cuestiones meramente episódicas, que si en algo influyen es en lo cultural.

En Petersburgo se quedará tres meses! Menos fiestas que en Kiev o Moscú, pero mucho más para ver, observar, descubrir.

Finaliza la primavera y se abre jubilosamente el verano. Comienza la estada con una contrariedad: el Encargado de Negocios de España, Pedro Macanaz –el torpe–, se queja ahora de que a Miranda le den el título de Conde. El embajador Normandez, que ya ha vuelto, tiene que escuchar del Canciller ruso estas explicaciones: que S.M. la Emperatriz le ha acordado a Miranda su protección y que la estima que le profesaba era personal. Le recordó además que Rusia no tenía con España ningún tratado de extradición o de otra índole, y que por lo mismo toda reclamación española carecía de validez. Aun más: le hizo saber que la Emperatriz le apreciaba a Miranda “no por su rango, sino por sus cualidades personales, y que por ello le había otorgado su estima y protección”. Cinco años más tarde, le contará Miranda al diputado francés Gensoné: “He corrido algunos riesgos en mi

seguridad personal, pues los agentes de Madrid, aunque atentos y amigos en la apariencia, no dejaban de tramar perfidias. En Petersburgo se quitaron la máscara y, creyendo imponer a la Soberana, pidieron que yo fuese librado a España, sin articular motivo, sino el aparente pretexto de que el Imperio Español estaba en peligro”.

Dejando de lado estas contrariedades, y sabedor de que la Zarina había llegado a su palacio de verano en Tsarkoie-Seló, partió en seguida para saludarla. El nuevo encuentro duró veinte días. Miranda la esperó en la puerta de la iglesia del palacio. Catalina se detuvo y le dijo: “Oh!, cuánto me alegro de verle a usted; desde Kiev no nos hemos visto! ¿Cómo le fue en su viaje?”. Y le susurró al oído confidencialmente, que la embajada de España quería su extradición y que se cuidase de semejantes gentes.

Hay numerosas invitaciones. A una comida en honor de los oficiales de un regimiento, asiste la Zarina con uniforme militar. Hace ostentación de su poder. Miranda va y viene, diariamente, alojado como está en Petersburgo, lejos de Tsarkoie-Seló. Quizás lo más hermoso en la ciudad capital es el gran palacio y museo de L’Ermitage, construido por Catalina II, al cual va la Soberana a una visita especial; Miranda está entre los invitados. (El Museo llegará a tener una de las colecciones pictóricas más valiosas de toda Europa. La monarca quiso poblar a Rusia con la fecundación del arte). Durante el almuerzo, el tema fue América. Pasaron luego a las habitaciones interiores, donde Miranda se despidió de Catalina; ésta le pidió expresamente que le informara con frecuencia, pues deseaba conocer la suerte del viajero.

Al otro día, el embajador de Austria le comunicaba a su gobierno: “Miranda es un hombre de grandes conocimientos; habla de todo muy libremente, pero particularmente contra la Inquisición, contra el gobierno español, contra el rey y el príncipe de Asturias y formula alusiones ofensivas sobre la ignorancia española”. ¡Miranda es hombre libre, libérrimo!

Se queda en Petersburgo hasta fin de mes, pues tiene mucho por ver todavía. Observa detenidamente por las Academias de Ciencias y de Artes. En esta última, el Secretario le informa que acaba

de estallar la guerra entre Rusia y Turquía. Pasan las tropas por las calles; han sido designados dos Generales para el supremo comando: Potemkin y Rumantsoff. Se preocupa por la administración de justicia, y visita las prisiones. Ve allí el empleo del knut contra un comerciante condenado por robo; describe así la monstruosa escena:

Al preso le quitaron la camisa y los calzones; el hombre temblaba; le ataron de pies y manos al botalón; uno le tenía y el otro le sacudía latigazos pausadamente, que cogían desde los hombros hasta las nalgas, y cada uno le levantaba el pellejo haciendo correr la sangre. El pobre se quejaba amargamente y al tercero ya no podía estarse. Finalmente, al undécimo cesó el castigo y el pobre se puso su camisa y marchó con los piquetes que lo trajeron y el oficial de policía que presidió el acto.

Esta experiencia, de esencia bárbara, debió revelarles el fondo de lo que significaba un régimen autoritario y despótico. En la Rusia de Catalina II había un esclavizamiento gigantesco; el número de siervos —esclavitud!— correspondía al 94 por ciento de la población total; se distribuían así: 14 millones, de propiedad del Estado; 19 millones, de propiedad de los nobles. El célebre levantamiento de los siervos en 1773 fue aplastado con inmensa crueldad.

Se embarca rumbo a Estocolmo (septiembre); antes de partir entrega a un velero inglés 45 volúmenes de obras compradas en los últimos meses; deberán ser enviados a un amigo en Londres. En la navegación de varios días, lee *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara, y *Gil Blas de Santillana* de Alain René Lesage. Al llegar, el embajador ruso Andrés Rasomusky le hospeda en la propia embajada a fin de protegerle. La ciudad le entusiasma: “Yo no sé —escribe en su *Diario*— qué extraño encanto se desprende de Estocolmo y su peculiar paisaje, que lo hace tan atractivo; el pueblo es limpio y de buen aspecto y las mujeres son en su mayoría bonitas”. Como va de incógnito, se mezcla fácilmente con la multitud; le ve pasar al rey Gustavo III; “a mi lado —escribe— se encontraban las queridas de los hermanos del rey, dos jóvenes actrices del Teatro Real; ¡qué diablo de ejemplo dan esos hombres casados!”. ¡Más o menos el mismo nivel moral que halló en Rusia!

Por viajar como incógnito, vuélvese sospechoso, o alguien lo sugiere. El rey sueco se dirige a su embajador en Petersburgo, barón de Nolken: “Usted sabrá que está aquí cierto Conde de Miranda, a quien ha visto usted en Petersburgo, que se mantiene oculto en la casa del ministro de Rusia y que tiene todas las apariencias de un espía. Se oculta sobre todo del ministro de España”. ¡Miranda está en peligro! El rey, poco antes de la carta le ha preguntado al embajador ruso Rasomusky si Miranda se halla al servicio de la Emperatriz Catalina, con respuesta negativa del diplomático. La sospecha nace de la guerra rusoturca; ¡Suecia es aliada de Turquía! Le siguen los pasos. Informado el Monarca de que Miranda piensa viajar a Copenhague, escríbele a su Ministro en esa ciudad:

No se ha presentado el Conde de Miranda en mi Corte, pero piensa hacerse presentar en la de Dinamarca. Todo hace creer que se trata de un espía. Ha gozado de gran favor cerca del Príncipe Potemkin, y personalidades suecas que han estado este verano en Petersburgo, lo han visto en la Corte de la Emperatriz y han cenado con él. Yo lo creo un jesuita. De todos modos es necesario que usted haga seguir sus pasos y me comunique su conducta. No creo deba usted desenmascararlo; deje usted que lo haga el Encargado de Negocios de España.

En desate de oportuna actividad diplomática, el Ministro de España, del Corral, se entrevista con el rey y pide que el venezolano sea detenido. ¡El rey accede! Pero no da las órdenes del caso; y el Ministro español no puede presionar, porque el Monarca se ocupa casi exclusivamente de la guerra, y no recibe a nadie. Miranda se salva por esta circunstancia. Estocolmo pudo ser para Miranda una La Guaira de 1812, que se anticipara veinticinco años; ¡y todos los magnos proyectos del gran venezolano se hubiesen perdido en la nada!

Y le salvó también, como en Matanzas, en Cuba, la francmasonería. Los masones operaron ante el rey en forma adecuada y sagaz, haciéndole saber la verdad. El rey era francmasón; su hermano, el príncipe Carlos, actuaba de Gran Maestro de la masonería en Suecia. ¡No iban todos ellos a darle gusto a la Inquisición española!

En adelante, el caraqueño será protegido por la fraternidad masónica en todas partes. El efecto de las gestiones fue inmediato. Miranda es presentado al rey; conversan los dos por espacio de hora y media y, en lo sucesivo, se le tratará al huésped del país con la mayor deferencia. Al Monarca, hombre cultísimo, se le llamaba “el déspota ilustrado”. ¡La intriga española se derrumbó!

Hace recorridos en varios rumbos; en todas partes otea la huella histórica. El *Diario* se llena de anotaciones que con frecuencia son muy eruditas. ¿Qué sentido tenían esas páginas? Tal vez el de fijar, para no olvidar. Pero esas notas, comentarios, críticas, editados mucho después, darán veinticuatro volúmenes y corresponderán a un ir de lustros sobre lustros! Miranda escribía porque, como hombre histórico, poseyó conciencia de su destino desde los veinte años (fecha del comienzo del *Diario*). Estampó la historia de cuanto él mismo iba históricamente realizando, sumido en trascendencia. Conoció intuitivamente su sino de hombre universal. El *Diario* es una de las autobiografías más extensas y más valiosas. Francia, la culta Francia, la libre Francia, ¡tendrá razón al grabar más tarde el nombre de Miranda en el Arco de Triunfo de L'Etoile, en París!

Uno de los impactos inolvidables de Estocolmo fue la visita al monumento a Descartes, muerto allí hacia 1650. Y quizás nada le sorprendió más en ese país que este señalamiento, que fija en su *Diario*: “Ningún pastor en Suecia puede administrar la comunión a una persona que no sepa leer y escribir”. La espléndida cultura de los países europeos nórdicos!

El rey volvió a buscarle a Miranda, para conversar. Lo encontró en el taller de un artista y ahí dialogaron por espacio de una hora. Por esos días la pasión del caminante –fugaz, como siempre– fue la muy bella Cristina Strandel. En Gotemburgo será, poco después, Catalina Gothen, esposa de John Hall.

Cuando decide el caraqueño proseguir su admirable gira, recibe la excelente sorpresa de que el embajador ruso le entrega, con el pasaporte una suma de dinero enviado por Catalina. ¡La Soberana sigue cuidándole a su amigo!

Parte hacia Cristianía. Cada vez que llega a una ciudad, su primera acción es averiguar por el teatro y la ópera. En el dieciocho y diecinueve, la única distracción –aparte de bailes, juegos, comidas, paseos– está en el teatro, que ilustra y distrae; que puede presentar obras de Voltaire, Shakespeare y otros, y con ellas el refinamiento que permite mantener las mentes y aun los sentimientos en planos altos.

En Cristianía y Gotemburgo visita las logias masónicas, invitado por un señor Kass, en el primer caso, y en el segundo, por Catalina Gothen.

El Ministro ruso en Copenhague le aloja en su residencia. Allí conoce al chambelán Andrés de Suhm, integrante de la Corte Suprema y muy versado en humanismo. Acerca de una de sus conversaciones, anota Miranda:

Sobre las expediciones marítimas de los vikingos se declaró convencido de que esos navegantes habían alcanzado el continente americano. Se apoyaba en el hecho de que Colón conoció a Islandia cuando estaba al servicio de Portugal, y que es verosímil pensar que había obtenido allí ciertas informaciones que luego utilizó cuando partió a descubrir el Nuevo Mundo.

¡Vale subrayar que esto ya se pensaba en los días de Miranda, o sea hace doscientos años!

Otra conversación, esta vez con el ministro danés Bernstorff, se refiere a América. Dice el ministro, en una carta: “Se le escapan frases que podrían hacerme creer que la Corte de España lo considera un hombre peligroso, en un momento en que reina una gran fermentación en el Sur de la América. Y parece preocuparle mucho la opresión y la infortunada situación en que se encuentra”. La obsesión por América irá en crecimiento, a tal punto que, cuando retorne a Londres, ya no tendrá otra ocupación que la de gestionar lo conducente a la emancipación americana; dejará de lado absolutamente todo lo demás; será su existencia un ir encañonado en una sola dirección.

Comienza el nuevo año 1788. El consejero Anker le pide a Miranda que le apadrine a su hijo. A continuación de esta sonrisa, viene el duro contraste: al visitar la Torre Azul y la cárcel común, encuentra algo peor que lo que vio en Rusia con el empleo del knut. ¿Eran esas las prácticas normales contra los infelices que caían en prisión, en aquellos países? Miranda esta vez reacciona con energía y logra que el Príncipe reinante haga la reforma del régimen carcelario; obtiene además la libertad de una bella mujer de dieciocho años condenada a muerte por infanticidio. Al parecer, el Príncipe ignoraba estas realidades horrendas, ocultadas hipócritamente por sus aduladores.

Alegre concurre a los bailes de máscaras; quiere tomar toda las experiencias. Prosigue luego la correría y pasa por varias poblaciones. En Odense recuerda el hecho histórico de que de allí partieron los anglos que fundaron Inglaterra (siglo cuarto). Al ser recibido por el príncipe de Hesse, habla con él apasionadamente de la necesaria independencia de América. ¡La llama crece dentro! En Hamburgo, donde hace vida social intensa en unos cuantos días, trata, en casa de una condesa, al inmenso poeta alemán Federico Gottlieb Klopstock: “Conocí al primer poeta de Alemania, señor Klopstock, autor de *Mesías*, poema heroico. Por su aspecto se le tomaría más por un zapatero que por un rival de Homero. Es un hombre agradable, discreto y muy sociable”. Vistas fugazmente Bremen y otras ciudades, deambula por Amsterdam, donde antes ya estuvo y anota: “tiene muchos paseos y nadie pasea; en la sociedad, casi no hay relaciones sociales”. En La Haya, en veinte días, toma amplio contacto con la nobleza.

En adelante, por precaución se llamará “El señor de Meroff, gentil hombre livonio”. El plenipotenciario ruso De Kalitcheff, le otorga un pasaporte especial que le servirá hasta la llegada a Londres. ¡La benéfica sombra de la enamorada Catalina II continúa protegiéndole! En Delf, ve la antigua residencia del Taciturno: “Todavía se ven en la muralla, que es de ladrillo, al comienzo de la escalera, los dos profundos agujeros que hicieron las balas con que el

bribón asesinó a Guillermo I (1584)”. El crimen fue ordenado por Felipe II de España.

La presencia de Miranda en Amberes constituye una anticipación. A sólo cuatro años de distancia, hacia delante, será el Teniente General de los ejércitos franceses del Norte, defensores de la Revolución Francesa; como tal, derrotará en esa plaza al ejército austriaco y lo hará capitular. ¡Sólo cuatro años más tarde! Ahí esta vez –la de la anticipación– hará un examen completo de la ciudadela, las fortificaciones y los cuarteles, ¡como si preparara la acción militar que el futuro le ordenaría realizar! De paso, ve emocionado la silla en la que Rubens se sentaba para pintar.

En Bruselas le interesan la Universidad de Lovaina y el Arsenal principalmente. Pasea luego, viajero infatigable y voraz de novedades, por Lieja, Aquisgran, Coblenza, Maguncia, Bonn. En Estrasburgo oye que por la noche tocan un cuerno de bronce. Explica en su *Diario*:

Por decreto de la ciudad, ese cuerno debía sonar a diario por dos veces, a las nueve y a las doce de la noche, para conmemorar la ignominia de los judíos que habían envenenado el agua. Qué calumnia fanática, que costó la vida a diez mil de esos infelices judíos que fueron quemados vivos en sus casas.

¡Fue monstruosa la infamia! Era la peste negra que asoló parte de Europa en el catorce; en Estrasburgo perecieron unos dieciséis mil. ¿Por qué en los males se ha de buscar siempre un culpable? Esta obsesión, en el fondo, significa perversidad.

Visita en Kehl la imprenta en que se editan entonces las obras de Voltaire, prohibidas en Francia. Basilea es la sede de la Confederación Helvética; Miranda habla del “país de la libertad bendita”. En Constanza recuerda a Juan Huss y palpa el sitio donde fue quemado. El landaman de Troguen le invita al almuerzo; pero el invitante no habla ni francés, ni inglés, ni italiano; se entienden, por tanto, en latín! Se dirige especialmente en Milán al monasterio de la

Gracia, en cuyo refectorio pintó Leonardo da Vinci La Cena. El comentario del viajero es elocuente:

Es la mejor obra de Leonardo da Vinci, pintada al fresco sobre el muro. A distancia la ilusión es tan bella que parece se viera a través de la puerta que da a la espalda del Salvador, una extensa perspectiva. Me quedé más de una hora contemplándola.

Años más tarde, ese refectorio servirá de caballeriza a los soldados franceses, que cortarán una parte del muro para el paso de los caballos. ¡Los bárbaros! ¡Toda gran civilización conlleva su barbarie!

Asciende al San Gotardo. Del otro, lado, en el pueblo de Aldorf, habla con el landaman sobre Guillermo Tell. La tradición señala hasta el sitio en que fue obligado a disparar la flecha hacia una manzana puesta sobre la cabeza de su hijo. En Brunnen se sorprende mucho de encontrar, en una abadía benedictina, la pintura de una Virgen negra. ¿De dónde pudo haber sido traída?

Gracias a la visita de Miranda a Zurich, nos queda de él una estampa magnífica, escrita por el célebre fisonomista suizo, Juan Gaspar Lavater, amigo de Goethe. Filósofo, poeta y dramaturgo, sostenía en su obra *Arte de conocer al hombre por su fisonomía* que era posible hallar en el rostro de las personas las características fundamentales de su personalidad. ¡Hoy se piensa lo mismo! Miranda lo visitó, con suma curiosidad. Lavater escribió el “retrato” del visitante y lo guardó en su archivo; Miranda no lo conoció nunca.⁷² Dice el retrato, que viene a ser una exacta definición del erudito caraqueño:

Hombre todopoderoso, vives en el sentido de la fuerza. ¿Quién puede penetrar la realidad como tú, a quien escapan tan pocas cosas? ¿Quién, como tú, comprende todas las debilidades de los débiles? ¿Quién comprende, como tú, el poderío de los fuertes? ¿De qué resolución, energía y habilidad; de qué orgullo despreciativo y de qué valor te ha dotado la naturaleza!

⁷² RODRÍGUEZ DE ALONSO, JOSEFINA. *Op. cit.*: 458.

En ruta hacia Lucerna, ve, palpa el lugar donde pereció, en batalla “de fanáticos”, el reformador protestante Zwingli. Al alojarse en “Las Balanzas”, dejado atrás el Monte Blanco, se inscribe con otro seudónimo: “Señor de Meyrat”. En Ginebra encuentra una sociedad que quiere conocerle, por las cartas elogiosas que ha escrito Lavater. Su más devota visita fue en esos días a Ferney donde pasó Voltaire sus años finales, antes del retorno a París donde murió casi enseguida (1778). “Todo está muy cambiado –escribe– y sólo el departamento en que dormía está con su misma cama y ornamentos”. Voltaire tenía allí los retratos de Federico el Grande, Catalina II, el Papa Benedicto XIV, Newton, Boileau, Helvecio, Leibniz, Franklin, Racine, Diderot, D’Alembert, Marmontel, Corneille. Eran los suyos, los admirados o simplemente tolerados. La selección es, siempre, una suerte de descripción de la personalidad de quien la ha hecho; equivale a confesión de preferencias. ¡Ningún gran músico! ¡Un Papa confundido entre condenados por el Vaticano! A esto se le llama volterianismo. Miranda encontró allí algo aún más expresivo: una pequeña capilla en cuyo frontis había esta inscripción: *Deo erexit Voltaire MDCCLXI...* en la Biblioteca se arracimaban unos 6.000 volúmenes.⁷³

Después de Voltaire, van apareciendo los otros grandes: “El señor Carlos Bonnet, que había conocido mucho a Montesquieu, me aseguró que cuando rindió el último suspiro, un jesuita que se encontraba presente arrancó la llave de su escritorio a una dama respetable que lo cuidaba. El cura se apoderó entonces de papeles y obras inéditas de ese grande hombre para echarlos a las llamas”. Conoce la casa en que vivió Cagliostro; visita la isla en la cual se refugió Rousseau, perseguido por París y Ginebra; “se ve su cama y una estufa con una pequeña estatua del filósofo; la cocina servía también de dormitorio a la que era a la vez su criada y su amante”. El señor Du Peyron le da informes: “Había conocido muy bien a Juan Jacobo, que era un hombre de un carácter sumamente amable, pero como había sido engañado muchas veces, se había vuelto muy desconfiado [...] Escribió sus *Confesiones* para desenmascarar la impostura y la mala fe de los que había considerado amigos”.

⁷³ A la muerte de Voltaire, esta biblioteca fue comprada por Catalina II.

Su diálogo con el historiador inglés Eduardo Gibbon en Lausanne se amplía intensamente. Hablan de la *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, de Olavide condenado por la Inquisición: “Su casa está toda llena de libros; habrá unos cinco mil”.

¿Con qué dinero viajaba Miranda? De Londres partió con sumas prestadas; su compañero Smith le dejó algunas libras, en Viena; luego, Catalina de Rusia se mostró generosa, ¡espléndida! En Ginebra se quedó tres semanas, revisó minuciosamente sus cuentas –cuidaba su pequeño capital como un avaro– y anotó en su *Diario*: “Mis gastos, desde mi salida de Inglaterra, alcanzan la suma de mil doscientas veinticinco libras, comprendiendo los libros que he adquirido, cuyo costo llegará a unas doscientas libras”. ¡La sola letra de la Zarina sobre Londres era por dos mil libras!

Y atravesó la frontera, para entrar a Francia con el seudónimo de “Menroff caballero de Livornio”. ¡En Francia estaba su mayor peligro! Lavater le había señalado como audaz y astuto. En Lyon –la primera ciudad francesa que toca– hay una orden de arresto contra él; la tiene el intendente desde un año atrás; pero al muy buscado no han podido localizarlo!

Marsella es la ciudad del abate Guillermo Tomás Raynal; es el autor de *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias*, obra quemada públicamente en París por orden del Parlamento. Se ataca en ella a la iglesia católica y al régimen colonial con el que ésta ha colaborado; asimismo, se condena al despotismo monárquico o real. Miranda, en medio de la conversación, recibe del valeroso abate la invitación de quedarse con él varios meses, para una revisión entera de la obra.

Al recorrer una abadía –la de San Víctor– ve los huesos de santa Eusebia y de siete monjas que con el objeto de producir horror, se cortaron la nariz para no ser violadas por los sarracenos; también le muestran “la gruta donde habitó la Magdalena, el pozo donde lavaba su ropa y un brocal en el que están marcadas las uñas del diablo, cuando venía a tentarla”... ¡La persistencia de los mitos medievales!

El nuevo año, 1789, durante el cual va a finalizar la gira mirandina, empieza en la ciudad de Génova. Se dirige inmediatamente a la aldea de Cogoleto, de la que dice: “Es la patria del inmortal Cristóbal Colón. Pero aquí nadie sabe quién es Colón y ni siquiera que nació aquí”. El cura le manifiesta que los libros de bautizo se establecieron en el año del Concilio de Trento (1563). Al fin, el capitán Francisco Agnese, poseedor de una pequeña biblioteca, le asegura que no queda nada, fuera de la tradición y de la existencia de una casa que se dice fue la suya. Miranda admiró a un hombre, por sobre todos: a Cristóbal Colón; a él, venezolano –Venezuela significa pequeña Venecia– se le ocurrirá darle el nombre de Colombia a todo el continente americano, y hasta sus Cuadernos de *Diario* y de apuntes y archivo llevarán el nombre de *Colombeia*. Miranda, para la historia, es un nuevo Colón, descubridor de América para la libertad. Su paso por Cogoleto debió de producirle grandes germinaciones espirituales. ¡Admirar es, siempre, comprender a fondo!

Supo en Turín la muerte del rey de España Carlos III; probablemente se alegró; hay muertos que, paradójicamente, producen júbilo a alguien, a muchos. Con esta satisfacción, se entregó entusiastamente a los festejos del carnaval; en Salon encuentra la tumba de Nostradamus. Burdeos es la presencia de Montaigne y de nuevo de Montesquieu. Miranda está en su ambiente: posa su huella sobre otras huellas, para pulsar la corriente del ayer, transfigurable en la de hoy. ¡Esa será su muy alta órbita!

¡Se decide, al fin, a entrar en París, a las fauces del lobo hambriento! Se quedará más de veinte días, retándole a la suerte. Toma una precaución: hacerse presente en la embajada rusa; el embajador le aconseja alojarse en un hotel contiguo y ordena a uno de los funcionarios que le sirva de compañía constantemente. ¡Rusia le ampara! Capta mucho de la ciudad, se traslada a Versalles; va al teatro. Y en París se cierra su amplísimo derrotero de estudios y experiencias. Está, sin saberlo, en los umbrales de su gran destino para la historia. Su ruta por muchos países le ha enriquecido prodigiosamente. Sólo le falta actuar. Y entra a actuar en Londres, el 18 de junio, vísperas de la toma de La Bastilla por los revolucionarios franceses.

EN LA FRAGUA BRITÁNICA

Entonces Lawrence de Arabia dijo: Cuidémonos de los que sueñan despiertos, si es que disponen de medios para organizar sus sueños.

ANDRÉ MALRAUX. *Huéspedes de paso.*

¡Y llegó Miranda a Londres, para organizar sus sueños! Había pensado en la independencia de Iberoamérica desde antes del sitio de Pensacola, de abril de 1781; la idea era clara, casi obvia, si ya los Estados Unidos, parte grande del continente americano, la habían logrado victoriosamente, aquel año. Sólo faltaba dar respuesta al más grave de los interrogantes: ¿quién sería el líder de la emancipación de la parte latina de América? ¿Quién el que en sí resumiera a Washington, Jefferson, Adams, Franklin? Tras largo profundizar en la propia conciencia, Miranda encontró en Nueva York, en 1784, que el líder tenía que ser él, sólo él. Lo escribió él mismo: “En los Estados Unidos fue que, en el año de 1784, en la ciudad de Nueva York, se formó el proyecto actual de la Independencia y Libertad de todo el continente hispanoamericano”. Allí Miranda hizo su juramento íntimo, par del explícito de Bolívar, más tarde, en el Monte Sacro de Roma. Cumplirá el juramento, durante un lapso arduo de casi treinta años, en los cuales habrá de soportar la más tenaz persecución oficial de España! Juró de hecho, en las conversaciones con dos norteamericanos, eminentes en la liberación norteamericana: el general Knox y el coronel Hamilton.

Por inicial precaución, toma nexos con la embajada de Rusia. El gobierno español continúa vigilándolo, según revelación oportuna del amigo José de Lugo. Le cuenta éste “que se supo de su arribo a Londres en una comida ofrecida por la condesa Castel Fuerte, a la cual fue invitado el personal de la embajada de España y el propio Lugo. Al circular la noticia, el secretario de la embajada Francisco de Mollinedo dijo en voz baja: qué buenos servidores tiene el rey, que Miranda se ha andado por donde ha querido sin que nadie le haya dicho una palabra. A lo cual añadió el cónsul Ocanaz: seguramente no habrá pasado por París [...]”.

La verdadera defensa de Miranda sigue siendo la Zarina, a quien se dirige, sabedor de varios manejos diplomáticos en su contra:

Me atrevo a empuñar la pluma para ofrendar a vuestros pies el testimonio de mi profunda gratitud y de mi devoción inviolable a la persona augusta de S.M.I.

La Corte de España estaba tan resueltamente opuesta, desde la información que dio Normandez de Petersburgo, que me habría sido imposible dar un paso sin hacer uso de la protección que V.M. quiso bien acordarme. Una pequeña parte de ella fue suficiente para conducirme con completa seguridad y sin la menor oposición o desagrado, por todas partes.

El embajador español Del Campo me ha recibido con cortesía y amistad, mientras sé positivamente que sus instrucciones secretas no son nada favorables a mi persona, y que ha hecho ya a escondidas unas gestiones para hacerme daño.

He pedido al señor conde de Vorontzov inscribirme en el séquito de la embajada de V.M.I. aquí, lo que me parece suficiente (con algunas precauciones judiciales) para prevenir los inicuos procedimientos que son capaces de intentar.

Habiendo logrado así, por las bondades de V.M. Imperial, el descanso y tranquilidad que necesitaba para redactar mis observaciones dispersas y sacar de ellas alguna utilidad en el porvenir, de eso me he ocupado sin cesar, y espero continuar bajo los magnánimos auspicios de V.M. que es el único apoyo que, según creo, me queda actualmente, después de la persecución perversa desencadenada contra mí en Madrid y que sordamente me priva de todos mis recursos patrimoniales y aun de la correspondencia con mis padres y familia en América.

Felices quienes, bajo el gobierno de un soberano ilustrado, sabio y filósofo, pueden, amparados contra el fanatismo y la Inquisición, deslizarse dulcemente sus días en el culto de las Letras y el ejercicio de la virtud. Ojalá prolongue el Ser Supremo eternamente la intestimable vida de V.M. Imperial, para felicidad de sus súbditos y consuelo entero del género humano.

¡Lenguaje diplomático hábil, lleno de frases cortesanías! ¡Pero muy oportuno! Había en marcha una celada que se le estaba tendiendo al caraqueño; el embajador Vorontzov la cuenta a su canciller:

El embajador de España comisionó a uno de sus religiosos para ir a ver a un español que estaba preso por deudas hacía un año, para prometerle su rescate si prometía jurar que Miranda le debía dinero. Lo que el otro hizo en seguida. Y apareció entonces un abogado, que después de presentar a un juez el reclamo del español, obtuvo la orden de arrestar al señor de Miranda. Cuando dicho funcionario se presentó con su mandato en el domicilio de nuestro viajero americano, éste declaró, ante los dueños de la casa, que pertenecía al personal de la embajada de Rusia y no pudieron arrestarlo. Pero, temiendo que eso pudiera pasarle nuevamente, en la calle o de noche, me ha pedido lo inscriba en el registro que los ministros extranjeros presentan al Secretario de Estado. Me ha sido imposible no hacerlo, tomando en consideración la orden de S.M. que S.E. ha tenido a bien transmitirme, estimándose no sólo proteger por todos los medios al señor de Miranda, sino también ofrecerle mi casa como asilo, si fuera necesario. He enviado, por lo tanto, al duque de Lids el mencionado registro, habiéndose inscrito en él el nombre del señor Miranda.

La gratitud de Miranda se expresa también en cartas a Potemkin, al canciller Bezborodko y al general Mamonov. A Potemkin le envía en obsequio dos catalejos de campaña; Potemkin está en la guerra contra Turquía. El canciller le explica: “Yo comprendo que el embajador de España ha querido hacerme un mal juego, para sondear un poco mis conexiones con Rusia habiéndome recibido él mismo con mucha amistad, invitándome a comer en su casa, etc., mientras estoy bien informado que tiene instrucciones secretas para obrar contra mí”.

El embajador español Del Campo había recibido una carta de Miranda, de los días del retorno del viajero a Londres, preguntándole si el ministro Floridablanca había contestado algo sobre la petición de justicia presentada cuatro años atrás. Del Campo

responde que nada ha llegado. Repite Miranda su solicitud al régimen de Madrid, en un exceso de tolerancia y paciencia. La respuesta llegará nueve meses más tarde, ¡cuando ya habrá estallado en el espíritu del caraqueño la rebeldía total!

¡Y sonó en Francia por esos días, y luego en el mundo, la gran clarinada de una Revolución verdadera, grande, de fragor profundo! El pueblo se tomó en París la cárcel de La Bastilla, el 14 de julio de 1789, dando inicio así a una transformación político-económica mundial, sin antecedentes.⁷⁴

La Declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa, tuvo principios análogos y teorías políticas semejantes a lo ya constante en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. ¿Dónde, entonces, la originalidad del acto francés? Tocqueville trae la respuesta: lo sucedido en los Estados Unidos llevó solamente a un cambio interno de gobierno, con otros métodos, diferente ideología, rumbos nuevos; lo de Francia se universalizó, produciendo una subversión total de la sociedad.

Francia era entonces la primera potencia en tierra occidental europea; Inglaterra dominaba sólo en los mares. “Francia tenía tantos habitantes como el resto de la Europa Occidental reunida; sus ingresos eran del doble de los que percibían los Habsburgos, y del triple de los de Prusia o de Rusia”.⁷⁵ Una eclosión revolucionaria producida por la nación más poderosa del continente europeo tenía que significar mucho, en sí. Explicará, luego, el poderío napoleónico.

Pero esta poderosa Francia sufría en esos momentos grave crisis financiera, administrativa y económica, sobre todo por la Guerra de los Siete Años y la cooperación militar a gran escala para la independencia norteamericana. Los habitantes del campo pedían

⁷⁴ Los pueblos de la tierra tendrán que esperar 128 años para que aparezca el comienzo real de otra Revolución de muy alta entidad: la socialista, en Rusia, de 1917.

⁷⁵ DREYFUS, FRANCOIS. *El tiempo de las revoluciones*. París: Librería Larousse, 1968: 41.

tierras; los burgueses querían poder. El rey Luis XVI trataba de acentuar su absolutismo en su lucha contra el Parlamento; la supresión de éste produjo furor en todo el país. Los Estados Generales, integrados por diputados de la nobleza, el clero y la burguesía, significaron un pronto predominio de la última, que se instaló en Asamblea Nacional; el monarca clausuró la sala donde sesionaba. La agitación popular en París y en algunas ciudades se volvió permanente, creciente. Hasta que se produjo el gran estallido. La Asamblea Nacional Constituyente, en consecuencia, aprobó las magnas modificaciones: el voto universal, la libertad permanente, la igualdad en los derechos, la resistencia a la opresión, la ley igual para todos, la inviolabilidad de las personas y los bienes, la libertad de religión y de opinión, la admisibilidad general a todas las dignidades, etc. ¡Se entraba a algo realmente nuevo!

Obviamente las monarquías europeas todas se expresaron hostiles a la Revolución Francesa. Actuarán contra Francia militarmente, cuando empiece a mostrarse el poderío napoleónico y estructurarán la Santa Alianza, con la capitania de Inglaterra. Catalina II llegó a decir: “¡Debería exterminarse hasta el nombre de Francia. La Igualdad es un monstruo!”.

Miranda, ¿qué pensó Miranda? Recordó los fundamentos doctrinarios de la Revolución norteamericana, que tan detenidamente había estudiado; analizó las similitudes. Antes de tres años entrará al servicio de la Francia revolucionaria, como General en sus ejércitos; el motivo central de su servicio a la Revolución será la independencia hispanoamericana; pero también operará su convicción, identificada con los principios rectores de la Declaración de los Derechos del Hombre. Creyó en ellos desde su paso por los Estados Unidos y, antes, a partir de sus estudios de los enciclopedistas dentro de la propia España. ¡Ahí está su credo; esa es su impregnación.

Su proyecto de acción ante el Gobierno inglés requiere suma habilidad ante la eclosión política francesa. El es un revolucionario que comprende que en Inglaterra hay que ir a los centros de poder, para operar desde allí con eficacia segura. Puesto en acción, penetra

en la aristocracia inglesa con facilidad, por su distinción y cultura; se hace amigo de Ministros, financieros, escritores, artistas; condes y duques; se sabe satisfecho en esos ambientes, que le complacen y que pueden serle propicios para el desarrollo de sus proyectos. En Inglaterra, en Francia, actuará siempre en esos altos niveles; ya lo hizo, en su correría por Europa. Cumplirá su obra desde esos planos, en un tiempo en que la cultura intelectual hallábase principalmente ahí.

El embajador español Del Campo seguía carteándose con el ministro Floridablanca, en referencia a Miranda. Hacia octubre (de aquel 1789) decíale:

Desde antes de ahora, tengo pintado el carácter de Miranda: imaginación exaltada; luces y conocimientos más que medianos; fervor y vehemencia en su exterior y, sobre todo, una actividad extraordinaria. Con tal conjunto de cualidades, si este joven llegara a verse exasperado y reducido a abrazar el partido de servicio extranjero, creo que preferiría siempre todo lo que sea acción, movimiento y singularidad, a seguir una vida quieta e indiferente.

Era una captación con intuiciones proféticas. Los únicos españoles constituidos en autoridad que mensuraron a Miranda con acierto fueron, el general Cagigal primero y el embajador Del Campo después; el uno de inmensa nobleza amistosa; el otro, inteligente pero falso. La miopía hispana respecto de América y los americanos fue constante: los reyes Carlos III y Carlos IV, sus ministros, sus diplomáticos, sus gobernadores y agentes, subestimaron a los líderes de América. A Miranda le calificaron simplistamente de traidor; a Bolívar, ya ganada por él la mayor parte de la guerra, le llamaron mero caudillo ambicioso; a Sucre, en la víspera de Ayacucho, el general español Valdés le creyó inepto para una gran batalla; y a los comandantes menores, ni siquiera se les tomaba en cuenta. ¡Al final, esta petulancia hispánica no conservó en América ni un solo metro cuadrado de territorio! No comprender, en lo importante, es perderse.

Dentro de las grandes apetencias de su vocación libertaria, encuentra en la órbita oficial un amigo noble: Thomas Pownall, de quien había leído la obra *Disertación sobre el Arco de Triunfo de Orange*.

Ex-gobernador de tres Estados norteamericanos, antes de la independencia, y por lo mismo alta autoridad en la política británica, es persona muy próxima al Primer Ministro William Pitt. Pownall y Miranda llegan pronto a un entendimiento completo acerca de los proyectos de liberación americana, en cuyos detalles ha penetrado anchamente; vuélvese fervoroso copartícipe y gestiona, con éxito, una entrevista del caraqueño con el Primer Ministro, a quien ha puesto en antecedentes con especial habilidad. Al plantearle la posibilidad de independencia hispanoamericana, según los planes mirandinos, hablóle de los beneficios que obtendría la Gran Bretaña. “Lograda la independencia –decíale al Ministro– la América Española sería una inextinguible fuente de comercio, con la perspectiva promisor de contribuir a pagar una parte de la deuda nacional inglesa”, según lo anotó Pownall en su *Diario*. ¿Cómo lograr la emancipación americana? Mediante la ayuda militar y naval del gobierno inglés a los revolucionarios hispanoamericanos, los cuales también formarían su ejército. “A cambio de la ayuda –anota Pownall– se hace el siguiente ofrecimiento: La mitad de la renta que actualmente pagan al gobierno español, que no los protege y sí los despoja; Se comprometen a pagar el gasto total de la expedición y después de cancelado continuar pagando un subsidio por los años que se estipulen; Se dará libertad de comercio con preferencia a los ingleses y americanos”, porque podría buscarse la cooperación de los Estados Unidos; Inglaterra, por su parte, declararía que no busca ni conquistas ni monopolios comerciales, y ocuparía la zona del Istmo de Panamá para asegurar comunicaciones y transporte.

La acción de Pownall fue determinante. El Ministro Pitt le concedió audiencia a Miranda pocos días después (el 4 de febrero de 1790). ¡Había habido una espera de ocho meses! Fue recibido en la casa de campo de Hollwood, y el diálogo con el Ministro duró más de tres horas; se despidieron con la promesa de verse a menudo y con el ofrecimiento de Miranda de remitirle una amplia Memoria sobre el proyecto.

Es muy joven el Ministro Pitt; treinta años. Lleva ya siete en el poder, debido a su sagacísima habilidad política, y a que es hijo de

lord Chatham, célebre Primer Ministro durante la Guerra de los Siete Años, en la cual logró debilitar el poderío francés en los mares y en las colonias. Pitt hijo, muy capaz en finanzas –empezó desempeñando el Ministerio de Hacienda, muéstrase hombre de mucha cautela, muy hábil en el rastreo político, pero le falta audacia para las grandes empresas, y acabará por irritar a Miranda. La situación política europea, por causa de la Revolución Francesa, puso en su mente graves dudas, y se volvió más precavido y, sobre todo, más irresoluto. Las consecuencias, las padeció necesariamente Miranda, un hombre constituido ya en la autoridad presionante, de los cuarenta años! Y de qué cultura intelectual, y de cuánta experiencia, y de qué poder creador en sus concepciones!

Sirve Pitt a un rey, Jorge III, llamado “El granjero”, a quien habíale dado por entonces un ataque cerebral que terminará, años después, por llevarle a la locura y a la ceguera. Pitt, por tanto, es excepcionalmente poderoso; se hace su voluntad y no la del rey. Y en su voluntad rigen, en primer término los problemas europeos; casi como si no viera los demás.

Pocas semanas después de la entrevista, Miranda le entrega al Ministro un documento que en la historia ha de llamarse “El Plan Miranda”, en el cual parece que todo ha sido pensado y calculado, con realismo y con idealismo juntos. Pitt se tomará tres meses para hablar con el caraqueño de esos papeles en extremo importantes.

En el lapso de espera, el embajador Del Campo le hace saber a Miranda que el rey de España ha dado una respuesta a su demanda. El ministro Floridablanca lo comunica en estos términos:

El rey se halla enterado de cuanto V.E. ha escrito y representado en varias ocasiones, y recordando en 28 de febrero próximo pasado, a favor de don Francisco de Miranda. Pero como ese caballero está comprendido en un proceso pendiente, en que conviene se defienda y purifique su conducta, no puede S.M. sin esta circunstancia tomar un partido para hacer uso de él y de su circunstancia; y así me manda el rey lo responda a V.E.

Miranda, muy gravemente ofendido, le da al rey Carlos IV una altiva y a la vez serena contestación; en ella tiene el coraje desafiante de renunciar a la nacionalidad española:

Veó claramente que en vez de darse una satisfacción completa a mis agravios y reparar los graves perjuicios que ha sufrido mi hacienda, se traman y se oyen nuevas implicaciones, hasta cuando estoy fuera del país. Se me ha puesto así en la dura precisión de sacrificar todo mi caudal e intereses, y lo que es más la dulce compañía de mis padres y deudos a fin de escoger una patria que me trate al menos con justicia y me asegure la tranquilidad civil. [23 de abril de 1790]

Al renunciar a España, escoge una nacionalidad nueva, que aún está esclavizada: ¡América! Adopta esa ciudadanía de patria grande, hasta que le llegue la hora de reintegrarse a su patria chica: Venezuela. Toda su actividad y toda su obra serán, en adelante, por América. Emerge, así, para la historia, el primer latinoamericano de conciencia continental.

El Plan mirandino se diseña en estos lineamientos:

La situación de América es —expresa— de opresión infame en que la España la tiene constituida, negando a sus naturales que puedan desempeñar empleos militares, civiles y eclesiásticos de alguna importancia, confiriéndolos sólo a los españoles europeos que vienen únicamente para enriquecerse y ultrajar y oprimir a los infieles habitantes. Prohibiendo a los americanos que pasen a países extranjeros sin una licencia del monarca, que rarísimamente se concede. Y lo que es más aún, es el oprimir la inteligencia con la intervención del infame Tribunal de la Inquisición que prohíbe la lectura de libros o de publicación útil capaz de ilustrar el entendimiento humano, procurando así degradar haciéndolo supersticioso, humilde y despreciable.

Esta América se ha sublevado en Caracas, Quito, México, el Perú, Santa Fe en varias ocasiones (cita los años). América podría expulsar a los españoles, pero las distancias entre las ciudades hacen

imposible la intercomunicación; aparte de que no hay gacetas ni publicaciones para esos contactos:

La América española puede ofrecer un vastísimo comercio al Reino inglés. Posee tesoros para pagar puntualmente los servicios que le presten y aun para contribuir a pagar una parte de la deuda nacional inglesa [...] Por estas razones y en tratándose de un mutuo interés, los hispanoamericanos desean formalizar un pacto solemne con esta potencia, para establecer un gobierno libre, semejante al vuestro y celebrar un tratado de comercio de ventajas recíprocas.

Fija Miranda luego algunos detalles. Para las operaciones militares bastaría con 12.000 o 15.000 soldados de infantería y 15 navíos de línea. Habría la posibilidad de abrir un Canal en el istmo de Panamá “que facilite el comercio de la China y del Mar del Sur, con innumerables ventajas para Inglaterra y América”. ¡Por vez primera (año 1790) se habla del Canal de Panamá! (Lo realizarán los norteamericanos un siglo y cuarto más tarde).

La población de América hispana la calcula Miranda en 11.000.000, de los cuales seis son indígenas sometidos a los españoles. El valor sumado de oro, plata, cochinilla, índigo, cacao, azúcar, cueros y tabaco llega a 55.000.000 de pesos. La exportación española hacia América es de 22.000.000; otros tantos millones, por contrabando de mercancías. Las tropas regulares españolas en América ascienden a unos 13.000 hombres y la milicia colonial a 20.000. En las Antillas y en las costas, tiene España cuatro naves y cuatro fragatas. En resumen: las fuerzas españolas son de treinta y seis mil soldados; de cuarenta y cuatro mil marinos y ciento veintitrés buques (total que debe corresponder a América y España).

Junto a esto, Miranda le presentó al Ministro Pitt, en idioma francés, un Proyecto de Constitución para las Colonias Hispanoamericanas. Según ésta, se proyectaba un país inmenso, desde el Mississippi hasta el Cabo de Hornos, con el océano por frontera en el Oeste, y por el Este los linderos del Brasil y Guayanas; Cuba quedaría inclusa, por ser llave del Golfo de México. Para los millones

residentes en este territorio gigantesco, habría un Gobierno dirigido por un Emperador Inca, hereditario. (“Emperador Inca” era un título; no significaba Emperador indígena). El Poder Legislativo tendría una Cámara del Senado, con senadores vitalicios; la otra Cámara, de los Comunes, estaría integrada por Diputados elegidos popularmente cada cinco años. Habría Jueces Federales vitalicios. Con función de cinco años, Censores, Ediles y Cuestores se ocuparían en velar por la moralidad de la juventud (los Censores), de los Senadores y de los educadores; en atender la vigilancia y conservación de canales, puertos, carreteras y monumentos (los Ediles); y en controlar y fiscalizar la administración pública (los Cuestores). El clero no se ocuparía sino de asuntos eclesiásticos; quedaba abolida la Inquisición; desaparecerían los impuestos a los indígenas. Se adoptarían las disposiciones administrativas necesarias.

Miranda, de este modo, había ideado algo parecido al sistema británico, pero adaptándolo y complementándolo. A esta conciencia gubernativa había llegado después de examinar las diferentes formas de Gobierno vigentes en Europa; Francia no había establecido aún la estructura republicana; Miranda la conoció vigente en los Estados Unidos; no le plugo y no la adoptó. Cuando firme la Constitución republicana de Venezuela, en 1811, dejará constantes sus objeciones.

Se esbozan planteamientos en varias entrevistas cortas de Miranda con el Primer Ministro Pitt; la más larga se produjo el 6 de mayo, o sea a los tres meses de la primera, y con la concurrencia de lord Greenville, Secretario de Estado del Interior y pariente de Pitt. Se analizó el problematismo del Plan con ánimo de conocerlo y adoptarlo; los dos Ministros parecían inclinados a comprometerse.

El azar presentó una situación propicia, en ese sentido. Un buque pesquero inglés había sido apresado por navíos españoles en la costa occidental del Canadá, que España consideraba posesión suya. La protesta inglesa fue muy enérgica y se vislumbró el peligro de una guerra. Miranda advirtió inmediatamente el beneficio: si estallaba el conflicto, era lógico propiciar de modo urgente la insurrección de las colonias españolas en América. Pero la ocasión

se esfumó: el ministro Floridablanca optó por la solución pacífica. Exclamó Miranda, desilusionado:

He sido vendido por un tratado de comercio con España; Pitt es un monstruo que parece no tener otro guía que El Príncipe de Maquiavelo. Habíamos convenido que si estallaba la guerra, el Plan entraría en ejecución; y hasta se enviaron a buscar algunos de nuestros compatriotas ex-jesuitas que yo había visto y preparado en Italia para el asunto.

¿Cede Miranda; se considera destruido? Prosigue, a pesar de la dura desilusión, y solicita una entrevista con Pitt; desea continuar presionando. El Ministro le hace decir que no le será posible recibirlo porque está para partir al campo. El enfriamiento de las relaciones se acentúa; la ira mirandina es autorreprimida; esperará, porque es invencible.

Así cierra 1790. Durante año y medio, desde el arribo de su gira por Europa, las gestiones no han alcanzado nada concreto. Los sucesos en Francia, en contraste, amplían en ese lapso su proceso revolucionario, que asusta a los ingleses, que preocupa a muchos. El Papa produce un conflicto de proporciones en el espíritu predominantemente católico de los franceses: condena la Declaración de los Derechos del Hombre y la nueva Constitución. El rey Luis XVI y su esposa María Antonieta al advertir el peligro para sus vidas, tratan de huir del país, sin lograrlo. Las masas concentrándose en París piden el derrocamiento del monarca; hay matanzas en el Campo de Marte. Los gobiernos europeos, tratando de avizorar el futuro, ven la faz pálida de la incertidumbre, sin descifrarla.

No sólo no ha progresado nada Miranda en su actividad, sino que, sorpresivamente, descubre que el gobierno británico le vigila. Un funcionario de la Tesorería inglesa, Mr. Parker, ha contratado a dos sujetos para que le sigan los pasos; uno de éstos, Nougé, probablemente miembro de la masonería, le revela el secreto al venezolano y le describe minuciosamente lo actuado en los últimos días, a fin de dar veracidad a su confidencia. Se duda oficialmente de la sinceridad, de la grandeza de espíritu, de la nobleza de los proyectos

de Miranda. Esto le duele más que los últimos sucesos en su contra. ¿Le creen agente de Francia; qué piensan de él? Había que desvirtuar lo que fuese. Escríbele sin demora a Pitt (28 de enero de 1791) una carta que podría calificarse de fijadora:

Mis únicas miras —le dice— fueron, ahora y siempre, promover la felicidad y la libertad de mi país [la América del Sur, excesivamente oprimida] y ofrecer grandes ventajas comerciales a Inglaterra, según lo expresé en las propuestas presentadas el 5 de marzo de 1790. Arreglos prudentes podrán llevar a la madurez, en un período futuro, dicho Plan generoso y benévolo, para la felicidad y prosperidad de la América del Sur; para la grandeza y opulencia de Inglaterra [...] Los jesuitas desterrados podrían prestar grandes servicios, tanto para dirigir los nuevos establecimientos y el intercambio comercial que habría de crearse entre los ingleses y los nativos en las costas cedidas en la América del Sur, como para establecer alguna comunicación con la grandes ciudades españolas del continente, por medio de sus propias relaciones y amigos.

¡A los ingleses hay que hablarles de comercio!

En la misma carta se refiere a sus angustias económicas; prefiere ser claro sin dejar de mostrarse discreto: “Mi situación personal requiere, debo mencionarlo, que se me conceda una renta anual capaz, por hallarme privado de recibir recursos de Caracas. Cualquier suma de dinero que me sea concedida, en cualquier concepto, sea por servicios prestados o esperados de mí en adelante, la restituiré en el momento en que pueda entrar en posesión de mis propiedades en la América del Sur”. Los préstamos que le otorga su amigo Turnbull no le bastan: lleva vida de alto rango, directamente en nexo con la Corte y en medio de la nobleza, única manera de ser escuchado. ¡Carece de ingresos por completo!

Dos meses más tarde, Pitt se digna recibirlo; le ofrece una próxima solución económica: son quinientas libras, que le hace llegar al cabo de otros cuatro meses; ¡una miserable limosna! La amargura y la impaciencia del oficial caraqueño van llegando al borde. Al Ministro se le ve muy ocupado, no en los proyectos de acción sobre

Hispanoamérica, sino en el liderazgo, en Europa, contra Francia y su Revolución. Asimismo, actúa con entusiasmo y decisión para ir colocando en los mercados del mundo la producción inglesa, ampliada ahora por la presencia de la máquina (la Revolución Industrial); abundan los textiles; el progreso llega al punto de pavimentar las calles por vez primera con macadán. Pero la máquina ha traído conflictos sociales, como consecuencia de la mecanización; y poco a poco va formándose el proletariado, frente a una burguesía creciente en su poderío industrial; hasta la producción agrícola ha aumentado. Advirtió Pitt, junto con los hombres del Gobierno, que América podía constituirse en excelente mercado para los artículos ingleses; Miranda se lo demostró. Sin embargo, la política fue más poderosa que la economía en sus preocupaciones, y prefirió no ofenderle a España, que en cualquier momento podía convertirse en aliada de Francia, contra Inglaterra; ya lo había sido cuando la guerra de independencia de los Estados Unidos. ¿Existía algún fundamento serio para temer esa alianza? El Ministro se excedió en sus sospechas o temores.

Rebasado, al fin, el límite de espera, Miranda rompe con Pitt, con habilidad diplomática, en una carta en la cual le demuestra que le ha hecho servicio inmenso a Inglaterra revelándole su proyecto de independencia americana y fijando con precisión cada uno de los puntos sustanciales de la empresa; hácele un recorderis desde la primera entrevista en febrero del año anterior; le subraya que por el entendimiento con el Gobierno Británico rechazó las generosas y reiteradas proposiciones de la emperatriz Catalina II, quien quiso asignarle una renta de mil lises por año. Y le expresa: “Me pidió usted que esperara, dándome su palabra de honor de que no iba a ser defraudado y que iba a enviarme mil libras para pagar los gastos en que había incurrido hasta ese momento”. De eso, ¡sólo recibió 500! Le sugiere que 1.200 libras por año, como adelanto o préstamo, “no sean considerados como una cantidad excesiva para un caballero extranjero que vive en Inglaterra”. Finaliza la carta así:

Espero quiera usted excusar esta molestia y estar convencido de mis calurosos deseos por la prosperidad de Inglaterra, cuya gloria espero

todavía ver acrecentada con la ejecución de los Planes propuestos, y aun antes de que ese tiempo llegue, me jacto que tendrá oportunidad de probar mi sincero afecto a este país.

En el lenguaje diplomático inteligente, cabe bien la ironía de punta muy fina.

Pitt se hallaba fuera de Londres. Leyó la carta de Miranda y la respondió inmediatamente. Es la única carta que se conoce de Pitt al venezolano; ¡la única en contestación a por lo menos seis!:

Recibí antier su carta del 8 del corriente [septiembre de 1791], en respuesta a la cual debo informarle que no puedo abrigar la menor idea de recomendar a usted para una pensión del monto que indica. Sólo se pensó darle alguna anualidad fija en el caso de reconocerse, después de la debida consideración, que su permanencia aquí, o su empleo, podrían ser útiles para el servicio público. De otro modo, todo lo que tenía usted motivo de esperar era una suma razonable, proporcional a sus gastos necesarios y las molestias o pérdidas de tiempo ocasionadas por su estada aquí. Con ese motivo, y por orden mía, le fueron pagadas 500 libras. Ciertamente no recuerdo haberle dicho jamás que recibiría 1.000 libras, ni tampoco entendí, por lo que me dijo Mr. Smith, que hubiese usted manifestado tal espera cuando se le pagó la suma de 500 libras. Recibiré probablemente su respuesta antes de regresar a la ciudad, lo cual ocurrirá en los comienzos del mes próximo, y entonces será usted informado de lo que pueda esperar en adelante. En tales circunstancias, imagino que le parecerá más conveniente aplazar su viaje.

¡Qué lenguaje tan humillante! ¡Esta es una carta ruin! ¡Pérfida! Un Primer Ministro discutiéndole unas monedas a quien ha entregado el tesoro inmenso de una idea creadora, original, revolucionaria y fecunda, que no tiene precio! ¡Un Político tratándole a ese hombre extraordinario que es Miranda como a un aventurero requerido de dinero! Los informes que ha presentado; la explicación de la realidad, auténtica de todo un continente; los datos concretos suministrados, que sólo Miranda podía aportar, porque provenían de sus amigos

masones y de las revoluciones ya en actividad; todo eso, que no podía pagarse con miles de miles, ¡es subestimado por un funcionario de alma de mercader! Esta carta de Pitt constituye vergüenza para un hombre en el poder; no tiene: ni siquiera la elevación que podía esperarse de un hijo de lord Chattam.

Esa misma semana contesta Miranda, con dignidad y altivez:

He tenido el honor de recibir vuestra carta del 12 del corriente mes. No me queda después de esto sino, rogaros que tengáis a bien devolverme los papeles, planos y memorias que os he confiado. Un depósito entregado a un hombre honrado es una cosa sagrada y que él debe devolver tan pronto se lo pidan. Espero que sea este precisamente el caso entre vos y yo. Y espero que todo sea remitido sin guardar copia, traducción o cosa por el estilo. Tened la bondad de fijarme el plazo de la remisión, puesto que ese plazo debe fijar mi partida.

Es una carta-lección, llena de orgullo. Miranda se situó por encima del Ministro, hablándole en los términos de menosprecio que cabían. Interrumpidas así las relaciones entre los dos, el caraqueño optó por unas cortas correrías hacia el interior de la isla británica; escribió cartas; había que esperar, ¡siempre esperar! En la dirigida a Catalina de Rusia le habla de una cuestión histórico-cultural: “He llegado a encontrar –le dice– papeles muy interesantes, escritos por un gran hombre, el feldmariscal Keith, antiguo y fiel servidor de Rusia, quien los ha escrito para gloria de esa nación [...] Los he obtenido de su primo el caballero Drumond, para entregárselos en las manos de V.M.”. El mariscal Jacobo Francisco Eduardo Keith, escocés, escribió sus estudios sobre la Rusia de 1748 a 1755. Murió en batalla tres años después. Una concisa pero nítida opinión sobre Inglaterra se la da a Potemkin:

Inglaterra, nación altanera, que en este momento está embriagada de triunfos sobre España, a pesar de la decadencia de su comercio, está obligada a confesarse que está desplazada por Rusia, después de haber insultado más o menos a todos los países de Europa.

Potemkin no tuvo tiempo para contestarle; murió ese mismo año.

Y termina 1791 sin ningún resultado halagüeño para los planes mirandinos. De no haber hecho amplísima vida social y efectuado no pocos paseos —investiga siempre lo social, lo educativo—, habríase desesperado: seis meses han transcurrido y no llega la respuesta del Ministro. Escríbele una carta más, puesta en términos enérgicos; le trata de igual a igual. Miranda defiende su dignidad. ¡Cuánto complace mirarlo así! Los que portan conciencia de su valer, se agigantan a la vista de los poderosos. ¡Cuánto más significará, para la historia, el suramericano! Al final de la carta, refiérese al enojoso asunto del dinero:

Vuestro secretario, Mr. Smith, me dijo que tenía orden de remitirme 800 libras esterlinas. El Sr. Smith ha debido informaros que sólo por su negativa no he insertado en el recibo la condición de que devolvería esa suma, con la anterior de 500, tan pronto como mis finanzas me lo permitieran. El dinero no fue jamás el objeto de mis afanes, como debéis estar convencido por el rechazo que hice de los empleos y dignidades que la Soberana Catalina II, la más magnánima y más grande del mundo, tuvo la bondad de ofrecerme si entraba a su servicio; no acepté, por estar ocupado de un objetivo que sobrepasa mi interés personal.

¿Habrá reflexionado Pitt sobre estas consideraciones? ¿Habrá comprendido que Miranda no era un aventurero sino un hombre extraordinario con un gran ideal dentro, por el cual todo lo sacrificaba y hacia el cual todo lo emprendía? Pitt no tenía los alcances de un Napoleón para descubrir quién era Miranda; ¡Napoleón sí lo advertirá, el momento mismo en que los dos se encuentren por vez primera!

Los papeles fueron al fin devueltos. Y Miranda, muy decepcionado de Inglaterra, partió hacia Francia el 19 de marzo de 1792; arribó a París el 23. ¡Acto de audacia suma! Sabe Francia que Inglaterra es su enemiga; que Pitt está organizando la resistencia europea contra la Revolución; entra Miranda en un juego político en

extremo peligroso; en toda explosión revolucionaria, los que se destacan ponen audazmente su vida en grave peligro. Escribió en su *Diario*:

Partí de Londres a París con ánimo de informarme si acaso los franceses, como yo me lo presumía, no intentaban revolucionar la América Española.

MARISCAL DE FRANCIA

Yo estaba consagrado a la Libertad mucho antes de que Francia pensara en ocuparse de ella.

MIRANDA. Carta a Woronzoff, París, agosto de 1792.

Entra Miranda a un París conflictivo, encendido y vehemente, drástico en los actos; los líderes parecen tratar de descubrir a la fuerza las verdades esenciales; el libro del inglés Thomas Paine: *Los Derechos del Hombre*, que pide la eliminación de la monarquía y la erección de la república cala muy profundamente. Hay impaciencia y agresividad en los ánimos; se quiere destruir para edificar y las calles están llenas de letreros en las casas, en los muros. Miranda reproduce en su *Diario* uno de esos textos: “El alma de Mirabeau se exalta en estos lugares; ¡hombres libres, llorad; tiranos, bajad los ojos!”. Todos hablan de Libertad; casi nadie, de Fraternidad o Igualdad; los tumultos en los barrios a veces causan muertes, abundan los heridos; a los discursos morigeradores de los girondinos que están en el poder y que buscan la conciliación, se responde con la violencia, con el grito fanático; o con la palabra cortante y fría como de daga de Robespierre, de Couton. ¡Qué contraste con la severa, serena y aburridora Londres!

Gobiernan los girondinos y con ellos el general Dumouriez (Ministro de Relaciones Exteriores), que tanto tendrá que hacer con Miranda muy pronto. El viajero toma contacto en seguida; encuentra en el Alcalde Pétion de Villeneuve un personaje de grandes influencias, un masón, un amigo. Intima rápidamente con el ministro Roland, con los diputados de la Asamblea Legislativa Gensonné, Brissot, Gaudet. Se integra, así a la órbita de los girondinos; se le señalará, por tanto, como enemigo del partido jacobino que dirige Robespierre. Miranda es hombre político; la política francesa empieza a absorberlo. Advierte que la nueva Constitución, promulgada seis meses atrás, ha decepcionado a las masas; no es suficientemente radical. Capta, asimismo, que lo que fue al principio, dos años atrás, unión de campesinos que pedían tierras, y de burgueses que buscaban el poder combatiendo a la nobleza, ahora significa lucha a muerte entre

girondinos y jacobinos. “Aquella doble alianza de campesinos por una parte y de burgueses por la otra, todos contra la nobleza –anota Jacques Codechot– constituyó el carácter específico de la Revolución”. Eso, ha evolucionado.

Va directamente Miranda a su objetivo: ¿proyecta Francia revolucionar las colonias españolas de América? En conversaciones con Ministros, altos funcionarios y militares, descubre que en efecto existe el plan de actuar, pero para Francia. “Hice lo posible para disuadirles –cuenta en su *Diario*– y se concluyó definitivamente que se suspendería la ejecución del proyecto por algún tiempo y que nada se emprendería en este particular sin darme parte antes”. En el futuro, Francia intentará intervenir en América, ya para aplastar la insurrección de Haití; ya para inclinar a los pueblos a su favor, una vez entronizado en Madrid el rey José Bonaparte. ¡Fracasará, según lo había advertido Miranda!

Cumplida la importante investigación y bien analizada la situación muy compleja, muy crítica, de Francia, decide volver a Londres:

Yo me preparaba –anota– a partir de París para restituirme a Londres, y en el intermedio ir a Petersburgo a hacer una visita y tributar todo mi reconocimiento a la Emperatriz, mi Protectora, la Gran Catalina; cuando, estando para partir, con mi plaza pagada ya en la Diligencia de Londres el 12 de agosto, cata que precede el gran evento del 10, que las barreras se cierran y que nadie puede partir.

El grave problema se ha producido la víspera, el 9, al constituirse en la ciudad una nueva Junta Municipal, la Commune, con predominio de jacobinos. Como consecuencia, la mañana siguiente ha sido asaltado el Palacio de las Tullerías en el cual se encontraba la familia real, y se les ha encarcelado al rey Luis XVI y a la reina María Antonieta. ¡La revolución, para cumplirse, necesitaba eliminaciones!

Venía muy grave la situación para Francia desde hacía cuatro o cinco meses, en cuanto a la realidad exterior; Miranda pudo saberlo,

con detalles. En la ciudad alemana de Coblenza, en el Rin –al sur de Bonn– estaba organizándose la acción invasora, con los contingentes franceses contrarrevolucionarios y con el apoyo de los austriacos. La nueva Francia exigió que las tropas austriacas se retirasen de la frontera francesa y dejaran de apoyar a los contrarrevolucionarios. La negativa del Emperador de Austria hizo estallar el conflicto. La Asamblea Legislativa de París le declaró la guerra a Austria; Prusia se adhirió a Austria. El comandante de los ejércitos austroprusianos, duque de Brunswick, exclamó vanidosamente: “¡Esto no será más que un paseo militar!”. Tuvo luego la audacia de amenazar a los parisienses con “represalias brutales” si se atrevían a causar daño a la familia real. La intimidación unió a todos los franceses, llevándoles a expresiones de verdadero furor. Empezaron a llegar a París grandes bloques de voluntarios de las provincias; los marseleses arribaron al compás del himno “La Marsellesa” que el capitán Rouget de Lisle había creado, letra y música, con el título de *Chant de guerre pur l’armée du Rhin*.

Miranda ve en todo esto un alejamiento, un esfumarse de sus proyectos: nadie en Francia quiere pensar sino en Francia. Con la prisión del rey, la nación ha quedado sin gobierno. Se integra un Consejo Ejecutivo de seis miembros, con predominio de uno de los más vehementes agitadores: Danton. ¡Hay miedo!

Y se presenta lo imprevisto:

Mi amigo el Alcalde de París, M. Pétion, sabiendo que yo estaba decidido a partir en breve para Inglaterra, donde yo tenía compromisos de la mayor importancia, me preguntó por qué no aceptaba servicio en Francia, por la causa de la Libertad que yo amaba tanto. Le hice ver mi condición de extranjero y la ingratitud que más tarde se experimenta, como yo lo había comprobado en América. En fin, me pidió que aplazara mi partida.

En otra parte del *Diario* mirandino:

Los Diputados y Ministros que he citado me llaman con instancia y me proponen –para el bien de mi Patria, para salvar la Francia en aquel momento de una invasión extranjera y tal vez la familia real de

una masacre inevitable si los prusianos llegaban a París— que yo parta inmediatamente al ejército francés, con carácter de General, y que reuniéndome a Dumouriez procurásemos ambos detener a los prusianos y austriacos; y que logrado este objetivo, la Libertad se establecería en Francia y yo conseguiría también el colmo de mis deseos llevando la libertad y la independencia a mi patria [...] Al cabo partí para Reims, en Champagne, con el grado de Mariscal de Campo al servicio de Francia [...] El general Dumouriez me recibió con los brazos abiertos; desde aquel día consultaba conmigo todas las operaciones militares, poniendo a mi cargo mucha parte de ellas; seguimos con la mayor armonía toda esa campaña y la siguiente.

En este ingreso al ejército revolucionario francés, hay una condición esencial, que Miranda la establece muy nítidamente en la carta que dirige al Ministro de Guerra José Servan (24 de agosto), al aceptar la nueva responsabilidad:

Como la libertad de los pueblos —le dice— es un objetivo que interesa igualmente a la nación francesa, y principalmente aquella de los pueblos que habitan la América del Sur (o colonias hispanoamericanas), que por su comercio con Francia hacen un gran consumo de sus mercancías, y que desean también sacudir el yugo de la opresión para unirse a ella; es necesario que su causa sea protegida eficazmente por Francia, puesto que es la de la libertad, y que me conceda permiso, en el momento que se presente la ocasión, para ocuparme principalmente de la felicidad de ellas, estableciendo la libertad y la independencia de sus países. Yo me he encargado voluntariamente de ello, y para tal propósito los Estados Unidos e Inglaterra han prometido su apoyo en la primera coyuntura favorable.

A la carta-documento añade Miranda una Nota:

Es bajo estas expresas condiciones y en ese espíritu que me he alistado al servicio de la Francia Libre, cuya garantía por parte del Gobierno representativo me ha sido asegurada por los Ministros Servan, Roland, Le Brun y Clavière, y también por el patriota Alcalde de París, Pétion, y todos ellos me han prometido testimoniarlo siempre al mundo entero si fuere necesario.

En suma: Miranda luchará por Francia, para que luego Francia “proteja eficazmente” la independencia hispanoamericana. Se percibe ahí la dimensión de una lógica férreamente diseñada. Sólo que, dentro, se oculta un interrogante cargado de angustia: ¿quién puede saber cuándo una revolución ha de darse por plenamente cumplida? Además, ¿quién lograría percibir las desviaciones de los graves sucesos que estaban produciéndose en Francia?

Prevé Miranda que el Gobierno ruso, tal vez el único amigo suyo verdadero, no comprenderá su actitud. Por lo mismo, escríbele al conde Woronzoff, embajador ruso en Londres, para decirle, antes de la salida hacia el frente:

En el momento en que esperaba tener el placer de verlo y de conversar con usted, héme aquí General del ejército francés, del ejército de la libertad y a punto de partir para tomar el mando de una división en la frontera. Que yo me haya unido a los defensores de la libertad no debe asombrarle, ya que usted sabe que es mi divinidad favorita, y que yo me he consagrado a su servicio mucho antes de que Francia pensara en ocuparse de ella. Pero, lo que más fuertemente me ha inducido es la esperanza de poder ser un día útil a mi pobre patria, a la que yo no puedo abandonar[...] Mis saludos al general Clark, quien quizá encuentre escandaloso que un viejo castellano se haya hecho un “sans-cullotte”.

Como la Zarina había dicho reiteradamente que por la revolución había que suprimir hasta el nombre de ciudadano francés, su representante le informó del particular, y optó por cortar toda correspondencia con Miranda. En una esquila a Turnbull, decía el diplomático:

El conde Woronzoff cree en los nobles sentimientos del señor Miranda, pero ve en él un hombre extraviado por una fatal coincidencia de circunstancias: Y aunque no le retira su respeto, se ve obligado a suspender sus relaciones epistolares con él. Como Ministro de nuestra Soberana, que se ha pronunciado en voz alta contra las iniquidades que se perpetran en Francia, no puedo mantener relaciones con un

hombre que se hace cómplice de una obra que justamente suscita su indignación.

La indignación de Catalina II fue ostensible y explícita: el príncipe Kochubel informábale a Woronzoff:

Me he enterado con indecible amargura del extravagante papel que se propone desempeñar Miranda. Nunca pensé que un hombre como él fuese capaz de hacer cosa tan absurda. Todos hemos aprobado vuestra conducta en relación con él. Grande ha sido el enojo de la Emperatriz por el comportamiento de ese hombre que, de no ser por su amparo, ya haría tiempo que estaría pudriéndose en las mazmorras de la Inquisición.

¿Cómo podían comprender la Zarina y sus gentes, esclavizadores de Rusia, a quien preconizaba libertad y se ponía al frente de tropas para salvarla? En Rusia no le tomaron a Miranda sino como político que podía despertar a España; no como líder de la teoría de la libertad.

En París, los enemigos de la patria son los contrarrevolucionarios. En las cárceles son ejecutados aristócratas, sacerdotes sospechosos, presos comunes; Robespierre avanza; calcula con frialdad; sabe que va rumbo al poder; su alma de déspota se perfecciona.

Antes de partir, Miranda redacta un sencillo testamento; hay la costumbre de hacerlo cada vez que aparece en el horizonte algún peligro serio de perder la vida. No teme la muerte; ningún hombre verdadero la teme; le preocupan sus papeles, el texto de sus planes, sus libros.

Apenas llegado, entra en acción: con dos mil hombres combate contra seis mil prusianos; la lucha toma el día íntegro; el enemigo se repliega. “Fue mi bautismo de fuego en el ejército francés”, escribirá.

Pocos días después, el 20 de septiembre —en esta misma fecha se instala en París la Convención Nacional, de gran trascendencia—, se da la decisiva batalla de Valmy; Miranda comanda la división del ala derecha del ejército; Dumouriez es el General en Jefe. Anota el *Diario* mirandino:

Beurnonville llegó con diez mil hombres al campo de Maulde el 18, y Kellerman el 19 con un cuerpo de tropa de alrededor diez mil hombres. El ejército prusiano nos atacó en Valmy el 20 con una furiosa cañonada que duró desde el alba hasta la noche.

Los austro-prusianos fueron forzados a retirarse a la frontera que habían violado. El comando de Miranda asumió tal brillantez, que se ordenó su ascenso. En agradecimiento, escribió en seguida al Ministro de Guerra Servan:

Acabo de enterarme por la carta que usted ha dirigido al señor Presidente, en la Orden del ejército de hoy, de que el Consejo Ejecutivo Provisional ha estimado conveniente ascenderme a Teniente General de los ejércitos de la República. Este invalorable honor sería de mayor satisfacción para mí si mis talentos pudieran equipararse con el celo y el amor inquebrantable a la libertad que me unieron firmemente y me hicieron miembro de la República Francesa a la que dedico por entero mi vida y mis modestos conocimientos.

¡Valmy salvó la Revolución! Poco después, dirá a su amigo el Diputado Gensoné: “Reunido con el General en Jefe Dumouriez y obrando íntimamente y de acuerdo en esta Campaña, los enemigos fueron expulsados, y yo promovido al grado de Teniente General, y muy luego al grado y mando del Ejército del Norte”.⁷⁶

La historia ha señalado la batalla de Valmy como divisora de tiempos. Hubo en ella un excepcional testigo: Goethe, que regresaba de Italia en compañía de la duquesa Amalia; cabalgaba en la retaguardia de un regimiento prusiano, impedido de ir por otra ruta a causa de la guerra.

⁷⁶ MIRANDA, FRANCISCO DE. *América espera*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Vol. 100, 1982: 121.

El ejército prusiano —narra Alfonso Reyes⁷⁷— avanzó hasta Champagne entre humaredas de incendios “que cuadraban bien en un paisaje de guerra”. Luego volvió hacia Châlons en persecución de Dumouriez, quien logró cortar al ejército prusiano del austriaco y atacó a aquel peleando de norte a sur, en Valmy. Goethe presenció el asalto a la Posada de la Luna. El asalto fue rechazado por la artillería, “y los capotes blancos de los jinetes volaban paralelamente sobre las ancas de los caballos”. Las balas se clavaban en el suelo. El fango salpicaba las caras. El pelotón parecía flotar como una masa compacta. Los caballos resoplando se doblaban como pinos bajo la tempestad [...] Los fugitivos se rehicieron con el refuerzo de la infantería de Brunswick. La tierra temblaba bajo el disparo de las baterías de Valmy. Goethe había oído hablar de la “fiebre del cañón”; quiso conocerla; se lanzó hacia la colina de la Luna; en vano intentaron detenerlo los oficiales. El aire era un horno [...] Dumouriez no había cedido; cambiaba la fortuna. Por la noche Goethe, profetizando la futura transformación de Europa, dijo a sus amigos: “Comienza ahora mismo una nueva época del mundo, y podréis decir: yo estuve allí.”

Valmy dividió la historia de Europa en antes y después. Allí empezó a fracasar el propósito de las Monarquías europeas de aplastar la Revolución francesa; al retirarse, Brunswick cedió, sin presumirlo, el campo para la magna innovación del pensamiento liberal. La triple ofensiva francesa posterior dio, con sus éxitos, firmeza definitiva a la Revolución. Casi en seguida, Napoleón Bonaparte será el que imponga en las diferentes naciones del Viejo Mundo el nuevo credo político que se volcará luego sobre Occidente íntegro. América, al independizarse, lo adoptará entero, tanto en la zona sajona como en la latina. Una derrota francesa en Valmy tal vez habría cambiado el ir de la historia.

El Presidente de la Convención Nacional, Pétion, se dirigió al venezolano:

⁷⁷ REYES, ALFONSO. *Trayectoria de Goethe*. México: Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 1964: 64-65.

Se ha portado usted —le decía— como oficial de experiencia y excelente ciudadano que sabe cómo merecer la confianza de los soldados que están bajo su mando. No se trata solamente de asegurar el triunfo de la libertad de Francia, sino de la libertad del mundo entero. Nunca lucharemos por una causa más grande o más noble.

Dumouriez, emocionado, le escribió: “Su amistad, mi querido Miranda, es mi más preciosa recompensa”.

La Convención Nacional, inaugurada en París el día de Valmy, decretó al otro día la abolición de la Monarquía y la implantación de la República, había predominio de los girondinos sobre los “montañeses” o jacobinos (Robespierre, Danton, Marat) y los del centro. Las reacciones violentas continuarán inatajables; lo drástico, lo radical son sus características.

Europa conservadora, monárquica, organiza una Coalición de naciones contra Francia; la dirige Pitt desde Londres. A Miranda se le confiarán ocho brigadas del ejército del Norte, para lo cual se le llama a París. El general Dumouriez ha obtenido la victoria de Jemappes. Se le da luego a Miranda el comando de toda una División; con ella activa vigorosamente el sitio de Amberes, que capitula (29 de noviembre). ¡Nueva victoria magnífica para el general venezolano! Aquí su espíritu toma una venganza contra España: borra de los bastiones los nombres de los héroes hispanos y pone, en reemplazo, los de Rousseau, Helvecio, Dumouriez y Pétion.

Valmy produjo en Miranda un inmenso optimismo. También él, como Goethe, vio la trascendencia de la retirada de los invasores, con la consiguiente consolidación de la Revolución. Esta conciencia optimista será la que le incite y fuerce a permanecer largamente en Francia, a pesar de los gravísimos obstáculos que va a encontrar en ella.

Expulsados de Francia los invasores austro-prusianos, Miranda les escribió entusiasta a sus amigos norteamericanos el mismo día. Al general Hamilton, Ministro del Tesoro, le expresaba:

Los acontecimientos y el éxito de Francia toman un rumbo que nos es favorable. Quiero decir, a favor de nuestro querido país, la América. La información que le dará a usted nuestro amigo el coronel Smith, mostrará cómo las cosas han madurado para la ejecución de esos grandes y beneficiosos proyectos que contemplábamos cuando en nuestras conversaciones en Nueva York el amor a nuestra patria exaltaba nuestras mentes con esas ideas, para el bien de la desafortunada Colombia.

Con el general Knox, Ministro de Guerra, se mostraba más explícito:

Se acerca el tiempo en que nuestra querida patria la América llegará a ser esa gloriosa parte del globo que la naturaleza quiso que fuese y que los proyectos que nuestro patriotismo sugirió a nuestras mentes en nuestros simposia en Boston no están lejos de ser realizados.

¡Han pasado ocho años desde aquellos días! ¡Miranda ha fortalecido su decisión libertaria americana!

Coincide con este optimismo mirandino el diplomático francés Talleyrand, quien le habla al Gobierno de París desde Londres así:

La independencia de las colonias españolas en América, siendo para esa parte del mundo ejercicio de sus propios derechos y retorno a los principios de justicia y de libertad natural, no debe considerarse como atentado a los derechos del gobierno español, por cuanto su hostilidad hacia Francia obliga a ésta a castigarlo.

¡España, con Inglaterra, Austria, Prusia, Italia, Rusia y Holanda, habían constituido la primera coalición contra Francia!

Brissot preeminente miembro de la Convención Nacional del grupo girondino, decíale a Servan, Ministro de Guerra:

Estando completamente seguro de la necesidad de asestar golpes a España en todos los puntos vulnerables de la misma, considero que hay que provocar la revolución en Hispanoamérica, y que el hombre más a propósito para ello es Miranda. Su valentía y talento, su propio nombre, todo ello permitirá sin trabajo romper las cadenas forjadas por Pizarro y Cortés.⁷⁸

Francia piensa en serio; reconoce la validez de los planes mirandinos; tal vez muestra mayor visión que Inglaterra seguramente porque el tema Libertad es superior al de Comercio; lo doctrinario supera a lo pragmático en los hombres de alta esfera mental. Mientras la Convención abre el juicio acusatorio contra el rey Luis XVI, Brissot se dirige al general Dumouriez:

Hay que provocar la revolución, de golpe, en España y en sus posesiones americanas. El triunfo de esta revolución depende de un hombre que usted conoce, respeta y estima: ¡Miranda! ¡Con qué facilidad podría él, al frente de los 12.000 soldados regulares que actualmente se encuentran en Santo Domingo y los 10.000 o 15.000 mulatos, hombres valientes, que le proporcionarían nuestras colonias, disponiendo además de una escuadra, penetrar en las posesiones hispanas, ya que los españoles no tienen con qué ofrecerle resistencia! El solo nombre de Miranda vale por todo un ejército; ¡su capacidad, su arrojo y su genio son garantía de nuestra victoria! Mas para alcanzarla no hay que perder el tiempo. Es preciso que Miranda parta en el Capricieuse, nave que va a zarpar para Santo Domingo. Es preciso que salga antes de que España se dé cuenta de nuestros propósitos. Sé perfectamente que su nombramiento llenará de espanto a España y causará el desconcierto de Pitt con su mezquina y lenta política. Pero España no podrá e Inglaterra no querrá moverse.

Dumouriez aprobó el plan entusiastamente; decidieron otro tanto los Ministros.

⁷⁸ GRIGULIEVICH LAVRETSKI, JOSÉ. *Miranda*. Caracas: Ediciones de la Contraloría, 1974: 101.

Pero Miranda no era un iluso; advirtió inmediatamente la impracticabilidad del proyecto en carta explicativa dirigida a Brissot (Lieja, 19 de diciembre de 1792):

Acabo de leer, estimado ciudadano, la carta que usted ha dirigido al General Dumouriez, acerca de mí. Le agradezco la halagüeña opinión que tuvo a bien expresar en relación a mis modestos conocimientos, así como la amistosa influencia mediante la cual indujo al Poder Ejecutivo a que me confiara el Gobierno de Santo Domingo [...] El Plan que usted expone en su carta es realmente ingente y magnífico. Sin embargo, ignoro si su ejecución es segura, o incluso probable. En lo referente al Continente hispanoamericano y a las islas adyacentes, estoy perfectamente enterado y en condición de expresar una opinión exacta; desconozco, en cambio, totalmente lo que concierne a las islas francesas y su situación actual. [Santo Domingo es posesión francesa]. Por constituir esto en su Plan la base de cualquier operación y ya que es de las colonias francesas de donde debe partir la fuerza ejecutora, para poner en movimiento los pueblos del continente, tenemos que estar muy seguros y certeros de lo positivo de este dato. Me parece también que tal nombramiento y mi salida para Santo Domingo, obraría como señal de alarma respecto de la Corte de Madrid y de la de Saint James; los efectos se harían sentir en seguida en Cádiz y en Portsmouth, lo cual ocasionaría nuevos obstáculos a tal empresa que, por lo demás, resulta demasiado gallarda, hermosa y cautivante para echarla a perder o llevarla al fracaso por alguna imprevisión al iniciarse [...] Todo lo que tengo el honor de decirle sobre esta materia no debe interpretarse sino como observaciones a tomar en consideración, dentro del marco conceptual del plan general [...] Los papeles que contienen mis planes presentados al Gabinete inglés en 1790 están en poder de mi íntimo amigo Pétion.

Abrir la lucha de independencia hispanoamericana desde una colonia francesa era un error; el régimen colonialista español había sembrado en América profundos odios contra lo francés, contra la Francia revolucionaria. Más tarde, cuando se presenten los franceses, bien para dominar en Haití, bien para intervenir a nombre del nuevo monarca José Bonaparte, los dirigentes americanos se alzarán en

contra! Miranda conocía a perfección estas sutilezas y no cayó en la incitación. Francia, más que la emancipación americana, buscaba en ese momento agredir a España, debilitarla, acosarla. Miranda quería de Francia algo distinto.

El año 1793, que comienza, sacude todos los horizontes con violencia; la historia padece vertiginosidad. Se abre con la decapitación del rey Luis XVI (25 de enero), que estremece a las monarquías europeas. Inglaterra rompe relaciones con Francia. Dumouriez, vehemente, invade a Holanda y le ordena a Miranda que ponga sitio a Maestricht; los sitiados resisten bien y el asedio queda anulado a los 10 días. También el general Le Noue ha sido derrotado en Aquisgrán. Dumouriez conspira contra la Convención; teme ser enjuiciado. En la siguiente batalla, en Neerwinden, fracasan Dumouriez, Miranda y Valence; las tropas de Miranda se desbandan; Dumouriez acusa a Miranda de la derrota, ante al Ministerio de Guerra. Miranda responde que las operaciones se efectuaron en contra de su personal opinión; por tanto, el responsable es Dumouriez, que se encamina hacia la traición.

¿Quién era Dumouriez? El escritor francés Romain Roland, que tanto estudió el lapso 1792-1793, expresa:

Hombre de baja estatura, pelo negro, feo, muy vivo, había recorrido el mundo como condotiero y agente secreto. Intrigante y vanidoso, primero se puso del lado del rey; mas, comprendiendo que el rey había perdido la partida, se endosó el gorro frigio, aduló en público a Robespierre. Los girondinos le hicieron Ministro del Exterior y luego Comandante del Ejército del Norte después de la fuga de La Fayette. Buscaba ahora dominar a la Convención, a fin de restablecer la Monarquía constitucional. Pero, después de la derrota de Neervinden, los soldados de Dumouriez han sido vencidos en Pallenberg. Entonces, la Convención exige que el general rinda cuentas inmediatamente. Responde Dumouriez que son los jacobinos los que deben ser puestos fuera de la ley y que la República sea derogada; en caso contrario —dice— marchará con sus tropas a disolver la Convención. El obstáculo es Miranda, jefe de varios miles de soldados.

Cuenta el propio Miranda:

Dumouriez me dijo que sería necesario marchar a París con el ejército para restablecer la libertad. Yo le pregunté de qué manera. Me respondió: con el ejército. Le dije: creo el remedio peor que la enfermedad, y yo ciertamente lo impediría si pudiera. Me preguntó: ¿combatiríais contra mí? Le repuse: Sí, si vos atentáis contra la Libertad.

Unos cuantos días después, el 28 de marzo, Dumouriez, sin haber logrado sublevar al ejército, consume su traición y huye al campo austriaco. La Convención ordena el arresto de Miranda (24 de marzo). Escribe éste una orgullosa y vehemente protesta, que desmenuza y aniquila las imputaciones de Dumouriez, a quien el venezolano califica de traidor. El acusado pasa al Tribunal Revolucionario. A Miranda le persiguen las injusticias de los hombres; pelea bravamente contra ellas; la presencia y acción de éstas demuestran que hay en él un valor, una potencialidad que reta. Los Jurados escuchan la amplísima Defensa que hace del acusado el célebre abogado Chauveau Lagarde (el mismo que más tarde defenderá a María Antonieta y Carlota Corday); actúa éste haciendo un brillantísimo resumen de la vida de Miranda; está muy documentado; entre los testigos presentados por la defensa constan el poeta norteamericano Joel Barlow, el revolucionario norteamericano Tomás Paine, tan respetado ya en el mundo. Dice Paine:

Yo tuve trato con Miranda en los Estados Unidos y en Inglaterra, y siempre condenó el despotismo y siempre luchó por la sagrada causa de la libertad. ¡Un hombre así no puede traicionar a la Revolución!

El Presidente del Jurado, ciudadano Dumont, pronuncia la sentencia (16 de mayo): “Miranda es un ciudadano ejemplar. Ninguno de los delitos que se le inculpan ha cometido. ¡Es inocente!”. Las barras, entusiastas, le alzan en hombros al triunfador, a quien le escribe luego el Presidente del Tribunal, ciudadano Montané:

Le participo sincera y bonradamente que tanto a mis colegas como a mi, usted nos merece el más profundo respeto. Me honra la posibilidad

*que se me ha ofrecido de invitarlo a un almuerzo de republicanos y patentizarle personalmente mis infinitos respetos. Salud y fraternidad.*⁷⁹

El periódico *Moniteur*, en su edición de 21 de mayo, dijo: “El pueblo aplaudió la sentencia concerniente a Miranda, así como su discurso; le abrazaron, le llevaron en triunfo y le coronaron”.

En este lapso, Francia ha sido invadida nuevamente por tropas austriacas y prusianas. ¿Se equivocó Goethe? No se equivocó; los invasores serán de nuevo derrotados, hacia fin de año. Triunfará definitivamente la Revolución, es decir el pueblo, pero mediante sacrificios drásticos. Cuando la sangre purifica los procesos revolucionarios, el cambio va en firme infaliblemente.

No han pasado sino dos semanas desde la liberación de Miranda, y ya la congestión estalla: caen del poder los girondinos, veintinueve de los cuales, dirigentes todos, son arrestados. Uno de los del golpe de Estado, Marat, paga su audacia con la muerte asesinado por la girondina Carlota Corday. Se desata la persecución contra los vencidos; Pétion huye, se esconde en un bosque y es devorado por los lobos; otros, son guillotinado. Robespierre, dominador absoluto, con once más en el gobierno, imponen su dictadura; estallan en muchos puntos las insurrecciones contra la Convención jacobina.

La libertad de Miranda ha durado cincuenta días: el 9 de julio se le encierra en la prisión de La Force, acusado de intentar huir. En verdad, le encierran por considerarle un girondino de significación. Se subleva el General caraqueño y pide ser oído por la Convención. Se le escucha, sin objeción, sin comentario, en acto de resistencia pasiva indignante e infame. Antes, han registrado su residencia en Ménilmontant varias veces, porque sí; ¡es un condenado a priori! En La Force al regreso, encuentra presos a varios amigos: Montané, Thomas Paine, Condorcet, Belon, Velaze, Vergniaud, Adam Lux, Champagneux, Chatelet. El odio político y la injusticia se funden, agraviándole. Todo dolor es acto agresivo contra el hombre, pero éste es político, taladra más.

⁷⁹ El texto completo de la Defensa y las anotaciones de Miranda pueden leerse en la obra FRANCISCO DE MIRANDA, *América espera...*: 127-159.

Tratan algunos de influir en favor suyo; el más notable de ellos, James Monroe, embajador de los Estados Unidos —el de la Doctrina Monroe de 1823—, sin resultado positivo. Robespierre le pondrá en la fatídica “Lista del 12 termidor”: ¡la lista de los condenados a la guillotina! Por previsión, el doctor Cabanis, su amigo, le proporciona una dosis de veneno; ¡no va a darles el gusto de entregarles viva su cabeza! La poetisa inglesa Helen Mary Williams, que lo visitó, puso esta nota en su obra *Letters containing a sketch of the politics of France*:

Miranda se sometió a una prisión de dieciocho meses bajo la continua expectativa de la muerte, con esa fuerza de ánimo filosófica que poseía en alto grado. Estaba determinado a no ser arrastrado a la guillotina y con tal fin se había provisto de veneno. Armado de ese modo, hizo que le enviaran un número considerable de libros de su biblioteca y los colocó en la pequeña habitación de la cual consiguió medio de conservarse único dueño. Allí me dijo que se empeñaba en olvidar su presente situación mediante el estudio de la historia y las ciencias. Trató de considerarse pasajero de un largo viaje que tenía que llenar el vacío de las horas con la búsqueda de conocimientos, y estaba igualmente dispuesto a perecer o a llegar a la costa.

Stone, el esposo de la poetisa, anotó:

Como militar, Miranda cumplía estrictamente los principios estratégicos de Alejandro y César; por lo mismo, criticaba los métodos de los jefes franceses.

Cuando tenga que comandar en Venezuela, en 1812, tropas de criollos, mestizos y mulatos, no podrá aplicar reglas estratégicas ningunas; la estrategia es posible con soldados con disciplina y buenas armas. Uno de lo presos, Achille de Chatelet, le dona a Miranda sus muebles y libros —obras de Hobbes, Franklin, Bossuet, Cook, Young— y se suicida, en momentos en que Madame Rolland es llevada a la guillotina.

El peligro exterior, las insurrecciones contra la Convención, en especial la de la Vendée, de raíz monárquica y la crisis monetaria

llevan al país al estallido del Terror, que significa la erradicación de la República burguesa que se había impuesto hasta entonces. En busca de una relativa tranquilidad interior, se expide una nueva Constitución, que resulta inejecutable. Las tres leyes que se expiden: la del empréstito interno forzoso, la del precio máximo para los artículos de primera necesidad, y la de leva que ordenaba el servicio en el ejército de todos los franceses aptos, no pueden regir sin la guillotina, que también se aplica a la política. Son ajusticiados así la ex-reina María Antonieta, muchos nobles y más de doce mil personas, en sólo seis meses. El Tribunal Revolucionario juzga y condena sin apelación. El Terror, que también opera en provincias, elimina por completo cualesquiera contrarrevoluciones. En París, la basílica de Notre Dame es declarada Templo de la Diosa Razón (Marianne). En el exterior, el reclutamiento de más de 300.000, organizado por Nicolás Carnot, está produciendo la derrota de los coaligados europeos. Retroceden los españoles; los austriacos y prusianos van en retirada, después de la batalla de Wattignies; y los ingleses, que se habían apoderado de la plaza de Toulon, son desalojados de allí por un joven oficial de veinticuatro años: Napoleón Bonaparte. También los insurrectos de la Vendée fracasan en su acción. Como para una fijación del cambio, se establece un nuevo calendario, en el que se ponen nuevos nombres a los meses: *mesidor*, *fructidor*, *vendimiario*, *brumario*, *frimario*, *nivoso*, etc. La campaña de descristianización la realizan dirigentes especiales: Fouché, en Lyon; Carrier, en Nantes.

La marea de sangre sube al máximo; también son guillotinado los amigos de Robespierre: Danton y sus compañeros; Mébert y los “indulgentes”. Hasta que le atrapa al propio Robespierre, que cae del poder y es guillotinado el 28 de julio (10 de termidor, 1794). Con él son ajusticiados otros, como Saint Just.

¡La propia Convención ordenó su muerte! La multitud ese día gritaba: ¡Abajo el tirano! ¡En adelante, por la ley del péndulo, los perseguidos serán los jacobinos!

Todas estas informaciones han ido llegando a la cárcel, agrandadas, disminuidas, siempre tétricas; dentro, semana a semana,

iba siguiéndose la lista de los turnos para la guillotina. ¡Así meses y meses!

Miranda tuvo una excelente buena suerte, al haber sido encarcelado. En la calle, en su residencia, los jacobinos le habrían asesinado en cualquiera de los trescientos días del Terror, sin juzgarlo, ¡sin sentencia! Asimismo, la decapitación de Robespierre llegó para Miranda muy a tiempo: al parecer, le quedaba al caraqueño muy poco, según la lista oficial, para ser llevado al Tribunal, o sea a la muerte. Regía un encadenamiento de circunstancias que iba protegiendo su vida; el azar ponía persistentemente a salvo el destino histórico mirandino. ¡El hombre histórico cumple su trayectoria, así se alcen contra él los elementos; todo se coordina para que no perezca!

En la cárcel trabó amistad con la bellísima Delfina de Custine, que iba con frecuencia a visitar a su esposo el marqués Armando de Custine, quien muy pronto fue guillotinado. Delfina, además de hermosa era muy culta e intensamente sensitiva. El apasionamiento mirandino cesó cuando la veleidad de la marquesa se inclinó hacia Chateaubriand.⁸⁰

Como no le pusieran inmediatamente en libertad, una vez guillotinado su apresador Robespierre, protestó Miranda ante el Comité de Salud Pública. Al no obtener buen resultado, se dirigió, también en términos enérgicos, a la Convención. Ya habían sido excarcelados casi todos. No le abrieron las puertas de La Force sino a los seis meses, en enero de 1795; había permanecido dentro dieciocho meses en espera de la muerte día a día! Sus energías se motorizaron ahora con inmenso potencial; su fe en la libertad tomóle íntegros cuerpo y alma, espíritu y sueños.

Escribe a los amigos; al general Knox antes que a todos:

Tomo la pluma solamente para decirle que vivo y que mis sentimientos por nuestra querida Colombia, así como por todos mis amigos de esa

⁸⁰ PARRA PÉREZ, CARACCILO. *Miranda et la Révolution française*. París: 1925. También puede consultarse, del mismo autor, el folleto *Miranda et Madame de Custine*, París, 1950.

parte del mundo, no han cambiado en lo más mínimo, a pesar de los acontecimientos destinados a arruinar a Francia.

Espera proseguir en paz, visto que la burguesía hállese de nuevo en el poder y quiere defender el orden social y, al par, la libertad económica; a pesar de las explosiones esporádicas en contra, de los jacobinos y de los monárquicos. Han quedado disueltos por la Convención, en la que predominan los diputados del centro, que se denominan también de la llanura: el Comité de Salud Pública, la Commune de París y el Club de los jacobinos.

La Convención le hace justicia a Miranda en punto a sueldos adeudados y ordena el pago de 24.100 libras en dinero y 35.000 en especies. Pudo recaudar la mayor parte; no le pagaron todo. Pero, con esa suma, volvió a su tradicional sitio de alta distinción en la sociedad. Alquiló un departamento de lujo en las Tullerías, lo amobló elegantemente y hasta puso en él una excelente biblioteca. Allí fue frecuente la presencia de Delfina de Custine. El poeta danés Juan Manuel Baggsen que lo visitó, hubo de escribir: “Miranda se dedica a las Musas y a las Gracias en una habitación verdaderamente encantadora; tiene la más selecta biblioteca; el visitante puede, en verdad, creer que está en Atenas, en la casa de Pericles”. ¡Véase y complácese en la magnífica plenitud de los cuarenta y cinco años ! No por narcisista, sino porque se sabe poderoso.

La duquesa de Abrantes, una de las amigas de Miranda ese tiempo, anotó textualmente en sus *Memorias*:

Un día nos dijo Napoleón: Comí hoy en la casa de un hombre notable. Creo que es un espía de Inglaterra y España a la vez. Vive en un tercer piso que está amoblado como la residencia de un sátrapa. En medio de su lujo, se queja de su pobreza, y luego nos ofrece una comida preparada por Keo y servida en platos de plata. Es esta una circunstancia extraña que me gustaría que me explicasen. Comí allí con personas de la mayor importancia. Me gustaría volver a encontrarme con una de ellas: es un Quijote, con la diferencia de que no está loco. Cuando mi madre preguntó su nombre, contestó: ¡es el general Miranda; ese hombre tiene fuego sagrado en las venas!

Añade la duquesa:

*Miranda era de facciones y figura poco comunes, más bien por su originalidad que por su belleza; tenía el ojo de fuego de los españoles, la piel bronceada y labios finos y espirituales, aun en el silencio; su rostro se iluminaba en cuanto empezaba a hablar cosa que hacía con inconcebible rapidez. En las profundidades de su alma debe anidar la llama de un fuego sagrado.*⁸¹

Napoleón tenía entonces veintiséis años, y ya era general: el más joven general de Francia; se ganó el ascenso en el sitio de Tolón contra los ingleses. Napoleón, intuitivo extraordinario, descubrió inmediatamente en Miranda al hombre con alto destino.

A fin de aquietar los ánimos, se expide una nueva Constitución. No los aquietan; hay intranquilidad, pobreza, inflación económica. Parece más bien que la nueva Carta Política tendiera a disciplinar, a restringir: se prohíbe la Marsellesa; la igualdad política queda eliminada, lo mismo que el derecho del pueblo a intervenir en las decisiones políticas; desaparecen el derecho al trabajo y el de insurrección. Se está caminando hacia la dictadura, que había previsto Catalina de Rusia. El 5 de octubre de aquel 1795 se sublevan las multitudes promonárquicas y tratan de asaltar a la Convención. ¿Quién domina el alzamiento? ¡Napoleón!

Hay que señalar que los hombres de pensamiento más poderoso entonces: Kant, Klopstock, Schiller, Wieland, Fichte, han aprobado la Revolución Francesa, aplaudiéndola. Kant, el filósofo, ha escrito con su gran autoridad: “Esta revolución es un progreso irreversible”.

La nueva Constitución ha creado un Poder Ejecutivo de cinco miembros, que se denomina Directorio. Después de firmar los dos Tratados de Basilea, con Prusia el primero y con España el otro—este último le entrega a Francia la isla de Santo Domingo íntegra—, y el de La Haya con Holanda, la Convención se disuelve. Durante cuatro años gobernarán el Directorio y las dos Cámaras.

⁸¹ DUQUESA DE ABRANTES. *Memorias*. T. I: 329.

Miranda desarrolla intensa actividad intelectual y social. Una de sus amigas mejores es Madame de Stael, la vigorosa escritora que introdujo en Francia el romanticismo (huiría del país durante el régimen napoleónico). En sus salones nada se adormece y todo se filtra, en punto a literaturas y artes; y también en lo político; se hace la aventura de la inteligencia.

Hay en Miranda un estadista que no puede ver impasible cuanto sucede en la Francia a la que tan directamente ha servido. Y publica, en julio, un folleto *Opinión del general Miranda sobre la situación actual de Francia*. Propicia un Gobierno fuerte, en contra del débil que se llama Directorio; piensa en el modelo de la República norteamericana; aboga por Polonia, país martirizado por los vecinos; condena la “espantosa tiranía de Robespierre”. Pero, a la vez, cuestiona las conquistas y anexiones últimas, logradas por Francia en los tratados que ha firmado; llega a decir: “¡Cuán respetable se haría la Francia el día en que abandonando todas sus conquistas, estipulase el bien de la humanidad y preparase las vías de propagar la sana libertad!”. La República Francesa se había anexo territorios de la orilla izquierda del Rin, de Bélgica, de Santo Domingo.

La palabra de Miranda, que es la de hombre libre, abierto, que piensa sin miedos y también sin las prudencias de los subalternos, desagrada al Directorio, que llega a considerarle un hombre peligroso, un conspirador; se dan las órdenes para que se le vigile. ¡Vigilarle al vencedor en Valmy y en Amberes! Sus teorías pacifistas han inducido a que se le considere enemigo; ordenan su arresto a él y a otros; se oculta y protesta; le apresan al fin y le llevan a la cárcel; el interrogatorio a que le someten prueba su inocencia; le libentan. El Ministro de Policía ordena su expulsión del país; alega inocencia Miranda y se dirige al Directorio; un diputado amigo Jean Denis Lanjuinais obtiene de la policía que no se le moleste más; sin embargo, sorpresivamente, hacen el registro de su departamento, donde vivía con una fiel ama de llaves, Francisca Potier. Por esos días muere su antigua protectora Catalina de Rusia. ¿Miranda la había olvidado ya? ¿No había sido condenado por ésta, al saberle servidor de la Libertad? Las incomprensiones matan la amistad y generan olvido.

El folleto sobre la situación de Francia muestra ya un Miranda descontento del país. Ese alejamiento irá acentuándose, hasta llegar a una clara repulsa política. Su descarga directa la hizo en una carta a Turnbull: “Deseo un plan sabio y liberal, como el que formó la Francia de 1792 y que estábamos a punto de realizar, cuando el genio infernal de Robespierre lo echó todo a perder”. Tenía su propia idea de la libertad:

Cuando hablo de Libertad, no es esa especie de libertad que Robespierre, Sieyès y Fouché pretendieron establecer; sino el tipo de libertad que Montesquieu y Locke han explicado muy claramente. Y cuando hablo de Justicia, no me refiero al género de justicia que Danton y Merlin nos dieron en Francia.

Es liberal, pero no liberal jacobino.

La Venezuela de Miranda está empezando a convulsionarse. En las serranías de Coro se han sublevado los negros esclavos e indios; marchan sobre la ciudad con el propósito de establecer un gobierno clasista; les comanda José Leonardo Chirinos. La derrota les significa el ajusticiamiento de los cabecillas y el descuartizamiento de Chirinos (mayo de 1795). Es el año del nacimiento en Cumaná de Antonio José de Sucre, que llegará a servir en las tropas de Miranda.

¿A quién seguía Chirinos? Al pueblo haitiano que había levantado sus armas y asesinado a todos los franceses que iba encontrando en el campo, en las ciudades (1794); el gobierno de Francia tuvo que decretar inmediatamente la libertad de los esclavos, como ley, como norma hacia lo universal.

Después de Chirinos, hubo en Venezuela otra conspiración, mucho mayor, mejor organizada y estructurada ideológicamente: la de los dirigentes José María España y Manuel Gual, que venían reuniéndose secretamente desde 1794 y que entraron en contacto con los conspiradores Mariano Picornell, Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y Sebastián Andrés, que habían sido condenados a prisión en América por haber intentado sustituir en

España la monarquía por la república. Manuel Gual mantiene correspondencia con Miranda. Esta empresa revolucionaria se orientaba a la grande:

El grupo, que paulatinamente ha derivado hacia la conspiración, incluye vascos, aragoneses, catalanes y canarios. Los venezolanos, aparte de Gual y España, están representados por pardos, mayormente mulatos, y sacerdotes, médicos, comerciantes, militares, agricultores; en la conjura llega a estar lo más calificado de la litoránea población.⁸²

El intento fracasa, por delación. El líder, cuando caiga prisionero, será descuartizado; a Gual le envenenarán en Trinidad tres años más tarde; meses antes le escribirá a Miranda:

Si por lo mal que le han pagado los hombres, si por amor a la lectura y a una vida privada, no ha renunciado usted a estos hermosos climas y a la gloria pura de ser el salvador de la Patria, el pueblo americano no desea sino uno: venga usted a serlo, Miranda!

Le contestará Miranda:

Tiene usted muchos más compañeros y colegas en la honrosa posición que ocupa en el día, mas ninguno que aprecie más sus talentos y virtudes que su Compañero que le ama con fino y verdadero afecto.⁸³

Varios conspiradores fueron ahorcados; otros, huyeron. La aristocracia mantuana de la ciudad de Caracas se reunió en la Sala Capitular (4 de agosto) para ofrecerle al Capitán General “no sólo nuestras personas y haciendas, sino también formar en el momento compañías armadas a nuestra costa para custodia de su persona”. Muchos de los firmantes donarán más tarde el dinero que se ofrecerá por la cabeza de Miranda; y esos mismos, con otros, serán los gestores de la Independencia. Maquiavelo escribió: “En política no hay ayer!”⁸⁴

⁸² SALCEDO BASTARDO, J. L. *Historia Fundamental de Venezuela...*: 239.

⁸³ *Ibid.*: 248.

⁸⁴ El texto del documento de los nobles de Caracas, con las firmas, puede verse en *Antología documental de Venezuela*, por SANTOS RODULFO CORTÉS. Caracas: Editorial Pregón, 3ª edición, 1971: 213. Hubo un maestro de escuela primaria de veintiséis años de edad, que logró huir de la persecución a los conspiradores: Simón Rodríguez; fue a parar a Jamaica. Había educado al niño Simón Bolívar durante cinco años. Más tarde será el Maestro del Libertador y, por sus escritos, el Maestro para América.

Miranda aparece en la prensa parisina, con seudónimo, para contestarle a Sebastián Mercier, que ha atacado a los filósofos; ¡hace la enérgica defensa de Voltaire! Asimismo publica un Remitido, para responderle al general Dumouriez, quien ha aseverado malévolamente que su antiguo compañero en Valmy ha entrado al servicio de Inglaterra.

Se queda Miranda en París todo el año 1797, a pesar de que hay grave riesgo en su contra: el tratado de San Ildefonso (agosto de 1796) ha situado en perfecta alianza a España y Francia; Miranda puede ser entregado a la Corte de Madrid en cualquier momento; la Corte no ha cesado de vigilarlo y perseguirlo. Vive peligrosamente; actúa con entera discreción. Algo prepara. Algo muy importante planea...

Durante ese año, y en el anterior, han arribado a París emisarios de América revolucionarios, encargados de entrevistarse con Miranda. Liberales en su mayoría, integran una vasta organización que obedece las instrucciones que emanan, hoy de París, mañana será de Londres, de modo de hacer un vastísimo bloque conspirativo compacto contra la España colonialista. Miranda ha adoptado la norma de Danton: las revoluciones se hacen primero en las inteligencias, para que luego puedan pasar a los hechos.

Los emisarios corresponden a la parte positiva, constructiva, del régimen colonial hispano. No todo era ignorancia; había centros docentes, Universidades. Con la expulsión de los jesuitas, la enseñanza se diversificó y entraron a volverse germen las nuevas ideas de Europa. Los Borbones, monarcas de España, eran dinastía francesa; aunque conservadora, permitió hasta la libertad de comercio; los libros prohibidos en la Península fueron llegando, cada vez en mayor abundancia, a pesar de que los escritores de la Enciclopedia eran perseguidos. El excluyente sentido religioso y el espíritu rígidamente tradicionalista, se debilitaron y sus moldes fueron rompiéndose. Influyeron no poco los científicos que llegaron: La Condamine, Humboldt, Bonpland, Haencke, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Mutis. Se organizaron entidades con espíritu científico y de investigación: la

Real Sociedad Económica y la Sociedad Patriótica de Investigaciones, de La Habana, con Tomás Ronsay; la Sociedad Patriótica y Literaria de Buenos Aires; la Tertulia Eutropélica fundada en Bogotá por el cubano Manuel del Socorro Rodríguez; el grupo de Los Guadalupe, de México, etc. Sobre todo alzábanse ya valores del pensamiento: el geógrafo ecuatoriano Pedro Vicente Maldonado, el ex-jesuita Juan Pablo Viscardo, del Perú; Antonio de Alcedo, del Ecuador; Tomás Romay y Antonio Parra, cubanos; Hipólito Unanue, médico peruano; el célebre ecuatoriano Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, rebelde y sabio; los neogranadinos Francisco José de Caldas, Antonio Nariño, José Domingo Duquesne, Francisco Zea; el peruano Juan Egaña; el chileno Camilo Henríquez; el uruguayo Dámaso Larrañaga, y muchos otros. Como expresión del afán culto, se publicaron también varios periódicos en ese siglo dieciocho de tan desplegada floración científico-literaria. En México apareció el *Mercurio Volante*; en La Habana, el *Papel Periódico*; en el Ecuador, *Primicias de la Cultura de Quito*; en Bogotá, la *Gaceta de Santa Fe* y el *Papel Periódico*; en Guatemala, la *Gaceta de Guatemala*, etc.⁸⁵

Los valores de la cultura iberoamericana del dieciocho estaban, en su mayoría, en comunicación con Miranda, de quien recibían doctrina e instrucciones, sobre todo a través de mensajes secretos. Varios o muchos de ellos, cada vez que les fue posible, viajaron para entrevistarse con el líder. Uno de ellos, muy destacado, fue el neogranadino Antonio Nariño, quien pasó de París a Londres, a entenderse con el gobierno británico; retornó luego a París y, después de conferenciar muy ampliamente con Miranda, regresó a la Nueva Granada con propósitos específicos.⁸⁶ Esos viajeros denominábanse, por punto general, Comisarios de América. Estructuraron la red de hilos de conexión, cuyo tinglado manejaba sabiamente Miranda, con

⁸⁵ SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. *Breve Historia de América*. Buenos Aires: Losada. 2ª edición, 1965: 243-244.

⁸⁶ Antonio Nariño, bogotano, difundía los libros de la *Enciclopedia*; tradujo e imprimió en su imprenta el texto de los Derechos del Hombre. Apresado en Cádiz, logró fugarse. Al regresar a la Nueva Granada, después de las entrevistas en Londres y París, fue encarcelado por seis años, en Bogotá. Llegó, después, a Vicepresidente interino de la Gran Colombia. Publicó varios trabajos de carácter político. Fue uno de los grandes, en la independencia neogranadina.

habilidad de artífice y con una tenacidad que incluía, sobre todo, inyección periódica de fervor. El mensaje enviado, excitaba y forzaba a la acción; el informe recibido enrumbaba las posteriores actividades. Y esto, durante años y años! Había que poner en ebullición el continente, y hacerlo en secreto; escoger gentes, precaverse de espías y traidores. Se requerían fórmulas, claves, mensajeros especiales; el correo estaba vigilado. ¡La discreción forzosa, qué gran auxiliar! Nunca en la historia se realizó una obra de coordinación tan vasta y tan firme; jamás nadie logró sublevar a la vez tantas y tan extensas colonias, contra una metrópoli. ¡Miranda debería tener grandes monumentos en todas y cada una de nuestras Repúblicas iberoamericanas! Miranda es la acción hacia la lucha armada, en que intervendrá personalmente luego. ¡Miranda es la revolución!

En los textos del *Diario* mirandino, aparecen algunos nombres de los Comisarios americanos: el cubano Pedro José Caro; el chileno Manuel José de Salas; el peruano José del Pozo y Sucre; el quiteño Joaquín de Orellana; los Comisarios de Caracas, Manuel Gual, N. Palacios, N. Sorondo y N. Zinsa; Palacio Ortiz y Manuel Trujillo, de Bogotá; N. Capelo, de Guayaquil; Juan Casas, de Paiva; Gabriel Lardizábal, de Potosí; Francisco Ruiz y Juan Ascanio, de Guamanga; N. Lanza, de Panamá; el canónigo Vitoria, de México; B. Riquelme (Bernardo O'Higgins), de Santiago de Chile; Pedro Fermín de Vargas, del Socorro y Cesáreo de la Torre, de Lima. Los muchos otros nombres han quedado en los ámbitos de la reserva: Bejarano, Antepara, Rocafuerte, y tantos más.

Si Francia es ahora una aliada de España, los de las colonias hispanoamericanas tendrán fácil acceso a Francia. ¡Será posible planear mucho! Es lo que se aprovecha.

Napoleón empieza a asombrar al mundo. Nombrado Jefe del ejército, abre con 40.000 hombres la campaña sobre Italia, que integró la primera coalición contra Francia. Es hombre que hace la guerra de otra manera: con acciones rápidas, golpes sorpresivos; la audacia pesa más que la seguridad. Expulsa a los austriacos de Milán y Lombardía; cae Mantua; los batallones victoriosos pasan los Alpes y amenazan a

Viena. Las contribuciones de guerra impuestas a los vencidos tonifican las rentas ya escuálidas del Directorio en París. Napoleón, hombre de cultura y, a la vez, sin escrúpulos, despójale a Italia de las obras de arte, que son trasladadas al Louvre. Antes de fin de año, en el tratado de paz de Campoformio, se alterará el mapa político de esas regiones de Europa. Francia agrede; no es esa la Francia a la que Miranda sirvió; lo dirá reiteradamente en el futuro. Sufre, en el escondite en que tiene que vivir por el momento.

Sufre y protesta, pero actúa, organiza. En Madrid, que es el centro capital del enemigo, se ha celebrado secretamente una Junta de Delegados de América, a fin de coordinar lo conducente a la emancipación de las colonias hispanas. Es conspirar situándose en el corazón mismo del Reino. Miranda, buen militar, sabe cómo se organiza y mantiene una hazaña.

Parte de esos delegados llega a París, donde se realiza, también en conciliábulo, otra Junta y se redacta un documento que consta en la historia como el “Acta de París”. Se han protocolizado en ella, muy concretamente, la esencia y fines del espíritu revolucionario que los impele. Programar es entrar ya en acto concreto. A fin de que no haya compromiso sino para pocos, el Acta es firmada únicamente por tres: Miranda, el chileno Manuel José de Salas y el peruano José del Pozo y Sucre (27 de diciembre de 1797). Actuaron los presentes a nombre de “las ciudades y provincias de Sur América”, con sentido americanista general, ya que no citaron su procedencia personal. Fue en momentos en que España hallábase en estado de guerra contra Inglaterra. Firmado el documento, los emisarios retornaron a Madrid para informar a sus compañeros, probablemente en el seno de un hogar.⁸⁷ Luego, se disolvieron, con esta consigna constante en el Acta:

Seguir inmediatamente a diferentes puntos del Continente americano, en donde la presencia de los miembros que componen la Junta es

⁸⁷ GÁLVEZ, MANUEL. *Don Francisco de Miranda*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1946. Este autor supone que tanto José del Pozo como Manuel José de Salas eran ex-jesuitas. En la lista de ex-jesuitas que tenía Miranda aparece un José del Pozo. Página 277.

Esta misma suposición hace WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *Op. cit.*: 277.

indispensablemente necesaria para provocar, tan pronto como aparezcan los auxilios de los aliados, una explosión combinada y general de todos los pueblos de la América Meridional.

Esta explosión combinada y general se producirá en 1809 y 1810, pero sin los auxilios; América se sublevó por sí misma, aprovechándose de un momento histórico muy favorable. Y lo hizo, con la conducción de Miranda desde Londres.

El texto del Acta fue preparado por el propio Miranda, pero con la cooperación y opinión de Nariño, Iznardi, Caro y Bejarano. Hizo de secretario Dupérou, ¡un traidor! Los dieciocho puntos pueden condensarse así: Instar a la Gran Bretaña para que apoye a las colonias hispanoamericanas, que han decidido proclamar su independencia. La cooperación que se espera del gobierno británico consistirá en fuerzas marítimas y terrestres. América recompensará el beneficio recibido con una suma de millones de libras.⁸⁸ Se hará una alianza defensiva entre Inglaterra, los Estados Unidos y la América Meridional; con Inglaterra especialmente se firmará un tratado comercial con las cláusulas de nación más favorecida. Se abrirán los canales de Panamá y Nicaragua. A los Estados Unidos se le garantizará la posesión de las dos Floridas y aun la de la Louisiana; en cambio proporcionarán 5.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería mientras dure la guerra de liberación. De las islas de las Antillas, se conservará preferentemente Cuba. Las operaciones militares y los arreglos con Inglaterra y los Estados Unidos “serán confiados a la experiencia consumada, a la pericia y al patriotismo de nuestro compatriota y colega don Francisco de Miranda; los importantes servicios que desde hace quince años viene prestando a la causa de la independencia de nuestra patria, le dan títulos y derecho incontestables para ese cargo”. El deseo es que comiencen las operaciones militares en el istmo de Panamá, en la Costa Firme. Miranda y Pablo Olavide quedan encargados de nombrar agentes civiles y militares que los ayuden en su misión; de solicitar empréstitos y de obtener de Inglaterra los equipos militares necesarios para veinte mil hombres de infantería y cinco mil de caballería. Se advierte que Pablo de Olavide hállese en

⁸⁸ La revista de Edimburgo dijo que se trataba de treinta millones.

estado precario de salud (tiene setenta y dos años y vive en Orleans); por su ausencia, actuará Miranda solo. Y se especifica que “el principal agente don Francisco de Miranda ha tenido que vivir en el más absoluto retiro a fin de sustraerse a los efectos del destierro con que se castigaba hoy a todos los ciudadanos que se distinguen por sus méritos y talentos”.⁸⁹

Esta Acta, con sustancia de grandeza y con recia penetración en el futuro, puede considerarse como el primer documento de unidad continental americana. Todo es global allí y todo viene señalado para un plan de acción verdaderamente gigantesco. Ha de servir, además, como credencial para las próximas presiones de Miranda ante los regímenes de Londres y de Washington. La vasta conspiración americana va tomando consistencia y rumbos definidos.

El Acta, firmada el 22 de diciembre, agrega un detalle: “Don Francisco de Miranda queda autorizado para asociar a sus importantes funciones, a su compatriota don Pedro Caro, que se encuentra actualmente empleado por él en Londres, en una misión secreta”. El cubano Pedro Caro –para Miranda, todos los latinoamericanos eran sus compatriotas– no había cumplido con los términos de su misión. Dice el *Diario mirandino*:

Después de aguardar más de tres meses en París la respuesta de D. Pedro Caro y de Mr. Turnbull, de Londres, sin recibir ninguna noticia ni saber positivamente a qué atribuirlo, tomé la resolución de partir yo mismo para Inglaterra, tanto por cumplir con mi deber en un encargo de tanta magnitud como por la persuasión en que estaba de que no se me negaría la hospitalidad en el país [...] Yo me había procurado un pasaporte que mi amigo Le Grand con el acide muriatique oxigené puso en regla cambiando el señalamiento y firma; y así mismo una peluca, y espejuelos verdes con que disfrazar mi persona. Partí de París el 3 de enero de 1798.

⁸⁹ El texto completo del Acta, en MIRANDA, FRANCISCO DE. *América espera...*: 194.

Le acompañó hasta la embarcación en el puerto de Calais su “fiel ama Françoise”.

¡De nuevo Londres! ¡Esta vez, en busca de hospitalidad! Los descensos les sirven a los hombres fuertes para ascender mejor. ¿Le entenderán esta vez? ¿Le tomará en consideración el Primer Ministro Pitt? La angustia, al fondo; pero, a la vez, la voluntad de combate!

ESPERANZA Y DESESPERANZA

El camino importa poco; la voluntad de llegar basta para todo.

ALBERT CAMUS. *El mito de Sísifo.*

Miranda está absorbiendo con inmensa complacencia y con sentido de propagación y siembra, la gran eclosión cultural de Europa en ese lapso. Para él, como para todo hombre que conozca su dignidad, las expresiones intelectuales y artísticas constituyen el gran círculo vital dentro del cual hay que ir avanzando. Su gira por Europa entera y luego su permanencia en Londres y París, han puesto delante de sus ojos el tapiz gigante, rico en trazos y coloridos de la Ilustración y su racionalismo, entremezclados ya con la vistosisima policromía del romanticismo. La revolución industrial británica va mejor con la Ilustración; la Revolución Francesa, con el romanticismo y sus retorcimientos ígneos. Todo está cambiando en el mundo occidental; también tiene que cambiar América. Los eximios nombres europeos han de plantar su luz en el Nuevo Mundo; ya van apareciendo en las mentes de la minoría cultivada. Hegel y Voltaire, Goethe y Kant, Montesquieu y Gibbon, Rousseau y Beethoven; Mozart, Haydn y Bach; Coleridge y Wolsworth, Vico y Hume, Diderot y Chateaubriand están en la mente de todos los eruditos. Miranda es un erudito. Empiezan los movimientos del socialismo utópico, con Saint-Simon, Owen, Fourier. Los nacionalismos vienen a ser un romanticismo en acción, anclado en sentimiento de patria. Cuántos bienes juntos, para el espíritu mirandino que piensa en América, pero que está inserto en el mundo europeo!

Llega Miranda a Londres por segunda vez; irá más tarde, una tercera. Sumados los tres lapsos: 1789-92, 1798-1805 y 1807-1810, su estar en la capital británica llega a los catorce años. O sea, tiempo mayor que en España (doce años), y aun más que en su Caracas natal, donde su juventud responsable y orientada no toma una década. La nutrición política que absorbió tendrá siempre poderes y virtualidades ingleses. Pero no perdió su esencial tropicalismo; únicamente aprendió a temperarlo, dominándose, volviéndose

paciente y tenaz, movido interiormente por el poderoso motor de la pasión.

La vida no va a dejarle aislado; los procesos históricos trascendentes requieren varios líderes, que la sociedad va produciendo, preparando. Los hechos de verdadera magnitud necesitan ser muy poblados. Toda transformación es obra de muchos: de dirigentes y de pueblo. Acababa Miranda de palparlo en Francia, donde los dirigentes y las masas lograron el salto magno. El que le ha de suceder a Miranda, en la égida capital –Simón Bolívar– tiene ya quince años; se dispone a viajar a Europa para educarse; irá ya muy nutrido de las normas y enseñanzas de su maestro Simón Rodríguez; su orfandad y las riquezas que ha heredado, le otorgarán amplia capacidad de libertad. José de San Martín, joven de veinte años, sirve en el ejército español de Murcia; muy pronto, escasos meses más tarde, caerá prisionero de los ingleses después del combate naval de San Vicente. Bernardo O'Higgins, que libertará a Chile, va casi en la misma edad que San Martín, con quien se conocerá pronto, en 1802, en Cádiz. O'Higgins será el discípulo de mayor predilección de Miranda, en Londres. Miguel Hidalgo, José María Morelos y José Artigas, ya en plenitud de madurez, están aguardando la hora histórica que sonará para ellos al cabo de una década. Y el niño Francisco Morazán apenas si ha cumplido seis años; Sucre es un párvulo de dos. Todas estas vidas y otras que podrían señalarse, recibirán en pleno la luz solar de Miranda, y darán cumplimiento a lo que el General caraqueño había preconizado desde muy atrás, con titánica constancia. Serán los ejecutores de la emancipación; y lo harán, con total sacrificio personal. ¡Bolívar, Simón Rodríguez, San Martín, Sucre, O'Higgins y Artigas morirán fuera de sus patrias; Hidalgo, Morelos y Morazán serán fusilados! Posteriormente, José Martí perecerá en batalla. Toda grandeza generosa es dramática.

Los ingleses le reciben con júbilo en Dover: “Cuando llegué a la posada, hallé que todos mis compañeros me habían dado ya por perdido, y se alegraron al verme llegar libre y sano”. El pasaporte falso fue remitido sin demora al Ministro Pitt, quien ordenó inmediatamente que se le despachase un pasaporte legal. Fue recibido

en Hollwood por el Premier a los dos días! Cuánta diferencia de atenciones! Es que Miranda ahora significa, a los ojos del gobierno británico, el general de Valmy y de Amberes; el perseguido, además, por los jacobinos. Todo esto, en momentos en que Inglaterra está en guerra con Francia y con España. El panorama político ha cambiado radicalmente. En el venezolano no ha habido alteración, sino ascenso prodigioso. Se yergue en el horizonte el demonio de la esperanza.

Pitt me recibió muy jovial, felicitándome de mi buena llegada y recordándome que nos habíamos juntado en ese mismo sitio ocho años atrás, con el propio asunto de ahora. Me dijo que ahora las circunstancias eran muy diferentes de las de entonces, pues que Inglaterra estaba en guerra abierta con España.

Le preguntó el Ministro en nombre de quién actuaba o con qué poderes. Presentó el Acta de París; Pitt la leyó; se admiró de que en Hispanoamérica hubiese catorce millones de habitantes.

Me preguntó cuál sistema de gobierno se pensaba establecer en América. Muy semejante al de Gran Bretaña, le respondí, pues debe componerse de una Cámara de Comunes y otra de nobles, y un Inca o soberano hereditario. Muy bien, me dijo, pues si se intentase introducir en el país un sistema por el modo de la Francia aseguro a usted que más bien queríamos que los americanos españoles continuasen por un siglo súbditos obedientes bajo el opresivo gobierno del Rey de España, que verlos sumergidos en las calamidades del abominable sistema de los franceses. Muy bien, dije, y es precisamente para evitar un contagio semejante y precavernos con tiempo del influjo galo, que hemos pensado en emanciparnos inmediatamente, y formar una alianza con los Estados Unidos de América y con Inglaterra, a fin de combatir unánimemente, si fuese necesario, los monstruosos y abominables principios de la pretendida Libertad francesa.

Miranda creyó en la Francia de 1789-1792; no en la posterior, a la que consideraba adulteradora, traidora.

Pitt, obviamente, le preguntó al visitante qué pensaba de la situación de Francia. Tal vez saberlo le interesaba más que el propio proyecto mirandino. Aprovechó Miranda la oportunidad y explicó

ampliamente las razones que tuvo para servir a Francia, y le manifestó que había publicado un folleto; Pitt lo había leído, con agrado. “¿Y piensa realmente Francia en invadir a Inglaterra? Le dije que podía estar persuadido de que Bonaparte mandaría cuanto fuese del agrado de Barras y de todos los jacobinos, asesinos de la Francia”. Paul Barras, miembro de la Convención Nacional, había influido decisivamente para que se le nombrase a Napoleón Jefe del ejército francés en Italia.

La entrevista duró más de dos horas. “Dentro de poco tiempo tendrá usted una respuesta formal y decisiva; como es un asunto tan grave y de momento, no puedo decir a usted más por ahora”, díjole Pitt, al despedirse. En suma, no emergió de ahí sino la esperanza. Pero, ¿acaso el esperar no corresponde a lo más frecuente y a lo más presionante, en cada vida?

Quizás lo mayor, ese día, fue haberle dado a conocer al gobierno británico, a través de su Ministro, el proyecto de Constitución para América, elaborado por Miranda y anexo al Acta de París. Allí consta que los linderos de la nación proyectada por el líder caraqueño, irían del Mississippi hasta el Cabo de Hornos; se cita especialmente a Cuba, “porque La Habana es la llave del golfo de México”. Miranda sabe mirar sólo en grande. A los dos meses de la entrevista, anúnciale al Ministro la inquietud en España por el peligro de ser invadida por los franceses: una anticipación mirandina, de una década! Y le envía una excelente suma de datos de población y de producción americana, obtenidos de quienes le nombraron en París su Delegado.

¡Ya ha entrado en acción Miranda! Pónese en contacto con el embajador de los Estados Unidos en Londres, Rufus King, a quien le expone los proyectos y hasta señala detalles: espera conseguir de los ingleses, aparte de las tropas, una escuadra que se dirigiría al Perú; los soldados norteamericanos irían directamente al golfo del Darién (Panamá).

¿Qué piensa realmente Pitt? Napoleón ha regresado triunfador de la campaña de Italia; el Directorio, sumiso, le ha aclamado Jefe del Ejército contra Inglaterra. Pitt ya no se ocupa sino de Napoleón,

quien acaba de partir a la campaña de Egipto; ataca así el Corso, indirectamente, a Inglaterra, estructuradora de la primera coalición en la que constó el Imperio Otomano. Ocupa a Malta; desembarca en Alejandría con 32.000 soldados y 2.000 cañones: él es artillero! Toma el Cairo; las pirámides milenarias presencian el colosal arrebató del Corso que les dice a sus tropas: “Cuarenta siglos os contemplan!”. Pero los ingleses le esperan a Napoleón en el mar; son los amos de los océanos y tienen consigo a un almirante Nelson. Y éste derrota la armada francesa en la batalla naval de Abukir (agosto). Napoleón vuelve a Francia, pero, sin él, sus tropas se tornan ejército de ocupación; ejercen despotismo, tiranía. Sin embargo, como Napoleón es culto, ha llevado consigo varios sabios; va naciendo poco a poco la egiptología, cuya culminación, cinco lustros más tarde, será la descifración de los jeroglíficos egipcios por Champollion.

Es demasiado agresivo el Corso; hay que atajarlo! Inglaterra y Austria organizan una segunda coalición, en la que entran también Rusia, Turquía y Nápoles. Es una especie de todos contra uno y, por ende, de uno contra todos; pero este uno es un genio. Francia pierde posesiones. El general Massena, predilecto de Napoleón, cambia el panorama con sus victorias. Pitt, el complejo y dubitativo Pitt, mal podía ocuparse ahora de los propósitos de Miranda! Así, el verdadero obstáculo indirecto para la independencia hispanoamericana, en ese lapso, largo de más de un lustro, será Bonaparte.

Advierte Miranda el problema, de mucho fondo, grave; pero no debe ceder. Acude a un amigo de mucha experiencia: Thomas Pownall, ex-gobernador británico de las provincias norteamericanas; necesita su consejo. La respuesta fue una carta auténticamente profética, sabia, clarividente; Pownall le conocía bien a su amigo, le admiraba, podía leer en el futuro sin equivocación. La profecía descubre el porvenir, pero hay que juzgarla cuando ya sea un pasado. Le dijo Pownall, en palabras de increíble seguridad, como engendrando el mañana:

Aprenda usted a creer que la Providencia le ha librado de todos esos males y conservado para algún gran propósito; y nunca deje de tenerlo

presente! Considere las miserias y sufrimientos que ha padecido, no sólo durante seis años sino durante muchos anteriores, como pruebas destinadas por la Providencia a adiestrarle y disciplinarle hasta convertirle en un personaje digno de algún gran papel en el drama del mundo, quiero decir del Nuevo Mundo. ¡Vive la liberté dans le Nouveau Monde!

Miranda debió estremecerse, dentro del caudal de sus sueños; su vibración se enrumboó más acentuadamente hacia el fortalecimiento de la tenacidad. No, de la vanidad; todo vanidoso es pequeño.

Y necesitaba ese robustecimiento de la voluntad y una acrecentada firmeza en sus determinaciones, porque el gobierno inglés ya había decidido aplazar los proyectos mirandinos, y su autor no lo sabía! El Secretario de Relaciones Exteriores, lord Grenville, primo del Ministro Pitt, había manifestado oficialmente que no era partidario de la empresa; y al embajador de los Estados Unidos, Mr. King, habíale expresado Grenville que a Miranda se le haría quedarse en Inglaterra, pero sin fomentar la independencia americana “a menos que hubiera inminente peligro de que España fuese subyugada por Francia”, es decir por Napoleón. La colosal concepción mirandina se parece a la torre inclinada de Pisa: firme, aunque aparentemente insegura por falta de ayuda.

Actuar es intentar salvarse; sólo la acción aplasta los obstáculos y pone a salvo los propósitos. Envíale Miranda a su emisario el cubano Pedro José Caro con cartas para el Presidente de los Estados Unidos John Adams y para el coronel Hamilton; de los Estados Unidos deberá pasar a Bogotá. Fracasa el viajero, al ser interceptado el barco por un buque francés, que lo aborda. Va a parar en Algeciras, de donde se evade, hacia Portugal. Miranda lo llamará a Londres nuevamente, para que viaje sin demora a Trinidad. Las instrucciones que lleva expresan:

No se puede suficientemente recomendar a usted la gravedad, discreción, prudencia, actividad, cautela, resolución, audacia y valor que, a tiempo y con juicio, es menester emplear en el manejo de un asunto tan delicado, grave e importante como éste.

La parte positiva de las instrucciones dice:

Informádoles usted del estado actual de la Europa y de la favorable disposición de la Inglaterra y los Estados Unidos de la América acerca de nuestra Independencia procuren reunirse todos en un solo cuerpo, y aguardar con resolución y firmeza el momento de nuestra aparición en los puntos y parajes convenidos para proclamar nuestra Independencia y Soberanía, bajo una forma de gobierno sabio, justo y bien equilibrado, que nos haga en poquísimos tiempo la nación más respetable de la tierra.

El Presidente Adams no le contestó; Hamilton, sí. Las cartas llegaron por correo. Adams no consideró importante y válido el proyecto de Miranda; lo calificaba de quijotesco y hasta creía que operaba por lo herido que se sentía contra España. No era ese sin embargo el verdadero fondo de las opiniones del Presidente norteamericano; decía lo que decía, por haber cambiado el panorama internacional europeo, lo cual le importaba mucho a los Estados Unidos.

El gobierno de Francia –el Directorio– ha caído, derrocado por Napoleón el 18 brumario (9 de noviembre de 1799), constituyéndose en su reemplazo un Consulado con tres miembros: Napoleón, Sieyès y Roger Ducos. Habrá una nueva Constitución política. Pero hay algo más, mucho más: los principios de la Revolución Francesa han penetrado en los pueblos europeos con extraordinaria dinamía, dado su contenido profundamente innovador y porque ese momento Francia es la primera potencia de la Europa continental, por el número de sus habitantes, por su economía, su ejército y su organización político-administrativa. Se ha constituido en país paradigmático. Los regímenes monárquicos europeos no atinan a asfixiar esas llamaradas; menos podrán lograrlo con un Bonaparte constituido en dictador que reta, que arrolla, que tiene una inteligencia inalcanzable. ¡Los Estados Unidos, Adams, buscan su amistad! ¿Cómo, en qué sentido podía contestarle el Presidente a Miranda? El nuevo manejador de la diplomacia francesa era el astutísimo Talleyrand; la policía estaba en manos de otro zorro: Fouché. Toda una sutil armazón para servir a las ambiciones napoleónicas!

¡Qué intensos esos años 1798 y 99, para Miranda y sus anhelos de creatividad! El siglo dieciocho va a terminar para él en grave expectativa; habrá creado nuevos elementos de combate, pero se activarán, a la vez, las fuerzas negativas; la lucha de los contrarios será intensa.

La brillante originalidad de Miranda entonces fue la creación de una logia masónica a la que dio el nombre de “La Gran Reunión Americana”. Los dos centros de la masonería mundial eran Inglaterra y Prusia. Probablemente el triángulo inicial mirandino emanó del Pacto de París; con esos masones y otros, quedó constituida la referida Logia, que procederá a orientar a todos los americanos que vayan llegando a Londres, y que operará con especial eficacia en la ciudad de Cádiz, donde se abre un Taller con el nombre de Logia Lautaro, para honrar así una figura indígena chilena, el aborigen Lautaro, rebelde contra los españoles del conquistador Valdivia en el siglo dieciséis. Fue la más eficaz iniciativa de su sentido de organización: se atraía a los mejores ciudadanos de toda Latinoamérica para hacerlos ingresar a la francmasonería, entidad de mucho prestigio en el mundo occidental entonces y de alto poderío político; se les adoctrinaba en las diferentes Logias, hablándoles concretamente, de modo que hicieran la revolución emancipadora en forma coordinada y, al par, secreta y disciplinadamente. De entonces en adelante, la Independencia buscada –y también cuanto vaya realizándose durante la guerra libertaria–, obra será, en mucho de esos liberales activos. Algunos alcanzarán el honor del sacrificio.⁹⁰

Un eminente masón acababa de morir en Mount Vernon: George Washington, libertador de los Estados Unidos. De él se ha dicho, con estricta veracidad, que fue grande en la guerra, grande en la paz y grande en el corazón de sus conciudadanos. ¡Miranda lo conoció muy de cerca en Filadelfia! En él no se cumplió la sentencia

⁹⁰ Pueden consultarse las siguientes obras: *Quién es quién en la masonería venezolana*, por HELLO CASTELLÓN Y FRANCISCO CASTILLO, Caracas, 1974; *Historia de la masonería en Hispano América*, por RAMÓN MARTÍNEZ ZALDÚA, México: B. Costa-Amic, Editor, 4ª edición, 1978; *Los Archivos secretos vaticanos y la masonería*, por JOSÉ A. FERRER BENIMELLI. Caracas: Universidad Católica, 1976.

de Hafiz: “Tu grandeza está en que no puedas llegar”. El círculo vital del líder norteamericano se cerró por entero.

En contraste, la muerte de un valeroso jesuita: Juan Pablo Viscardo, que también falleció por ese tiempo, en Londres, llegó cuando su obra capital: “Carta a los españoles americanos” yacía desde más de un lustro atrás en los papeles que había guardado. Por disposición testamentaria, este ex-jesuita arequipeño, legó sus trabajos escritos al embajador de los Estados Unidos, quien los entregó, atinadamente, a Miranda. Así, la Carta que luego será celeberrima, pudo ser publicada en Filadelfia y distribuida en toda Hispanoamérica. Decía el texto, en unos de sus vibrantes párrafos:

*Nuestra historia de tres siglos acá, es tan uniforme y tan notoria, que se podría reducir a estas cuatro palabras: ingratitude, injusticia, servidumbre y desolación [...] Privados de todas las ventajas del gobierno, no hemos experimentado de su parte sino los más horribles desórdenes y los más graves vicios. Sin esperanza de obtener jamás ni una protección inmediata, ni una pronta justicia y sin recursos para reclamarla hemos sido entregados al orgullo, a la injusticia, a la rapacidad de los ministros, tan avaros, por lo menos, como los favoritos de Carlos V [...] La pretensión de la Corte de España de una ciega obediencia a sus leyes arbitrarias, está fundada principalmente sobre la ignorancia, que procura alimentar y entretener, acerca de los derechos inalienables del hombre y de los deberes indispensables de todo gobierno. Ella ha conseguido persuadir al pueblo que es un delito el razonar sobre los asuntos que importen más a cada individuo y, por consiguiente, que es una obligación continua la de extinguir la preciosa antorcha que nos dio el Creador para alumbrarnos y conducirnos [...] No hay ya pretexto para excusar nuestra apatía; si sufrimos más largo tiempo las vejaciones que nos destruyen, se dirá con razón que nuestra cobardía las merece. Nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas cuando mordiendo el freno de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino quererlo. ¡Ese momento ha llegado!*⁹¹

⁹¹ Una selección del amplio texto de la Carta se halla en el tomo I: 51 y siguientes, de la obra *Pensamiento político de la emancipación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.

Este virulento desahogo del ex-jesuita peruano, impregnado de odio contra España a causa de la expulsión de los jesuitas decretada por el rey Carlos III, fue magníficamente aprovechado por Miranda. Y a tanto llegó su entusiasmo que decía: “Viscardo sostiene victoriosamente la justicia y la belleza de nuestra causa”, al hablarle de ella a Manuel Gual; parece enamorado de su idea, de su hazaña. Gual le contestó que la leyó “con sagrado entusiasmo”. También para Gual la independencia era cuestión “sagrada”. La conspiración, en todos, asumió una poderosa altura.

¿De qué vive Miranda en Londres? De una asignación de trescientas libras anuales —veinticinco por mes!— que le da el gobierno británico para retenerlo, ya que su plan de independencia americana puede ser aprovechado por Inglaterra en cualquier momento. No es dinero suficiente, para quien ha vivido siempre con decoro y hasta con elegancia; a fin de completar lo requerido, sigue endeudándose con el amigo Turnbull, quien por esos días le dice en una carta:

Adjunto un resumen de su cuenta, que asciende a 1.720 libras, para que la examine tranquilamente; pero puede usted estar seguro de que estamos lejos de proponernos causarle el menor inconveniente, dejando de ayudarlo en la medida en que materialmente podamos hacerlo. Esta suma considerable la hemos adelantado por pura amistad.

¡En ese fondo de angustia económica se movía el hombre a quien la historia llamará el revolucionador de todo un continente!

Caro ha llegado a Trinidad e informa: “Los venezolanos no tienen un plan concertado, ni obran con premeditación y están más bien preparados a cambiar de señor que a ser libres; en las Antillas bastaría un soplo para encender el fuego”. El emisario observa, se introduce donde puede, imprudentemente y habla demasiado; vuélvese así, sospechoso del gobernador inglés Picton que cree que se trata de un agente del gobierno español y lo expulsa. En Londres, dirige un memorial al gobierno inglés contra el gobernador y, aparentemente, va a establecer contactos en Europa. En realidad, se dirige a Hamburgo solamente; allí se presenta al ministro español

José de Ocariz y le vende todo cuanto papel mirandino posee. España, por este traidor, conoce en detalle los proyectos de Miranda! El último grado de la degeneración de un hombre es la traición; el Dante, teólogo certero, les pone a los traidores en el último círculo del Infierno. Cuatro años después, morirá Caro en la ciudad de Lisboa; ¡poco le duró el beneficio de la venta ruin!

No es éste el único traidor. Por ese mismo tiempo, el Secretario del Acta de París, el francés Dupérou, al no obtener de Miranda suficiente dinero se entiende con un espía de la policía francesa, Dossonville, y le vende los duplicados que había sacado de diferentes documentos mirandinos. El policía viaja inmediatamente a Viena para revender esas copias al embajador español Del Campo, cuyo secretario las lleva inmediatamente a Madrid. Por añadidura, Dupérou publica en un periódico, sin su firma, que Miranda es sólo un agente de la política inglesa. ¡Cuánto le servirán a España más tarde los unos y los otros documentos comprados por sus agentes diplomáticos! ¡El dinero venía aplastándole a la lealtad! ¡Con gentes de esta clase tuvo que operar el admirable revolucionario! Más tarde, aparecerán otras serpientes.

En la isla Trinidad, de donde fuera echado el cubano Caro, obra con los descontentos el venezolano Manuel Gual, con quien se cartea frecuentemente Miranda; ¡es un amigo de la infancia! Y Gual, en su entusiasmo rebelde, escríbele un día:

Yo deseo que usted se persuada de la facilidad de la empresa; gracias a la opresión atroz de estos monstruos, la santa indignación es general; la cosa no espera sino un ligero impulso; yo quiero esperar que la lanza de Aquiles curará la llaga que abrió ella misma.

Produjo, así y sin presumirlo, un real espejismo en las captaciones mirandinas. El alma revolucionaria –rasgos de su conspiración con Picornell, y convicción recia a la vez– le hace exagerar. Quizás no capta que los revoltosos verdaderamente conscientes de su ira son sólo unos pocos, una suerte de élite, que se ha arracimado en las logias; el pueblo, murmura pero soporta; no tiene quién lo organice abiertamente para la sublevación.

Es a su íntimo amigo Manuel Gual a quien Miranda, en una carta de luminosa intuición, le confía lo que verdaderamente advierte para el futuro:

Harto pagados quedaremos si no nos resultare a nosotros, personalmente, más gloria que la de haber trazado el Plan y echado los primeros fundamentos de tan magnífica empresa; delegando a nuestros virtuosos y dignos sucesores el complemento de esta estupenda estructura que, si no me engaño, debe sorprender los siglos venideros.

En estas palabras, dichas con una anticipación de dieciséis años —la fecha de su muerte—, Miranda grabó, en tatuaje profundo, lo que dirá de él la historia. Habló, así, para los siglos, con esa conciencia de asombrosa perforación en el tiempo, que sólo se halla en los pocos auténticamente geniales. Con él y por él empezó la gigante hazaña de la emancipación latinoamericana.⁹²

En la Venezuela de ese año 1799 se producen dos sucesos: el arribo de los sabios Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland a la ciudad de Cumaná; efectuarán allí, en Caracas y otros puntos muy importantes investigaciones. Humboldt escribirá que había encontrado una América madura para la emancipación y que no veía al hombre que la realizara. No le conoció a Miranda; pero sí se verá, en París y Roma, con el continuador de Miranda, Simón Bolívar, muy joven entonces (1804-5). El otro suceso importante fue la sublevación organizada en Maracaibo contra los españoles, y “según el sistema de Libertad e Igualdad de Francia”. Descubierta horas antes de que estallase, su jefe Francisco Javier Pirela fue ajusticiado,

⁹² Darle a Francisco de Miranda el título de Precursor, es disminuir, amputar el todo coherente de su vida y su obra. No precedió, como Juan el Bautista, la llegada de Jesús; no anticipó, no anunció solamente, sino que promovió y organizó la revolución americana como originalidad suya, como creación auténtica suya, y hasta tomó parte en ella, una vez desatada la guerra como generalísimo de las tropas venezolanas. Incitó, incendió todo un continente; enrumbo la llamarada y, cuando estuvo alta y múltiple, la atizó con la tea de su mano, entrando así en el sacrificio que el magno empeño exigía. De la palabra, de las estructuras, pasó a la acción física de dar batallas. Cayó prisionero, un prisionero de guerra, y murió en la cárcel del enemigo. El largo proceso de la independencia comienza con él, se desarrolla con muchos y termina con Bolívar y Sucre.

por orden del gobernador Guevara. Miranda vio en ello un síntoma favorable a la independencia, por la reacción de ira y odio que causó.

Como al margen de todo, y sin trascendencia alguna, aquel 1799 viaja el joven Bolívar a España, para realizar estudios; no tiene sino dieciséis años.

La casa en que residía Miranda en Londres era visitada por muchos, pero principalmente por los latinoamericanos que llegaban o allí residían. Fue el motor central de la conspiración contra España. Escribió el líder para uno de los Cuadernos de su *Archivo*: “Mi casa en esta ciudad es y será siempre el punto fijo para la Independencia y Libertades del Continente Colombiano”.⁹³ Un día, antes de que cerrara su círculo el siglo, se presentó ahí el joven de veinte años Bernardo Riquelme, con el deseo de recibir clases de matemáticas.⁹⁴ ¿Necesitaba Miranda esa docencia para redondear su presupuesto? Admitido, muy pronto supo que su maestro era el eje de un plan de independencia americana; esto le entusiasmó; aparte de volverse pronto un adoctrinado férvido, dejó que corriese libremente su reacción contra el padre, el virrey, que de ese modo le trataba, condenándole poco menos que al hambre. Cuando se obra por resentimiento se adquiere rencor de duplicada fuerza. Al ser admitido en la Logia mirandina, exclamó: “¡Ved en mí, señor, los melancólicos restos de mi compatriota Lautaro! En mi pecho arde el mismo espíritu que libertó a mi patria Arauco de sus opresores!”. Miranda, abrazándole —lo cuenta el propio Bernardo— le dijo: “Hijo mío, la Divina Providencia desea cumplir nuestras esperanzas de libertad para nuestra patria común, que está decretada en el libro del destino. Mucho secreto, valor y constancia serán la égida que os guardará de los golpes de los tiranos”. Nunca dudó el venezolano de la realización de su proyecto gigante. Dudar, mata siempre la acción.

⁹³ Puede consultarse, de SALCEDO BASTARDO, J. L. *Crisol de Americanismo. La casa de Miranda en Londres*. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1980.

⁹⁴ Fue hijo ilegítimo del comandante general de fronteras en Chile, Ambrosio O'Higgins, irlandés al servicio de España, y de la chilena Isabel Riquelme. El comandante llegó a Virrey del Perú en 1795; el hijo Bernardo, que lleva el apellido de la madre, fue enviado a educarse en Londres por cuenta del padre. Cuando éste dejó de remitirle dinero, volvió a Chile, en 1799, convertido ya por Miranda en revolucionario.

Cuando fue a despedirse, para viajar hacia Chile, por Cádiz, entregó Miranda un texto, que era el de mensaje y consigna a los masones que servían de agentes de la vasta conspiración:

Al dejar la Inglaterra no olvidéis por un solo instante que fuera de este país no hay en toda la tierra sino otra nación en la que se pueda hablar una palabra de política fuera del corazón probado de un amigo y que esa nación son los Estados Unidos [...] Elegid un amigo, pero elegidlo con el mayor cuidado, porque si os equivocáis sois perdido. Varias veces os he indicado los nombres de varios suramericanos en quienes podéis reposar vuestra confianza, si llegáis a encontrarlos en vuestro camino [...] Entre los jóvenes de vuestra edad [veintiún años] encontraréis fácilmente muchos prontos a escuchar y fáciles de convencer, pero debéis temer los defectos de los jóvenes: indiscreción y actos temerarios, tanto como la timidez y las preocupaciones de los viejos [...] El orgullo y fanatismo de los españoles son invencibles. Ellos os despreciarán por haber nacido en América y os aborrecerán por ser educado en Inglaterra. Manteneos, pues, siempre a larga distancia de ellos [...] No permitáis que jamás se apoderen de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez daís entrada a estos sentimientos, os pondréis en la impotencia de servir a vuestra patria.⁹⁵

Al llegar a Cádiz este mensajero de la revolución se entiende con un apoderado de su padre, quien le hará trabajar durante seis meses como escribiente suyo y sin remuneración, antes de despacharlo a Chile. Se embarca en la fragata “Confianza”; pero ésta es abordada por los ingleses y llevada a Gibraltar. De nuevo en Cádiz, y esta vez por dos años, en la misma casa anterior. En este lapso empieza la trascendencia de Bernardo: muere su padre el virrey que ha sido destituido por la vinculación de su hijo con Miranda; lo acusaron ante la Corte. Al morir, le dejará toda su inmensa fortuna a su hijo —el virrey era soltero—, y el heredero tomará el apellido del padre. Se llamará Bernardo O’Higgins, a quien conoce la historia como libertador de Chile. ¿Qué hizo Bernardo en aquellos dos años de Cádiz? Adoctrinarle a José de San Martín, oficial del ejército español

⁹⁵ El texto completo en ROBERTSON, WILLIAM SPENCE. *La vida de Miranda...*: 159-160.

entonces y de guarnición en esa plaza. San Martín le conoció a Miranda a través de O'Higgins; nunca, personalmente. O'Higgins trató, además, a otros jóvenes, de amplia significación más tarde: José Cortés de Madariaga, chileno; Juan Pablo Fretes, paraguayo. Iba llenando su misión con evidente buen acierto; creaba inquietudes, decisiones.

Según su *Diario*, Miranda recordaba con frecuencia dos textos de escritores del diecisiete, Saavedra Fajardo y Nieremberg. Del primero: "Pocos negocios vence el ímpetu; algunos la fuerza; muchos, el sufrimiento; y casi todos, la razón y el interés. La razón es lo que mejor dispone los negocios: poco pierde quien sabe usar de ella". Y del segundo: "Toca a la perseverancia acabar las obras comenzadas, no dejándolas de la mano hasta coronarlas con dichoso remate". Lo paradigmático en Miranda, es mental.

Y mucho le sirven las dos normas, porque ahora está en la línea baja, en su intimidad. Le ha escrito a Pitt, para decirle que sólo indirectamente había sabido que Inglaterra por el momento no le daría ayuda; y para preguntarle:

¿Cuál será el resultado de que, en vez del auxilio esperado tanto tiempo y con tanta frecuencia prometido, se anuncie que Inglaterra dice ahora no poder prestar la menor ayuda o alentar la menor esperanza? Es difícil juzgar el efecto que la desesperación producirá en tales circunstancias; pero es seguro que las sabias e inteligentes personas que han soñado ver establecido en el continente sudamericano un sistema de orden y moralidad que contrarreste las máximas desorganizadoras sembradas por Francia, se sentirán muy desalentadas y rebajadas en la estimación de la América española [...] Las ventajas comerciales y otras que este inmenso continente ofrece a Gran Bretaña se perderán realmente para ella.

Pitt nada contestó a estas palabras que revelan desánimo, debilidad.

Pero Miranda no se detiene nunca; no es hombre de fracasos. Fracasar significa admitir, sin reacción, la derrota. Piensa en una ruta

que puede abrirse: la de Napoleón. No la de Francia, que tanto ha cambiado, en comparación con la de 1792, sino la del omnipotente Cónsul. Sin pérdida de días, aprovecha la buena voluntad del neogranadino Pedro de Vargas –miembro de la Logia– y le envía a París. Deberá entregarle, en lo posible personalmente, una carta “Al Ciudadano Primer Cónsul Bonaparte”. En ella sólo reclama Miranda lo que le debe Francia: honores y dinero. El verdadero propósito del viaje lo da a conocer a Manuel Gual:

Habiendo obtenido al fin los permisos necesarios para salir en paz de este país, cuento embarcarme hoy para Holanda y proseguir de aquí a París, si algún obstáculo mayor no me lo impide. Mi objeto siempre es y será el mismo: la felicidad e independencia de nuestra amada patria, por medios honrosos, y para que todos gocen de una justa y sabia libertad. Si consideramos cuán grandes esfuerzos de constancia, riesgos y magnanimidad costó al gran Colombo el descubrimiento del Nuevo Mundo, veremos, amigo mío, lo poquísimo que han hecho aun los hijos de América para darle el lustre, felicidad y gloria a que la naturaleza parece haberla destinado.

Ir a Francia es gravísimo riesgo. La omnipotencia de Napoleón, el estado de guerra con Inglaterra y la presencia del fatídico Fouché en la policía, no ofrecen sino peligros. Pero, además de la rectitud de sus propósitos, Miranda cuenta allá con amigos: Lanjuinais, la viuda de Pétion, los liberales, Delfina Custine; aparte de los que han viajado ya de Londres a París: “Todos nuestros americanos que estaban aquí, se han marchado a París”, le cuenta el venezolano a Manuel Gual. Por añadidura, se autoestimula con lo que deben estar realizando los emisarios enviados por él a la América. Cuenta O’Higgins, en su *Epistolario*:

De las Columnas de Hércules –de la Logia de Cádiz– salieron los emisarios que habían de destruir el trono del tirano en la América del Sur: O’Higgins se dirigió a Chile y Lima; Bejarano a Guayaquil y Quito; Baquijano a Lima y el Perú, lo mismo que los canónigos Cortés y Fretes, que también fueron a Chile.

Llega Miranda a Amberes; lleva en el espíritu una gran tristeza: su amigo Manuel Gual ha muerto en Trinidad, envenenado por un espía español de apellido Valecillos. Una carta de la viuda de Pétion le informa que Napoleón ha autorizado su visita a Francia, gracias, sobre todo, a las gestiones del senador Lanjuinais. Por precaución, entonces, escríbele al sombrío Fouché y le informa que se ha dirigido a Napoleón; espera ser tratado como servidor militar que fue de Francia. El prefecto francés de Amberes le otorga un pasaporte en el que consta que Miranda es “ciudadano de América”.

Su primer cuidado, al arribar a París, es pensar en el Ministro de la Policía, a fin de informarle que se tomaría el tiempo necesario para reclamar lo que el gobierno francés le adeudaba, y que luego partiría a los Estados Unidos. Era el 30 de noviembre (1800). Al otro día, Fouché ordenó secretamente el arresto del viajero y el secuestro de todos sus papeles, sin producir escándalo y sin prisa. La tiránica disposición se cumplió a los tres meses; procedieron a vigilarlo y observarlo cuidadosamente; la astucia de Fouché lo calculaba todo. Durante los tres meses de “libertad” en París y en la residencia que le había dejado encargada a su ama de llaves Françoise, realizó vida social –tenía muchas amistades– esperando un momento favorable para sus reclamaciones”; el coronel Smith, su viejo amigo, le invitó a almorzar con el general La Fayette. Hacia marzo, se le encarceló en el Temple y se le sometió a interrogatorios, acusado de espionaje. Al preguntársele sobre su profesión, contestó altivamente: “General, al servicio de la República Francesa”. En el segundo interrogatorio se le averiguó sobre sus relaciones con el gobierno inglés; respondió que el motivo de ellas era la libertad e independencia de América, semejantes a las que Francia había ayudado a alcanzar a los Estados Unidos. Pero esa independencia buscada por Miranda iba contra España, hoy aliada de Francia. ¡Ha habido intrigas de parte de la embajada de España! Anota Miranda en su *Diario*:

Milagrosamente salí de esa prisión después de haber estado detenido seis días, gracias a las vigorosas gestiones de mis amigos, especialmente Lanjuinais”. Se le concedió el plazo de una semana para salir del

país. Parte el 22 de marzo, se queda un mes en Holanda, acompañado de Vargas, y retorna a Londres a fines de abril. Encuentra que ha caído el Ministro Pitt; que el nuevo Gabinete está presidido por Addington. Turnbull le pone en contacto con Nicolás Vansittart, Secretario Adjunto del Departamento del Primer Ministro, que se volverá uno de los mejores y más leales amigos de Miranda. El mismo Turnbull le consigue una nueva residencia en el país, y Vansittart una pensión de quinientas libras anuales.

El amigo Pownall, que ya antes le había advertido a Miranda que tenía un gran destino que cumplir, escríbele ahora para hacerle otro gran anuncio de visionario. Le pide que estudie la historia de Moisés, “que es la historia del más grande estadista y del patriota más puro que se haya conocido”. Le expresa, así, que le sobrevendrá lo que a Moisés: no entrará en la tierra prometida, es decir que no logrará hacer la independencia; ¡no será él el libertador!

A este Moisés americano le espera un serio revés. La alta política ha estado actuando en Europa. Napoleón, que triunfara ruidosamente en la batalla de Marengo, ha preparado uno de sus golpes diplomáticos espectaculares: ¡la paz! Se firma en Amiens (marzo de 1802) un tratado de acuerdo entre Francia, Inglaterra, España y Holanda. “Por la primera vez en diez años, el Corso le ha dado a Francia la paz total”, escribe François Dreyfus. ¡Una paz para la guerra, en el recóndito pensamiento napoleónico! No durará sino catorce meses. Francia domina en el continente, en la misma medida en que Inglaterra continúa de ama de los mares. Miranda se siente muy afectado: “El sorpresivo acontecimiento que acaba de producirse —escríbele a Vansittart— me ha sumido en un espantoso estado de desolación e incertidumbre”. España se ha declarado neutral; ¿atacará Inglaterra a un país neutral, apoyando las iniciativas de Miranda? Lee estos días con interés sumo la obra *Les trois âges des Colonies* del abate De Pradt, contra el colonialismo. Y, por reacción, acentúa su correspondencia con Vargas, que está en Trinidad.

¿Era que Inglaterra había desistido de los proyectos mirandinos? Al contrario, la firma Turnbull y Forbes había efectuado,

por orden del gobierno británico, compras y gastos iniciales por 21.000 libras: hay allí mapas, tipos de imprenta, espadas, anteojos, soportes para banderas. Los primeros pasos hacia una empresa marítima, aunque muy en pequeño todavía! ¡Pero, lo internacional... Napoleón, en virtud de un plebiscito, es ya Cónsul vitalicio!

El gobierno inglés de Addington recibió de Miranda una documentación gigantesca, superior a la que había sido presentada a Pitt en marzo de 1790, o sea once años atrás, por influencia de Pownall. Ahora Miranda le cuenta al mismo amigo Pownall:

Los nuevos Ministros me han atendido amistosamente y con mucho agrado. Tras discutir detenidamente sobre los planes políticos y militares, estamos para llegar a una decisión definitiva [...] Se me pidió un Proyecto de Gobierno Provisional, y otro para el Gobierno Constitutivo que se creyera conveniente. Han sido remitidos, al igual que la Proclama que debe anteceder al conjunto.

Y presenta Miranda al Gobierno inglés no sólo el Proyecto de Gobierno Provisional, el de Gobierno Constitutivo y la Proclama, sino además una lista de material para la revolución; crea la bandera tricolor y redacta un Plan Militar, que envía a Vansittart. La primitiva Memoria y datos complementarios entregados a Pitt, han sido ahora ampliados y perfeccionados, según consta en los textos que van a manos de Addington. Miranda es un revolucionario creador, constructivo, seguro de la vía por donde avanza. Los grandes fueron grandes, en mucha parte, porque no dudaron. La precisión fue su norma.

El Proyecto de Gobierno Provisorio corresponde únicamente al tiempo de guerra; “la guerra actual”, se dice, con esa capacidad que tienen los decididos de trasladar el porvenir al presente. Se estatuye que a los Ayuntamientos de las ciudades se les agregarán indígenas y gentes de color, en la proporción de un tercio de los miembros todos. La libertad de importar y exportar carecerá de limitaciones y de impuestos, pudiendo comerciarse con cualesquiera naciones. No habrá nada impositivo para los indios; desaparecerá “el odioso Tribunal de la Inquisición”.

En lo estatuido para el proyectado Gobierno Federal se habla, con reiteración, del “Imperio Americano”, cuya capital “Colombo” se fijaría en el istmo de Panamá. Y se ordena que el Gobierno distribuya “a cada indio que no tenga propiedad suficiente, diez fanegadas si es casado, y cinco si es soltero”. Para dejar sembrado en la conciencia continental el nombre de Colón, no sólo se le llama Colombo a la capital, sino que las Asambleas Provinciales se denominarán “Concilios Colombianos”. A las personas se les dice “ciudadanos”, como en la Francia republicana. Hay allí un párrafo que muestra que Miranda conoció a profundidad lo que significaba la independencia. Dice que la constitución de los tribunales de justicia y los juicios por jurados serán conforme a lo establecido en Inglaterra y los Estados Unidos; pero, advierte, “se nombrarán primero jurados especiales, hasta que la masa de los ciudadanos se encuentre más o menos acostumbrada a la libertad”. ¡Al cabo de trescientos años de colonia, las gentes necesitaban aprender a ser libres! ¡En Miranda había un estadista de alta calidad!

La Proclama, vibrante, abre su énfasis con estas palabras:

Tres siglos ha que los españoles se apoderaron por fuerza de este continente. Los horrores que cometieron en su conquista son conocidos de todo el mundo, mas la tiranía que han ejercido después, y que continúan ejerciendo hasta hoy, no es conocida ni sentida sino por nosotros.

Y continúa:

Es un crimen para España el nacer en América. A los ojos de su gobierno todo americano es sospechoso de incapaz para obtener ningún empleo; está hecho sólo para sufrir [...] El mundo está ya muy ilustrado para que suframos tantos ultrajes; somos demasiado grandes para vivir en una tutela tan ignominiosa. Rompamos las cadenas y hagamos ver al mundo que no somos tan degradados como la España piensa. Sigamos las huellas de nuestros hermanos los americanos del Norte [...] Seremos libres, seremos hombres, seremos nación [...] Pues que todos estamos injuriados del mismo modo, unámonos todos en la grande obra de nuestra común libertad.

En la lista, de material bélico para la revolución, anota: “dos imprentas completas”. En los detalles de “la operación militar en tierra firme”, crea la bandera tricolor. Dice: “diez banderas, con los colores de la divisa: rojo, amarillo y azul, en tres franjas” (24 de mayo de 1801). ¡Un 24 de mayo dará Sucre la batalla de Pichincha!

Para una complementación aún mayor, incluye un Reglamento Militar, muy minucioso y muy enérgico. ¿No es, acaso, un General de Francia? Allí determina nítidamente que los militares quedarán sujetos y responsables ante el poder civil.

Toda la actividad de Miranda se realiza ahora en la casa de cuatro pisos de la 27 Grafton Street, a donde se ha trasladado. Cuida de ella y de Miranda el ama de llaves inglesa Sara Andrews, que entró al servicio del venezolano dos años atrás (1800); tenía veintiséis años. Esta admirable mujer será la única trascendente, en la vida mirandina toda, pues fue muy noble con él, y hasta le dio dos hijos; las demás pasaron, desaparecieron; hicieron nexo, pero efímero. ¡Y fueron muchas! Miranda dejó constancia de ellas en su *Diario*.⁹⁶ Sara vivió en aquella casa hasta su muerte; le sobrevivió a su compañero más de treinta años. ¿La habitación más importante? La de la biblioteca: seis mil volúmenes en varios idiomas.

Napoleón había iniciado ya la estructuración de una Francia colonial, pero con métodos típicamente napoleónicos, expansionistas. España hallábase en posesión de los dos millones y medio de kilómetros cuadrados de la Luisiana, en los Estados Unidos. El Corso le obligó al gobierno español de Godoy a devolverle esas tierras que

⁹⁶ Miriam Blanco Fombona de Hood ha investigado muy ampliamente en la vida de Sara Andrews. Su libro *El enigma de Sara Andrews, esposa de Francisco de Miranda*, Edición del banco Mercantil y Agrícola de Caracas, 1982, trae estos datos: Nació en 1774, en el Condado de Yorkshire; el padre, John Andrews, era artesano de cueros; y la madre, Dinah Hewson, hermana del pintor Stephen Hewson. Murió en Londres en 1848. Miranda la llamó siempre, hasta en su último testamento, “mi fiel ama de llaves”. No se casó con ella. “Fue su fiel, abnegada y valerosa compañera”, dice el historiador J. L. Salcedo Bastardo, en *Crisol del Americanismo. La casa de Miranda en Londres...*: 11. Hay que advertir que el edificio fue tomado en arrendamiento (100 libras mensuales); nunca el gran venezolano tuvo casa propia.

habían sido colonizadas por franceses. Una vez readquiridas, las vendió al gobierno norteamericano en quince millones de dólares, que empleó en preparar naves de guerra para invadir a Inglaterra.

Parte del acervo colonial francés era Haití, poblado sobre todo de negros. Conocedores éstos de la Revolución Francesa y sus principios de libertad e igualdad, se sublevaron; murieron en los muchos combates miles de franceses y un número cinco veces mayor de negros. La isla de Santo Domingo había sido dividida ya por el tratado de Basilea. El negro Pierre Dominique Toussaint L'Ouverture encabezó a los descontentos, dictó una constitución política y una Asamblea le proclamó Jefe de Estado; decretó inmediatamente la libertad de los esclavos. Indignado Napoleón despachó contra Haití, para someterlo, un ejército de 25.000 hombres comandados por el general Leclerc. ¡Toussaint cayó prisionero y fue llevado a París; encerrado en la prisión de Joux, murió al cabo de un año, de frío y hambre! Dessalines, Pétion, Christophe y sus bravos negros continuaron la lucha; tenían un aliado omnipotente: la fiebre amarilla, que le mató al propio general Leclerc; el otro aliado era la selva. Triunfaron, y la República fue proclamada. Los miles de hombres enviados por Francia perecieron en su mayor parte; no retornaron sino 6.000. Con ellos regresó a Europa el general Rochambeau. ¡Qué gran noticia para Miranda! ¡Los americanos podían independizarse, como acababa de hacerlo Haití! ¡Además, el derrotado era Napoleón el omnipotente déspota, al que Miranda odiaba ya!

Este golpe, más otras circunstancias posteriores, le hará decir a Napoleón, por escrito, seis años más tarde:

*El Emperador no se opondrá jamás a la independencia de las naciones continentales de América; esta independencia está en el orden necesario de los acontecimientos; está en la justicia; está en el interés bien entendido de todas las potencias.*⁹⁷

⁹⁷ Carta descubierta por el historiador argentino Carlos Alberto Pueyrredón. Un diario brasileño la había reproducido, tomándola de *La Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel* del 14 de diciembre de 1809. Cf. GÁLVEZ, MANUEL. Don Francisco de Miranda. Buenos Aires: Emecé Editores, 1946: 383.

Los ingleses, cuando lo creyeron conveniente para ellos, desconocieron el Tratado de Amiens y ocuparon la isla de Malta. Las palabras de Bonaparte fueron categóricas:

¡Los ingleses quieren la guerra! Pero si son los primeros en desenvainar la espada, yo seré el último en volverla a la vaina. ¡Los ingleses no respetan los tratados!

La Paz de Amiens, así vino a ser el inicio de un nuevo lapso de guerra, que durará en Europa más de diez años; para los franceses, hasta 1814.

El nuevo estado de guerra entre Inglaterra y Francia reencendió el optimismo de Miranda, verdadera víctima, en sus admirables anhelos de los acontecimientos en Europa. Le escribe, vehemente, al premier Addington:

Todas las circunstancias actuales, y la cesión de la Luisiana a los Estados Unidos por parte de Francia, hacen el momento sumamente favorable para la ejecución de la empresa. Prefiero la decisión menos favorable a la más plausible y ventajosa de las dilaciones.

¡Acosa, intenta recursos, habla, no cede! ¡Es más poderoso que el tiempo! Pero también teme obstáculos. Ha recibido de su gran amigo Vansittart una comunicación que expresa: “No sé qué consejo darle, salvo que espere el resultado de acontecimientos”. ¿Qué acontecimientos? Le confía a Rufus King, en Nueva York:

Aquí está el arreglo al que hemos llegado esta mañana con Mr. Vansittart: Vargas, que se encuentra aquí, debe salir dentro de quince días con destino a la Trinidad, para finiquitar las cosas. Yo debo seguirle un mes más tarde en un barco armado, transportando simultáneamente armas, municiones, ropa y todo cuanto sea necesario para comenzar con nuestro propio esfuerzo pues este país, Inglaterra, se reserva para auxiliarnos más adelante. ¡Esto es todo lo que se puede hacer con semejante gente! ¡A no ser que, entretanto, arrase con nosotros la invasión que nos está amenazando.

¡El fantasma de Napoleón!

No es esta la primera vez que Miranda intuye y ve el porvenir real, al otro lado del mar de la esperanza. Tres años atrás, en carta a Turnbull, ya habló del “propio esfuerzo” para desatar la guerra de emancipación. Decía: “Estoy definitivamente decidido a intentar un último esfuerzo para salvar a mi país; si es posible, con la ayuda de Inglaterra, caso de que ésta pueda lograrse de algún modo; o sin ella, si la suerte exige que nosotros solos corramos todos los peligros”. Esta fue la verdadera realidad final: que la independencia tuvo que hacerse sin ayuda de Europa, o sea por las propias fuerzas; y el mismo Miranda comandará los primeros ejércitos, en Venezuela. ¡Captó la situación verdadera con una anticipación de diez años!

Algo enteramente nuevo en la vida del líder: su ama de llaves Sara Andrews, le da un primogénito, que nace el 9 de octubre de 1803; se le pone el nombre de Leandro. Vivirá muy largo, orgulloso siempre de su origen. ¡Y con cuánta razón!

Hay que grabar estas palabras de Miranda, dirigidas a Vansittart estos días:

Quiero ofrecer a mi patria todo lo que poseo, y estoy completamente convencido de que causa más justa, más importante, más honorable y más interesante para la humanidad nunca ha sido presentada a seres mortales.

El vigor de su convicción y la fe absoluta en su destino, le vuelven omnipoderoso en el reto. Hubiese podido decir lo del himno de Orfeo: “¡Sólo hablo para los que están en la obligación de escucharme!”: América hispana entera, los ingleses, los norteamericanos, la gente del mundo creyente en la libertad.

Pedro Vargas le ilusiona a Miranda. En una de las cartas, desde Trinidad, le había expresado: “Aquí no faltan quienes sacrifiquen su vida y hacienda por esta grande causa; en todas las colonias sucederá lo mismo, a lo que me han asegurado”. En otra, casi inmediata:

Ya tengo dicho a Vm. que el país está bien dispuesto, que la mayor parte de las milicias son nuestros partidarios, que las tropas que allí hay son solamente 600 hombres veteranos, repartidas en las guarniciones; que no hay fortificaciones en Caracas, y que en la actualidad están temblando por una insurrección que temen a cada instante; que Coro es el paraje donde hay más amigos de la libertad, y que por consiguiente Curazao sería un punto interesantísimo.

Miranda se muestra muy optimista, revelándose por centésima vez indoblegable luchador, y le informa a Vargas:

Aún no está resuelto si tendremos nosotros los socorros inmediatamente, mas hemos llegado al acuerdo de que tendré mi pasaje con comitiva a Trinidad en una fragata de guerra, dentro de veinte o treinta días a más tardar. En este intervalo es muy probable que la guerra se haya declarado ya contra España, y entonces lo tendremos todo. Pero si no, vamos nosotros mismos a comenzar la obra, con los auxilios que podamos juntar ahí por nosotros mismos y con lo que venga de Nueva York. El momento es tan favorable, que sería lástima perderlo por aguardar a los que tal vez no desean sino sacrificarnos por la última vez. Tengo escrito a Mr. King en Nueva York para que sin pérdida de tiempo nos envíe a Trinidad dos embarcaciones americanas, con 4.000 fusiles y municiones, y 200 brazos norteamericanos por lo menos.

¡King, de Nueva York, no actuó!

Los planes de Miranda tenían esta vez algún fondo sustantivo. El contratista del gobierno, Alexander Davson, quería ponerse a construir cuatro buques. Coincidente con esto, el capitán de marina Sir Home Popham, entraba en amistad con el venezolano, a quien le decía en una esquela:

Desde que los ministros vean su Plan desde un punto de vista tan esencial como debieran; ansío encontrarme en estado de íntima acción con usted a este respecto.

Poco después, y con la anuencia de Miranda, presentó Popham al gobierno inglés un proyecto de ataque a la América. Hubo luego un almuerzo con el Ministro del Interior y Vansittart, en el que

se trató muy de veras el asunto y aun me significó [el Ministro] cuán necesario era que yo aceptase la comisión de Teniente General Británico, con mando sobre las costas de la América Meridional, a fin de que no se ofreciese ninguna dificultad con las tropas británicas en la conducta de dicha expedición.

Y le hace llegar a Popham párrafos enteros de las cartas que viene recibiendo de América; es la correspondencia mantenida a través de los amigos secretos.

Hay un obstáculo: Inglaterra, rota la paz de Amiens, “no debe” atacar a España, que se ha declarado neutral: es la tradicional conducta diplomática británica. A pesar de esto, continúan las actividades mirandinas; las relaciones inglesas con España pueden alterarse en cualquier momento! En abril, llega a escribirle Miranda a su amigo Christopher Gori, en Boston:

Un buque está comprado y su armamento se terminará en ocho días. Así pues lo único que le pido muy seriamente es que antes de mi llegada a Trinidad, que será a mediados de junio próximo, se provea usted de pólvora y cuatro mil fusiles para el uso de guerra. El resto podrá enviarse más despacio, pero esos artículos tienen que estar en Trinidad en la época mencionada, porque son indispensables de acuerdo con mis cálculos. El gobierno inglés está encantado con esta operación. El color del uniforme es azul y amarillo.

¡El líder se desborda en dinámica!

De pronto, el Primer Ministro Addington expide una orden sorpresiva: que el contratista Davidson ponga fin a todas las medidas preparatorias para la empresa sobre Hispanoamérica.

Vansittart le habla a Miranda en seguida, pero en términos suaves y en carta reservada: “Estoy muy molesto, le dice el 7 de abril, por una circunstancia que le causará, como a mí, el mayor pesar. Me han prohibido participar, aun indirectamente, en el ‘asunto’. Esto, en verdad, me lleva a reflexionar cómo puedo evitar causarle inconvenientes. Por lo menos se necesita un poco de tiempo para

meditarlo”. La reacción de Miranda es muy vehemente, más que la de Davidson, sin explicación alguna, sin ningún justificativo de la insólita decisión oficial. Le confiesa a Vansittart, al contestarle la carta, que ha adquirido compromisos económicos para la empresa libertaria y que ahora no podrá satisfacerlos. Le añade, con entero orgullo de hombre limpio y recto: “Como la reputación de ser honrado es, en mi opinión, el título más honorable que uno puede poseer, también es el único título que yo aspiro poder merecer algún día”.

La actitud rebelde y de protesta de Miranda es justa. Le habían derruido violentamente el castillo, en vísperas de poder habitarlo. Pero Miranda ignoraba que el Gabinete de Addington también iba a caerse, a derrumbarse; de ahí esa actitud aparentemente inexplicable. Pitt, en el Parlamento, ha sido el demoledor, al denunciar que nada había hecho el gobierno ante los preparativos napoleónicos de invasión a la Gran Bretaña; el Corso tiene ya concentrados en Boulogne 1.300 barcos de transporte. Dimite Addington el 10 de mayo y es reemplazado por Pitt.

A comenzar de nuevo! Miranda es indomable! La carta para Pitt va casi inmediata:

El suscrito se toma la libertad de dirigirse con prontitud a los nuevos Ministros de S.M. [...] porque los preparativos organizados para la independencia americana, tanto acá como en Nueva York, Boston y Trinidad ya están listos, así como la gente reunida para este fin, la cual está aguardando ansiosamente la señal o la llegada del suscrito en los puntos establecidos; por tanto debe evitarse que la misma no vaya a caer en confusión y desorden, al no llegarle cualquier decisión [...] El suscrito abriga la esperanza de que le sea concedida a la mayor brevedad posible, la audiencia que solicita a tal efecto, o por lo menos el nombramiento de una persona del Gobierno que, en lugar de Mr. Vansittart, esté en capacidad de llevar este delicado e importante caso por buen camino, en momentos tan apremiantes como críticos.

Si grave era la caída del Gabinete, dentro de la política interna británica, mucho más grave se presentaba la política exterior. En Francia, a los siete días de posesionado Pitt, Napoleón se corona

Emperador, en París, en Notre Dame, con la presencia del Papa (18 de mayo). La amenaza del Corso vuélvese gigante, tempestuosa, de huracán. Su poderío despótico, tiránico, parece ya sin límites. No hay en él sólo el poder. Está reafirmando el predominio de la burguesía, sobre todo mediante una estabilidad económica bien cimentada. Pone en vigencia un Código Civil –el Código Napoleónico, se dirá– que teóricamente protege al individuo, a la familia y la propiedad; son los principios liberales que aplicados, predominarán durante todo el siglo diecinueve. Al crear la “Era Napoleónica”, forja una Francia nueva, moderna, a la que da una rígida administración cuidadosamente calculada. Ningún país de la Europa continental posee tantos atributos positivos; influye en todos los lugares; domina, por fuerte.

Hubo dos testigos suramericanos de excepción en el acto de la coronación del Emperador: Simón Bolívar, viudo de veintiún años, que será quien tome la tea mirandina y la lleve hasta el Potosí; y su maestro Simón Rodríguez, que había sido localizado por su discípulo en la ciudad de Viena. Los dos estuvieron entre la multitud; los dos, impelidos por convicciones liberales profundas, antidespóticas, antitiránicas, se encerraron en la habitación del maestro, para no seguir integrando las masas que delirantes endiosaban al nuevo amo de Francia. Ni Rodríguez ni Bolívar dejaron nunca de ser republicanos.

Poco o nada le inquietan a Miranda los riesgos de una Francia jerarquizada por Napoleón. Piensa en lo suyo, como si nada diferente hubiese a la vista. Y le presiona nuevamente al Ministro Pitt:

Me parece que ya ha llegado el momento en que debo recurrir a la sagrada promesa de usted de ayudar y prestar un apoyo benévolo, con el objeto de obtener la emancipación e independencia americanas [...] Vengo a suplicarle a usted con toda deferencia su permiso para dirigirme a Trinidad donde me esperan mis compatriotas y amigos reunidos en esa isla, con el mismo objeto.

Pero Pitt está ocupado con otra empresa, grande también: la de organizar una tercera coalición contra la Francia napoleónica; queda integrada por Rusia, Suecia, Austria y Nápoles. ¡Cinco naciones contra

una! Llamado a Londres el embajador inglés en Madrid, Hookham Frere, informa que aun España está armándose contra Inglaterra, y entrega a la cancillería los documentos probatorios. Reunido de emergencia el Gabinete, se le ordena al almirante Cochrane el bloqueo del puerto español El Ferrol, y al almirante Cornwallis que se una a Cochrane para atacar las cuatro corbetas que se dirigen de América a Cádiz, cargadas de oro y plata. La acción se produce el 5 de octubre y la pequeña flota española se rinde. El ministro Godoy, en Madrid, estudia la grave provocación. Pero nada se produce inmediatamente; todo va lento en aquellos tiempos de barcos de vela y sin telégrafo.

No conocidos todavía en Londres estos hechos, Miranda se reúne con Popham, en casa de éste, para introducir modificaciones al Plan, ampliándolo a un proyecto de ataque a la América del Sur entera, en la parte hispánica. El primer lord del Almirantazgo, Melville, le recibe a Miranda y conferencia con él durante todo un día; almuerzan juntos; examinan los mapas, extendiéndolos sobre las mesas. “Principiamos con la isla de Trinidad –anota Miranda en su *Diario*–, río Orinoco y costas de Venezuela hasta Maracaibo; proseguimos a Santa Marta, Chagres y Panamá, Río de la Magdalena y Cartagena. Luego fueron estudiados el Río de la Plata, Chile, el Perú”. En el transcurso de la conferencia, dice Melville –que ya está informado secretamente del incidente con los buques españoles en alta mar– en tono misterioso: “Celebraría mucho que España nos presentase la favorable oportunidad de entrar en contienda bélica”.

Pocos días después, por informaciones reservadas que le llegaban, puso Miranda en conocimiento de Melville, por escrito, que agentes de espionaje españoles, residentes en Inglaterra, enviaban buques a los puertos españoles de Vigo y Bilbao para informar a Madrid sobre la expedición que se proyectaba contra la América del Sur.

Las semanas siguientes son de desconcierto, tanto para Miranda como para Popham: el gobierno no da indicios de acción. Melville levanta un tanto el velo:

Lamento mucho que usted o cualquier otra persona que tenga oportunidad de escribirme, sean dejados en suspenso. En cuanto pueda ser explícito, no incurriré en demoras innecesarias.

Así hablaba el 8 de diciembre; cuatro días después, el 12, España le declaró la guerra a Inglaterra. La situación ha cambiado en el sentido que se esperaba. Miranda está eufórico, ardiente, severo a la vez y paradójicamente un tanto dubitativo. Se dirige inmediatamente a Rutherford, en Trinidad:

La suerte está echada, y la guerra al fin declarada entre Inglaterra y España. El negocio que usted sabe también está decidido; mas, ¿cuándo saldrá de aquí el todo? Aún no puedo decirle con precisión; estoy persuadido que tardará de cuatro a cinco semanas por lo menos, aunque se dice que menos.

La alegría de Miranda, esta vez, fue una alegría amarga. Le llegó de los Estados Unidos la noticia de que su gran amigo el general Hamilton se había batido en duelo, con suerte adversa. “La muerte de Hamilton –escribe– me deja profundamente desolado”. Él y el general Knox habían sido los primeros confidentes, en los Estados Unidos, de los proyectos mirandinos. El líder venezolano esperaba contar con él para su futura acción emancipadora, proyectada con la cooperación norteamericana. Duele tanto, tanto, la muerte de un real amigo! ¡Esa pérdida produce soledad interior, siempre!⁹⁸

Y también sintió amargura Miranda porque como militar sabía, por anticipado, que la declaratoria de guerra traería consecuencias graves: la flota española unida a la francesa significaban mayor posibilidad de un intento de desembarco de tropas francesas en Gran

⁹⁸ Alexander Hamilton fue uno de los valores preeminentes de la independencia norteamericana. En plena guerra, se le nombró Secretario del Tesoro, pero su personalidad rebelde hacía chocar frecuentemente con Jefferson, Secretario de Estado. Posteriormente, y ya en la Presidencia de Washington, sus pugnas fueron con el vicepresidente John Adams. A Hamilton se debió la inicial estructuración de la economía de los Estados Unidos, cuando todo exigía creatividad y acierto. Aaron Burr fue el político norteamericano que mató en duelo a Hamilton.

Bretaña; ¡el volumen de buques se había duplicado! A mayor riesgo para Inglaterra, menor posibilidad de acción para América.

Si 1804 fue trascendente, más lo será 1805, en la historia de Europa, y de América! Miranda, casi prescindiendo de las amenazas napoleónicas y de los peligros de la tercera coalición, pídele a lord Melville una acción inmediata; se queja, en carta a sir Evan Nepean, que había sido Secretario del Almirantazgo y que ahora desempeña las funciones de Ministro en Irlanda de que el Plan ha sido pospuesto *ad infinitum*—Nepean es su noble amigo—; alega que Inglaterra podría proporcionar una ayuda como la que Francia y España dieron a los Estados Unidos para su independencia. Miranda, obsesivo, actúa con la determinación característica de quienes gobiernan una gran empresa: la ven predominante sobre todo lo demás. Sin obsesión, no se llega a nada importante!

Y la tempestad interior mirandina arrecia. Hacia fines de marzo dirígese a Melville en nota extensa; después, ya no le escribirá más a este alto Jefe del Almirantazgo; es su último cañonazo por escrito, aunque seguirá conferenciando con él, pero ya en términos de frialdad.

Permítame solicitar a V.S. me conceda la decisión final, que es lo único que se necesita para poner en práctica nuestros planes concertados anteriormente. O, por lo menos, la indispensable autorización al coronel Williamson y a Mr. A. Davidson para preparar las armas y organizar el cuerpo previamente aprobado y encomendado por sir E. Nepean.

Tiene, sufre, la vehemencia de ponerse en marcha.

Antes de partir, decide organizar adecuadamente su Archivo. Los tomos son empastados. Registra su ir hacia el futuro. Ya está actuando en la Independencia. Constan en el Archivo las partidas de matrimonio de sus padres; su bautizo; el certificado de sus estudios en la Universidad de Caracas, etc. Continuará acrecentándolo sistemáticamente durante un lustro más, hasta 1810. Llegará el riquísimo acervo documental a la suma de 63 tomos, que llevarán el

título de *Colombeia*, o sea “Papeles y cosas relativas a Colombia”, según el filólogo Ángel Rosenblat. Miranda le llamaba Colombia a la América Latina entera. Miranda es hombre que hace historia y la va escribiendo a la vez; tiene conciencia histórica desde los veinte años.

Pocas semanas antes de su partida, que ya no será a Trinidad sino a los Estados Unidos –la mirada hacia lo grande, de Miranda!– le dice a Nepean:

A través de usted suplico a los Ministros de Su Majestad se sirvan llegar a una muy pronta solución, pues me resulta imposible alargar más mi permanencia en este país.

Y le recuerda, subrayándolos, los cuatro planes de acción que han sido propuestos: el combinado con Lord Melville y Sir Home Popham; el formado con Sir Evan Nepean; el concertado con Mr. Davison; y el de los negociantes de Liverpool. ¡Qué tenacidad de hombre! ¡Qué firmeza! ¡Qué serie de estratos, como en la tierra, para lograr un asentamiento!

Anota a continuación en su *Diario*:

Estuve con Sir Evan al siguiente día, y me dijo que el Ministro Mr. Pitt, cuando oyó mi resolución de partir, dijo: “Si el dinero fuere de consideración para con él, lo detendríamos a toda costa; mas sus pensamientos son tan por encima de ello, que sería inútil el pensarlo”; así dejó absortos a los demás colegas que estaban presentes.

El dinero nunca fue móvil ni de Miranda, ni de Bolívar, ni de San Martín, ni de O’Higgins; esa preocupación, propia generalmente de figuras segundas, los hubiese empequeñecido. El Ministro Pitt no era hombre de entidad menor, pero padecía de suspicacia:

Me dijo Vansittart –anota Miranda en su Diario– que Mr. Pitt había manifestado que había que cumplir rigurosamente la promesa del gobierno de dejarme partir; pero que era necesario que yo prometiese no hacer nada en Trinidad sin consentimiento del Gobernador [...]

Esta resolución me dejó absolutamente sorprendido; en buen lenguaje no quería decir otra cosa sino que pasase a la isla de Trinidad para que el Gobernador me hiciese saber allá la voluntad de Mr. Pitt. Esto era un insulto personal o un destierro infame.

Desde ese momento, Miranda pensó decididamente en los Estados Unidos.

El *Diario* asienta luego:

Me informó Nepean que Mr. Pitt quería que yo recibiese de la Tesorería 1.600 libras para mis gastos, y que esto no era en compensación de mi pensión de 700 libras, pues siempre que yo volviese a Inglaterra tendría mi pensión corriente en los mismo términos que al presente, y que esto debía convencerme de la sana intención de los ministros y del favorable concepto que yo le merecía [...] A esto repliqué que la guerra recomenzaba con más vigor [...] Me confirmé a la idea de que Mr. Pitt ha estado negociando con mi persona largo tiempo, y que en el día tiene ofrecido a Portugal que con tal de que la España lo mantenga en su neutralidad o independencia, la Inglaterra le asegura a la España de no perturbar sus colonias.

Estaba Miranda muy herido; pero su potencia interior le dictó la admirable frase: “La guerra comienza ahora con más vigor”, ¡la guerra mirandina hacia la independencia de América!

Un mes antes del viaje redacta su Testamento. Qué poco tiene este grande hombre, y qué mucho sin embargo! Unas pinturas, bronce y mosaicos, encargados en París a un amigo; sus papeles del Archivo —¡tesoro inmenso!—; libros, en una suma de seis mil volúmenes, en ocho idiomas; muebles, platería y loza. Carece de casa propia. ¿Los beneficiarios? Los libros y los papeles, al Ayuntamiento de Caracas, para que sean adjuntados a los Archivos de la ciudad, y “para que testifiquen a mi patria el amor sincero de un fiel ciudadano y los esfuerzos constantes que tengo practicados por el bien público de mis amados compatriotas”. A la Universidad de Caracas, los libros clásicos griegos —49 obras, en 126 volúmenes,⁹⁹

⁹⁹ Datos de J. L. SALCEDO BASTARDO, en la obra citada *Crisol del Americanismo*: 14.

[...] en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que administraron mi juventud, con cuyos sólidos fundamentos he podido superar felizmente los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos.

Añade el Testamento:

Cuanto queda en Londres y en Francia, se aplicará a la educación y beneficio de mi hijo natural Leandro, de 18 meses. Las 600 libras esterlinas que dejo a Mr. Turnbull para ir pagando las rentas y gastos de casa (arrendamiento de 70 libras mensuales), se entregarán en la parte restante a mi fiel ama de llaves Sara Andrews, a quien dejo igualmente los muebles de mi casa, la plata y la loza de la misma casa.

Albaceas: sus leales amigos Turnbull y Vansittart.¹⁰⁰ En suma: papeles, libros, objetos; por otra parte, una noble mujer, madre de un hijo natural (y de otro, que nacerá dentro de pocos meses, en 1806, al que pondrán el nombre del padre, Francisco).

Nada de las fórmulas de la época, para invocar a la Divinidad. Sólo lo estrictamente necesario, como si se comandara la batalla final. Además, ausencia de sentimentalismos. Miranda nunca fue sentimental.

El día 2 de septiembre, se embarcó en el *Polly*, acompañado de su secretario Tomás Molini y la esposa de éste. Sara le dirá, en su primera carta:

Dios quiera que pronto estemos de nuevo [ella y Leandro] bajo la protección del más sabio y mejor de los amigos. Leandro es mi consuelo en la ausencia de mi siempre queridísimo amigo.

Miranda sabe con precisión a qué va a los Estados Unidos. Pero, ¿qué dirá el azar? ¿Quién puede libertarse del azar?

¹⁰⁰ El texto completo del Testamento, en la obra citada ya *América espera*: 328-329.

LA HAZAÑA INCOMPRENDIDA

Su existencia es una obra maestra incomparable.

ANATOLE FRANCE. *Le Général Dumas.*

“Una travesía de perros, la más desagradable que he experimentado en toda mi vida”, anota el viajero. ¡Dos meses, para llegar a Nueva York!

Mientras iban por alta mar, estaba produciéndose en Trafalgar, entre Cádiz y Gibraltar, una gigantesca batalla naval que alterará la ruta de la historia. ¡Si Miranda hubiese esperado!... Las flotas francesa y española, juntas, se han trabado en gigantesco choque con la inglesa capitaneada por el almirante Nelson, que ya le había derrotado a Napoleón en el Mediterráneo. Los almirantes de las flotas unidas son Villeneuve, Churrua, Gravina y Alcalá Galiano. Actúa de comandante, Villeneuve; inexpertamente, permite que Nelson le divida sus fuerzas navales, debilitándolas y, por tanto, derrotándolas. Los vencidos pierden 33 buques y unos 6.000 hombres. En adelante, Inglaterra dominará en los océanos, sin presencia ni validez de contendores; pero sin el almirante Nelson, quien pereció en el combate.

Esta vez, la historia de Napoleón cambia: renuncia definitivamente a la invasión de las Islas Británicas; proseguirá sus conquistas, pero sólo en tierra continental europea. Y también se modifica gravemente el proceso histórico de España. Perdida su flota, no podrá enviar contingentes militares a la América, cuando ésta empiece a sublevarse. ¡Será muy pronto! Habrá de esperar diez años para poder despachar contra Venezuela y Nueva Granada diez mil hombres, con el general Morillo como comandante. “En Trafalgar quedó sellado el destino del imperio colonial español”, escribe José Luis Romero. Ese 21 de octubre de 1805 empezó a derrumbarse España. En el lapso del siglo diecinueve, cuando logre independizarse Cuba, no le quedará a España en América ni un solo metro cuadrado de territorio. Las otras naciones europeas, incluso el Portugal,

emplearon otros métodos de colonización y retuvieron sus dominios por un tiempo más; al final, se impuso la libertad, al menos en casi todo el mundo occidental.

Otro suceso trascendente, inmensamente trascendente, se produjo en este mismo lapso. En Roma, la tarde del 15 de agosto, Simón Bolívar y su maestro Simón Rodríguez (22 y 34 años, respectivamente), ascendieron como de paseo a la colina llamada Monte Sacro. Allí se plasmó un juramento, y ese juramento fue luego cumplido plenamente, valerosamente, heroicamente. Bolívar se lo recordó a su maestro, desde Pativilca, en el Perú (19 de enero de 1824): “¿Se acuerda usted, le escribí, cuando fuimos juntos al Monte Sacro de Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; un día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener”. Aquello fue un eco, un impacto a la distancia, de cuanto iba laborando ya Miranda decididamente.¹⁰¹

Napoleón prosigue sus avances en tierra continental europea, arrolladoramente. La batalla de Ulm le da posesión de Viena. Hacia fines del año, logra la extraordinaria victoria de Austerlitz, en Checoslovaquia, contra los emperadores de Rusia y Austria (“La batalla de los tres emperadores”). Es un golpe muy grave para la política internacional de Pitt: la tercera coalición quedó desbaratada.

El segundo arribo de Miranda a los Estados Unidos se produce el 9 de noviembre, a más de veinte años de la vez primera en 1783. Llega a lar amigo, a lugar histórico para él; allí descubrió su ruta, por la que ha seguido con tesón rígido, inflexible. Ahora, precisamente, tratará de hacerla más despejada y fecunda, habiendo fallado las gestiones intensas en Inglaterra y Francia. Lejos está de los poderíos de Napoleón y de Pitt; será posible algún nacimiento de amplia consecuencia.

¹⁰¹ Simón Rodríguez cumplió su juramento del Monte Sacro, volviéndose el libertador intelectual del hombre americano, mediante las enseñanzas, doctrinas y normas que dejó escritas en sus varios libros. Fue el escritor más original de América, en el diecinueve.

El primer abrazo es del coronel Smith, que le acompañó en la primera etapa de su viaje por Europa en 1785; hoy se desempeña como Inspector del puerto de Nueva York, cuestión clave para los planes que se van a poner en ejecución. Smith le presenta al comerciante Samuel Ogden y al marino Commodore Lewis, quienes significarán luego mucho, el momento de la acción mirandina. Labora con eficacia: se entrevista con el ex-Ministro en Londres, King; le informa detalladamente de sus proyectos actuales. Asimismo le envía una esquila a su viejo amigo general Knox, a quien le habla con especial claridad:

El objeto de esta carta es informarle que ha llegado por fin el momento de realizar el gran Proyecto que hemos estado considerando durante tantos años, o por lo menos de intentarlo con grandes probabilidades de éxito. Y como quizás esté usted en condiciones de cooperar en su ejecución, sea personalmente, sea por medio de sus amigos, en el momento más crítico e interesante le envío esta noticia por un amigo de Boston.

La respuesta significó una primera desilusión: Knox nada podía hacer, ¡porque estaba de viaje para Maine, con su familia! En Filadelfia, rumbo a Washington, se encuentra con Aaron Burr, el que victimó a Hamilton en reto a duelo. ¿Lo sabía Miranda? Halló en él un “hombre detestable e infame”, dice: traicioneramente informóle al representante de España, marqués de Casa Yrujo, de los planes mirandinos. Yrujo comunicó los datos todos a su gobierno, en Madrid. En Washington, el ex-senador por New Jersey, también le hizo saber a Yrujo cuanto había averiguado; de modo que éste le ordenó al cónsul español en Nueva York que le vigilara a Miranda con sumo cuidado. ¡De este modo, el gobierno español conoció a tiempo la expedición de Miranda desde antes de que se realizara! ¿Acaso no venía siendo perseguido el General caraqueño hacía más de veinte años? El asedio continúa; ¡pero Miranda es más poderoso que esas hostilidades!

El Presidente Jefferson le invita a su mesa y le coloca a su lado durante la comida. El líder venezolano conservaba en los Estados Unidos el prestigio que tuvo antes; se le estimaba aun más, por su

espléndida actuación en Francia. Jefferson le pareció a Miranda “un espíritu más bien adaptado a la literatura que el gobierno de un gran Estado”. Pero fueron del Presidente estas palabras tan hermosas como visionarias: “He nacido demasiado temprano para ver el esplendor del Nuevo Mundo, que constantemente avanza hacia la completa independencia”.

Son numerosas las personas que se ven con él: muchos de los antiguos amigos senadores, políticos, comerciantes. Al Ministro Madison le pide que el gobierno norteamericano le deje actuar y que permita que ciudadanos secunden la empresa; no quiere más; sabe que oficialmente nada puede hacer el gobierno en este caso. Los Estados Unidos estaban en buenas relaciones con España.

En Nueva York, Ogden aporta 20.000 dólares; varias personas contribuyen con 2.500 dólares cada una. Adquiere un buque de 180 toneladas, el *Leander* –el nombre de su hijo–, y dos pequeñas embarcaciones: *Indostán* y *Emperor*. Yrujo envía emisarios especiales a Venezuela y Cuba, para informar de todo a las autoridades españolas de esas colonias.

Recibe una carta de Sara:

Mi querido Señor: siento más que nunca su ausencia. Recuerdo con pena mi ingratitud en varias ocasiones, y su bondad en perdonarme. Le recompensaré con mi fidelidad y cumplimiento de todo lo que he prometido. Mi querido Leandro es todo lo que una madre amante puede desear: todos los días está más hermoso, sano y agraciado [...] Espero que dentro de poco tendré grandes noticias de mi querido General. Mil bendiciones lo acompañen a usted.

Miranda, ¿es un buen papá? Lo fueron San Martín, con su hija Mercedes; O’Higgins, con su hijo natural. Bolívar no tuvo hijos. Sucre amó mucho a su hija legítima y a sus tres hijos naturales: la de Guayaquil y los dos de Bolivia. Es de Miranda esta carta, escrita en esos días en Nueva York:

Anhelo recibir tus cartas, mi buena Sally. Te he escrito tres veces desde que llegué aquí; espero que todo esté bien por la casa y que tu prudencia y celo remediarán el pequeño descuido de los otros. Pon especial cuidado en la salud y educación de Leandro; trátalo con suavidad y severidad, de modo de hacer dócil su temperamento sin quebrar su espíritu y vivacidad. Cuida tu salud por el bien de todos nosotros. Te necesito tanto como a nadie más, para llevar a ejecución y terminar con éxito mis planes. Oye consejos del señor Barry, si lo necesitas; no dejes que tu hermano se acerque a la casa. He tenido éxito aquí y navegaré en el curso de unos pocos días al sitio de mis deseos...; ten paciencia por unos tres meses más, solamente, cuando probablemente tendrás un resultado satisfactorio. Molini está bien, y probablemente te verá pronto; mantén comunicación con sus allegados y evita los tuyos, excepto tu hermana. Adiós, mi querida Sally. Tuyo. [Miranda usaba el seudónimo de Martín, desde el día de su arribo a los Estados Unidos; ¡pudo conservarlo por pocos días!].

Miranda es un buen papá, y le quiere a Sally, con un querer limitado. No hay trato igualitario. Las dos cartas —la de Sally y la respuesta— revelan la no oficialización de un enlace.

Los tres buques son equipados con suma discreción; se está tratando de guardar un secreto imposible de guardar. El coronel Smith, que conoce bien a la gente del puerto, recluta aventureros; los convence con el ofrecimiento de buen salario y de recompensas especiales. Dentro del *Leander* se guardan más de 500 fusiles, varios cañones, trabucos, 500 sables 400 machetes, 5 toneladas de plomo y 10.000 pedernales de fusil, aparte de cartuchos, balas, etc. ¡Se va en función bélica! Hay también voluntarios entusiastas; uno de ellos, el hijo del coronel Smith. “Se fue con Miranda —escribirá más tarde su padre— como su joven compañero, para compartir su fortuna y su destino; fue acompañado por algunos de sus amigos, capaces de empresas temerarias y de valor”. Será el edecán del General-almirante.

Sólo a muy pocos se les ha informado del verdadero propósito de la empresa; a los más se les dijo que se trataba de “proteger el

correo que había sido robado entre Nueva Orleans y Washington”.¹⁰² Ya a bordo todos, se impuso una disciplina sumamente estricta, para evitar sublevaciones.

La última precaución de Miranda: dirigirle una carta al Presidente Jefferson, obsequiándole la *Historia Natural y Civil de Chile* de Molina, “sobre la cual hablamos en Washington”, le dice. ¿Quiere obtener de él al menos un silencio discreto, si alguna vez le acusaran de haber propiciado la empresa? También le escribe al Ministro Madison, pidiéndole absoluta reserva sobre los planes de la expedición.

La hazaña comenzó el 2 de febrero (1806), con la partida del *Leander*. El *Emperor* salió el día anterior; el *Indostán* no viajó. Los espías de Yrujo le informaron del particular a su amo inmediatamente, y éste lo comunicó a Venezuela, Cuba, Puerto Rico y Madrid. En la tripulación había norteamericanos, ingleses, franceses, algún polaco y pocos suramericanos. Thomas Lewis era el piloto del *Leander*. Ese mundo heterogéneo hablaba, simbólicamente, del sentido internacional que tenía la empresa; no eran ni Inglaterra ni los Estados Unidos los que se lanzaban con su poderío a retar al destino, sino unos cuantos hombres pueblo, aventureros sin duda pero humanos valerosos que, sabida la verdad de su destinación, la aceptaron y se dispusieron a luchar por esa novedad en su vida. “Súpose entonces —cuenta Edsall (pág. 89)— que él era el famoso general Miranda, y que esa expedición era el primer intento por la causa de la independencia de Sur América”. Con ese primer intento, casi insignificante y heroico, comenzó la guerra de emancipación americana. ¡Hay que recordarlo!

¹⁰² EDSALL, JOHN. *Memorias de un recluta de la expedición Mirandina*. Caracas: Biblioteca de autores y temas mirandinos, 1979. Traducción de José Nucete Sardi. El recluta Edsall tenía entonces 18 años y se enroló con otros quince jóvenes matarifes norteamericanos. Habla así de Miranda: “El primer ser extraño que vi, ya en la travesía, fue un hombre de seis pies de estatura (1,80 metros), metido en una roja bata de mañana y en zapatillas. Hubiera podido ser calificado de robusto, a no ser por su palidez; su cabello tenía la blancura de la plata. Ha sido la persona más inquieta que yo haya conocido: al hablar movía constantemente las manos y los pies”: 27.

A los diez días de navegación, se presenta un incidente en alta mar: la fragata inglesa *Cleopatra* le detiene al *Leander*; se hace el reconocimiento y se descubren las armas que allí había. Miranda se traslada al buque interceptor, con la documentación del caso, sobre todo la referente a la prestancia del venezolano en la Corte de Londres. Es tratado como amigo; duerme allí; se informa de que el Ministro Pitt ha muerto. Canjeados unos marinos, prosigue su ruta el *Leander* hacia Haití, al puerto de Jacmel. Antes del arribo, la tripulación está ya organizada como “Ejército Colombiano” o sea “Americano”, con oficiales, ingenieros artilleros, fusileros, infantería. Miranda va feliz, eufórico; cuéntale a la tripulación sus viajes por Europa, su aprendizaje de idiomas.¹⁰³ Disfruta de su universo interior, libre ya de légamo. Todo espíritu, cuando divisa el gran objetivo que busca, se purifica.

Treinta y ocho días en Jacmel (18 de febrero a 28 de marzo), durante los cuales funciona por vez primera la imprenta que el líder ha llevado en el buque; se imprimen allí las Proclamas que se necesitarán luego. También por vez primera, en el mástil se iza solemnemente, con disparo de cañones, la bandera mirandina: amarillo, azul y rojo (12 de marzo). Se está inyectando profundamente en la tripulación el espíritu revolucionario, que es como introducir fuego en la conciencia. Viene luego algo aún más importante, de mayor impregnación ¡el Juramento! Todos lo hacen; todos firman al pie del texto, y aceptan el irrompible compromiso. Reza el texto:

Los suscritos convenimos en aceptar del General don Francisco de Miranda las diferentes comisiones y rangos que aquí se especifican, en el ejército de Colombia que se está formando o será formado por él, para el servicio del pueblo libre de Sur América, independiente de España [...] Reconocemos haber prestado el Juramento que aquí se anexa, a saber: “Juro ser fiel y leal al pueblo libre de Sur América, independiente de España, y servirle bonrada y lealmente contra todos sus enemigos y opositores, cualesquiera que sean, y observar y obedecer las órdenes del Supremo Gobierno de aquel país legalmente nombrado, y las órdenes del General y los Oficiales que me sean dadas por ellos”.

A bordo del Leander, Jacmel, 24 de marzo de 1806.

¹⁰³ BIGGS, JAMES. *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Suramérica*. Caracas, 1950: 11-12.

El que jura, al menos teme ser perjuro. El que jura, ha absorbido una dosis de fortaleza moral que le enrumba y le exige, impidiendo desviaciones. Jurar es comprometerse, asumiendo una responsabilidad. ¡La guerra de liberación está comenzando!

Para reemplazar al *Emperor* que no quiere proseguir, se fleta la goleta *Bee*. Tres días después, aparece en el puerto la goleta *Baccus*; en ella viaja el espía italiano José Covachivich, negociante de productos tropicales, enviado por el capitán general de Venezuela Guevara Vasconcelos a tomar detalles de la expedición; descubierto, tiene que alejarse. Además, con la cooperación de las autoridades locales, se le obliga al dueño de la *Baccus* a venderla, para la empresa mirandina. Ya son de nuevo tres los barcos de la hazaña. ¡Parecerían las carabelas de Colón! El espía retornará a Venezuela inmediatamente, para informar...¹⁰⁴

También en Londres se están cumpliendo procesos. El 27 de febrero nace el segundo hijo de Miranda, Francisco; al que, junto con su hermano Leandro, se les bautizará católicamente veinticuatro días después. Cuatro meses más tarde, la madre Sara Andrews le escribirá a Miranda:

Mis amados hijos mejoran de día en día; mi Leandro está más bonito que nunca y tiene memoria fácil nada común; cada periódico que ve me lo trae para que yo le lea sobre el General [...]

En Washington, el ministro español Yrujo presentó una protesta formal ante el Secretario Madison por la partida de Miranda;

¹⁰⁴ El Comandante haitiano del pequeño puerto de Jacmel, era el general Magloire Ambroise, que cooperó con Miranda ampliamente, sin duda por orden de Dessalines, que gobernaba el país con el título de Jacobo I. Dessalines, con Pétion y Clervaux proclamaron la independencia de Haití en 1804. El periódico *Ambigu*, que se editaba en francés en Londres, publicó el 10 de junio de 1806 este dato: “El futuro emperador Miranda concretó planes con su colega el emperador Dessalines de Haití; compró dos barcos americanos que añadió a su expedición; y el general negro Pétion, que comanda los departamentos meridionales del país, le ha proporcionado recursos y le ha dejado reclutar gente en la isla con toda libertad”. Cf. ROSAS, M., J. *La expedición de Miranda y el Times de Londres*. Caracas, 1964: 8.

y logró que el Ministro español en París se quejase también de lo mismo ante el canciller Talleyrand, por ser “contraria a la neutralidad”. Esto encendió el espíritu periodístico y los diarios desataron una pequeña polémica, ya que se suponía y se decía que la expedición mirandina había sido propiciada o cuando menos tolerada por el Presidente Jefferson y su Secretario Madison. El gobierno actuó, defendiéndose; destituyó al coronel Smith, Inspector del puerto de Nueva York. A Samuel Ogden se le exigió una garantía de 30.000 dólares, y a él como a Smith se les abrió un proceso acusatorio. La sentencia del tribunal fue plenamente absolutoria. Jefferson y Madison negaron su participación directa; en realidad voltearon la cara, para no ver...

Parte Miranda rumbo a Aruba la fecha de su cumpleaños, 28 de marzo. Ha llegado a los cincuenta y seis años, y parece un atleta. El oficial norteamericano James Biggs, que sirvió en el *Leander* durante toda la expedición, le describe a Miranda como de unos cinco pies y diez pulgadas de altura (1 metro 78); el aspecto recio y dinámico; el cutis trigüeño y fuerte; los ojos castaños, poderosos para el dominio y más aptos para la severidad que para la indulgencia; la nariz grande, de tipo inglés. Nunca se está quieto; los cabellos canos y largos, los lleva atados detrás de la nuca. En conjunto, su rostro revela tenacidad y, al par, desconfianza. Duerme poco; se acuesta a las doce de la noche. No bebe licor, excepto vino pero sólo a veces; prefiere agua azucarada. Caballeroso, de ademanes cortesanos, se excede constantemente en el entusiasmo; es temible cuando se encoleriza. Altivo siempre, guarda distancia con los demás; habla con brillantez y con abundancia de conocimientos, en lo que le ayuda su prodigiosa memoria. Al don de mando, une el de una gran capacidad para convencer. En ocasiones, se muestra temerario.

Después de una semana de preparativos en Aruba, las tres naves toman rumbo hacia el primer intento de desembarco en tierra continental venezolana. Hay nerviosismo intenso. Los oficiales reciben un mapa, instrucciones; sólo en medio de la serenidad del mar inmenso se les informa a todos que el objetivo es el puerto de Ocumare. Ordena Miranda que se les duplique el pago (de 15, a 30

dólares mensuales). Van acercándose; las dos goletas deben mantener muy estrecho contacto con el *Leander*. Anochece; el intento de desembarco será al amanecer; nadie piensa en el peligro de morir, de fracasar, de perder. Antes de esto, en Aruba, sólo tres habían proyectado evadirse; la disciplina lo impidió.

Al nacer el nuevo día hay densa bruma; es forzoso esperar que claree; todos están alerta, listos (27 de abril). Sorpresivamente, como saliendo de detrás del horizonte, se presentan dos buques de guerra españoles. “Tan pronto como los avistó el *Leander*, ordenó a los otros dos barcos atacar por sotavento; el *Leander* lo haría por barlovento, a fin de proceder luego al abordaje” (Edsall: 34). El *Diario* de Molini –iba con Miranda–, dice: “Hubo un duelo de artillería; la acción duró alrededor de 40 minutos, sin que sufriéramos baja alguna; por fin se consideró prudente declinar el combate, a causa de la superioridad del enemigo, en peso de metal y número de hombres. Se izó la señal de que las dos goletas se reunieran con nosotros”. Pero éstas habían sido interceptadas; el *Leander* partió en seguida; uno de los buques españoles le persiguió, sin lograr alcanzarlo; las goletas quedaron atrapadas; sus hombres lucharon con extraordinario coraje, como héroes; se rindieron sólo al anochecer. Eran gentes aptas para la epopeya, a pesar de que pasaban únicamente por mercenarios. Se les llevó a Puerto Cabello a donde llegaron a la media noche. Sombras en la naturaleza; sombras en el espíritu de los prisioneros; sombras en los hombres que se preparan a la venganza, ¡al crimen! Cuenta John Edsall: “Nos subieron al puente y nos amarraron las manos a la espalda; entonces fuimos lanzados por la borda del barco, para caer como fardos en el bote”. ¡Eran unos sesenta! “Luego se nos encadenó por parejas y se nos llevó a los calabozos del Castillo de San Felipe...; tan reducidos eran esos dos departamentos, que teníamos que acostarnos todos al mismo tiempo; la memoria rechaza la relación de su asquerosidad, nauseabundo hedor e inmundicia, enfermedad, sofocación, muerte”. El capitán Durning se suicidó al tercer día. Empezaron a volverse esqueletos por la casi nula comida. Después de dos largos meses, los sacaron para juzgarlos, es decir para condenarlos. A los quince días, se les puso afuera de los calabozos, en dos filas, obligándoles a arrodillarse para escuchar la sentencia. Se

leyeron diez nombres: “Sóis sentenciados a ser colgados por el cuello hasta que halléis muerte, después de lo cual vuestras cabezas serán separadas de vuestros cuerpos, clavadas en estacas y repartidas para ser expuestas en los sitios más públicos del país”. Edsall exclama: “Jamás vi hombres que escucharan su sentencia de muerte con tanta calma. Consumidos y escuálidos no demostraron el más leve temor y oyeron pronunciar su sentencia con altivez y firmeza”. Luego, a catorce de ellos: “Deberéis ser encerrados con grillos en el Castillo de Omoa, cerca de la bahía de Honduras, para cumplir durante diez años y meses trabajos forzados”. Los demás, a trabajos forzados, en otras cárceles y en las mismas condiciones que los anteriores. A seis negros se les rebajó la pena a ocho años. ¡Estos fueron los primeros sacrificados por la independencia americana!

Era indispensable la espectacularidad, para que el castigo fuese ejemplarizante. A los condenados a muerte se les vistió con túnicas y gorros blancos; se izó una bandera negra y fueron marchando ellos y los demás presos, en trágica procesión, hasta fuera de las murallas de la ciudad. Se hizo la “necesaria” división de católicos y protestantes; debieron presenciar el espectáculo tres compañías de infantería y un grueso cuerpo de caballería. Cada uno de los diez fue pasando a la tribuna de la horca; con ésta al cuello, se les iba lanzando al vacío. Cuando le tocó el turno al polaco Berguad, nos miró a todos y exclamó: “Tened valor, camaradas míos; no desesperéis de vivir para satisfacer vuestra venganza sobre estos perros hambrientos. Miranda pronto los libraré de los grillos. ¡Entonces, vengad mi muerte!”. ¡Eso era saber morir! El preso Thomas Donahue, “miró con indignación hacia los españoles que le quedaban al frente y exclamó: ¡Perros! No está lejano el día en que pagaréis con dolor lo que hacéis ahora. ¡Recordad entonces lo que digo!”. Paul T. George, muy joven, se desmayó; así, desmayado, se le puso la cuerda al cuello! El monstruoso espectáculo de barbarie duró de las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. Todo se hacía lentamente, solemnemente. Un negro fue el encargado de ir cercenando las cabezas, una por una, a la vista de todos, utilizando un cuchillo de carnicero. ¡La justicia española, para los americanos! Era una justicia sádica.

En Caracas, el Ayuntamiento informó que el bergantín *Argos* y la goleta *Celoso* habían apresado a dos goletas de la “atrevida y escandalosa expedición intentada por el perverso Miranda”, y dispuso rogativas a la Divina Clemencia, “por la calamidad que aflige a estas provincias por los designios del rebelde español Miranda”.

A estos hombres hay que señalarles como los primeros mártires de la Independencia hispanoamericana. Murieron, padecieron, a nombre de la libertad. ¡Fueron dignos de su jefe Miranda! ¡Había comenzado la epopeya!

Hubo un episodio de ruindad, de chantaje, que debe recordarse. El marqués de Casa Yrujo, informado de que entre los prisioneros de Ocumare había uno de apellido Smith, tuvo la audacia de dirigirse al coronel Smith, en Nueva York, valiéndose de tercera persona, para decirle: “No existe la menor duda de que la mayor parte de los prisioneros serán condenados a muerte como piratas; yo sería muy feliz de estar hábil para una oportuna e inmediata intervención con el fin de salvar la vida del infortunado joven Smith. Para hacer efectiva mi intervención, requeriría como única condición que el coronel Smith quisiera revelarme a través de usted y bajo palabra de honor, todo lo que él sepa acerca de los planes de Miranda, los puntos que intentó atacar, las personas con quienes tenía conexiones en Caracas, y el nombre de los españoles en este país que participaron en su plan y expedición”.

¡Al crimen se unían lo ruin, lo cínico! El coronel Smith se dignó contestarle, aunque no debió hacerlo; un chantaje no merece sino desprecio. Le dijo: “Si yo estuviese en la situación de mi hijo, no consentiría esas proposiciones para salvarme y yo no puedo causar tan grande indignidad sobre mi hijo, mi familia y sobre mí mismo. No dudo que el marqués querrá dar tal noticia al Gobernador de Caracas y hacer tal exposición a su rey, para inducirles a no mancillar el dignificado carácter de la nación española con ningún acto de pasión y barbarie conectado con el presente caso”.¹⁰⁵

¹⁰⁵ ROSAS MARCANO, JESÚS. *El Times de Londres...*: 45. Debe anotarse que el Smith prisionero de los españoles no era el hijo del coronel, sino otro, de nombre Hugo, que fue condenado a diez años de cárcel. El hijo del coronel iba en el *Leander* con Miranda.

Con la cuerda muy tensa, Miranda se dirige valeroso, impertérrito, a la isla de Trinidad; pasa por Bonaire. Insistir hasta el final, es su norma. Está cumpliendo su propia sentencia de cinco años atrás: “Estoy definitivamente decidido a intentar un último esfuerzo para salvar a mi país; si es posible, con la ayuda de Inglaterra, o sin ella, si la suerte exige que nosotros solos corramos todos los peligros”. También el año anterior había escrito en Londres: “Creo infinitamente más sensato actuar por nuestra cuenta, mientras exista una esperanza de solución, en lugar de toda la ayuda que pudiera ofrecernos Inglaterra”.

El episodio de Ocumare es utilizado por los españoles civiles y eclesiásticos, autoridades, ejército y burocracia, para desacreditar a Miranda en todo el país.

Y —escribe Picón Salas— el nombre de Miranda suscita espanto en las multitudes de los pueblos venezolanos que se reunieron el domingo a comentar el sermón del cura o el bando público que leyera el pregonero del rey.

La conseja que más se difunde es la de que el traidor había intentado desembarcar con protestantes para implantar el credo hereje, contra el catolicismo; se le acusa de masón, de incrédulo, de aventurero. Excitar el fanatismo religioso era medida de gran eficacia; los creyentes no toleran que sea atacada su religión, que se la ponga en peligro, o que alguien desafíe sus principios. Aun ahora, dos puntos claves parecen inquietar a cierto sector del catolicismo, respecto a Miranda: su estado de hombre soltero con dos hijos, y su negativa a confesarse, a la hora de la pregonía.

En la ruta hacia Trinidad, el *Leander* fue interceptado por la corbeta inglesa *Lilly*. ¡Los ingleses, gente insular, vigilaban bien los mares! El capitán Donald Campbell, en muy amistosa actitud, no sólo le dio al buque viajero el agua y víveres que necesitaba, sino que le invitó a Miranda a comer con él en la *Lilly*. Le confirmó la muerte de Pitt —nada anotó Miranda en su *Diario*, como comentario— y el nombramiento de Grenville para Primer Ministro. Vansittart figuraba

como Ministro de la Tesorería en el nuevo Gabinete. Los dos buques se dirigieron luego a la isla de Granada, donde Miranda halló acogida generosa. Las autoridades inglesas sabían bien que ayudaban a un verdadero amigo de Inglaterra.

Francisco de Miranda acosa en el Caribe, más con su ideal que con sus escasas fuerzas militares de ataque. Napoleón Bonaparte acosa en Europa. Logra la Confederación del Rhin, con todos los Estados que se hallan bajo su protectorado. La presión sobre Francisco II de Austria hace que éste renuncie a la corona imperial; de ese modo termina, en la historia, el Sacro Imperio Romano Germánico. Los prusianos se coaligan con Rusia y Sajonia. Les responde el Corso con las fulgurantes victorias de Jena y Auerstadt. Es el hundimiento de Prusia; ¡de la Prusia que tanto admiró Miranda, defendida por las tropas de Federico el Grande! ¡Los ejércitos napoleónicos pasan ya del millón de hombres! La libertad va entrando en crepúsculo en una parte del mundo, mientras en otra es buscada.

Y hay unos americanos que también empiezan a ser despojados, a pesar de que legalmente son libres y propietarios, en los Estados Unidos: los indígenas. Bajo la Presidencia de Jefferson se inicia la “marcha hacia el Oeste”, arrebatándoles a los nativos las tierras, los ganados, los frutos. Una ley autoriza al Estado a vender esos terrenos a precios bajísimos a los nuevos colonos. Son “adquisiciones” dentro de la ley. ¡A los que se han resistido se les ha asesinado! A nombre de la libertad y de un falso derecho se despoja, se persigue, se mata. ¡Este crimen no ha perdonado la historia!

Aquel 1806 significa algo especial para Simón Bolívar, que tomará el liderazgo de la revolución cuando caiga Miranda: recibe en París el ascenso al segundo grado, en la masonería (Logia San Alejandro de Escocia). Ya en la guerra y en la política, Bolívar utilizará esa organización muy poco; mucho menos que San Martín, su compañero de gesta en Suramérica. De Francia, va el futuro Libertador a los Estados Unidos, en ánimo turístico; en cinco meses visita a Nueva York, Boston, Filadelfia y Washington; está tomando experiencia (tiene 23 años); más tarde dirá: “Durante mi corta visita

a los Estados Unidos, por primera vez en mi vida vi la libertad racional”. La Europa que ha dejado Bolívar está ahora obligada a un bloqueo continental contra Inglaterra, ¡porque así lo ha proclamado Napoleón! Este genio de la política y de la guerra va anulando poco a poco las autonomías de los Estados. En acto de gratitud construye en París el Arco de Triunfo del Carrousel y el de la Estrella, en honor del ejército de Francia. Todo lo concibe en magnitud; tiene profunda conciencia de grandeza.

El arribo de Miranda a la isla de Barbados, en ruta hacia Trinidad, asume especial importancia para el líder venezolano: inicia amistad con el almirante inglés Alejandro Cochrane, cuya decisión por la independencia iberoamericana se extenderá, con importantes intervenciones, por más de tres lustros.¹⁰⁶ Cochrane, marino de sólo treinta años entonces, se entusiasma con la hazaña mirandina y no sólo ofrece apoyo, sino que firma un “Acuerdo provisional” por el que, a cambio de los auxilios que va a recibir, se compromete Miranda a preferencias y privilegios para el comercio inglés, una vez lograda la liberación americana. Se le autoriza al General venezolano a reclutar voluntarios y se le ofrece, de modo inmediato, protección con las fuerzas navales británicas contra posibles ataques de la armada española. Dirigiéndose luego a su Gobierno el almirante pide 5.000 soldados; en la petición se subraya la importancia que tiene para Inglaterra la apertura de nuevos y amplísimos mercados. Miranda, por su parte, se dirige a Vansittart, para solicitar su influencia, de modo que se lograra lo pedido. Hay decisión y, sobre todo, opera una gran fuerza germinativa.

En Nueva York, los acusados coronel Smith y Samuel Ogden han sido declarados sin culpabilidad, por la cooperación que dieron a la empresa mirandina.

Y muy lejos, en Buenos Aires, está produciéndose un suceso que dejará consecuencias. Miranda busca la libertad; los ingleses, al

¹⁰⁶ Durante la guerra de independencia iberoamericana, comandará la armada de Chile; contribuirá a la toma de El Callao y Lima, con el general San Martín; ayudará a la emancipación del Brasil. Al final, apoyará la liberación de Grecia. ¡Fue un hombre de la libertad!

parecer sólo el sometimiento. En efecto, sir Home Popham, muy amigo de Miranda, ha sido enviado a apoderarse de El Cabo, en el Cabo de Buena Esperanza. La posesión no tuvo problemas. Pero Popham no es hombre de quietudes, y se lanza con su contingente de 1.600 hombres y los buques del caso a la conquista de Buenos Aires. Emprende, sin permiso de su gobierno; pero se apodera de la ciudad (27 de junio, 1806). Y le escribe a Miranda, ignorante de que su amigo también ha abierto ruta por otros puntos del globo:

Aquí estamos en posesión de Buenos Aires, el más bello país del mundo, y por lo que yo veo de la disposición de los habitantes, no tengo dudas de que si los Ministros accedieran a sus proposiciones y le enviaran a usted aquí, el plan suyo arrancaría tan bien de este lado como del otro; trate, mi amigo, de venirse. Me gustan prodigiosamente los suramericanos.

A los dos meses había fracasado la hazaña, por levantamiento popular con Santiago Liniers que le forzó a la capitulación al jefe de la expedición, general Beresford. ¡La ocupación había durado sesenta días! El gobierno británico envió un auxilio de 12.000 hombres, al mando de Whitelocke, quien también fue derrotado.

Este hecho, en conjunto, demostró que América podía organizar sus fuerzas, para derrotar al colonialismo español, y que cabía, en consecuencia, establecer una libertad de comercio tan pronto como se emancipara. La aventura de Popham fue benéfica; habló con hechos, entusiasmando, acicateando, impulsando.

Salen Miranda y sus barcos de la isla de Barbados hacia la isla de Trinidad, donde el gobernador Hislop le abre todas las puertas, incluso la del libre reclutamiento de voluntarios. La cooperación de Cochrane —¡de Inglaterra! — se muestra en los siete buques de guerra que acompañarán al *Leander*, *Lilly*, *Express*, *Attentive*, *Provost* y tres cañoneras; además de dos transportes. ¡Diez unidades, en suma, que hacen un convoy muy respetable! Dentro viajan los valerosos hombres; comanda los navíos ingleses el capitán Campbell. En la ruta se les une la fragata Bacchante.

Completada la tripulación, hasta un total de 300 efectivos para el desembarco, la admirable empresa mirandina abandona a Trinidad y se dirige valientemente, esperanzadamente, hacia el puerto venezolano de La Vela de Coro. A los trinitarios les ha dado una Proclama:

Se presenta ahora la gloriosa oportunidad de librar de la opresión y del dominio arbitrario a un pueblo merecedor de mejor destino [...] Apresuraos a seguir la bandera de quien tiene la dicha de llamarse compatriota vuestro y está decidido a redimir a su país y a dar hasta la última gota de su sangre para promover su felicidad, meta esta que no ha perdido de vista en ningún momento de su vida [...] El golfo que primero descubrió Colón y honró con su presencia, será testigo ahora de las ilustres acciones de nuestros gallardos empeños.

¡Palabras de fe; palabras de denso optimismo! El desembarco que no pudo efectuarse en Ocumare, se realizará ahora en el puerto La Vela, a cuya vista llegan el 1 de agosto. Los detalles de esos trece días constan en el *Diario* del Comandante Militar de Coro, Capitán Juan Manuel de Salas. Sus anotaciones comienzan así:

Diario puntual y exacto de la invasión del Puerto Real de La Vela de Coro, y ciudad de Coro, hecha por el infame, pérfido, traidor Francisco Miranda, desde el 1 de agosto de 1806, hasta el 13 del mismo mes y año.

Los trece días volcados en los largos corredores de la fama. La guerra de independencia de América comenzó ahí, en ese desembarco de hombres libres, contrario a aquel de tres siglos atrás, en que también desembarcaron hombres no libertarios sino esclavizadores, procedentes de España. Miranda comenzó la prédica de la revolución; Miranda inició la guerra de la emancipación. Nadie podrá quitarle estos dos títulos, que no son los de un precursor, sino los de un realizador. Seis años más tarde, ya en lo arduo de la lucha armada, regirá acciones bélicas con el título de Generalísimo. Y como Generalísimo será apresado por los españoles, mediante ruin traición.

Ese día (1812), Simón Bolívar, que tomará la bandera del prócer Miranda, no era sino coronel; ¡empezaba!¹⁰⁷

Fondean los buques; hay mal tiempo; ¡imposible desembarcar! El día 2 por la noche, “los enemigos tiraron varios cañonazos sobre el fuerte de San Pedro, de hora en hora, correspondiéndoles de nuestra parte con menos intermisión”. El 3, los españoles se desbandan, abandonando el fuerte y el puerto, ante el desembarco de los expedicionarios: “Supe que la guarnición de La Vela se retiraba dispersa, buscando el asilo de las alturas”. Se irguió orgullosa en el horizonte la bandera tricolor de Colombia. Entre los moradores emerge el pánico. Ordena Miranda izar banderas blancas, que demuestren que llega en actitud de paz. Ya en posesión del pueblo, hay que avanzar. El comandante español Salas pide auxilios militares urgentes a Barquisimeto, Carora y el Tocuyo; luego, los solicitará a Maracaibo. Piensa batirse a la defensiva; ¡es un militar tímido, cauteloso, le preocupa sobre todo la artillería! Se le unen blancos, negros y muchos indios. “A las tres y media de la mañana –el día 4– marchó Carabaño con 80 fusileros, 3 compañías de lanceros y 12 montados, dirigiendo la columna de 300 hombres al camino real de La Vela, y yo me quedé con otros 200, para seguir a Carabaño y sostenerlo en el caso de que se viese empeñado”.

Los pacíficos expedicionarios entraron a la ciudad de Coro, distante 4 leguas del puerto de La Vela, antes del amanecer. “El tiroteo oído fue un saludo cuando llegaron a ocupar la plaza principal”. Están eufóricos. ¡Se estaba realizando el hecho esperado por tantos y tantos años! El hecho-base de todo cuanto había que efectuar heroicamente después. Miranda volvía a pisar tierra latinoamericana a los veintitrés años; la última fue la de La Habana. ¡Cuán profundo impacto! “Me reuní con las fuerzas de Paraguaná y Casicure –dice Salas–, y entre

¹⁰⁷ Además del Diario del capitán español Juan Manuel de Salas, pueden consultarse; el Diario de Tomás Molini, secretario de Miranda; el libro de James Biggs y el de William Armstrong, integrantes de la expedición mirandina, principalmente. Biggs publicó su narración en Boston, en 1808 (la tradujo José Nucete Sardi, en Caracas, en 1950). Armstrong editó la suya en Nueva York, en 1806 (no está traducida). Los dos fueron oficiales de confianza de Miranda.

tanto procuré alentar a la gente que estaba algo abatida, los unos con la derrota que sufrieron en La Vela y los otros con lo que aquellos les contaban, haciéndoles al mismo tiempo conocer y despreciar al enemigo por medio de guerrillas”.

Hubo resistencia a abandonar la ciudad únicamente de parte de algunos rebeldes que querían luchar, pero a favor de Miranda; fueron enjuiciados más tarde por los españoles. Con los rebeldes no quedaban sino ancianos, enfermos y niños,¹⁰⁸ además de unos cuantos jóvenes curiosos. “Las clases distinguidas de la ciudad, la abandonaron, uniéndose al jefe de las armas, con desprecio de sus intereses”, escribe Salas. ¿Por qué huyo la masa? ¡Por temor! “Se hablaba de invasión armada, y la ciudad no tenía otra guarnición realista que 80 fusileros, 244 lanceros y 80 flecheros indios”.¹⁰⁹ ¿Cuántos hombres caben en los once buques llegados a La Vela?, se preguntaban las gentes. El comandante Salas, en vista de su propia debilidad militar, había pedido que todos saliesen fuera del poblado, creando de ese modo un verdadero pánico general. Pero había otro temor: nadie sabía qué podía hacer de monstruoso el general Miranda, señalado oficialmente como pirata, hereje, condenado por la Inquisición, ateo, masón. El obispo de Mérida, Santiago Hernández Milanés —un campesino de Salamanca— hablaba del “nuevo Belial”, del “monstruo”, del “traidor” y aconsejaba a los fieles huir de Miranda so pena de caer en excomunión. Ante tal amenaza ¿quién iba a quedarse en la ciudad? Estaba esos días realizando el obispo su visita pastoral y se hallaba en la vecina población de Cumarebo. Miranda escríbele inmediatamente una carta:

[...] La Proclama y el impreso adjuntos darán cabal idea de los principios y fundamentos con que hemos venido a este país. No dudo que V.S.I., como un Prelado respetable y hombre justo se preste a una amistosa conferencia [...]

¹⁰⁸ Acerca de la actitud y situación de los habitantes de Coro, pueden consultarse: BIGGS, JAMES. *Op. cit. London Chronicle*. 1806: 444. Archivo General de Indias, Sevilla, Audiencia de Caracas: *Casas a Godoy*, 1806: 133-134 y 139.

¹⁰⁹ PICÓN SALAS, MARIANO. *Op. cit.*: 156.

Monseñor se dignó contestar, declarando su monarquismo irrevocable: “Seriamente y sin asomo de duda, ratifico mi lealtad al legítimo rey de España”.

La Proclama de Miranda es fijada en las puertas del templo y en las paredes de algunas casas; se la ve junto a la última Pastoral del obispo Hernández. Decía la Proclama, firmada por el líder y por su secretario Tomás Molini:

Obedeciendo a vuestro llamamiento, y a las repetidas instancias y clamores de la Patria, en cuyo servicio hemos gustosamente consagrado la mejor parte de la vida, hemos desembarcado en esta provincia de Caracas [...] Cuantas personas componen este ejército son amigos o compatriotas vuestros, todos resueltos a dar la vida si fuere necesario por vuestra libertad e independencia, bajo los auspicios y protección de la marina británica [...] Llegó el día por fin en que recobrando nuestra América su soberana Independencia, podrán sus hijos libremente manifestar al universo sus ánimos generosos.

El opresivo insensato gobierno que obscurecía estas bellas cualidades, denigrando con calumnias nuestra modestia y carácter, consiguió también mantener su abominable sistema de administración por tres siglos consecutivos, mas nunca pudo desarraigar de nuestros corazones aquellas virtudes [...] Valgámonos, pues, de estas mismas inestimables prendas, para que expelidos los pocos odiados agentes del gobierno de Madrid, podamos tranquilamente establecer el orden civil necesario a la consecución de la honrosa empresa [...] Que los buenos e inocentes indios, así como los bizarros pardos y morenos libres crean firmemente que somos todos conciudadanos, y que los premios pertenecen exclusivamente al mérito y la virtud [...] Las personas timoratas o menos instruidas, lean la Epístola adjunta de D. Juan Viscardo de la Compañía de Jesús, dirigida a sus compatriotas.

Se dirige asimismo Miranda al Ayuntamiento de Coro:

Este requerimiento se dirige a V.S.S. a fin de que precaviendo en tiempo las consecuencias fatales de una resistencia inútil en las autoridades civiles y militares de la ciudad, podamos de acuerdo y

como miembros del pueblo hispanoamericano, concertar aquellas medidas indispensables para preservar la paz, la unión y la felicidad de nuestros compatriotas y amigos [...]

La palabra nueva, contrapuesta a la antigua; la tradición presionante frente a la revolución. ¿Lo entendió alguien, en el pueblo, en los días de Miranda allí, o después? Seguramente no, del todo; trescientos años pesan mucho en las conciencias incultas. En la mayoría presionaba un espíritu de sometimiento, que no se rebelaba sino en pequeños grupos, y de tarde en tarde. Los únicos que vibraban revolucionariamente eran los hombres de pensamiento y cultura; ellos veían, por información de lecturas principalmente, que el mundo avanzaba, cambiaba, buscaba rutas en los términos de la libertad; que se discutían otras ideas y que las sociedades trataban de romper taras. Las novedosas doctrinas políticas y sociales, se estudiaban en las reuniones en las cuales las doctrinas de la Revolución Francesa fueron adoptadas con excepcional entusiasmo; en la mayoría de los Talleres de sesiones se grabaron las palabras Libertad, Fraternidad, Igualdad; los propios adherentes, en honor a la fraternidad, llamábanse entre sí hermanos. De ahí que constituyeran un inmenso tinglado que Miranda manejaba con extraordinaria precisión, inflamando, instruyendo, señalando vías y momentos. También influía el líder en números particulares, ajenos a esa organización.

Pero la masonería era una élite en todas partes; se arracimaban miembros de corto número. Estos, estuvieron profundamente convencidos de la era libertadora que se avecinaba; laboraban con entusiasmo, eficacia y riesgo. Detrás de ellos, seguramente había alguna gente, pero poca. La masa, la generalidad, hallábanse al margen. Y lo paradójico era que no podía suceder de otra manera, vistas las persecuciones, prohibiciones, amenazas y condenas contra quienes no se sometieran del todo o intentaran sublevarse. El secreto era el único recurso capaz de mantener la llama hirviente y la única forma de lograr unidad en la insurrección. Entregar ese secreto al pueblo, hubiese equivalido a denunciarlo todo. Esta realidad profunda fue la razón y causa de que las masas no acudieran al llamado mirandino, así hubieran aceptado lo que decían los Manifiestos y Proclamas. Miranda, comprendido, admirado y seguido por los que sabían y

pensaban, era para las gentes solamente el ateo, el irreligioso, el condenado por la Iglesia, en tiempos en que todos se sabían católicos; era el excomulgado y, por añadidura, el subestimado y ofendido por los mantuanos de Caracas, que fueron los primeros —no todos— en suscribir dinero para pagar el precio fijado en treinta mil pesos por la cabeza de Miranda.*

Ante la fuga masiva de los corianos, el Jefe de la expedición libertaria hubo de lanzar una Proclama, desde su Cuartel General, el día 7 de agosto; una Proclama de quien predica en desierto:

Deseoso aun de dar pruebas de moderación y afecto hacia mis compatriotas y paisanos, hemos resuelto retirar de la ciudad de Coro el corto número de tropas que habíamos hecho venir a ella; a fin de que, desvanecidos los vanos temores con que el fugitivo Comandante [Salas] de su distrito y otros agentes del gobierno español han procurado alucinar a las gentes incautas, y particularmente las mujeres y niños, puedan éstos restituirse tranquilamente a sus domicilios sin temor ni sospecha alguna. En consecuencia, transferimos nuestro cuartel general a las inmediaciones del mar [...] La carta anexa, dirigida al Cabildo y Ayuntamiento de esta ciudad, prueba nuestras sanas intenciones, y que no era en las ciudades sino en el campo donde deseábamos combatir únicamente a los opresores del pueblo colombiano.

El comandante Salas escribe:

El día 8, a las ocho de la mañana, recibí aviso del cura don Pedro Pérez y del administrador de correos, de que los enemigos habían abandonado la ciudad la noche anterior, como a las diez de ella, dejando muchas casas abiertas. Inmediatamente destiné a Vega con 100 hombres para que procurase evitar el robo de las casas.

Ese día llegaron refuerzos españoles: 270 hombres, más otros 370. Salas planeaba, escondido en la retaguardia, “proceder a la destrucción de los invasores”.

* En el nuevo Derecho Canónico (1984) ha quedado atenuada la excomunión que pesaba sobre la masonería.

En la Proclama, Miranda denuncia lo que está sucediendo en su contra, en Caracas:

Si este pueblo de Coro necesita aún más pruebas de la perfidia e infamias con que los gobernadores españoles se conducen en todas materias, que atiendan el bando recientemente publicado por el Capitán General de Caracas, en que se ofrecen considerables sumas de dinero al que alevosamente cometiese un acto de asesinato contra un ciudadano que pura y sencillamente defiende los derechos de ese mismo pueblo.

España tenía razón, la razón del mal: la cabeza de Miranda significaba la insurrección de toda América contra la monarquía! Cortarla, para exhibirla como hicieron con tantos y tantos, al menos satisfacía el propósito de venganza que tenía España; pero nada más. ¡El gran bien de la revolución ya estaba en marcha! ¡El proceso histórico no lo detendrá nadie ni nada; ni siquiera el posible asesinato de su líder!

La sublevación contra España era una sublevación política. ¿Cómo podían operar eficazmente los dirigentes, si tenían por fuerza que mantenerse en el más estricto ocultamiento? Esos jefes fueron todos extraordinariamente heroicos, al seguir moviéndose dentro de una camisa de fuerza y con peligro de la vida. Casi no tenían con quién contar, fuera de los conciliábulos clandestinos. Cuando se produzca el estallido general, dentro de menos de cuatro años, muy reducido será el pueblo que participe en él; el reclutamiento hubo de hacerse en mucha parte por la fuerza, hasta empleando recursos de liberación de esclavos y eliminación de los impuestos a los indios. El descontento no bastaba para inflar los ánimos hasta el estallido. La gente intelectual y la de las logias entendía, mejor que los europeos y norteamericanos, que la ayuda militar exterior podía suplir esa carencia de pueblo. También Miranda lo entendió así, y se pegó férreamente en los primeros lapsos a Inglaterra, los Estados Unidos y Francia. La emancipación no podía lograrse sino con guerra, para la cual hacían falta los batallones extranjeros. Pero también entendió, al haberse lanzado a la empresa en que iba, que los hechos le forzarían al final, a la América Latina entera, a combatir sola, sin la cooperación europea. La hazaña tendrá que llevarse hasta el último límite.

El día undécimo se produjo un combate. Narra el Comandante Salas:

Como a las tres de la madrugada se oyó un tiroteo que fue aumentando. Vega dio parte de que varios botes y canoas, sin distinguir su número, se hallaban en la Boca, y que estaba empeñado en la acción con dichos botes que se defendían con obstinación. Amanecido ya, volvió Vega a reiterar su parte de que el enemigo dirigía una columna por la playa y otra por dentro de los médanos, con un cañón. Envío a Echauspe con 80 caballos, por si descendían al llano [...] La acción duró tres horas. Vega se portó con el mayor valor. Perdió el enemigo 20 muertos, 5 prisioneros, tres canoas y un bote lleno de barrilerías y pipas. Después han aparecido 8 o 9 cadáveres en la costa de Paraguaná. En las columnas auxiliares de La Vela tuvieron también pérdida de hombres, enterrados por los mismos enemigos. Después de la acción, entró la segunda división de Casicure con 600 hombres.

Estos muertos, y los ahorcados en Puerto Cabello, fueron las primeras víctimas de la guerra de independencia de América, que comenzó con muy pequeña llamarada; y creció, luego; que se volvió continental; ¡que terminó en la emancipación! Miranda en persona abrió los primeros fuegos.

El reembarque se efectuó el día 13. “Miralles, lleno de gozo, hizo hacer tres descargas, precediendo tres vivas al rey”. Dos días después “se cantó el tedeum en la iglesia mayor de esta ciudad, en acción de gracias al Todopoderoso, por haber arrojado las armas del rey al traidor y sus secuaces. Su pérdida total fue de 62 hombres”.¹¹⁰

Miranda, en alta mar, rumbo a la isla de Aruba, sintió el peso inmenso de su soledad. Solo, contra el imperio español; solo contra la Inquisición; solo, contra el Vaticano enemigo de los masones; solo consigo mismo. Su soledad se hermanaba con la de las calles semi solitarias de Coro y con la infinita del mar de las Antillas. Hasta la

¹¹⁰ Cuando Caracas destituya al régimen español, el 19 de abril de 1810, y forme una Junta Suprema de Gobierno, con venezolanos, las ciudades de Coro y Maracaibo se declararán a favor del rey de España...

falta de agua había acosado a sus hombres, que se vieron en la necesidad de alcanzarla por la fuerza; el capitán Thomson del *Leander* y catorce de sus hombres perecieron atacados en esa búsqueda. Envío Miranda emisarios a Barbados, a Jamaica, en busca de auxilios. ¡No acudirán! Hay que señalar esta particularidad constante en las *Memorias* del Regente Heredia, enemigo de Miranda: “Mientras permaneció en Coro, observaron sus tropas la mayor disciplina, y en la casa donde se alojó Miranda quedaron alhajas de mucho valor, que estaban bien visibles”.

La isla de Aruba, estéril en la mayor parte de sus tierras y poco poblada, significa para la expedición la espera de auxilios. ¡Una larga espera de treinta y ocho días! En Miranda no hay desánimo, sino decisión de proseguir. Los obstáculos fortalecen a esta clase de hombres. No ha habido derrota; ha habido un primer intento de liberación, que le ha permitido al líder conocer con precisión la realidad venezolana, americana, ese momento: actitud de guerra de los españoles; miedo, terror, de las gentes a quienes se les ha hablado de una invasión y se les ha amenazado con las excomunión y la horca. Detrás del miedo hay siempre odio; ¡éste, se hará revolución! El *London Chronicle* publicó:

El Capitán General Vasconcelos llevó tropas que acaso ascendían a cuatro mil hombres, de la capital hacia Valencia, donde se proponía formar un campamento militar. De acuerdo con un observador, todas las personas que no tomaban las armas contra los invasores, habían de considerarse como traidores. Empero, no faltan indicios de que aquí y allá, algunos colonos simpatizaban secretamente con los patriotas.

De estos, con quienes dialogó Miranda, obtuvo datos exactos, que nutrieron su voluntad de proseguir. El periódico *Barbados Mercury and Bridgetown Gazette* dijo:

Unos han considerado que la empresa era una locura, otros, que una quijotada y, todos, que peligrosa. Pero Miranda ha demostrado ser capaz de conquistar posiciones en el continente y de mantenerlas.

Nadie le derrotó. Con tropas suficientes, de ser ese su propósito habría combatido y triunfado. No era ese su inmediato objetivo; quería, más bien, sublevar los ánimos, excitar el patriotismo, pulsar la realidad. Y la realidad le demostró que lo único posible para la independencia americana era la guerra, con auxilios exteriores o sin ellos, y con el apoyo de los anti-monárquicos. España estaba decidida a defender sus colonias, valiéndose hasta del arma religiosa.

Los habitantes de Aruba, sorprendidos con el arribo de los once buques, necesitaban una explicación. Miranda les habló en una Proclama (19 de agosto):

Si las circunstancias presentes nos han hecho tomar posesión de esta isla, estad seguros de que vuestras personas, vuestra propiedad y vuestra tranquilidad serán protegidas inviolablemente. Obedeced a vuestras leyes y respetad a vuestros propios magistrados [...] Nuestro principal objeto es la independencia del Continente Colombiano. Solamente aquellos que son agentes o secuaces de un Gobierno de asesinos, son nuestros enemigos.

Y denuncia, como antes en Coro, lo que se ha hecho en su ciudad natal:

El Gobernador de Caracas Vasconcelos y Oidores prometen por edicto 30.000 pesos y honores al que asesine a un Ciudadano del propio país, que por medios honrosos defiende los derechos de sus compatriotas y la gloria de su patria; como lo han hecho el Príncipe de Orange en Holanda, Washington en América, Pelópidas y Dion en la Grecia, etc. Que nos digan estos hipócritas cuáles son las leyes divinas o humanas que autoricen un atentado semejante. A menos que quieran repetir en estos tiempos y entre americanos las crueldades e infamias del reinado de Felipe II en Holanda, que han deshonrado para siempre el nombre del Duque de Alba y de la nación que lo consintiera.

Al almirante Cochrane le dice, en confidencia de amigo, cuál es su verdad, después de Coro: “He comprobado con precisión lo que son los sentimientos favorables de los habitantes para con

nosotros, y cuánto detestan el opresivo gobierno bajo el cual gimen ahora”. Al otro amigo, lord Melville, también le expresa sus conclusiones: “Gracias a la experiencia que hemos adquirido ahora en el país mismo, por el intercambio y las comunicaciones que tuvimos durante algún tiempo con los habitantes, el éxito coronará nuestros presentes esfuerzos”. Su captación es sólo relativamente precisa; su fe, sin embargo, vale más que su esperanza. ¡El suyo, no es un reto icárico! Ve en el repudio una ruta hacia la toma de armas.

Por los periódicos de Jamaica y de Barbados, conoce los acontecimientos europeos; asimismo, por las cartas de los amigos. Napoleón, en su poderío creciente, ha destrozado las libertades públicas: la individual, la de expresión mediante la censura. Los periódicos de París, de setenta han quedado reducidos a veinte (hacia 1811, quedarán sólo cuatro). Su amiga Madame Stael y Chateaubriand se han desterrado, voluntariamente. En sus conversaciones, Miranda habla del “déspota de Francia” y teme que su acción se aventure hasta la América. Su visión universalista es constante.

Dentro de ese universalismo, lógico parece que hubiese pensado en el Brasil, tierra suramericana también y convertida en colonia por la monarquía portuguesa. ¡Requería independencia!

Un inglés, Archibald Campbell, se dirige desde Liverpool a un amigo, a quien trata de Su Excelencia (24 de junio de este mismo 1806), para denunciar una conspiración contra el gobierno portugués en el Brasil. Miranda queda involucrado. Es un delator, que dice las cosas en secreto, confidencialmente:

En mi última comunicación dije que esperaba se me reembolsaran las 2.500 libras que yo perdería en caso de que esta expedición se descubriese; supuse que Su Excelencia tenía poder discrecional de su Corte para darme esa seguridad [...] En cuanto a mi conocimiento de Miranda y sus aventuras en Londres, ello resultaría tedioso y poco interesante. Quien quiera suponga que Miranda se ha embarcado en una aventura especulativa, que dependa de la asistencia casual de unas cuantas personas descontentas en América, sin respaldo ni

reconocimiento de ninguna Potencia, se equivoca completamente. El hecho es que intenta una larga y bien concertada expedición, invitado por miles de sus compatriotas, que están listos para ayudar en la empresa con sus vidas y haciendas, que una poderosa maniobra militar de diversión se hará a su favor y que probablemente de aquí a algunos meses el poder español en esa parte del globo habrá desaparecido. Esta tentativa será asistida por un grande y poderoso gobierno, contra el cual los españoles no disponen de medios para resistir [...] Miranda no es un endurecido aventurero, sino un audaz activo y emprendedor comandante, y creo que ha tenido mucho éxito [...] No puedo decir cuándo exactamente se decidió la expedición al Brasil, pero tengo razones para suponer que originalmente formó parte del gran plan de Miranda, y que todo paso que se dio en la América española para preparar al pueblo para la revolución, fue acompañado de una tentativa similar en el territorio portugués [...] El plan en su totalidad está ahora casi listo para ser ejecutado. En unas dos semanas, dos caballeros a quienes se han confiado sus asuntos aquí, saldrán para Lisboa, donde se encontrarán con el resto de los asociados y procederán a Madeira. De Madeira deberán ir a Santo Domingo, donde tienen el gran parque de armas, provisiones y todo lo necesario para su gran tentativa [...] Mi conocimiento de esos hechos se debe en gran parte al propio General Miranda y en parte a uno de los caballeros actualmente en Londres [...] Los conjurados tienen en la Corte de Lisboa amigos que los enterarían si alguna cosa trascendiera; una vez que esos dos caballeros sean rastreados hasta Lisboa, será cosa fácil seguirles la pista hasta Madeira y allí apresar a todos los jefes de la empresa.

Quince días después, el delator Campbell se muestra agradecido. ¿Cuánto habrá recibido por su espionaje? En esta segunda carta (8 de julio) expresa:

He descubierto algo que hasta entonces desconocía: que la parte en Europa sólo espera tener información de Miranda; si su éxito corresponde a las expectativas de ellos, no perderán tiempo para salir para la América. Si Miranda es derrotado, acabarán abí los planes sobre Brasil; si triunfa, que la Corte de Portugal esté advertida.

Muy clara queda la participación de Miranda en los proyectos de independencia del Brasil. Esta parte de América quedó involucrada en los planes iniciales del líder venezolano, quien personalmente le informó del hecho a Campbell. A tal punto importaba la acción de este General, que los acontecimientos posteriores, respecto del Brasil, dependían del suceso o insuceso de la expedición mirandina.

¿Quién era este delator? Un documento secreto, fechado en Londres el 4 de agosto (1806) —¿dirigido a D. Domingos Antonio de Sousa Coutinho?— dice:

Tenga V. Exa, la paciencia de recorrer las cartas siguientes, y verá que Mr. A. Campbell atribuye al General Miranda en primer lugar y a sus socios el proyecto de revolucionar al Brasil; que Mr. Jennings es uno de los agentes de Miranda [...] Me di socorro en el expediente de saber qué clase de hombre es Mr. Arch. Campbell; de él estoy esperando información de Liverpool, y ya sé que es negociante de Casa Establecida, pero de esos comisarios o agentes viajeros que van con la propia hacienda a África y América [...] Mr. Arch. Campbell parece desear por premio el dinero que cree perdido [1 y 2.500 libras].

Por dinero, este comerciante trataba de traicionar a Miranda, a los patriotas del Brasil; y no advertía que otros le vigilaban...

Estos textos relativos al propósito mirandino de emprender también en la liberación del Brasil, vienen complementados con una Proclama “para ser emitida por los dirigentes de la conjura al desembarcar en el Brasil”. El estilo no es de Miranda; y parece posterior al tratado de Fontainebleau de octubre de 1807.¹¹¹

¿Habría recordado todo esto Miranda, en su refugio de Aruba? Tal vez, si se hacía depender de su hazaña el éxito o el fracaso del plan brasileño. Las posibilidades hacia el futuro son por naturaleza inestables. Lo que verdaderamente cuenta para el hombre es el presente, la presencia. Nada volvió a saber del Brasil. En cambio, su

¹¹¹ Los documentos referentes a Miranda y el Brasil se encuentran, completos en MIRANDA, FRANCISCO DE. *América espera...*: 344-354.

presente, que es espera de auxilios, le notifica fríamente que el gobierno británico de lord Grenville ha desaprobado el acuerdo firmado entre Miranda y Cochrane. La comunicación oficial de Londres –mes de julio, antes del desembarco en Coro– decía: “No dar un solo paso por el cual Su Majestad pueda comprometerse más en esta empresa”. El almirante, en su parte oficial, sacaba esta conclusión: “Tengo orden de limitar la asistencia que recibirá usted de mí a la protección contra las fuerzas navales del enemigo. Considero conveniente darle esta información para que no sea usted inducido a esperar que llegue una fuerza militar en su auxilio”. Si ésta era la advertencia de Barbados, nada podía llegar de Jamaica ni de ninguna parte. Se le protegía al gran líder, pero no se le apoyaba! ¡Una fórmula diplomática muy británica! ¡A Miranda se le hacía pagar el error de Popham en su aventura contra Buenos Aires, que era lo que le dolía mucho a Inglaterra!

Los días pasan; esperar es, con frecuencia, desesperar. Miranda, sin embargo, no se desalienta. Escribe al Premier Grenville, a lord Melville, o a otros. Sus hombres, en la isla, están cambiando: se quejan, protestan; algunos desertan. Al pasarles revista, se ve que ya no quedan sino 150. La situación vuélvese difícil: no hay alimentos suficientes; el dinero escasea. El tedio de los expedicionarios vuélvese poco a poco hostilidad. Hasta que un día, el comandante del *Elephant*, buque de guerra inglés que se halla en el puerto, le notifica a Miranda que, de no partir hacia Trinidad, los ingleses le retirarán su ayuda. La expedición se dirige a la isla de Granada (26 de septiembre), rumbo a Trinidad. Antes, visitará a Barbados, para conferenciar con Cochrane.

En Granada, el drama se vuelve amargo. Parte de la tripulación se desbanda porque no se le ha pagado sino algo; no hay más dinero; se alzan las quejas, las demandas; el dueño del *Timmer* exige el valor del alquiler de su buque; piden ropa, hay enfermos; también se yerguen en contra los desesperados y los iracundos que todavía creen que se les ha engañado. Los hombres se diferencian entre sí por la distancia a que pueden mirar; ¿hasta dónde veían los supuestamente engañados? Los otros, los oficiales, manteníanse firmes. Uno de ellos, el coronel Rouvray, fue enviado a Londres a fin de que averiguase personalmente

“si había un auxilio inmediato o al menos una respuesta categórica”. Con él escribió cartas para Grenville, Nepean, Turnbull, Davison, el conde St. Vincent. A Vansittart le decía: “Le ruego escuchar al coronel Rouvray con la misma atención que me prestaría a mí si estuviese presente”. El emisario fue recibido por el gobierno antes de finalizar el año. La petición concreta de Miranda era la de cuatro mil soldados. Pero cae el Gabinete de Grenville. El nuevo Primer Ministro es el duque de Portland. El noble amigo de Miranda, Turnbull, presiona ante el Ministro de Comercio; se queja de que le hubiesen suspendido la pensión a su amigo, con lo cual se les volvía víctimas a Sara Andrews y sus dos hijos. También presiona el comandante militar sir Arthur Wellesley, gran partidario de la liberación americana; varios actúan, y nada se consigue.

Sale Miranda hacia Barbados, para conferenciar con Cochrane; en tres días, a nada se llega. Se alcanza, al fin, el objetivo: la isla de Trinidad. Se aloja Miranda en la hacienda “Williamsfield” de propiedad del almirante Cochrane, en las proximidades de la ciudad Puerto España. A continuar esperando; a seguir padeciendo el acosamiento de los acreedores, de los descontentos, de los audaces. ¡Se quedará ahí casi un año! Meses y meses de escribir cartas y de aguardar, semana sobre semana, el aviso o la llegada del auxilio militar que ha solicitado. Su tenacidad parece querer llegar al absurdo.

Un buque le trae un día una carta de Sara Andrews; son palabras sencillas, de intimidad; ha sido escrita el 1 de octubre:

[...] Mis amados hijos mejoran de día en día; mi Leandro está más bonito que nunca, se hace cada vez más fuerte y más grande, y tiene memoria fácil y nada común [...] A menudo me pide que le hable a papá de cosas bonitas y de lo que comprará cuando vaya a América [...] Cada periódico que ve me lo trae para que yo lea sobre el General, diciéndome que hay buenas noticias y que Leandro embarcará y seguirá a Caracas a ver a su papá [...] Yo desearía que estuviese aquí, querido mío, porque sin ti nos sentimos casi perdidos [...] Mi querido chico me promete todos los días que volverás a casa, y si toma una gota de agua, tiene que tomar primero por tu salud [...] Juego

*con él horas enteras, pero siente muchísimo la ausencia de su papá,
pues no puede jugar con él.*

¡Qué hermoso momento de vida diferente, sentida, en medio de tanta complejidad!

¡Así comienza 1807: sólo con la espera, atalayando inagotablemente! Eso parecía la mar en calma, sin viento para las velas de los barcos. ¡Una agonía interminable! Lo único novedoso por esos meses fue la publicación de dos folletos escritos por William Burke: *La Independencia de la América del Sur y Razones adicionales para la inmediata emancipación de América Hispana*. Teme Burke que Napoleón le convierta a España con sus colonias en una provincia francesa y pide, en consecuencia, que Inglaterra liberte a los pueblos hispanoamericanos con el envío de las fuerzas navales requeridas y mediante una ayuda directa a Miranda. Y hasta propone la formación de cuatro naciones hispanoamericanas: México y América Central; Venezuela, Nueva Granada y Quito; Perú y Chile, y la zona del Plata. Es un noble alegato que beneficia mucho a Miranda a los ojos del gobierno británico. Tres años más tarde, Burke irá a Caracas.

Burke, lo mismo que Miranda, veía el peligro napoleónico. Al señalarlo, cabía que sobre todo Inglaterra tomase medidas.

Aparte de que el acosamiento de Napoleón iba sobre todo contra la Gran Bretaña, cuyo hundimiento se buscaba por la vía del bloqueo, o sea tratando de anularla económicamente. El bloqueo sólo podía concebirse si entraba en él Europa íntegra. Portugal se mostró reticente; el Corso, en respuesta, acordó con el régimen de Madrid el reparto de ese reino entre Francia y España. La monarquía lusitana operó con inteligencia y se trasladó con todo su personal, el tesoro nacional y la escuadra a Río de Janeiro. Portugal fue ocupado.

Las victorias napoleónicas continúan: derrota prusiana en Eylau; derrota de los rusos en Friedland. Al firmarse la Paz de Tilsit, Rusia se alía a Francia, contra Inglaterra. La bota corsa abate, despóticamente.

Pero en Hispanoamérica se habla, mas bien, de libertad, por convicción y por reacción. Los revolucionarios han acentuado la circulación de la *Carta a los españoles americanos* del jesuita arequipeño Juan Pablo Viscardo. Miranda la distribuyó en Coro, personalmente. La carta es una bomba de gran concentración; fue leída con avidez aunque a escondidas. América hispana está en vísperas de la explosión.

El bloqueo napoleónico contra Inglaterra produjo un efecto que probablemente no lo calculó ni el propio Napoleón; el gobierno inglés se dio cuenta de que, a mayor cierre de puertas en Europa correspondía una mayor apertura hacia otros mercados; ante todo, a los latinoamericanos. Miranda, por esta circunstancia, empezó a ser mucho mejor comprendido en Londres. De manera que, al cabo de largas conferencias con sir Arthur Wellesley –futuro Duque de Wellington, célebre en la historia, en la lucha en el continente contra Bonaparte, a quien derrotará en Waterloo–, y con la aprobación de Canning, Secretario de Estado para Relaciones Exteriores, el vizconde Castlereagh, Ministro de Guerra y Colonias le hizo saber a Turnbull; éste a Vansittart, y éste a Miranda, que “mucho deseaba el Ministro verle y conversar ampliamente con usted sobre el tema (la independencia de América); y pareció apreciar debidamente la importancia de impedir que la América del Sur cayese en manos de los franceses, lo cual sólo puede conseguirse procurándole la independencia, y por medio del general Miranda”. En los acontecimientos importantes, hay siempre un doble filo: corta por el lado deseado, y a la vez por el contrario a favor éste, del acosado u ofendido.¹¹²

Partió Miranda acompañado de su secretario Molini y del capitán Downie, el 24 de octubre (1807) hacia la isla de Tórtola, donde le esperaba su emisario en Londres, Rouvray. ¡Naturalmente, en un barco inglés! En noviembre, en el buque insignia británico *Alexandria*, se embarcó con sus compañeros, hacia Londres. ¡Hacia la nueva ilusión grande! No ha habido derrota ninguna en su hazaña. Vuelve como un héroe; ¿acaso la mensura del heroísmo es el éxito? No debe confundirse lo heroico con lo glorioso. Miranda lleva en sí

¹¹² Advertencia de Maquiavelo.

lo que Malraux llamara la marcha furiosa de la vida, contra la noche, contra la realidad, contra la muerte. Esta vez ha tropezado con el pasado, con el basamento estratificado de algunas conciencias americanas con el “era”, que es el obstáculo magno de todos los libertadores. El mar de las Antillas ha visto su empresa, casi no localizable siquiera; pero ha presenciado un desembarco, un pie a tierra, como con la débil carabela de Colón, para plantar no el pendón de Castilla sino el lábaro tricolor de la libertad. La Vela de Coro, como la Guanahaní, tendrá en la historia esa perpetua dignidad.

Al desembarcar en el puerto británico de Portsmouth, el 31 de diciembre, repican las campanas de un templo en su honor; le aplauden; le ensalzan. Esas gentes sí comprenden lo que ha significado la empresa, y se entusiasman, por admiración! ¡Ese momento, Miranda se supo compensado de todos los muchos sufrimientos padecidos. ¡Alguien tenía que admirar su verdad!¹¹³ ¡Era la contrapartida de Coro; brillante el contraste; magnífico el encuentro con la justicia!

Y muy bella la manera de comenzar el nuevo año: con sus dos hijos, con la madre de ellos Sara Andrews en casa de Grafton Street; y con la expresa y expresiva complacencia del gobierno británico, que se dispone ya a discutir proyectos en firme.

Nunca el gobierno inglés consideró que la hazaña mirandina en el Caribe había significado derrota. Entendió, mas bien, que se habían disparado las primeras armas en pro de la emancipación y que el proceso bélico amplio había comenzado a perfilarse muy nítidamente.

¹¹³ ROBERTSON, WILLIAM SPENCE. *Op. cit.*: 259-260.

UNA VASTÍSIMA CONSPIRACIÓN

*Job es atormentado, no por ser el peor de los hombres, sino el mejor.
El hombre halla en la paradoja su máximo consuelo.*

G. K CHESTERTON. *La hora de Job.*

Airoso y flexible haz de júbilos, al llegar: conoce al nuevo hijo Francisco, halla amigos que ahora comprenden mejor lo que significa un hombre que se atreve a tanto, sólo, valerosísimo, ajustado reciamente a su destino; se complace con el ambiente hogareño, que también a los grandes importa. Y, sobre todo, es tratado ahora por el Gobierno de manera muy diferente. Canning le recibe al tercer día de llegado; Castlereagh, la tarde siguiente. Ven en Miranda un héroe, capaz de realizar aquello que se propone y de salir adelante en la empresa. Se puede y se debe confiar en él. ¡Cuánto ha servido la expedición a Coro! Si Pitt viviera... Los mecanismos frustrantes han desaparecido. ¡Cuánta impregnación de esperanza en el horizonte!

Entusiasta, escríbele a su enlace en Trinidad, Francisco Febles, y en lenguaje de prudencia:

Hemos visto a los Ministros de S.M. quienes me encargan asegure de veras y con sinceridad a los compatriotas interesados que el Asunto está entre manos actualmente; y que en el próximo paquete sin falta tendrán aviso positivo [si no la resolución formal] del negocio importante que me trae a esta capital. Haga usted pasar sin dilación este aviso a la Costa Firme, para que los Amigos de la independencia no desmayen y por el contrario resistan la influencia galicana y goda, hasta mi subsecuente aviso que irá en el próximo correo. Proceda usted en el interin con circunspección, reserva y actividad, pues el momento es crítico y muy interesante para nosotros; sería lástima malograrlo, y tener que lamentar por siglos venideros.

En aquel enero, ante la inminente posibilidad de comienzo de operaciones, Miranda le presentó a Castlereaght un nuevo Plan, muy modificado de aquel que había sido entregado a Pitt en años

anteriores. ¡Había más experiencia! Habló de cuatro Gobiernos para el “Continente Colombiano”; pidió la movilización de diez mil hombres, protegidos por suficiente fuerza naval, con destino: a México, desde la América Central; al Perú, desde Quito (Ecuador); al Río de la Plata y Chile, desde el Perú. Añadió un bosquejo completo de las operaciones militares, con cálculos de las fuerzas que podría alistar América. El Plan entero fue estudiado por el Gabinete británico hasta con el auxilio de cartas geográficas remitidas por el general venezolano. El Gabinete se mostró, sin embargo, reticente: Napoleón, “para asegurar el dominio francés en Portugal”, había dejado en España 100.000 hombres. Carlos IV y su familia trataron de imitar a los monarcas portugueses e intentaron salir hacia América; era demasiado tarde; el pueblo se sublevó en Aranjuez (19 de marzo) y le exigió al rey la abdicación, a favor de su hijo Fernando, más la eliminación del ministro Godoy. Napoleón invitó a los dos monarcas españoles a Bayona; allí, le obligó a Fernando a devolverle el poder a su padre; y a éste, a entregarlo al Corso, en una jugada política, simple, ya que simples eran los dos monarcas hispanos (8 de mayo). Por ausencia de los reyes, se constituye una Junta Central Suprema. El pueblo español, valerosamente, y en defensa de sus libertades, se prepara a desatar las guerrillas contra el invasor. ¡Qué elocuente señalamiento ejemplar para América!

Y llega el 6 de junio de aquel 1808, cifra que parece echada por el azar en un juego de dados. Napoleón corona en Madrid a su hermano José, como rey de España y de las Indias. Se produce, así, inesperadamente una situación nueva: España ya no es la aliada de Francia sino su enemiga; tendrá que defenderse del invasor.

Miranda se estremece, y le explica a Castlereagh que si los ingleses no aprovechan esta “grande y providencial oportunidad”, la beneficiada será Francia.

Ese mismo día 6, sir Arthur Wellesley recibe el nombramiento de Comandante de una expedición inglesa que partirá a la América para cooperar en su independencia; el proyecto se ha estructurado a base de un Memorándum de Miranda. La expedición deberá partir

de Falmouth o de Cork el día 1 de julio. Miranda ha aceptado una posición subalterna, puesto que el comando será inglés; su generosidad le hace sacrificar mucho, en pro de su ideal; el objetivo era la independencia y no su persona. ¡En esto hay evidente grandeza! ¡Cuánta desconfianza la inglesa; qué falta de delicadeza y de justicia para con el prócer! ¡Y se proyectaba comenzar las operaciones con un ataque a los españoles en Venezuela y no en México como se había planeado anteriormente!

Y ese mismo 6 de junio, arribaron al puerto británico de Falmouth dos emisarios de España: Andrés de la Vega y el vizconde de Matarrosa. Vienen a Londres en representación de la Junta Asturiana reunida en Oviedo. ¡Asturias le ha declarado la guerra a Francia! ¿Quijotismo? Dos días después del arribo, son recibidos por Canning; ese político, que “poseía una intuitiva soltura mental que captaba y descifraba, con extraordinaria destreza todos los torcidos hilos de la motivación política” (William W. Kaufmann), advirtió inmediatamente que desde España podían abrirse operaciones inmediatamente contra Napoleón. Se presentó a la Cámara de los Comunes y anunció con audacia:

Nosotros procederemos según el principio de que cualquier nación de Europa que salga a oponerse a una potencia enemiga común de todas las naciones, cualesquiera que sean las relaciones políticas existentes de esa nación, se convierte instantáneamente en nuestra esencial aliada.

En otros términos:

Hemos decidido ir en auxilio de España, contra Napoleón que es nuestro verdadero enemigo, sin que tomemos en cuenta ahora las anteriores diferencias con España.

Seis días después, se les comunicó oficialmente a los emisarios españoles que Inglaterra los auxiliaría por mar y tierra! Las guerrillas habían empezado a desenvolverse en desarrollo creciente en la Península; y la represión francesa, cada vez más rígida, volvióse sanguinaria; la respuesta española fue de igual saña. Wellington, en

consecuencia, recibió inmediatamente la orden de dirigir la flota de guerra británica del puerto de Cork a alguno o algunos de los puertos españoles. Al mismo tiempo, se le exigió que le comunicase a Miranda la grave decisión, que de un golpe destruía cuanto se había preparado para la liberación americana.

Creo que nunca tuve tarea más difícil—escribió Wellesley— que cuando el gobierno me pidió que dijera a Miranda que nada queríamos saber de su plan. Creí conveniente caminar con él por las calles y decírselo allí, para impedir que estallara. Pero aun así gritó tanto y se mostró tan enfurecido, que le dije que siguiera caminando delante, para no llamar la atención de todos los que pasaban. Cuando volví a su lado, se hallaba más tranquilo. Me dijo: «Van a pasar ustedes a España [esto fue antes de Vimeiro]; están perdidos; nada puede salvarlos; esto, sin embargo, es cosa de ustedes. Lo que más me duele es que jamás se desperdició una oportunidad mejor. [En Vimeiro, Portugal, los ingleses comandados por Wellesley, derrotaron a los franceses].

El 4 de julio —no había pasado ni un mes— Inglaterra declaró que se hallaba en paz con España. Con la España que le persiguió a Miranda ensañadamente desde 1783 —¡un cuarto de siglo!— y que ahora, por añadidura, reforzaba su hostilidad con la obstrucción indirecta de sus planes. De enemiga, España pasó, por imperio de los hechos a súper-enemiga.

¿Todo perdido? ¡No! Al contrario: si habían fallado los ingleses, nadie, en cambio, podría detener la revolución americana que, desafiante, avanzaba como lava, volcán abajo, hacia las inmensas superficies. Miranda, el hombre de los ojos clarividentes, toma su pluma, dominador, y le escribe al marqués del Toro, en Caracas, ese mismo julio de la paz anglo-española: “España se ha quedado sin monarca y se ve desgarrada por la guerra civil. Francia e Inglaterra luchan por la Península, que con toda probabilidad será conquistada por la primera. No puede permitirse que ese conflicto, con todas sus calamidades, se extienda al continente colombiano. Nosotros no tenemos por qué participar en esas pendencias; pero sería juicioso aprovecharlas para sacudir el yugo extranjero”. Es una incitación a

sublevarse; agita demostrando, convenciendo; el marqués es un dirigente.

En la segunda parte del mensaje está la potente médula, electrizada, fuerte en lo recio de su mecanismo interno:

Suplico a V.S. muy de veras que, reuniéndose en un cuerpo municipal representativo, tomen a su cargo el Gobierno de esa Provincia; y que, enviando sin dilación a esta capital personas autorizadas y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, veamos con este gobierno lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo. De ningún modo conviene se precipiten, por consejo de partes interesadas, en resoluciones hostiles o alianzas ofensivas que puedan traer tratos tan funestos para nuestra Patria, como los señores españoles han traído sobre la mía [...] Las vistas o intereses de las Juntas actuales de Oviedo, Sevilla, Madrid, etc. tienen muy poca compatibilidad con los intereses y autoridades de nuestras Provincias en América. Sírvanse ustedes —la carta es al marqués, para ser entregada a los miembros del Cabildo y Ayuntamiento— igualmente enviar copia de este aviso a las demás provincias limítrofes: Santa Fe y Quito, a fin de que, haciendo el debido uso, marchemos unánimes al mismo punto.

En postdata, se dice:

La copia se envió a la ciudad de Buenos Aires, con el propio objeto. El gobernador de la Trinidad o el Almirante de la Escuadra Británica de las Islas de Barlovento, sir Alexander Cochrane, darán pase y auxilio a la respuesta de esta carta.

Escribe luego a los Magistrados de Buenos Aires, en el mismo tenor; les informa que conoce bien lo ocurrido en la expedición de Popham; les felicita por el heroísmo con que rechazaron “el impracticable proyecto de conquistar o subyugar nuestra América”; y les pide unión y acierto. Copias de los mensajes han sido remitidas al Perú, Quito, Chile, Río de Janeiro y Montevideo. Miranda posee visión continental. Nada de forja de Juntas en apoyo del rey español despojado por Napoleón, sino acción de independencia, y global, continental!

Todos tienen que sublevarse; todos rechazar a los franceses.

La incitación, concretamente, es tomar el poder; “tomen a su cargo el Gobierno de esa Provincia”. A los cabildantes de La Habana y México les añade con firmeza: “Las últimas noticias venidas de España y Portugal indican suficientemente cuál será el resultado de mis bien fundadas conjeturas. El Continente Colombiano no puede ya ser gobernado por la Europa, cuyo sistema político, moral y civil es enteramente diverso y acaso incompatible con nuestro reposo y bienestar en la América”.

¡Miranda es escuchado; es el líder supremo! Y el hecho de que la correspondencia dirigida a La Habana fuera interceptada, en nada cambió el gran propósito en marcha.

A mediados de ese año de 1808, llega a Caracas un ejemplar del Times de Londres, con la noticia de la abdicación de los reyes de España y el nombre del nuevo rey peninsular: José Bonaparte. El Consejo de Gobierno de Caracas consideró falso todo eso y encaminado a favorecer sublevaciones. Pero diez días más tarde ancla en La Guaira la corbeta francesa *Serpiente*, en la que han llegado el teniente Pablo de Lemanon y su segundo Courtay, quienes se hacen presentar al Gobernador y Capitán General, coronel Casas, con este saludo altanero:

Doy a V.S. mis felicitaciones y las recibo por el advenimiento al trono de las Españas y de las Indias de su Majestad José Bonaparte, hermano del Emperador de los franceses. Estos pliegos impondrán a V.E. de todas las circunstancias de tan importante acontecimiento.

Al conocerse la noticia, fórmase rápidamente un agresivo tumulto popular, dirigido por el alférez Diego Melo, el capitán Ignacio Juárez y el capitán retirado Manuel Matos, muy amigo de Simón Bolívar. Esa multitud creciente alza el grito de la consigna: “¡Viva Fernando VII y mueran Napoleón y los franceses!”. Vitorear a Fernando VII, equivalía a desconocer a su padre Carlos IV; había, por tanto, un sedimento sedicioso. ¡Y ni siquiera se advierte que

Fernando VII, en el pliego que traían los comisionados bonapartistas, ordenaba a todos sus súbditos obediencia a Napoleón! Los dos emisarios huyen a La Guaira esa misma noche. Pero el capitán general toma sus medidas: los agitadores Matos, Juárez y Melo son deportados también a La Guaira. Y a Bolívar le llega la visita del hijo del Capitán General, quien le dice que “le mortificaría verle mezclado en esa especie de conspiración contra la autoridad”. Explica el Capitán General: tanto Simón Bolívar como su hermano Juan Vicente están recibiendo con frecuencia amigos en la Cuadra Bolívar; “a tales reuniones se les ha dado el nombre de Congreso Criollo, del que figuran como vocales el marqués de Toro, los Sojos, los hermanos Montilla, el doctor Tejera, el licenciado Salias”. La conspiración caraqueña ha entrado en actividad.

El rechazo a los franceses significa que Miranda ha sido oído y acatado. Les habla de esto el líder a los cabildos de Caracas y Buenos Aires. Su conclusión es una sola:

Trabajemos unánimes y con empeño, siguiendo el buen ejemplo que nos da el pueblo español; y ya que por tanto tiempo hemos copiado servilmente sus vicios imitémosle ahora con complacencia sus virtudes, reclamando con dignidad y juicio nuestros Derechos e Independencia.

La invasión napoleónica a España apresuró la independencia americana. Es lo que América le debe a Napoleón. En este momento histórico –1808– hay una doble campaña de independencia: una, para expulsar a los franceses de la Península Ibérica; otra, de los americanos, por echar fuera a los españoles colonialistas. Los españoles le derrotarán a Napoleón; he ahí la epopeya de la libertad en dos formas: la peninsular y la americana. Dos guerras justas, sangrientas de gigantesco sacrificio; de la una emanará la restauración de la monarquía; de la otra, la eliminación definitiva de la misma. Sin la invasión napoleónica a España, hubiérase pospuesto por un tiempo el estallido de la lucha emancipadora americana.

El mensaje fundamental de Miranda: “tomen a su cargo el gobierno de esa provincia” empieza a cumplirse en América casi en

seguida. Se forman Juntas de Gobierno, que se toman el poder en desconocimiento de las Juntas que se han constituido en España, por ausencia del rey. La cronología se establece así: Junta de Montevideo, del 21 de septiembre de 1808, que tuvo un sentido autonomista sólo relativo, y no duró sino pocos meses.

En México se produjo un levantamiento popular, también efímero, en que fueron víctimas el Padre Talamantes y el licenciado Verdad. La Junta que se creó en Chuquisaca (Bolivia) el 25 de mayo del año siguiente 1809, mostró más energía y radicalismo: apresó al Presidente de la Real Audiencia, García Pizarro, con el liderazgo de Monteagudo, Zudáñez y Lemoine. La Paz coincidió en seguida con Chuquisaca y estructuró la suya, presidida por José Domingo Murillo; le declaró lealtad a Fernando VII, que es lo que hicieron varias Juntas, por arte político, a fin de derivar así hábilmente a la insurrección. La de la Paz duró pocos meses: las tropas españolas procedentes del Cuzco derrotaron a sus integrantes y fusilaron a Murillo. Quito siguió el rumbo mirandino el 10 de agosto de 1809: la Junta se formó presidida por Juan Pío Montúfar, que era el elemento de enlace de Miranda. Las tropas peruanas del virrey de Lima Abascal asesinaron a los líderes y al pueblo de esta ciudad valerosa. Como en Coro, poco a poco los mártires de la libertad van sembrando el germen de su sangre, que da siempre la germinación de máxima fecundidad.

Al año siguiente, 1810, la insurrección americana se vuelve general; hay Juntas de Gobierno en todas partes. El espíritu mirandino, las convicciones personales de los estudiosos, el sentido de reacción contra el despotismo hispano, encienden la alta llamarada. Ese mismo año, a comienzos, los franceses han logrado dominar ya casi toda la Península Ibérica; sólo están a salvo Lisboa, Cádiz y algunas poblaciones gallegas. Pero las guerrillas, cuando provienen de una determinación de carácter popular y general, constituyen el más poderoso corrosivo; al final, le vencerán a Napoleón, con la ayuda de los ingleses.

La ciudad de Caracas se alza rebelde el 19 de abril y reemplaza al Gobernador General Emparan por una Junta que queda tan

recientemente constituida que al año siguiente ya significará la presencia de autoridades definitivas.

Buenos Aires, el centro más importante de difusión continental de los textos mirandinos, crea su Junta el 25 de mayo, o sea a distancia de un mes de la de Caracas, con Cornelio Saavedra por Presidente. Seguirá la ruta venezolana de persistencia y llegará al Congreso de Tucumán de 1816.

Dos meses después de Buenos Aires, se erige la de la Nueva Granada, que llegará a nombrar su primer Presidente de la República: José Tadeo Lozano (1811). Luego, vendrá la guerra emancipadora. Los chilenos, en Santiago, destituyeron al Capitán General García Carrasco y se constituyeron en Junta (18 de septiembre de 1810). Terminará el primero y complejo hacer inicial en el fracaso de Rancagua; pero los españoles serán a su vez, derrotados por los ejércitos de San Martín y O'Higgins.

Esta fue la gigante consecuencia de la prédica mirandina por lapso de tantos y tantos años. Jamás, en la historia universal, hasta entonces un hombre de genio logró sublevar a todo un continente, en nombre de la libertad. Con inmenso derecho y justicia absoluta, Miranda pudo escribir esta declaración exacta, para el envío de su periódico *El Colombiano* que empezó a editar en Londres:

Muy señor mío: El objeto del adjunto impreso es comunicar a nuestras Américas aquellos documentos oficiales y noticias que parezcan más conducentes a su interés y seguridad; y para que, tomando las medidas más prontas y necesarias en la crisis actual, pueda con instrucción y cordura evitar los riesgos inminentes que las amenazan. Con el propio motivo tengo ya escrito hace más de un año, a los Cabildos y Ayuntamientos de las distintas capitales de estos Reynos a fin de que previendo con tiempo las funestas consecuencias de los manejos e intrigas de los distintos Gobiernos de España, mirasen por sí, su seguridad y Emancipación. Puntos esenciales y que no admiten la menor duda en el día. Mi casa en esta ciudad, como en cualquier otra parte, es y será siempre el punto fijo para la Independencia y libertades del Continente Colombiano. [Londres, 24 de marzo de 1810].

Asimismo, pudo antes estampar esta confesión, en carta a su enlace en Trinidad, Francisco Febles (20 de abril de 1809):

No sé si fue en virtud de mi consejo, o por espontánea opinión suya, que los Ayuntamientos y Cabildos de América han tomado las resoluciones que aquí corren por ciertas, de oponerse a la proclamación de Madrid, que declara a don José Bonaparte I Rey de España y de las Indias; mas será siempre una gran satisfacción para mí el hallarme unido en dictamen y sentimientos con mis amados compatriotas, o que éstos se reúnen hoy a mi constante opinión.

Su lenguaje es de organizador, de jefe. Luego anuncia lo que ha dicho ya en ocasiones anteriores, con poderosa percepción del porvenir:

Si la América por sí misma no se hace independiente, y establece su libertad con la ayuda de sus propios hijos, los europeos, y mucho menos las potencias extranjeras, nunca harán esfuerzos por su felicidad únicamente. El momento es sumamente favorable para obtener nuestra deseada independencia [...] Lo que quiere la corrompida Europa en América son esclavos que le obedezcan, más no hombres libres, frugales y justos.

Ese lapso de Miranda en Londres es difícil. El Ministro Castlereagh le dice personalmente que “los ministros no estaban muy contentos de que yo mantuviese tanta correspondencia con las provincias de la América meridional, cuando era este gobierno el que le daba una renta”. El lenguaje indirecto y sibilino del hombre político, en la Gran Bretaña, que no quería ofender a los españoles sublevados contra Napoleón, ni a los americanos en vía de independizarse!

En este lapso glorioso para Miranda por todo cuanto está sucediendo en su América convulsionada y entrada ya a la revolución, aparece una aristócrata inglesa, Lady Hester Stanhope, que se enamora del héroe y le invita a su espléndida granja de Bath (julio de 1809). Elegantemente le decía que esperaba que comiera con ella “todos

los días y pasara en su casa todo el tiempo que él pudiera estarse sin sus libros”. El héroe anota en su *Diario*: “Es la mujer más deliciosa que yo he conocido. Está dispuesta a seguirme así no fuera sino para dirigir escuelas y hospitales”. Es nieta del primer Pitt y sobrina del segundo Pitt. Quien ama es ella por admiración. Quien se deja amar y no siente sino pasión es él; la pasión no busca sino intensidades físicas; su espíritu está penetrado por el amor a la libertad, por la política, por los magnos planes en los cuales se dibuja ya la guerra. No podía amarle a Lady Hester; en el amor hay acaparamiento de obsesiones, para la concentración en una sola. El amor es tiránicamente excluyente. Lady Hester coincidió con Miranda en el idealismo para la vida, en la necesidad de aventurar y ver mucho mundo, dándose tiempo para el estudio y los desbordamientos; buscaba su originalidad; sobre todo, quería descubrir la manera de realizarse. En esa mujer crecerá el hálito fecundo del ser mirandino, soñador, dueño entero de sus ideas, creador y plasmador tenaz.¹¹⁴

Los emisarios de la revolución se multiplican. Miranda les escribe al marqués del Toro y al Cabildo de Caracas (20 de julio de 1809):

El 23 de junio próximo se me presentó en esta capital el dador de la presente, procedente del puerto de La Guaira, quien me comunicó con prudente reserva el encargo que para mí traía de parte de ustedes, igualmente que los demás acontecimientos ocurridos en esa Provincia, hasta el día de su salida. El les informará asimismo de lo que pasa actualmente en Europa, y las graves consecuencias que estos resultados deben por fuerza traer sobre nuestras Américas, cuya suerte va probablemente a decidirse dentro de muy pocos meses.

Yo no vacilaría un instante en acceder al consejo de reunirme con ustedes ahora, si este paso fuese fácil en el día, o conducente, a mi juicio, a la emancipación por que tanto anhelan al parecer estos pueblos.

¹¹⁴ Cuando Miranda decidió trasladarse a Caracas en 1810, Lady Hester Stanhope quiso acompañarle. Al quedarse sola, viajó por diferentes países de Europa; al dirigirse luego a Siria, naufragó y fue salvada. Retornó a Londres, vendió cuanto tenía y se instaló definitivamente en las montañas del Líbano, donde construyó un palacio y varias casas pequeñas. Lamartine, que la visitó, la encontró convertida en una suerte de sacerdotisa de una religión inventada por ella.

No puedo decir más en este particular al presente, sino que la adjunta copia de mi carta al Secretario de Estado Mylord Castlereagh, fechada en marzo último, dará a ustedes cabal idea de mis ulteriores esfuerzos con ese Ministerio, en lo que mira a los negocios e intereses de nuestra cara y amada patria el caballero portador de ésta les dirá lo demás. Los Agentes de la Suprema Junta de España en esta Corte han dado ya algunos pasos y quejas, hostiles en cierto modo, para esa Provincia y contra mi persona como corresponsal de ustedes, desde el punto en que ellos hicieron ajustes de paces con la Inglaterra. Esta advertencia bastará para que estén ustedes sobre aviso; y que no se dé cabida a los perniciosos influjos de la intriga.
P.D. Lleva el mismo portador algunos libros y copias de otros papeles, que deben interesar a ustedes en la época actual.

¡El marqués del Toro parecía un hombre-eje!

También a Samuel Ogden, en Nueva York, le informa:

He visto aquí recientemente algunos emisarios de Caracas, México y Buenos Aires, quienes me trajeron despachos que presentan a estas Colonias en un estado, digamos, de inevitable separación de la Vieja España.

El ir y venir de mensajeros especiales y secretos hace un tejido de comunicaciones que nadie puede controlar. Lo dinámico, vuelto red electrizada, esparce ondas en todo rumbo. La tierra americana se estremece.

El Viejo Mundo europeo está, asimismo, tremendamente agitado. A la quinta coalición contra Bonaparte –Inglaterra, Austria, Portugal y España–, éste ha respondido con la victoria de Wagram, a pocos kilómetros de Viena. El héroe aprovechará la derrota austríaca para divorciarse de Josefina, que no le ha dado un hijo; se casará luego con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria Francisco II. Ni el Vaticano pudo situarse al margen: al negarse el Papa Pío VII a entrar en el bloqueo, fue declarado prisionero y así se le mantuvo por espacio de cuatro años. En tanto que los españoles

acosan con sus guerrillas a los franceses; triunfaron en una gran batalla, en Bailén, en la cual actuó un futuro libertador de América: José de San Martín.

El Nuevo Mundo acrecienta su actividad revolucionaria. El Brasil ha entrado en los planes mirandinos. En una junta que se realiza en Buenos Aires muy secretamente –acción prudente– interviene un delegado del Brasil, Felipe Contucci, a quien le escribe Miranda para decirle enfáticamente:

Yo soy y seré perpetuamente acérrimo defensor de los derechos, libertades e independencia de nuestra América, cuya causa defiende y defenderé toda mi vida; tanto porque es justa y necesaria para la salvación de sus desgraciados habitantes, como porque interesa además en el día a todo el género humano. Cuenten ustedes conmigo hasta la última hora.

Y le llama a Londres: “Me hallo solo, para defender los derechos de la América en esta capital que hormiguea con sarracenos y enemigos de nuestra independencia”.

Napoleón, poderoso calculador, en vista de su fracaso en Haití y el rechazo a los emisarios franceses, da un inteligente viraje y manda a la Asamblea Legislativa de Francia (diciembre de 1809) esta declaración:

Si España pierde sus colonias, nadie sino ella tendrá la culpa. El Emperador nunca se opondrá a la independencia de las naciones continentales de América. La independencia, que es un fenómeno muy natural, responde a la justicia y a los intereses reconocidos de todas las naciones. Si los pueblos de México y el Perú desean quedar unidos a su metrópoli o elevarse a la cumbre de la noble independencia, Francia jamás ofrecerá resistencia a tal deseo, siempre y cuando esos pueblos no mantengan relaciones algunas con Inglaterra.

Era propiciar de frente la gran insurrección americana, que infaliblemente debilitaría más a la Península. Miranda le da la importancia que tiene y le dice a Contucci: “Es necesario apresurarse

a llevar a efecto el Plan para la independencia de las Provincias de Argentina, etc.; a cuyo efecto es menester tengan ustedes también presente el generoso “ofrecimiento de independencia” que acaba de hacernos Bonaparte en su ‘Exposé’ anual”.

El gobierno andariego de España –este momento Junta de Sevilla– se ha informado de la actividad de Miranda en América, mediante correspondencia. Exígele, así, al almirante Juan Ruiz de Apodaca que en nombre de España reclame ante el régimen inglés por tolerar esa acción contraria a la alianza británico-hispana. La Junta le llama a Miranda “aventurero, intrigante, oprobio del nombre español”. El insulto de un mal enemigo, honra siempre. La notificación se la hace; es cuestión de sustancia protocolar; pero todo se queda ahí, sin consecuencias. Wellesley le ha dicho a Miranda que, por ahora, Inglaterra no podía atender sino a la guerra de España contra Napoleón; pero que, “apenas termine el asunto español, Inglaterra volverá toda su atención a la América”. El gran portón ha quedado a medio abrir.

Los ingleses, cuán poco conocen de América! A fin de ilustrarlos, apoya la traducción al inglés del *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, por el quiteño Antonio de Alcedo y Herrera, publicado en 1786-1789. Y entrega a la *Edinburgh Review* la Carta de Viscardo, comentada por James Mill, padre del filósofo John Stuart Mill. Difundir significa sembrar. ¡Miranda es un agitador y un revolucionario esencial!

Entre los muchos americanos con quienes va tomando contacto, da Miranda con un guayaquileño: José María Antepara (agosto de 1809). Publicará en Londres Antepara, a principios de 1810, un libro basado en el Archivo de Miranda y titulado: *Emancipación de Sud América*. Documentos históricos y notas que muestran el paulatino desarrollo de los planes y esfuerzos del General Miranda con tal fin, en el transcurso de los últimos veinticinco años. Empezaba a servir el Archivo; se descubría en él una vida celosamente vigilada e inteligentemente planificada; había un rumbo, buscador de un fin. Este planeamiento vital se encuentra en todos los grandes, en quienes

nunca hay vivir improvisado, sorpresivo; asumen ellos a tiempo una responsabilidad trascendente, con certera conciencia de su destino ante el mundo, ante la historia; trazan con fuego su línea, y la siguen hasta el final.¹¹⁵

El libro de Antepara debió de ser enviado a muchos ciudadanos en América; contenía historia, luz y rumbo. Pero esas páginas no bastaban; era indispensable y urgente un órgano periodístico de fácil difusión. Y fundó Miranda, con Antepara como redactor principal, el quincenario *El Colombiano*, a costa suya y para distribución gratuita en América.

Colaboraba con Miranda y Antepara el español Manuel Cortés Campomanes, que se había presentado a Miranda el 26 de enero con una carta en francés que decía: “No ignora usted sin duda que he pasado al servicio de Francia, después de haberme evadido de las cárceles de La Guaira, donde había sido enviado por Godoy, como cómplice de la conjuración (de 1797) que ha sido denominada de San Blas, a cuya cabeza estuvo don Juan Picornell”.¹¹⁶ Los textos de *El Colombiano* eran reproducidos por la *Gazeta de Caracas* y por la *Gazeta de Buenos Aires*.¹¹⁷ Su eficacia era evidente. Quería Miranda fortalecer a los revolucionarios, orientándolos en la acción,

¹¹⁵ GRASES, PEDRO. *La tradición humanística*. Obra 5. Barcelona: Seix Barral, 1981: 37 y siguientes. Dice: “La personalidad de José María Antepara está todavía algo desdibujada. Aunque se ha rectificado la fantasía de ser un ex-jesuita, sólo sabemos que era guayaquileño y que había llegado a Londres procedente de México”. Falleció en el combate de Huachi (campana de Sucre en el Ecuador), en 1821. Por medio de Cortés Campomanes entra en el círculo de colaboradores de Miranda en 1809, y figura como “un amigo mexicano” en enero de 1810, durante las reuniones en que tratan de los documentos que luego publicará Antepara con su nombre en el famoso libro *Emancipación de Sud América...*, Londres: R. Juigné, 1810. 229 páginas con ilustraciones.

¹¹⁶ GRASES, PEDRO. *Op. cit.*: 31. Sobre Cortés Campomanes, Pedro Vargas le informaba a Miranda desde Trinidad: “De todos los jefes del complot de Gual, han quedado dos: Picornell y Cortés. El primero creo que está en la América del Norte; el segundo, en Guadalupe, al servicio de Francia con grado de Capitán. Es ingeniero y mozo de muchísimas luces; me han dicho que tiene siempre el mismo ardor por la gran causa” (25 de junio de 1803). PEDRO GRASES, *ib.*: 30.

¹¹⁷ GRASES, PEDRO. *La imprenta en Venezuela*. Obra 8. Barcelona: Seix Barral, 1981: 13.

señalándoles procesos de actividad y dándoles información sobre cuanto sucedía en España y otros países. Inglaterra se mostró disgustada con esta publicación; las reclamaciones del embajador español fueron enérgicas; el periódico terminó su existencia con el número 5. Pocos pasos, sin duda, pero profunda la huella (15 de marzo de 1810-15 de mayo de 1810).

El Colombiano constituyó una gran incitación a la revuelta contra España, cuyos procedimientos político-administrativos fueron severamente cuestionados en esas páginas, que no eran sino ocho para cada número. El ejemplar inicial trae una presentación en la que se dice que el periódico se propone “guiar a los habitantes del Continente Colombiano, para ponerlos en estado de juzgar con rectitud y obrar con acierto en una materia que tanto les interesa, pues debe ser el origen de su futura felicidad”. La materia, obviamente, es la emancipación; la felicidad es la libertad. Inmediatamente juzga a la Junta Suprema constituida en España; señala su nulidad, fijada por un miembro de ella, Gaspar Melchor de Jovellanos. Por tanto, todos sus actos serán nulos; América no tiene por qué considerarlos siquiera. El ataque a la Junta es vigoroso:

El decreto de creación del Consejo de Regencia, dado por la Suprema Junta Central, actuante ahora en la Isla de León, nos prueba evidentemente—dice la hoja— la demencia y la ambición que la autoridad ha producido en los miembros de la Junta: estos hombres que en el momento mismo en que la opinión pública los declaraba ineptos, malversadores de los caudales públicos, déspotas y traidores, cuando por libertarse de la muerte tienen que huir y esconderse, en este mismo momento acusan al pueblo de tumultuario y faccioso, se titulan los legítimos soberanos de España y de las Indias, olvidando que Jovellanos y el marqués de la Romana habían hecho conocer su ilegalidad.

El periódico mirandino no puede ser sino enfático: a pesar de que se edita en Inglaterra, aliada de España; su lenguaje es claro, inteligente.

Otro ataque de *El Colombiano* se refiere al decreto del Consejo de Regencia, a nombre de Fernando VII, que ordena la convocación

de Cortes Extraordinarias. El periódico, con soterrada ira, advierte y denuncia que el número de Diputados se distribuye así: 288 por España peninsular, y 8 para América! “Si las Cortes llegan a tener efecto, los americanos no deben esperar ventaja alguna”. Las Cortes se reunirán, y los diputados americanos como Olmedo, Mejía, no harán otra cosa que expresar sus opiniones.

Importa señalar que en este número inicial, la hoja mirandina sitúa en altoso especial la insurrección de Charcas y de La Paz. Allí no hablaron de Fernando VII en su Proclama sino de la Independencia absoluta.

Cuando apareció el número segundo, el embajador de España Apodaca le llamó periódico incendiario, subversivo y contrario al buen orden, que daba falsa interpretación a los acontecimientos de la Península. “No perderé un instante —decía— se tomen medidas por parte de los ministros ingleses, que le impidan a Miranda continuar sus maquinaciones revolucionarias”. En esta edición se ataca nuevamente al Consejo de Regencia, y se sienta este principio:

La soberanía reside únicamente en el pueblo, y cuando él la deposita en un individuo, este individuo no adquiere el derecho de desposeerse de ella y de transferirla, sin el consentimiento del pueblo [...] Bonaparte pretende ser el legítimo soberano de España, en virtud de la cesión en su favor hecha por Carlos IV y Fernando VII; pero los españoles le hacen la guerra, porque no quieren acceder a esta cesión.

Uno de los centros de mayor distribución de *El Colombiano* fue Buenos Aires, donde operaba el delegado de Miranda, Saturnino Sáenz Peña. Al remitirle ejemplares a sir Arthur Wellesley, decía el líder venezolano: “Los asuntos de la América del Sur están todavía en suspenso. En este momento están en Londres ciertos nativos de México y el Perú, que me han hecho vigorosos llamamientos con respecto a los asuntos de sus países, pero no hemos realizado grandes progresos”. Todavía no llegaban a Londres las noticias del 19 de abril en Caracas, del 20 de julio en Bogotá, etc.

El tercer número insiste mucho en prevenirle a la América de las audacias napoleónicas; se suponía que sus agentes estaban en viaje hacia el Nuevo Mundo. En un Suplemento se publicó el Manifiesto de Carlota Joaquina de Borbón, hija de Carlos IV de España; separada de su marido Don Juan de Portugal, hacíale oposición desde Río de Janeiro.

En los dos últimos, cuarto y quinto, se da a conocer en dos partes una traducción del inglés de una publicación en los periódicos de Londres. Se titula el trabajo *Pensamientos de un inglés sobre el estado y presente crisis de los negocios de la América del Sur*. El texto incita a la rebeldía:

La América por espacio de tres siglos ha sido tenida en el estado de la más vil servidumbre por un país de Europa, con el cual no tiene otras conexiones sino el que los naturales de este país fueron los primeros europeos que conocieron la América, y que la clase principal del pueblo americano descende de aquellos europeos. Toda la Europa sabe que los habitantes de América después de muchos años quieren verse emancipados y libres de la dura sujeción en que los tiene un país extranjero [...] El gobierno de este país, por una gracia de la Providencia la más preciosa para la América, está completamente disuelto, y los habitantes del Nuevo Mundo son llamados, por la voz de Dios y de los hombres, a formar un gobierno por ellos mismos y para ellos mismos [...] Rotas las cadenas que le sujetaban a un país extranjero, América se halla en la mejor oportunidad para formar por sí mismo un gobierno [...] El primer paso que los habitantes del continente colombiano debían hacer hacia su independencia, es el tomar una medida: que las personas principales de cada distrito se reúnan y declaren que como el antiguo gobierno se halla disuelto por la fuerza de los eventos, el gobierno de las Américas se deposite interinamente en las autoridades naturales del país, que son los Cabildos [...] La influencia más peligrosa que los enemigos de la felicidad de América pueden emplear, es la intervención sagrada de la religión. El mezclar la religión con las cuestiones políticas es apartarse de un verdadero objeto y forjar las cadenas del despotismo; y esclavizar a los hombres, con pretexto de religión, es profanarla y ser traidores a la patria.

Después de su Monumental Archivo, Miranda se yergue en la historia continental como el artífice de *El Colombiano*, del que el autor inglés William Spence Robertson ha dicho que fue “quizás la hazaña literaria más sobresaliente de Miranda”. Pudo circular en toda la América, sobre todo de manera oculta. Cumplió en pleno su objeto de coordinar y encender la sublevación continental contra el régimen español.

De todos los sucesos de este lapso, a Miranda le interesó de modo excepcional lo acaecido en Caracas el 19 de abril (1810). Su lar nativo era para él la “encarnación-resurrección” de los etruscos; allí nació, allí tenía que producirse, con prioridad a otros lugares de América, la resurrección.

*En esta fecha —escribe el historiador venezolano Arellano Moreno— el Cabildo caraqueño dio el golpe de Estado y, en unión de personas extrañas al cuerpo, asumió el poder con el nombre de Junta Suprema de Caracas, llamada más tarde Defensora de los derechos de Fernando VII. El mariscal Vicente Emparan, Capitán General, fue encarcelado y expulsado, lo mismo que el Intendente, el Auditor y otros funcionarios. La autoridad de Emparan era tan débil como la de los Gobernadores anteriores; la fuerte era la emanada del Ayuntamiento, unido al pueblo.*¹¹⁸

Apenas conoce las primeras informaciones, las comunica. A Contucci le escribe: “En el *Correio Braziliense*, número 26, hallará Vm. auténticos documentos y detalles sobre los eventos memorables ocurridos el 19 de abril último en la provincia de Caracas”. A Juan Esteban Sizo y Francisco Antonio Miranda, de Caracas, les dice:

He recibido la apreciable carta de vms. del 6 de junio último que en mano propia me entregó el joven Landaeta [...] Vms. poseen varones de alto mérito y virtudes, en esa ilustre ciudad; pues tales era menester fuesen aquellos que concibieron y ejecutaron el portento del 19 de abril de 1810, día célebre y glorioso para Caracas [...] Yo convengo con vmeds. en que esta gran empresa sólo está iniciada y que aún falta

¹¹⁸ ARELLANO MORENO, ANTONIO. *Op. cit.*: 127.

para su perfección lo más arduo y dificultoso de la obra. Pero si todos cooperamos con desinterés y buena voluntad al mismo fin, la consecución me parece no solamente probable sino también fácil.

Más tarde, enviará un mensaje especial a la Junta. Su personal tensión está altamente concentrada. Si fuera poeta, describiría magníficamente ese gran amanecer, comienzo de una gigantesca polifonía heroica; pero Miranda no está dentro de una retórica literaria; es un testimoniador, un relator, un transmisor de una verdad histórica en él depositada.

A Caracas le siguen, en la constitución de Juntas, Cumaná, Barcelona, Mérida, Trujillo, Barinas y la isla de Margarita. (Estos siete nombres, figurados por estrellas, constarán más tarde y por siempre en la bandera nacional venezolana). ¡Fueron el mascarón de proa!

Muy poco antes, el 14 de febrero, el Consejo Supremo de Regencia para España, actuante en Cádiz, había expedido una Proclama oportunista que decía:

Desde este momento españoles-americanos os véis elevados a la dignidad de hombres libres; no soís los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar, al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso nacional [las Cortes], vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores; están en vuestras manos.

En esta Proclama, poco interesa la ingenua declaración de “soís hombres libres”, que eran palabras, nada más que palabras, cuando ya estaba en marcha el gran proceso revolucionario. Lo que vale, para la historia, es el reconocimiento oficial de España de que a la América se le había tratado como a esclava: “encorvados bajo un yugo duro, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia”. Esta confesión de parte del gobierno español aceleró los acontecimientos libertarios, en vez de retardarlos

o atajarlos. La indignación americana fue general y categórica ¡La Regencia había hablado con cinismo!

Las Cortes se instalarán el 24 de septiembre (1810) y expedirán una nueva Constitución, de esencia liberal, el 19 de marzo de 1812. Su artículo 1º dirá:

La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios. Es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona [...] La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica romana, única verdadera.

Cuando Fernando VII regrese a España, libertado de su cautiverio en Valenciennes, declarará “nulos y sin ningún valor y efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen jamás pasado tales actos y se quitasen del medio del tiempo, todos los trabajos de las Cortes de Cádiz”. Las gentes gritarán torpemente en Madrid: “Viva el rey absoluto!”.

Dos amigos muy especiales, muy valiosos, tiene Miranda en Londres: el filósofo Jeremías Bentham, y el pedagogo Joseph Lancaster. Bentham, enciclopedista, célebre ya con su teoría de “la mayor felicidad para el mayor número” —era de la misma edad de Miranda—, le dará a su amigo venezolano un proyecto de ley, por él creado, sobre libertad de prensa. Su filosofía será enseñada en las Universidades americanas, una vez alcanzada la emancipación. El educador Lancaster logrará que su método sea introducido más tarde en Venezuela, aun en contra de las teorías educativas de Simón Rodríguez, maestro de Bolívar.

La Junta Suprema de Caracas muestra excepcional dinámica desde el comienzo: organiza tropas que, comandadas por el Marqués del Toro, marchan a dominar la ciudad de Coro, leal a la Regencia, instalada ahora en la isla de León; fracasa el empeño y se extingue así un comienzo de guerra civil. Asume luego un sentido internacionalista al enviar emisarios a los Estados Unidos, Curazao, Barbados, Nueva Granada e Inglaterra. A Londres va una misión integrada por Simón

Bolívar, Luis López Méndez —pariente político de Miranda— y Andrés Bello como secretario (Bolívar sufraga todos los gastos). Llegan a su destino el 14 de julio, viajeros en el *Wellington*, buque de guerra inglés; arriban el día de la toma de la Bastilla! Tal vez lo recordaron, porque Miranda les visitó en seguida; portaban para él mensajes, cartas, noticias, todo en la gran euforia de los dones procedentes de ultramar!

Me trajeron elogiosas recomendaciones de mis parientes y de otros actores de esta memorable revolución del 19 de abril —escribirá—. Estas comunicaciones revelan amistad y estima hacia mí por los servicios que he prestado a esa memorable causa; me piden, en nombre de destacados personajes del país, que yo secunde las negociaciones con Inglaterra y que vaya a unirme a ellos.

Lo dicen las cartas, las vívidas narraciones de Bolívar, de López Méndez; Bello, silencioso, observa, añadiendo quizás algún detalle acerca de la situación que vive el país. Todo es preguntar, averiguar, inquirir hasta en la minucia; Miranda quiere saber por entero tanto lo sucedido en la caída de Emparan, como en el rechazo a los emisarios franceses. Una de las cartas —la de su cuñado José María Fernández, esposo de su más querida hermana, Rosa— le da un dato muy significativo: Bolívar es quien más le aprecia. Dice el texto:

Los conocidos talentos de usted nos inspiran reclamarle nos proteja ante la Corte Británica a favor de la independencia, que se ha instalado en esta su amada patria el 19 de abril del corriente año [...], cuyas noticias he tenido el honor de gloriarlas, celebrarlas y brindarlas en su amada memoria con unos muy dignos de la estimación de usted, como son el señor Marqués del Toro y los caballeros Bolívars, siendo el dador de ésta uno de los que más han manifestado el aprecio de su memorable persona.

Le informa, en seguida, de la muerte reciente de Rosa, y le recuerda lo que le había escrito Miranda a ella: “que volvería algún día con más honor y brillantez de lo que salía”.* Se hacen planes

* Mucho debió dolerle a Miranda la muerte de su hermana preferida. Sin embargo en el *Diario* no anotó nada al respecto.

inmediatamente, para que los delegados cumplan su misión. Es un día sábado; el lunes, ya se efectúa la primera conferencia con el Canciller Richard Wellesley –hermano del general que comanda las tropas británicas en España–; no en la cancillería: Inglaterra está en buenas relaciones con España, y Venezuela pertenece a España, sino en Aspley House, en el despacho privado del marqués. Miranda ha logrado esta atención oficial inmediata a sus compatriotas. El encuentro de Miranda y Bolívar será histórico, trascendente.

Los comisionados recibieron de la Junta de Caracas instrucciones especiales secretas, que no están en los pliegos oficiales: comprar armas, conseguir la protección de Inglaterra para el libre comercio venezolano y recomendación a las flotas y funcionarios ingleses de las Antillas para que amparen al país contra los agentes de Napoleón. Pero hay una instrucción específica relativa a Miranda:

El General que fue de Francia, maquinó contra los derechos de la Monarquía que tratamos de conservar. Bajo esta inteligencia, si estuviere en Londres y se acercase a los comisionados de este nuevo gobierno, sabrán tratarle como corresponde a estos principios; y si su actual situación pudiese contribuir de algún modo que sea decente a la comisión, no será menospreciado.

Se le tiene a Miranda entre los mantuanos en muy poca estimación; se duda de él; parece, a los ojos de la Junta, un apestado peligroso. ¡Qué culpable ceguera!*

Andrés Bello redacta la minuta de las cinco conferencias de los delegados con el Ministro Wellesley (dos en julio, dos en agosto y una en septiembre), quien había estado antes de embajador en Madrid y conocía minuciosamente la cuestión hispanoamericana. Las exposiciones, réplicas, contrarréplicas, aclaraciones y deducciones, se redujeron a esto, en frases textuales constantes en las minutas:

* En los mantuanos hubo constantes reservas respecto de Miranda. Cuando llegue a Caracas le opondrán, solapadamente y por métodos indirectos, todo obstáculo posible. Se hará una colecta entre ellos de 19.050 pesos “para premiar al que entregue la cabeza del traidor Miranda”. (Cita de BRITO FIGUEROA, FEDERICO. *El problema tierra...*: 331).

El Marqués dijo que juzgaba inoportunos los procedimientos de Caracas, como que todos estaban apoyados sobre un supuesto falso, que era la pérdida absoluta de la España; que jamás los asuntos de España habían presentado un aspecto más favorable; que la animosidad de los españoles contra los franceses era en el día mayor que nunca. [...] Don Simón Bolívar contestó a S.S. que una exposición breve y sencilla de los hechos que habían sobrevenido en Caracas haría conocer mejor que todo el verdadero espíritu de su Gobierno; y recorrió la historia de los últimos acaecimientos [...] Dijo que el nuevo Gobierno pronunció solemnemente su separación del Gobierno de Regencia, declarándolo nulo en su establecimiento y arbitrario en sus disposiciones. Este era el espíritu del Gobierno actual de Venezuela; éstos los principios que se hallaban profundamente arraigados en el corazón de sus habitantes, y que no podrían jamás desmentir. [...] Entonces observó S.S. que este desconocimiento de cualquier modo que se le pintase era un acto verdadero de independencia, y que los tratados existentes entre la Gran Bretaña y la España no permitían al Gobierno de S.M. aprobarla; no podría autorizar la Gran Bretaña ni reconocer de modo alguno lo que ofendiese directamente a la integridad e independencia de la España. [...] Don Luis López Méndez hizo presente a S.S. que los reglamentos coloniales de España no eran leyes fundamentales de la monarquía. [...] Replicó S.S. que el fundamento de todo Gobierno era el depósito central de una autoridad, y que todo acto dirigido a sustraer de ese poder central a cualquiera de las partes, atacaba radicalmente la constitución; que un acto de esta naturaleza solamente podía apoyarse sobre aquellos principios que, con el nombre de Derechos del Hombre había producido la Revolución Francesa y se hallaban en el día completamente desacreditados. [...] El Marqués insistía en la necesidad de prestar alguna especie de reconocimiento real y verdadero a la Metrópoli; tenía por justas las medidas tomadas por el pueblo de Caracas para deshacerse de unos magistrados sospechosos, pero no podía ver bajo el mismo aspecto su absoluta substracción del Gobierno de la Península; convidó a los Comisionados a que hiciesen proposiciones más propias para conciliar todos los intereses. [...] Los Comisionados contestaron que no les era posible desentenderse de las instrucciones de su Gobierno, en que se les prevenía estrechamente cerrar sus oídos a todo acomodamiento con la Regencia;

que estaban seguros de que sus compatriotas consentirían primero en perecer, que en someterse a una dominación tan dura como peligrosa. [...] El Marqués dijo que don Simón Bolívar tenía bastante talento y conocimiento para no comprender que la independencia a que aspiraba Caracas era una cosa sin ejemplar en los anales del pueblo español y de sus colonias. [...] Don Simón Bolívar repuso que aun conviniendo en que la dependencia de América fuese un punto de tanta entidad, era demasiado duro que se exigiese a los americanos un desprendimiento absoluto de sus intereses esenciales; que nadie mejor que el Marqués podía deponer contra los vicios de la administración española. [...] El Marqués sonrió haciendo un cumplimiento al Comisionado por el ardor con que defendía la causa de su país; y don Simón Bolívar le contestó que S.S. lo manifestaba mucho mayor en sostener los intereses de España. La conferencia se hizo bastante animada, pero por una y otra parte no se hizo más que presentar las razones anteriores bajo diferentes formas. Dijo S.S. que si la misión no tenía otros objetos ulteriores, pensaba que se hallaba concluida [...] Los Comisionados contestaron que venían particularmente encargados de solicitar los auxilios de la Gran Bretaña para asegurarse contra las tentativas de la Francia; insinuaron también los Comisionados, aunque no en términos expresos, el interés de su Gobierno en que la Gran Bretaña le dispensase alguna especie de reconocimiento. Dándose por entendido el Ministro de toda la extensión de esa solicitud, opuso dificultades que en su concepto la hacían inadmisibles. Añadió que era imposible al Gobierno Británico aprobar expresa y solemnemente el establecimiento de Venezuela; pero que S.M. no tomaría tampoco la medida de desaprobalo; que la conducta del Gobierno de S.M. había sido constantemente desentenderse de la legitimidad de los Gobiernos establecidos, auxiliando siempre los esfuerzos de los pueblos que querían resistir a la Francia. Expuso que el Gobierno Británico emplearía gustosamente su influencia para que no fuese turbado por hostilidades de la Metrópoli el nuevo establecimiento de Venezuela.

Las conferencias se hicieron en idioma francés.

El Canciller Wellesley no hizo sino repetirles a los comisionados lo que ya oficialmente se le había notificado en días anteriores al gobernador inglés de Curazao, general Layard:

No habéis estado acertado en haber no sólo reconocido al Gobierno de Caracas, sino además aprobado sus actos. Mientras la nación española persevera en su resistencia a la invasión francesa y una esperanza razonable de éxito quede posible, S.M. tiene el deber de desanimar toda iniciativa que pueda tener por resultado provocar una separación entre las provincias españolas y la madre patria. Tampoco puede S.M. sostener una parte de la monarquía española contra la otra desde el momento que reconocen igualmente al mismo soberano y se oponen a la usurpación.

La embajada de España se queja, protesta; exige a la Junta de Cádiz que le declare a Venezuela en rebeldía y que se decida el bloqueo de todas sus costas. Se lo decreta. Venezuela se tonifica en su actitud valiente y decide la guerra.

Los “Embajadores de América del Sur” como les llama la prensa londinense que, por acción de Miranda, se ocupa de los viajeros y sitúa en relieve su significación, son invitados a una recepción oficial en la Cancillería. Se les hace honor. Miranda les lleva a salones de alcurnia, como los del duque de Gloucester; asisten a fiestas de marqueses y condes; pasean por la urbe en lujoso coche. Miranda tiene una pensión de setecientas libras anuales. Es verano; Londres se complace con un clima tibio que echa a las gentes a vagar deleitosamente por las calles. En una de las entrevistas finales, Wellesley intentó sugerir un plebiscito en Venezuela; se indignó Bolívar y pensó en el retorno a Caracas.

Un gran amigo de Miranda, el emigrado español José Blanco White, se vuelve uno de los mejores amigos de Andrés Bello; lo será por largos años. El periódico *El Español*, del emigrado, aparece mensualmente, costado por el Gobierno británico con el objeto de difundir en España y en América los puntos de vista ingleses en relación con Bonaparte y los manejos comerciales internacionales. *El Español* atacó duramente a la Regencia y luego a las Cortes, por su política equivocada respecto de América. Fue un cooperador de la misión venezolana.

¿Quería Miranda volver a Venezuela, atendiendo a los diferentes llamados y cediendo a las especialísimas instancias de Bolívar? A su amigo Coronel Smith habíale escrito, antes del arribo de los Comisionados:

Creo que la prudencia requiere que yo decline aceptar las solicitudes, hasta que sean expulsados del país los abominables agentes españoles.

Pero Bolívar le ha convencido; ese era uno de los objetivos sustanciales suyos: obtener el retorno de Miranda, para que comandase con su prestigio y saberes militares, la revolución armada. A los diez días de llegados los de la misión, Miranda ya estuvo dirigiéndose oficialmente a Wellesley, solicitándole el permiso del Gobierno inglés para “regresar a mi querido país”, y pidiéndole viajar en uno de los buques de guerra de S.M.

Antes, le habla a la Junta Suprema de Caracas para darle la enhorabuena por los gloriosos y memorables hechos del 19 de abril.

Sean para siempre loados, dice, los varones ilustres que tan santa e inmortal obra ejecutaron, y que sus nombres vivan en los siglos venideros hasta la más remota posteridad! [...] He presentado al Gobierno Británico un Memorial, poniendo así término a las negociaciones que desde veinte años a esta parte tenía establecidas en favor de nuestra emancipación, y solicitando al mismo tiempo el permiso debido, para regresar a mi amada patria en calidad de uno de sus ciudadanos.

Se ha señalado, y con suma de acierto, que Miranda inyectó en Bolívar y en Andrés Bello una conciencia continental, ya que traían sólo una nacional. El Juramento de Bolívar en el Monte Sacro de Roma fue para libertar sólo a Venezuela. Los planes mirandinos, sus prédicas, sus cálculos, todo fue americano, ancho, grande, del norte de México al sur del Río de la Plata. Bolívar y Bello captaron inmediatamente esa dimensión, y la conservarán en todo su pensar y todo su hacer. “Uno es el hombre que sale de Caracas el 10 de junio, y otro el que a Caracas regresa el 5 de diciembre de 1810. Bolívar se

redimensiona”.¹¹⁹ Si Bolívar ha conseguido que Miranda retorne a Venezuela para dirigir la revolución, Miranda ha logrado reestructurar la mente y el objetivo de quien ha de ser su sucesor: las armas del General pasarán a las del Coronel, en 1812; el primero tendrá sesenta y dos años; el otro, veintinueve.

Miranda le ha dado a la América además –y a los Comisionados– el esbozo del principio del *uti possidetis*, cuando le inspiró al hijo del Ministro Wellesley una amplia Nota sobre Caracas; ha empleado la palabra *anfiction*, que Pedro Gual y Bolívar usarán con evidente acierto. Y, sobre todo, ha salvado el nombre de Colón: “De labios de Miranda conoció Bolívar la voz “Colombia”; el *Diario* mirandino se llamará *Colombeia*”.¹²⁰

Esta obsesión de Miranda por Colón, no corresponde únicamente a un punto de justicia histórica. Hay mucho más. Detrás, o al fondo, se advierte un paralelismo entre la vida y la hazaña del genovés y del caraqueño que éste debió descubrir a tiempo, al hurgar en su propia conciencia. Si Colón parte un día de 1492 de Palos de Moguer, con la certeza de encontrar lo que su lógica y su intuición le señalan; Miranda sale también de La Habana, un día de 1783, en busca de lo que será el ideal magno de su vida: la independencia americana. El uno descubre un mundo nuevo; el otro anuncia su descubrimiento de una América libre, que habrá de llamarse, según él, Colombia. Los dos llevarán el *Diario* de su hazaña; el uno tendrá un hijo ilegítimo, y el otro dos. Serán apresados y encadenados, por la misma nación: España. Se les desconocerá su derecho de primacía: al continente de Colón se le denominará América, por Américo Vespucio; y a Miranda, en La Guaira, en 1812, se le apresará en desconocimiento de sus treinta años de luchas por la independencia americana. No se sabe aún donde reposan los auténticos restos de Colón, si en España o en Santo Domingo; los de Miranda fueron a parar a la fosa común en Cádiz. ¡Cuánto, cuánto importan en la historia los dos descubridores!

¹¹⁹ SALCEDO BASTARDO, J. L. *Crisol del Americanismo...*: 54.

¹²⁰ SALCEDO BASTARDO, J. L. *Crisol del Americanismo...*: 56-57.

Poco antes del viaje a Venezuela, hace Miranda que el pedagogo Lancaster dé en su casa una demostración a los Comisionados de su método educativo, en el que los estudiantes más avanzados enseñan a los menores que ellos. Hay, por otra parte, alegría general: la prensa comprueba, y lo dice, que los esfuerzos de Miranda en pro de la emancipación americana han empezado a fructificar; se dan a conocer las formaciones de las Juntas; el *Morning Chronicle* extracta párrafos de los periódicos de Caracas. Ha llegado a Londres un delegado de la Junta de Buenos Aires: Matías de Irigoyen. Las posibilidades hacia el porvenir desfilan en la imaginación ahuyentando todo pesimismo y arrojando a las llamas todo asomo de derrota. La sangre tropical parece llamear en la casa de Miranda. Y hasta la serenidad de Andrés Bello posa nerviosas las manos en los seis mil volúmenes que tiene a la vista, muestra de la fecunda cultura de su dueño. El viaje de los Comisionados ha dado alas a la rebeldía venezolana; las ilusiones van ovillándose, con hilos de oro. Para que nada falte, Bolívar le ha dado a Miranda mil libras, “que pagará la Junta” (las pagaron los herederos de Bolívar).

Se decide que continúen en Londres, en representación de Venezuela, Luis López Méndez y Andrés Bello. Simón Bolívar parte de regreso a su patria, el 16 de septiembre y sale en la goleta *Sapphire*, en compañía de José Tovar Ponte, José María Antepara y Pedro Antonio Leleux. El caraqueño Tovar se presentó a Miranda en los mismos días del arribo de los Comisionados; Leleux, francés, fue secretario, edecán y hombre de confianza de Miranda y luego de Bolívar.¹²¹ Tal vez piensa en las declaraciones que dio al *Morning Chronicle*; o mas bien en lo que hará en Caracas para preparar la llegada de Miranda. Leleux vigila, día sobre día, el Archivo de Miranda, que le ha sido confiado; son muchos tomos, en los cuales el autor ha escrito su *Diario* y ha coleccionado numerosos escritos, en el más importante intento de atestiguación de su propio ir por el mundo. Esas páginas, miles de páginas, demuestran que Miranda se sabía protagonista y actor, o sea que sí poseía una conciencia histórica, tanto más se conocía ser histórico, ser hacedor de la historia. Su propio

¹²¹ VERNA, PAUL. *Tres frases en la independencia de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1973: 77-116.

destino iba obligándole a señalar constantemente cuanto ejecutaba, estudiaba, indagaba, sabía, comprendía de sí mismo y de los otros. Su vigor interior le advertía que su existencia no era una del montón, sino una excepcional, orientada a grandes realizaciones. De no portar en su intimidad esta certeza de que avanzaba hacia mucho, no habría escrito cuanto escribió. Son cuarenta años los empleados en esta tenacidad, desde que abandonó a Caracas hasta ahora que se prepara al retorno. En la historia, quizás no haya antecedente de hombre grande que haya tenido tan a tiempo la seguridad de sus altos fines, con la fijación simultánea para su Archivo de lo que iba haciendo. Quería que se supiese su verdad auténtica, que no se tergiversaran sus actos, que se le tomase en su exacta mensura, De ahí su empeño celoso de que esos tomos se salvaran a cualquier costo. Los encomendó a Bolívar y a Leleux, como se encomienda una vida. Nunca fue adinerado Miranda; su Archivo significábale su tesoro entero, inigualable, invalorable en ninguna cantidad.

Llegada la hora crítica en la vida de Miranda –faltan menos de dos años–, ¡Leleux será el salvador del Archivo, mientras su dueño y autor será llevado a una cárcel!

Antes de partir, Bolívar ha revisado el borrador de la nota que dirigirá López Méndez –redactada por Andrés Bello– al gobierno de Venezuela, sobre Miranda. La nota será enviada quince días después, y antes de que Miranda se embarque hacia Caracas. Esta Nota-informe, que aparece con varias tachaduras que no debieron ser sino del propio Bolívar, constituye el mejor elogio y la más nítida defensa de quien, paradójicamente, necesita ser sincerado en su ciudad natal, donde las autoridades españolas y muchos de los mantuanos le calificaron, no muy atrás, con los términos más viles. Se dice en ese amplio texto:

La residencia de don Francisco de Miranda en Londres nos pareció, desde nuestra llegada, una circunstancia altamente plausible [...] Nos convencimos de que sólo por medio de Miranda, única persona a quien podíamos consultar con franqueza, nos sería fácil adquirir los conocimientos preliminares que necesitábamos, y que aquel compatriota

nuestro, por sus largos viajes y experiencia, por sus antiguas conexiones con este Gabinete y por su notorio interés en favor de la América, se hallaba en estado de darnos con más extensión y fidelidad que ninguna otra persona [...] Ni aun sus enemigos se han atrevido a negarle a Miranda una superioridad extraordinaria de luces, experiencias y talentos [...] Contrayéndome a la expedición de Coro, es improbable que la Inglaterra hubiese continuado protegiendo a Miranda si la hubiese creído tan temeraria y tan mal conducida, como sus émulos se han esmerado en pintarla [...] Le hemos visto en conexión con personas de la primera grandeza y con casi todos los caracteres respetables que existen actualmente en Londres. Hemos observado su conducta doméstica, su sobriedad, sus procederes francos y honestos, su aplicación al estudio [...] ¡Cuántas veces, a la relación de nuestros sucesos, le hemos visto conmovirse hasta el punto de derramar lágrimas! ¡Cuánto ha sido su interés en informarse hasta los más menudos pormenores! ¡Con qué oficiosidad le hemos visto dispuesto a servirnos con sus luces, con sus libros, con sus facultades, con sus conexiones! [...] Miranda es un hombre que reúne eminentemente las cualidades constitutivas de un patriota celoso, de un General experto y de un profundo político! Caracas debería llamarle por su propio interés [...] El no solicita ninguna intervención en los asuntos públicos; él no quiere más que expirar con la satisfacción de haber visto amanecer en su patria el día de la libertad.¹²²

Veinte días median entre la salida de Bolívar y la de Miranda. La fina diplomacia inglesa, muy precavida y previsora, lo ha aconsejado. El embajador español agota argumentos y gestiones para impedir el viaje mirandino; valía más tenerlo cerca y, además, era un hombre altamente peligroso para la Corona! Miranda todo lo dispone en ese corto lapso: que se queden en su casa, como residentes, junto a Sara Andrews y los dos hijos, tanto López Méndez como Andrés Bello; que el gobierno británico mantenga, en beneficio de Sara, las 700 libras anuales asignadas a él y las 200 de su Secretario Molini, cuya esposa también vivirá en la casa. Va despidiéndose de tantos y tantos amigos, en cuya conciencia hay ya la certeza de que el viajero

¹²² El texto completo se encuentra en la obra de J. L. SALCEDO BASTARDO: *Crisol del Americanismo...*: 97-99.

tenía razón en todo cuanto había laborado durante dos décadas; ahora, ya la lucha por la liberación americana ha comenzado; el venezolano va a intervenir directamente en la recia pelea. ¡Se le da la razón; se le admira! Hace un nuevo testamento –que será el definitivo– en el cual confirma casi todo lo estipulado en el que otorgó en agosto de 1805. Empieza así el del 2 de octubre de 1810:

Hallándome a punto de embarcarme para América, con intento de llevar a debido efecto los planes políticos en que tengo empleada gran parte de mi vida, y considerando los graves riesgos y peligros que para ello será indispensable superar [...]

Lo había dicho antes y lo dice hoy: sabe que puede desatarse la desventura sobre él; lo intuye, ahora más que en 1805. El único añadido: la presencia de su segundo hijo, Francisco. Las disposiciones de este testamento se cumplirán siete años más tarde, a los pocos meses de desaparecido el prócer. ¡Comparecerán los acreedores, además de los deudos!

La despedida es dramática: de Sara, su compañera; de sus hijos de siete y cuatro años; de López Méndez, de Bello, de otros amigos. No volverán a encontrarse nunca. En el viaje al puerto y luego en el buque que se dirige a Curazao, le acompaña su secretario Tomás Molini. Nada saben de lo de fuera: que en Quito las tropas españolas asesinaron a los más valiosos jefes de la insurrección, el día 2 de agosto. Que las fuerzas napoleónicas abandonaron a Portugal, de modo que la lucha ha quedado circunscrita a la parte española de la Península. Que España ha prohibido la lectura de *El Español* de Blanco White. Que en Caracas se ha creado una Junta Patriótica de Agricultura y Economía que se volverá Junta Patriótica a secas, es decir política. Que el zar de Rusia, Alejandro I, ha roto el bloqueo continental napoleónico contra Inglaterra. Que Mariano Moreno, en Buenos Aires, ha publicado una traducción suya al *Contrato social* de Rousseau, pero amputándole todos los puntos que ofendían al catolicismo. El mundo avanza; Miranda camina hacia su fatal sacrificio.

LA TEA OLÍMPICA

Pero una fatalidad más fuerte que los hombres, lo hizo pedazos.

PLATÓN. *La Séptima Carta.*

En alta mar los pensamientos de Miranda corretean de un punto a otro. Los mantuanos de Caracas, en parte, son sus enemigos; ¿qué piensa de él el pueblo? Le respalda el poderoso clan de los Bolívar, del marqués del Toro, de los Tovar. Pero, en 1806, pusieron a precio su cabeza y muchos mantuanos aportaron sumas con ese objeto; él conoce los nombres. El clero le es hostil, por masón, por haberse sublevado contra las “autoridades legítimas”. Hay inquietud y recelo, ánimo de pugnacidad, resistencia; su retorno a la patria, a los cuarenta años, alza muchos interrogantes, en medio de los cuales, como entre dos filas de lanzas, tendrá que pasar.

Pero Simón Bolívar lo había dispuesto todo certeramente, y el desembarco en La Guaira de Miranda y sus compañeros, de un buque de guerra británico que los había traído desde Curazao, fue un pequeño acto triunfal. Una cabalgata de jóvenes entusiastas, revolucionarios todos, les acompañó a Caracas por la ruta de El Ávila. En la ciudad, Miranda fue alojado en la casa de Bolívar. Al grande hombre se le trató con la excepcionalísima distinción que merecía. Andrés Bello dirá más tarde: “Aquel proscrito formidable personificaba en sí la revolución hispanoamericana. Había cumplido sesenta años; no obstante, como si estuviera en la flor de la edad y de las ilusiones, persistía en sus propósitos de independencia de la América Española”. Así lo vieron en Caracas: erguido, fuerte, poderoso en la dinámica; su estatura y sus ademanes imponían respeto; hablaba con vehemencia, pero con estricta precisión. Las gentes de distinción, en parte, se volcaron a saludarle; esperaban todo de él, ya que la derrota de las tropas patriotas frente a Coro acababa de producirse. Aparte de eso, en varios puntos habían estallado pequeñas insurrecciones contra la Junta, algunas de las cuales fueron castigadas drásticamente. Miranda parecía la certeza del orden y del éxito. En él hay un escozor profundo: al desembarcar, pusieron en sus manos un

pliego de la Junta, cargado de reticencias y desconfianza. Se le fijan procedimientos, se le señalan condiciones, a él, el hombre supremo en ese momento, a él que ha combatido por la emancipación durante tantos años, a él tan distinguido por soberanos y príncipes! Su orgullo está herido; ya se pueden hacer augurios sombríos. ¡El esperaba algo muy diferente!

Sin embargo, el Cabildo ordena la incineración de todos los documentos que se forjaron en 1805 contra el líder. El General le expresa al Cabildo: “El principal motivo de júbilo para mí es el de ver restablecida la memoria de mis compañeros de 1806”. Sabe Miranda lo que significó aquella hazaña, que fue la apertura de la lucha por la independencia; los que allí murieron, fueron las primeras víctimas por la libertad.

Decía el *London Packet*:

Un gran número de ciudadanos principales fue a La Guaira para escoltarle a Miranda a su ciudad natal, donde entró a eso del medio día, el jueves último, montando un hermoso corcel blanco. Fue acompañado por una numerosa cabalgata de hombres de la mayor distinción y seguido por una inmensa multitud de ciudadanos que aplaudieron su retorno.

La *Gazeta de Caracas* le da la bienvenida y elogia su retorno. Los Cabildos de Valencia y San Carlos, la Junta de Bogotá: todos le ensalzan. La Junta de Caracas le otorga el grado de Teniente General, con el sueldo correspondiente, y le hace saber que han sido quemados los papeles que se referían a su conspiración.

En la navidad –había llegado el 10 de diciembre–, encuentra muy reducida su familia. De diez hermanos, sólo vivían él y su hermana Ana Antonia; su cuñado José María Fernández es ya viudo; los sobrinos, las sobrinas forjan el halago y la alegría. ¡Cuánto ha matado el tiempo!

Su carta al noble amigo Wellesley –7 de enero– es muy elocuente:

El gobierno y el pueblo de Venezuela me han recibido con gran aplauso, amistad y afecto, confiriéndome al mismo tiempo recompensas cívicas y militares; por estos medios podré, así lo espero, tener la influencia requerida para fomentar los intereses de la Gran Bretaña, por ser perfectamente compatible con el bienestar y la seguridad de estas provincias.

El eje de las actividades revolucionarias es la Sociedad Patriótica, fundada en ausencia de Bolívar, o sea hacía muy poco. Sus doscientos miembros se reúnen, discuten, planean, peroran, estudian el futuro con ardor. Bolívar y sus amigos, los de su edad, allí están; pronto le recibirán a Miranda y hasta le nombrarán Presidente. Les preocupa la resistencia de Coro, Maracaibo, Guayana. Nadie es débil en ese grupo juvenil magnífico; parece un ordenamiento de brazos en alto, hacia victorias y retos. ¡Hasta Miranda parece joven ahí!

Lo inmediatamente próximo es el Congreso. La revolución necesita fundamentaciones jurídicas; una Constitución aclarará la estructura del país y le enrumbará. Se han efectuado las elecciones de diputados antes de la llegada del prócer; por suerte no todos los pueblos han podido elegir sus delegados. Miranda constará en el Congreso como diputado por El Pao, de la provincia de Barcelona. Este logro se obtuvo, a pesar de que muchos mantuanos continuaban llamándole extranjero, militar europeo; si ha llegado acompañado de extranjeros: Antepara, Molini, Leleux; si sus hijos son ingleses... Los humanos, cuando son pequeños, atacan siempre con minucias.

Miranda, en la “Sociedad Patriótica” introduce, con apoyo de muchos, la presencia de los valores del pensamiento, sobre los valores tradicionales de la sangre, o sea a los pardos de recio impulso patriótico; en las propias calles de la ciudad, que poco ha cambiado en las cuatro décadas transcurridas desde cuando la abandonó en 1771, camina con ellos, se hace ver con ellos. El ideal político nuevo empieza a mostrarse en hechos; también los artesanos y los obreros entran a ser tomados en cuenta.

La política se mueve en tres fracciones: la de los aristócratas autonomistas: aspiran a constituirse en poder político, ya que tienen

poder económico. Son los mantuanos. Allí está el Marqués del Toro;¹²³ Martín Tovar Ponte, “para quien la palabra Patria tiene un sentido moral y pasará por los días trágicos de la revolución su perfecta hidalguía de caballero”; el marqués de Casa León, “opulento propietario de los valles de Aragua, de alma extremadamente tortuosa e intrigante, que se hará amigo de Miranda para traicionarlo y servir de nuevo a los españoles”; y “hombres de gran estilo como Ribas y Bolívar, que han de romper toda coacción y prejuicio de clase”. El segundo partido es el de la juventud que conoce los libros de *la Enciclopedia*: “Vicente Salías, Antonio Muñoz Tébar, García de Sena, Coto Paúl, el músico Juan José Landaeta, Francisco Espejo”. Son los que dirigen ahora la “Sociedad Patriótica”. En la tercera agrupación se hallan los hombres del comercio, los funcionarios, los pequeños propietarios: “elementos conservadores de una indecisa clase media, cuyo viejo estilo colonial de vivir se previene de toda innovación”. En este grupo tendrá toda su influencia el clero secular y regular, que calificará a la revolución como hecho que Dios castiga.

Y hay algunos personajes que operan un poco al margen de grupos, pues tratan de constituirse en rectores. Uno de ellos es Juan Germán Roscio, abogado de éxito, procedente “de una oscura familia de provincia”; en la Junta Suprema se desempeña como Secretario de Relaciones Exteriores. “No disimula su disgusto cuando sabe la próxima llegada de Miranda; obstaculiza esa llegada... Pocas personas dañarán, como Roscio, el crédito y reputación de Miranda en Venezuela”. Otro personaje Miguel José Sanz, es el reverso de Roscio: “Miranda encontrará en este ilustre jurista la comprensión humana y el sereno consejo que requería, para luchar en un medio tan difícil como el de la Caracas de la revolución”.¹²⁴

Mantiene Miranda la rigidez de su ruta. Se dirige a la Junta Suprema creada en Bogotá y le dice:

Permítame que un ciudadano de la Provincia de Venezuela, penetrado de admiración, respeto y reconocimiento por los ilustres trabajos que en

¹²³ PICÓN SALAS, MARIANO. *Op. cit.*: 178. Dice: “Ahora vestido de patriota, había denunciado ante el Capitán General la carta que recibió de Miranda”.

¹²⁴ *Ibid.*: 187-191.

favor de nuestras libertades y derechos, tiene ejecutados la Junta Suprema de Santa Fe de Bogotá llegue respetuosamente a darle las gracias por tan altos y benéficos favores [...] El canónigo Dr. don José Cortés Madariaga, que hace poco tiempo salió de esta ciudad para esa capital y va encargado de una importantísima comisión dirá a V.A. cuánto yo podría sugerir en ésta, acerca de una reunión política entre el reino de Santa Fe de Bogotá y la Provincia de Venezuela, a fin de que formando juntos un solo cuerpo social gozásemos ahora de mayor seguridad y respeto, y en lo venidero de gloria y permanente felicidad.

¿Qué acaba de decir Miranda en este Mensaje? Que considera obra propia, fruto de su actividad de tantos años, la sublevación de la Nueva Granada; por eso les felicita, por haber llevado a culminación el viejo propósito tan difícilmente preparado. Pero en este Mensaje, Miranda acaba de sugerir, de modo muy concreto, la creación de la Gran Colombia, que Bolívar plasmará en 1819, ocho años más tarde. Hay que recordar esta fundamental fecha mirandina: 22 de enero de 1811. ¡Miranda es un creador constante! La nueva América que él quiere libertar tendrá a la vez que reestructurarse: ese es su pensamiento. ¡Mantiene el prócer su derrotero, con firmeza! Sólo a los grandes se les puede seguir su línea inflexible, su ir como saeta al blanco. En los otros hay titubeo, complejidad de vías que se entrecruzan, falta, a veces, de ruta precisa; sobre todo, en los otros, no aparece el camino de persistente ascenso, que es la característica nítida del avanzar mirandino.

A las puertas de la iglesia catedral hay, desde temprano, numerosas gentes que quieren conocer a los diputados que harán allí su juramento, previo al comienzo de sesiones del Congreso. Llegan acompañados de una guardia de infantería y caballería. Celebra la misa el arzobispo catalán Coll y Prat; el juramento, muy solemne, se hace sobre el libro de los evangelios. ¿Qué prometen los diputados? De los 42 elegidos asisten 30; 8 de ellos, sacerdotes. Juran “conservar los derechos de Fernando VII”. Este joven monarca, de la misma edad que Bolívar, continúa prisionero de Napoleón. La decisión de los congresistas es hábilmente válida: no dice hasta cuándo mantendrán la fidelidad a ese soberano; la palabra podrá romperse,

apenas se lo decida. La mayoría de los diputados lo sabe. A la salida, el pueblo los aplaude, no por conciencia libertaria, que todavía no la tiene, sino para hacer parte del espectáculo.

La elección de dignatarios del Congreso demostró que para Miranda no había en ese cuerpo sino limitadas simpatías. (Sesionaron primero en la casa del Conde de San Javier y luego en la capilla del convento de San Francisco).¹²⁵ Los dignatarios fueron dos: Felipe Fermín Paúl y Mariano de la Cova con dos Secretarios: Miguel José Sanz y Antonio Nicolás Briceño. Y cuando se decida reemplazar a la Junta Suprema, veintiséis días después, por un Poder Ejecutivo, la votación dará en favor de Miranda la cifra mínima de 8, en una suma de 31. Su comentario será: “Me alegro de que haya en mi tierra personas más aptas que yo para el ejercicio del supremo poder”.¹²⁶

¿Una gran desilusión para Miranda? ¡Ninguna! Se hubiese sentido disminuido, al experimentarla. No busca dignidades, honores. Quiere su obra, y la obra está en marcha. Demuestra su espíritu erguido y potente cuando se festeja el aniversario del 19 de abril. ¡El, el más eufórico; él, el encabezador de multitudes!

*Presidiendo el cortejo, en las calles, marcha Miranda enarbolando un pendón amarillo, color que los patriotas oponen al rojo de la monarquía. Una comparsa de indios, disfrazados con vistosos plumajes, simboliza la inocente América que se subleva contra el caduco sistema de los reyes europeos. En las esquinas de la plaza mayor y en improvisados tinglados se queman y destruyen retratos de Fernando VII y todos los emblemas monárquicos.*¹²⁷

¡El hombre por quien se juramentaron los diputados empieza a desarticularse! Bolívar dice en su discurso: “Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte; que comience ya el año de la independencia y la libertad!”.

¹²⁵ ARELLANO MORENO, ANTONIO. *Op. cit.*: 132.

¹²⁶ AMUNÁTEGUI, M. L. *Vida de Don Andrés Bello*. Santiago de Chile, 1982: 100.

¹²⁷ PICÓN SALAS, MARIANO. *Op. cit.*: 201.

Ya hay nuevo Poder Ejecutivo –triunvirato de Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltazar Padrón (28 de marzo)–. Se ha nombrado una Alta Corte de Justicia, con eliminación del Tribunal de la Inquisición. Hay necesidad de difundir las noticias: al periódico oficial *Gazeta de Caracas*, se suman *El Publicista de Venezuela* editado por el Congreso; el *Mercurio Venezolano*, de Francisco Iznardi; el *Semanario de Caracas* del licenciado Sanz; el *Patriota de Venezuela*, de la “Sociedad Patriótica”. Los analfabetos, que superabundan se hacen leer esas hojas, como si necesitaran nutrición. Cada quien quiere participar en los debates, algunos de ellos acalorados y hasta tumultuosos, cuando se plantea el problema del derecho a independizarse. En la sesión del 25 de junio, Miranda dijo:

No creo que deba fundarse en la prisión de Fernando la razón suficiente de nuestra independencia. Conocemos la renuncia de los Borbones, y ésta basta para nuestra conducta. Desde el momento en que la supieron los pueblos de América, debieron haber entrado en posesión de los derechos que les restituyó la vergonzosa abdicación de Bayona; pero oprimidos por los mandones agentes del corrompido gobierno que se arrogó la soberanía, fue necesaria la heroica resolución de Caracas para dar impulso a la justicia de América. Constituyóse, pues, en Venezuela la soberanía del pueblo americano, de hecho y de derecho, porque él es el que sabe lo que le conviene [...] Aunque tarde, hemos sabido la corrupción de monopolio gubernativo de la Junta de Cádiz, y aun hemos creído muy débil el bosquejo que hace el periódico El Español de los tiempos ominosos que precedieron a las Cortes tumultuarias que son ahora el pretexto que se opone contra la América; pero nada tiene que ver el desorden de España con la necesidad de nuestra reforma; para ella está congregado este Cuerpo Soberano, constituido libremente, legítimamente; a él toca exclusivamente la forma de Gobierno que debe hacernos prósperos y felices; la Independencia es su fin!

Esta prédica mirandina, tenaz e irreductible, acabará por convencer.

En la sesión del 27 de junio expresó:

Nuestros pueblos, habituados a sus anteriores relaciones, ignoran aún los bienes de un trastorno que no conocen, y mientras que lleguen a este estado, sin el cual no pueden tener voluntad, son los cabildos o municipalidades sus órganos inmediatos, como que ellos conocen los verdaderos intereses de sus habitantes.

Sobre la ausencia de las tres provincias de Maracaibo, Coro y Guayana, adujo el ejemplo de los Estados Unidos: “Allá, las nueve provincias unitarias, obligaron a las dos que quisieron separarse”. ¡Ya se veía el rumbo de la guerra inminente!

Alguna vez Miranda se vio forzado a mostrar su erudición, para recordarles a los diputados el sentido de su autoridad. El 2 de julio les manifestó:

No puedo permitir que se diga en esta asamblea que es imposible que puedan cuarenta hombres abusar de la autoridad. Es muy indecoroso para nosotros que se choque tan abiertamente con hechos históricos tan notorios y tan recientes. Hasta los niños que han leído la historia saben que mil doscientos hombres escogidos en Francia—como lo hemos sido nosotros aquí— se arrogaron todos los poderes, se volvieron unos malvados, e inundaron de sangre, de luto y desolación a su patria. Nadie duda de que hubo treinta tiranos en Atenas, y que el largo parlamento inglés, ese antemural del despotismo, fue el que dio la autoridad a Cromwell para tiranizar a la nación. Esta ignorancia de la historia no puede ser muy ventajosa para un legislador; si se oyese mejor a la opinión pública, y se atendiese a la de esa Sociedad Patriótica tan injustamente denigrada, se vería que no se incurría allí en semejantes errores. Es falsa la opinión que se ha propagado de que el Congreso de la América del Norte tuvo todos los poderes y que dio el Ejecutivo en comisión a George Washington. Yo quiero que me citen las fechas y los hechos. Presente estaba yo mismo, cuando el jefe de las armas entregó su autoridad al Congreso al concluirse la guerra; ninguna otra autoridad tuvo sino la militar. Nuestros argumentos deben apoyarse sobre hechos verdaderos. Hemos dividido los poderes, porque lo hemos creído

necesario; debemos ser muy cautos en sostener esa división; con ella no hubiera abusado César de la libertad de Roma, y Atenas hubiera peligrado antes, si hubiese sido menos severa.^{128*}

En estas palabras de Miranda empieza a mostrarse el gran contraste entre su mente orbital y la pequeña esclavizada a lo inmediato. En aquel 1811 América empieza a congestionarse, como consecuencia de sus Juntas de Gobierno. El general argentino Belgrano que ha marchado a someter la provincia del Paraguay, rebelde contra el gobierno de Buenos Aires, fracasa, y el Paraguay se constituye en Estado independiente. Artigas, en el Uruguay, derrota a los españoles en el combate de Las Piedras; Artigas es uno de los grandes libertadores de América. ¿Cuándo se lo estudiará en verdadera profundidad? Cundinamarca se divide en centralistas y federalistas. En México, el valeroso líder y sacerdote Miguel Hidalgo es fusilado por los españoles; su sacrificio está en las páginas más valiosas de la historia continental. Y en España, en plena guerra contra los franceses de Napoleón, se autoriza el retiro del oficial José de San Martín; se trasladará a Londres, donde entrará en actividad revolucionaria. Miranda ha partido el año anterior, a Venezuela. “En Londres, en 1811, San Martín, Alvear, Zapiola y otros, fundaron con Andrés Bello y López Méndez, en octubre de ese año, la logia *Sociedad de Caballeros Racionales N° 7*”¹²⁹. San Martín en el Sur y Bolívar en el Norte de la América Meridional, comandarán la guerra de Independencia. ¡No presumieron en España quién era San Martín!

¹²⁸ MIRANDA, FRANCISCO DE. *América espera...*: 448-451.

* Cuando Guillermo Burke publica en la *Gazeta de Caracas* del 19 de febrero de 1811 un artículo en el cual hace la defensa de la libertad de cultos, Miranda realiza gestiones ante el arzobispo y los eclesiásticos, a fin de que impugnen esas ideas. ¿Miranda contra la libertad de cultos? No. Lo que encuentra el prócer es que con ese pretexto van a exaltarse los ánimos, acusándoles a los patriotas de enemigos del catolicismo preconizado por la mayoría de los habitantes de Venezuela. Miranda actúa como sagacísimo político. Una es la teoría, otra la aplicación de ella, sometida como va ésta a las circunstancias, siempre.

¹²⁹ *Bello y Londres*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, T. I, 1980: 490. Capítulo “El círculo diplomático latinoamericano en el tiempo de Bello en Londres”, por Armando Rojas.

Se decía en Caracas que había dos Congresos; el uno, lento e indeciso, a pesar de los fustigamientos de Miranda; y el otro, el de la Sociedad Patriótica, donde vibraban los espíritus con muy alta tensión. La noche del 4 de julio, en la Sociedad Patriótica, Simón Bolívar —¡28 años!— exclama, en un discurso arrollador:

No es que haya dos Congresos. Es que se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar ya decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviéramos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son efecto de las antiguas cadenas. Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! ¿Trescientos años de calma, no bastan? La Sociedad Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Sociedad Patriótica, centro de los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana; vacilar es perdersen!¹³⁰

Miranda y Bolívar coinciden. Miranda, el día anterior, había pronunciado un discurso “que no pudo tomarse literalmente —reza el Acta— por un accidente imprevisto. El señor Miranda sostuvo la necesidad de la Independencia con razones muy sólidas, que formaron un enérgico y largo discurso”. Refutó luego la objeción del diputado Maya, por Mérida, de cuya exposición dijo que era más sofisticada que exacta. El día 5, “en un largo y enérgico discurso, respondió a la objeción propuesta por el señor Roscio sobre nuestra poca población para declararnos independientes”. Aquí Miranda se vio forzado a mostrar de nuevo su erudición; citó las poblaciones de Ragusa, Génova, Suecia, Dinamarca, el Electorado de Hannover, los círculos del imperio de Alemania, las provincias de Holanda que “contendieron con todo el poder del tirano Felipe II y el duque de Alba”. Terminó con estas palabras: “Debemos proceder inmediatamente a declarar la Independencia!”. Hubo un incidente, en una de las intervenciones de Miranda: el diputado llanero Ramón Ignacio Méndez, sacerdote, ante la imposibilidad personal —mental— de refutarle al orador, decide

¹³⁰ RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Bolívar*. Madrid: Edime. 6ª edición: 60.

darle una bofetada; se interpusieron a tiempo otros diputados. Ese era el poder de la elocuencia mirandina. En otra sesión, tuvo que decir, porque era la verdad: “Las diferentes conjuraciones descubiertas en esta ciudad y en Cumaná y otros ejemplos particulares que omito, han sido el pago y la remuneración de nuestros buenos tratamientos y de las consideraciones que les hemos guardado”. Hay reacción en contra; se manifestará muy pronto, y con armas en la mano.

Arrebatado por su arranque vital más poderoso, Miranda llega a la culminación de su vida política y plasma, con los que cooperan con él, el 5 de julio de 1811. Su patria se declara independiente; y lo hace antes que las demás regiones americanas; y mantiene la independencia con la guerra, hasta que logra la emancipación total. Todo fue preparado; no hubo rendija alguna para que operase el azar. Desde diez días antes, en coordinación con la Sociedad Patriótica, el Congreso empezó a fustigar a los indecisos, para forzarlos a dejar dudas y tibiezas, miedos o escrúpulos. Miranda es el gran disparador de las razones, de las réplicas, de las decisivas refutaciones. Estatuye el 25 de junio que el fundamento último para la independencia es la vergonzosa renuncia que hicieron los dos borbones Carlos IV y Fernando del poder en España, a favor de Napoleón. El 1º de julio, señala concretamente que a las provincias que no han querido entrar en la libertad preconizada el 19 de abril, se les debe someter. El 2, 3, 4 de julio interviene con tal elocuencia y tan estupenda erudición, que el Congreso venezolano adquiere la altura de las Cámaras del Parlamento inglés, o la de los grandes días de 1792, en la Asamblea de Francia. A las objeciones que se hicieron sobre capacidad de los diputados para decidir, o sobre el escaso número de habitantes de Venezuela, o el desconocimiento de la fidelidad al rey Fernando VII, responde Miranda con un ciclón de apóstrofes y desbarata uno a uno cada punto objetado.

Aquella mañana del día 5, al abrirse la sesión del Congreso, el Presidente del Poder Ejecutivo Cristóbal Mendoza, dio respuesta a la consulta que le había hecho el Congreso de si era conveniente declarar la independencia. El Ejecutivo, integrado por Mendoza, Escalona y Padrón, expresa que esa declaración debe hacerse cuanto

antes. Se pone a discusión el trascendente punto y, lógicamente, quien interviene en seguida es Miranda. Apoya enérgicamente la opinión del Gobierno en un discurso férvido, de alta dinámica. Demuestra que el hecho asume importancia internacional, y se refiere a la situación de la Península, a la retirada del general Massena y la complejidad de la situación española. Exige que se tome una decisión “clara y firme, que nos salve para siempre o nos sacrifique a todos”. Hablan otros, más de veinte, en apoyo de lo mismo: Fernando Peñalver, Antonio Nicolás Briceño, Manuel Palacio Fajardo, Juan Germán Roscio a quien desbarata por los recelos que presenta. Miranda perora dos, tres veces; insiste, convence; destruye, con aportaciones históricas, el recelo de que el país vaya a perder habitantes por causa de la independencia.

En Francia emigraron los nobles solamente —dice—, y no el pueblo [...] Por lo que respecta a nosotros, no tendremos otras emigraciones que las de algunos españoles europeos que, no sufriendo nuestra libertad, se oponen y siempre se opondrán a nuestra justa regeneración. Embárguense, enhorabuena; váyanse a Puerto Rico; allí seguramente nos harán menos daño que el que podrán causarnos entre nosotros mismos.

Se procede a la votación. Un solo voto en contra: del diputado Manuel Vicente Maya, por escrúpulos; por sofisma, había dicho Miranda. Se declara la Independencia; todos en pie, aplauden, se abrazan. Hay los vítores del caudaloso desbordamiento. En las barras, afuera, mucha gente entra en el quemante fervor. Sale Miranda del recinto y toma su bandera, la tricolor por él inventada, y recorre con ella y la multitud férvida, que grita delirante, las calles de la ciudad. Ha tocado el límite! Se lee en el Zaratustra: “Una vez llegado a tu meta, tú, hombre superior, tropezarás en tu cima”.

Miranda es —escribe el historiador venezolano Caracciolo Parra Pérez— y merece serlo, ante todo, el Hombre del 5 de julio. Este, fue el resultado glorioso de todos sus trabajos en favor de la libertad. En ese día, la República entra en la historia, una República destinada a ser bañada en la sangre de innumerables batallas. ¿Qué importa que en la tremenda

*lucha esta República caiga, primero en La Victoria, luego en La Puerta o en Urica, si después de cada derrota se levanta más decidida y formidable, con su Libertador blandiendo la espada? Rendición, batallas perdidas, reconquistas por Monteverde, Boves y Morillo, anarquía, revueltas, incluso los soldados, son meros accidentes en una tragedia de proporciones majestuosas y de triunfo inevitable.*¹³¹

Aquella histórica sesión matinal terminó a las dos de la tarde, circulan y se arremolinan en la mente de Miranda las palabras del Presidente del Congreso Juan Antonio Rodríguez Domínguez: “Queda declarada solemnemente la Independencia absoluta de Venezuela”. Avanza, su bandera en alto, acompañado de Francisco Espejo, de los integrantes de la Sociedad Patriótica, de inmenso pueblo. ¿A dónde dirigirse? Primero, al Palacio del Arzobispo, el catalán Narciso Coll y Prat, enemigo de la emancipación; penetran, para gritar “Viva la independencia; mueran sus enemigos”. El Arzobispo dirá después: “Capitaneados por Miranda y Espejo, entró una chusma de muchachos zambos y negros, que gritaban y chillaban”. De ahí —¡el líder lo había pensado por mucho tiempo!— al sitio de la Plaza Mayor donde, en 1806, fue quemado y pisoteado su retrato por mandato oficial y por medio de un verdugo. Esta forma de venganza es altamente noble: la genera directamente la Justicia. El pueblo se estremecía tanto como el prócer!

En la sesión vespertina Miranda, José de Sata y Bussy y Lino de Clemente reciben del Congreso el encargo de crear la bandera y la escarapela de la nueva Nación. Obviamente, se adopta el tricolor mirandino, y en la escarapela pone Miranda, leal a su personal ideal, la palabra “Colombia”. Los encargados de la redacción del Acta son el diputado Roscio y el secretario Francisco Isnardi. El Poder Ejecutivo actuando con magnífica oportunidad histórica, lanza una Proclama, que significa la refrendación de lo decidido por el Congreso.

Venezuela decidió su liberación un día viernes. El domingo, los 41 congresistas aprobaron la vibrante Acta de Independencia y la

¹³¹ PARRA PÉREZ, CARACCILO. *Páginas de historia y de polémica*. 129. (cita de Joseph F. Thorning, en *Miranda ciudadano del mundo*. Caracas: Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1981: 255).

firmaron. El día anterior, el Ejecutivo había comunicado oficialmente la buena nueva no sólo a todo el país sino, además, al Presidente del Estado de Cundinamarca, Jorge Tadeo Lozano (los españoles lo fusilarán, cinco años después). Desde el primer momento se operó con un sentido internacional. Ese era el espíritu mirandino! El lunes, una comisión entregó al Ejecutivo el Acta, que leyó en voz alta el Secretario de Estado, Miguel José Sanz, uno de los valores de mayor entidad en la Venezuela de entonces y leal a Miranda por siempre. El Acta se promulga. Sanz da instrucciones al agente en los Estados Unidos, Telésforo Orea, para que solicite el reconocimiento de ese país al gobierno de la nueva República. Se aprueba, en la sesión, el texto del Juramento a que han de someterse todas las autoridades, el ejército, los ciudadanos. Ordena el Ejecutivo, por bando, que la celebración de la independencia se haga, con solemnidad adecuada, el domingo siguiente, el 14 de julio. El 14 de julio es el día de la toma de la Bastilla; el día de la Libertad ¡Admirable coincidencia! Esta fecha, mientras repican las campanas y se dan salvas de artillería, el secretario del Ejecutivo, Tomás Santana, va leyendo el Acta en las principales esquinas de la ciudad. Y hay una escena, parecida a la de Miranda en el lugar en que se quemara su retrato: los hijos de José María España, sacrificado por los españoles en 1799, se presentan en el lugar del ajusticiamiento y alzan la bandera mirandina. Los actos han sido solemnes, espectaculares, destinados a grabarse en las conciencias. Del 15 en adelante, se procede a la juramentación general, en las siete provincias independizadas: Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo.

Pero una declaración de independencia significa una declaración de guerra, a España, y a los partidarios de la monarquía española que están en el país. No se trata de cosa nueva: la Junta de Cádiz había ordenado el bloqueo de los puertos venezolanos. Y antes, Miranda en su hazaña de 1806, había abierto los fuegos contra España, dando así inicio a lo que ahora se acrecentaba y que crecerá como las llamas en el bosque reseco por el sol. Miranda es militar; lo sabe mejor que los demás. El hombre se hace libre, advirtió Sade, pero se hace libre rechazando. Habrá que rechazar a todos los enemigos de la libertad, por el convencimiento, por las armas, por el sacrificio y el

heroísmo. Philothée O’Neddy escribió: “La libertad, nombre terrible que está escrito en el carro de las tempestades”.

Los primeros en sublevarse fueron los españoles canarios, a las puertas de Caracas. “¡Viva el rey! Mueran los traidores!”, gritaban por las calles, tratando de azuzar, y se lanzaban a la violencia. Fueron dominados y dieciséis de ellos cayeron ajusticiados. ¡Había que ejemplarizar! Ese mismo día 11, a una semana de la declaración de independencia, y en coordinación con los canarios, se alza por el rey la ciudad de Valencia. ¡Hay que marchar contra ella! Los mantuanos del Congreso votan por el comando del Marqués del Toro. ¡Toma la vanguardia y le derrotan! Entonces, sólo entonces, acuden a Miranda; los mantuanos no le toleran al gran General de Valmy y Amberes; la política chica del pequeño pueblo que es entonces Caracas, asume constantemente su pobre predominio. En las poblaciones tradicionalistas no mandan los valores sino el cacicazgo. El general Miranda va, combate, vuelve a combatir, impone una disciplina muy severa a las tropas –se quejarán de ella ante el Ejecutivo–, y triunfa al fin; Valencia es recuperada. Miranda le informa al Ministro de Guerra:

Todas las personas que se alzaron en armas contra Caracas están subyugadas o pacificadas. En despachos posteriores enviaré la lista del pequeño número de muertos y heridos que hemos sufrido en esta acción. El coronel don Simón Bolívar, que con sus compañeros de armas se ha distinguido en esta patriótica ocasión, y mi edecán el capitán Francisco Salías, que surgió de una prisión para servir a su patria, informarán a V.E. de otros detalles que el tiempo no me permite explicar en este despacho. [Agosto 13 de 1811].

Esta de Valencia es la primera victoria de Bolívar en su vida militar, que comienza ahora. Para Miranda, es la última gran victoria militar de su larga carrera de oficial que empezó en Madrid cuarenta años atrás. ¡El uno abre su ruta, que será inmensamente gloriosa; el otro, cierra su proceso, que ha sido asimismo extraordinariamente grandioso! Hay una transferencia de poderes, que nadie advierte en aquellos momentos de tan alto sentido histórico!

La toma de Valencia no fue hecho sencillo; los varios combates en diferentes fechas, incluso la flotilla del lago, costaron en total ochocientos muertos y mil quinientos heridos. Entre los oficiales, y muy joven —dieciséis años— se encuentra un cumanés que ascenderá a muy altas esferas militares y políticas: Antonio José de Sucre. Llegó entre los refuerzos que pidió Miranda para hacer la campaña. Bolívar escribirá, en 1825: “Sucre sirvió a las órdenes del general Miranda, con distinción, en los años 11 y 12”. El hecho pasó inadvertido para todos, menos para el propio Sucre, que enrumbo su ir castrense con un hombre grande a la vista: ¡Miranda!

Después del triunfo, se quedaron los ejércitos de la libertad en la ciudad de Valencia, por espacio de dos meses. No es sólo consolidar el éxito. Es esperar que se le autorice a proseguir en la embestida, contra las ciudades rebeldes de Maracaibo y Coro. Como gran general, sabía que detenerse significaba darle al enemigo posibilidades de fortalecimiento. ¡No le entendieron ni en el Gobierno ni en el Congreso! Aparece una pobre queja de Miguel Peña: le han multado a su padre en Valencia, y protesta... Peña, tanto como Roscio, le detestaban a Miranda; la superioridad causa ira, en algunos.

Los poderes públicos, la prensa, le elogian al rescatador de Valencia, quien se reincorpora al Congreso; allí le eligen Vicepresidente para el mes de diciembre; el Presidente es el diputado Juan Toro. Sólo hasta allí le dejaron llegar al grande hombre: ¡hasta una vicepresidencia! Están cobrándole su oposición a la fórmula federal aprobada para el país; él es unitario, cree en la centralización, porque sin ella no es fácil desenvolver un amplio conflicto bélico. ¡Le derrotan los intereses regionales! Tendrá que venir más tarde Bolívar a eliminar ese federalismo, por todo el tiempo del conflicto armado.

El día 21 de diciembre, casi vísperas de la navidad, los integrantes del Congreso firman la Constitución que han discutido y preparado durante largos meses. Van a darle a la América Latina la primera Carta Fundamental independiente, en su historia secular. Hay así, para Venezuela, no sólo una vanguardia revolucionaria, con Miranda, sino una jurídica, con los constituyentes, entre los cuales

está el propio Miranda, quien ha contribuido en mucho para aclarar cuestiones y fijar criterios, en el lapso en que pudo concurrir a sesiones; conoce más que ningún otro las constituciones del mundo occidental; las estudió, sobre todo en los Estados Unidos y en Francia; no ha intervenido por intuición o simple sentido patriótico, como la mayoría; en él ha hablado la sabiduría. Y como no está de acuerdo con todo lo que se ha aprobado —no pudo oponerse a ello, por causa de la campaña de Valencia—, pone valientemente al pie de su firma su “Reparo”:

Considerando —dice— de que en la presente Constitución los Poderes no se hallan en un justo equilibrio, ni la estructura u organización general suficientemente sencilla y clara, para que pueda ser permanente; que por otra parte no está ajustada con la población, usos y costumbres de estos países, de que puede resultar que en lugar de reunirnos en una masa general o Cuerpo Social, nos divida y separe, en perjuicio de la seguridad común y de nuestra Independencia, pongo estos reparos, en cumplimiento de mi deber.

“La Constitución que el Congreso promulga el 21 de diciembre —dice el jurista e historiador venezolano J. L. Salcedo Bastardo—, contempla de modo primordial lo que interesa a la nobleza criolla. En lo formal se concilia la inspiración norteamericana con la francesa, dentro de un sistema mixto. Se adopta la estructura federativa... Proclámanse todas las libertades políticas y las garantías ciudadanas: igualdad ante la ley, abolición de títulos y privilegios, cese de discriminaciones entre las castas; respeto a la persona humana, libertad de pensamiento. Se acuerda la prohibición del comercio de esclavos y de la trata de negros, pero se deja en pie la esclavitud. El Estado se compromete a proteger la propiedad; así mantiene una institución claramente cimentada sobre la usurpación de la conquista y los siglos de coloniaje. Se estatuye, en fin, una democracia más o menos exótica y abstracta, incomprensible y remota para las masas, ninguna de cuyas sentidas aspiraciones aparece reconocida con franqueza. Los sectores populares no pueden amar el orden que ha nacido; no lo sienten suyo”.¹³² Miranda tenía razón absoluta en sus objeciones!

¹³² SALCEDO BASTARDO, J. L. *Historia Fundamental de Venezuela...*: 286-287.

Iniciado el año 1812, que será políticamente dramático y que la Naturaleza volverá trágico –¡Venezuela tendrá su “idus de marzo”!– reanuda sesiones el Congreso. Miranda no pierde su visión amplia: pide informes sobre las relaciones internacionales; quiere conocer la marcha de la economía estatal. Soporta los insultos de Rafael Diego Mérida, que ha pedido autorización para hablar en el Congreso; la entidad le manda a prisión de veinte días al torpe agresor.

Y discuten algo extraño: que se le declare a Valencia ciudad federal, y que el Congreso se traslade a sesionar allá. Miranda se opone; acaba de palpar lo que hay de verdad política en esa ciudad; sabe que predominan los monárquicos. Ya hay síntomas de reacción, dice, y se debe considerar que en Puerto Rico se prepara una expedición española; que el gobernador de Curazao es hostil a Venezuela; que Puerto Cabello está en peligro, ya que no se le ha atendido económicamente. No les convence; los intereses regionales son más potentes que la lógica. En lo único que acceden los diputados –la mayoría de ellos– es en reforzar el ejército, y hasta se constituye un nuevo Batallón. Ustáriz le trata a Miranda de “el viejo” y comenta despectivamente las objeciones mirandinas al texto de la Constitución.

La crisis económica arrecia, entre tanto; ha sido necesario emitir papel moneda; la agricultura está en abandono; los puertos, por el bloqueo, poco producen; no se exporta el cacao; en muchos sectores se acentúa la pobreza, y las gentes ignaras empiezan a decir y repetir que antes, con el régimen monárquico, estaban mejor y vivían en paz. ¡No cualquiera puede ser libre! Se requiere la base de una cierta elevación mental.

Se trasladan, al fin, los legisladores, a la ciudad de Valencia (6 de marzo). Miranda se excusa; le insisten para que asista; vuelve a excusarse. Y todavía está en Caracas, cuando se hace en el Congreso la elección de nuevo Ejecutivo: Francisco Javier Ustáriz, Francisco Javier Maíz y Antonio Nicolás Briceño. Contra Miranda, la Constitución se encargó de cerrarle el paso al poder, al estatuir que

para desempeñar la primera magistratura se requería una larga e ininterrumpida permanencia previa en el país.¹³³

Aquel mismo marzo (el 19), las Cortes de Cádiz aprobaron la Constitución liberal, cuyo artículo primero decía: “La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios. Es libre e independiente”. ¡Cuando ya la guerra había comenzado en varios puntos de América, contra España, las Cortes les declaraban a los americanos libres e independientes! ¡Había en eso mucho de cinismo! América recibió ese texto con frialdad.

Y ese mismo marzo (el 26), un terremoto de intensidad máxima destruyó varias ciudades de Venezuela: Caracas, La Guaira, Barquisimeto, San Felipe y Mérida, principalmente; en la sola Caracas hubo diez mil muertos. La fatal sorpresa pareciera querer hundir la revolución en los escombros. Han perecido en el país unas treinta mil personas, y el pánico se extiende por todo ámbito como huracán que estremece, que huela los espíritus. ¡Desde ese día —Jueves Santo— todo será extremadamente dramático por espacio de cuatro meses! Miranda soportó el terremoto en Caracas; como la casa en que vivía —de la de Bolívar pasó pronto a la otra, por delicadeza— sufrió averías, se trasladó al campo.

El clero, los creyentes, los ingenuos e ignorantes, hablaron simultáneamente de castigo de Dios. Y esa voz, tétrica, injusta y corrosiva, debilitó gravemente a la revolución. En la plaza de San Jacinto en Caracas, donde el convento de frailes dominicos había quedado destruido, un fraile se trepó a un muro semiderruido y desde allí peroró a la multitud: “Castigo de Dios”, gritó fanático. Bolívar pasaba por ahí ese momento; escuchó, forzóle al orador a descender y, trepándose él, díjoles a las gentes, con tremenda vehemencia:

¡Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!

¹³³ En el Congreso de 1830, en Bogotá, se efectuará una maniobra semejante contra el mariscal Sucre. A fin de impedir su ascenso al poder que era lo esperado por todo el inmenso bolivarismo, se aprobó una ley según la cual se requería una edad de cuarenta años para ejercer la Presidencia. Sucre tenía 35.

Las ciudades leales al rey por contraste no habían sufrido nada: Maracaibo, Coro, Valencia, Puerto Cabello –estas dos últimas expresarán muy pronto esa fidelidad–; ¡las castigadas han sido las de la libertad! El pueblo piensa: un jueves santo se hizo la revuelta del 19 de abril; hoy, es de nuevo jueves santo. El fanatismo ve con facilidad estas relaciones, para justificar su obsesión.¹³⁴

Miranda es llamado urgentemente a Valencia. Han pasado pocos días, después del sismo. Clausura el Congreso sus sesiones después de haber otorgado al ejecutivo Federal poderes omnímodos. El Ejecutivo, a su vez, le da a Miranda en Valencia el nombramiento de General en Jefe de las Fuerzas de Tierra y Mar. *La Gaceta de Caracas* elogia esta designación. En rumbo a Caracas, se encuentra el General con el coronel Simón Bolívar en San Mateo; se había separado del ejército, con muchos otros oficiales, en uso de licencia, después de la victoria de Valencia. Miranda le nombra inmediatamente Comandante Militar de Puerto Cabello; es la plaza más importante, entre todas, por el abundante parque que allí se guarda; sólo a Bolívar podía entregarle esa posición; ¿en quién podía confiar sino en el valeroso amigo, para la defensa de una ciudad de vitalísima significación en las operaciones militares en desarrollo?

En Caracas, lanza una Proclama a los soldados (30 de abril):

El país, amenazado por algunos individuos malignos, os invita al campo de batalla. Él espera su salvación de vuestro valor y patriotismo [...] Podéis estar seguros de la victoria. El Dios de los ejércitos protege siempre la causa de la justicia.

Se encuentra con la Proclama que han distribuido los miembros de la Cámara de Caracas, para explicarle al pueblo que los terremotos son fenómenos naturales, como la lluvia o los huracanes. A nadie del pueblo convencen estas aclaraciones; ¡siguen pensando en el castigo de Dios! El arzobispo Coll y Prat se ha negado a cooperar en la acción oficial para disminuir los efectos morales del terremoto;

¹³⁴ Las palabras de Bolívar las publicó José Domingo Díaz, en su *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*: 39.

no ayuda; han tenido que decretar su expulsión del país. El más agresivo contra el arzobispo ha sido el canónigo Madariaga, que está con la revolución.

Los “idus de marzo” han traído otra novedad muy grave: un torrente de lava hirviente viene desde Coro hacia Valencia; delante, arrasadora, avanza la fuerza realista del capitán de fragata Domingo Monteverde, que ha desembarcado procedente de Puerto Rico con doscientos hombres. Ha llegado a auxiliar a los efectivos monárquicos. Los 200 hombres se hacen muy pronto mil, dos mil, tres mil! Los descontentos con la revolución, los fieles a la monarquía, los que palpan la pobreza que está generándose por falta de agricultura, de exportaciones, por presión del papel moneda, se le unen. En la ruta toma a Carora, Barquisimeto y San Carlos, sin mayor oposición. En Siquisique, el indio Vargas, que servía a Miranda, se pasa con todos sus efectivos a Monteverde.

El poder dictatorial que se le da entonces a Miranda, tan a destiempo, cuando ya el enemigo está a las puertas, equivale a poner en sus manos un ente agónico. Monteverde llegó en marzo; los poderes a Miranda son del 26 de abril; a fines de este mes, o sea una semana después, los patriotas tienen que evacuar a Valencia, ciudad que toma Monteverde el 2 de mayo. Y pensar que antes de Miranda le propusieron el comando dictatorial al bonachón marqués del Toro, de nuevo! El marqués no se dignó aceptar el encargo. Todos quieren ahora que el dictador proceda a verificar milagros, que expulse a Monteverde, que salve la revolución y a los mantuanos, cuando ya todo empeño será poco menos que nugatorio. “La República estaba totalmente carcomida en su interior”, escribe el venezolano Augusto Mijares, al comentar el arribo de Monteverde a Coro.¹³⁵ En Barquisimeto pereció en el terremoto casi todo el ejército patriota de esa plaza. ¡A Miranda le han entregado un imposible!

¹³⁵ MIJARES, AUGUSTO. *El libertador*. Caracas, 1964. El mismo autor, en otro libro suyo, publicado el año anterior —*Lo afirmativo venezolano*, Fundación Eugenio Mendoza— escribe estas anotaciones quemantes: “Causa estupor y espanto observar cómo pudo establecerse un asedio tan cuidadoso y tan cruel alrededor de Miranda, el único hombre que en América tenía cerca de treinta años luchando por la emancipación; cómo se busca —y se logra— hacer sospechoso cada uno de sus pasos, se le excluye de cualquier actuación y hasta sus gestiones políticas de obvia

El cuartel general se establece en Maracay, cerca de Valencia. En Caracas actúa, en la Cámara, y encargado de la Secretaría de Estado, un gran amigo de Miranda: Miguel José Sanz, a quien llama el escritor venezolano Mariano Picón Salas “el político más activo, más puro y clarividente; la personalidad más importante de Venezuela, en el período que va de la declaración de Independencia al decreto de la guerra a muerte de 1813”. Siempre fue un defensor entusiasta y valeroso de su amigo, a quien le escribirá ahora cartas importantes, mientras se va desenvolviendo vertiginosamente el drama, hacia su fatal desenlace. El 12 de mayo le expresa:

Aquí todos estamos entregados a la confianza fundada en su pericia militar y en su patriotismo; aunque los que pensamos, no dejamos de temer lo bisoño de nuestras inexpertas tropas y las intrigas y cábalas de los enemigos del sistema y de la virtud [...] V.D. tiene que luchar con muchos enemigos [...] El ingente deseo de la libertad de mi patria y mi decidido afecto por su persona, me hacen indicarle no se fíe mucho, ni se empeñe, hasta no haber formado el espíritu militar e introducido la confianza en nuestras tropas.

Uno de los factores más adversos: la falta de soldados disciplinados, la escasez de oficiales; no hay veteranos; sobre todo, no hay contingentes con suficiente mística, capaces de luchar por convicción.

El encargado de la Gobernación de Caracas, Francisco Carabaño, le escribe dos semanas después:

necesidad se convierten en motivo de suspicacias y en nuevos pretextos para inmovilizarlo... Según el testimonio de Palacio Fajardo, el Ejecutivo aceptó el plan mirandino de proseguir la campaña contra los realistas de Coro (después de la toma de Valencia), pero los enemigos de Miranda, a quienes su último triunfo había irritado, se opusieron al proyecto por todos los medios y fueron secundados por el Congreso. Se empleó contra Miranda una inflexible obstrucción... Según testimonio del prócer Espejo, se llegó hasta multiplicar los licenciamientos, para impedir que Miranda adquiriese efectivo poder... Hasta la correspondencia del Generalísimo la detenían maliciosamente, y en una reunión de los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial de la Provincia de Caracas, que se efectuó a fines de mayo, se injurió a Miranda y se hizo correr la voz de que habían acabado con él”.

Venerado Jefe: No dudo un momento que usted estará bien al cabo del estado de nuestro ramo militar, pues con sólo ver que ha tenido que organizarlo en el mismo teatro de las operaciones, está dicho todo [...] Yo no puedo conformarme con que cuatro ineptos nos hayan conducido a los bordes de nuestro total exterminio y que paguemos todos sus desaciertos y ensordecimientos a la voz de la razón.

Lo negativo y hostil crece y se agiganta. Ineptos, pícaros, traidores, interesados en la destrucción de Miranda, cobardes: ese el mundillo de esos días. El historiador Parra Pérez (*Historia de la Primera República de Venezuela*) anota:

A partir de abril o mayo de 1812, habría sido necesario enviar a la cárcel o fusilar, por realistas, a las tres cuartas partes de los habitantes de Caracas, entre los cuales gran número de empleados de la República.

Y añade:

Abundan los textos demostrativos de que la opinión general fue en Venezuela, hasta 1820, hostil a la Independencia.

¿En este ámbito tenía que operar Miranda? Está casi desesperado, furioso; confisca los bienes a varios isleños; ordena el confinamiento en La Guaira del arzobispo Coll y Prat; destituye a los militares indisciplinados; a los esclavos que se alistan en el ejército les concede la libertad. La iglesia, los ricos, se remuerden con ira y obran secretamente contra los independientes, los condenan, los maldicen. El grado de Generalísimo que se le otorga a Miranda les ofende más. Nadie quiere tener la mirada grande, a no ser el dictador y algún amigo suyo: Sanz, Madariaga, Pedro Gual; todos convierten el inmenso drama en pelea de patria chica. A Miranda se le odia y se le envidia a la vez.

El 18-19 de mayo se reúnen en la hacienda Trinidad de Tapatapa, próxima al cuartel general, Miranda y los comisionados del Poder Ejecutivo Federal y de los Poderes Ejecutivo y Legislativo de la provincia de Caracas, para discutir la situación y tomar medidas.

No se acuerda sino ampliar los poderes al dictador hasta el máximo posible, ¡como si, el problema residiera en poder hacer esto o aquello! No hay poder que cubra una situación sin bordes, creciente, aplastante. Se producen combates en que gana o pierde el uno o el otro campo. La acumulación de fuerzas está de parte de Monteverde; los soldados de Miranda desertan y se pasan al campo contrario, en fatídico drenaje que nadie puede atajar. Crea condecoraciones para premiar a alguno que se distinga. Lanza un Manifiesto:

Se me confirieron facultades dictatoriales [...] Yo os empeño mi solemne palabra de no dejar la espada que me habéis confiado, hasta vengar las injurias de nuestros enemigos y restablecer una racional libertad en todo el territorio de Venezuela. Yo no abandonaré jamás el puesto importante en que me habéis colocado, sin dejar satisfecha vuestra confianza y vuestros deseos.

Casi en seguida publica una Proclama:

Algunos pueblos de la Provincia de Caracas, alucinados por una multitud de malvados, y en especial por algunos isleños, se han separado de la unión de sus hermanos; ellos han despedazado la corona de la libertad que ceñía sus sienes y han presentado sus manos a la cadena de la esclavitud. La Patria, conmovida con esta baja ingratitud, ha llamado algunos centenares de los muchos hijos fieles que le quedan [...] Muchos han corrido ya para satisfacer tan bellas intenciones; pero algunos permanecen tranquilos espectadores de las glorias de sus hermanos o de los reveses de una guerra que tiene el funesto carácter de civil. ¡Ciudadanos: esta indolencia es criminal! [...] Marchemos, compañeros míos, a Coro, Maracaibo y Guayana. Destruyamos estas madrigueras de bandidos que infestan el país de los hijos primogénitos de la libertad colombiana.

Y a los habitantes de Caracas les habla especialmente:

El enemigo se ha internado hasta el corazón de la provincia; ha saqueado los pueblos, devastado los campos y cometido horribles excesos. La seducción, el fanatismo y la imbecilidad de algunos de vuestros

compatriotas le han procurado puestos ventajosos [...] Dejad vuestros hogares, si queréis conservarlos para vuestros hijos [...] Vuestro Generalísimo os imita y os muestra el camino de Valencia que otra vez pasásteis con gloria. Los muertos os llaman de la tumba para que venguéis su sangre derramada.

Hombre culto, Miranda cree en la eficacia de la palabra escrita. El pueblo, la gran masa, además de los mantuanos y el clero que son cultura restringida, van por la ruta contraria. De ahí la indolencia ...

Empieza junio. Lo agónico, en historia es así: por fechas, por meses y días, como si fueran siendo contados los pasos tiránicos del tiempo. Sanz le dice a Miranda:

Los intrigantes están envanecidos, y corre por el pueblo que han acabado con usted. Sus injuriosos discursos en la sesión fueron públicos. Han determinado mandar a Coto Paúl para que usted pase por todo. Procurarán, a costa de cualquier sacrificio, endulzar a usted allá, para cantar victoria acá y seguir el plan de acabar con usted, con sus amigos, con nuestra libertad [...] Ayer y anteayer han aparecido fijadas varias cédulas de “Viva Fernando VII”. Nunca sus amigos y la patria han estado en mayor peligro. Usted sepa que tiene enemigos astutos que no duermen, para arruinar a usted, bien sea por odio personal o porque usted es un estorbo para el efecto de sus ideas y designios.

¡No se piensa en la libertad, en la patria, en la independencia indestructible, sino en rencores personales, en minucias de odio y bajeza!

En la conferencia de Tapatapa se acordó que Miranda impusiese la ley marcial. La Cámara de Caracas, que tenía que aprobarla, se tarda todo un mes en discutirla; ¡cuando se la autoriza ya todo es demasiado tarde! Los realistas han ocupado San Juan de los Morros; los llaneros están listos para la plenitud del asalto y el libertinaje, contra eso que llaman “el general letrado”, una suerte de elemento extraño, casi extranjero...

Hay un personaje en Maracay que le atiende mucho a Miranda: el marqués de Casa León, dueño de grandes haciendas; “cortesano y adulator –dice Picón Salas– oculta sus opiniones políticas y lo que desea es flotar, lucrar con todos los gobiernos”. Casa León maneja las rentas públicas y ofrece sanear la moneda. Este sujeto espera el momento del triunfo de Monteverde, para declararse a su servicio. El canónigo Madariaga le pone en alerta al General acerca de este marqués. ¡Ya Miranda casi no tiene en quién confiar! Se acuerda de sus amigos de Londres: Vansittart, Wellesley, Castlereagh; les escribe y les anuncia que irá Molini en su nombre para conferenciar...

Se combate, pero no se logra romper las defensas de Valencia. En uno de sus asaltos, Monteverde se apodera de Guaica. Miranda se ve forzado a retirarse a La Victoria. Acosa el general canario y se apodera de San Mateo e intenta tomar La Victoria; se le rechaza con energía. Descansa nueve días el derrotado y vuelve al asalto. Miranda entonces, ya rotos todos los cauces de la serenidad y arrebatado en furia de hombre grande que quiere dominar, monta a caballo, desenvaina su espada y entra al combate en persona, en medio de sus huestes. Es el arrebato de quien se ha visto en impotencia y que no puede tolerar más esa situación; es el héroe en marcha hacia su destino. Sus hombres, entusiasmados, delirantes, pelean mejor que nunca. ¡La batalla cesa, por la oscuridad, a las siete horas! Sus lanceros triunfantes lo aclaman. Es el 29 de junio. ¡Nadie lo olvidará! A este héroe han querido llamarlo simple Precursor... ¡Y llegará día en que se le considerará cobarde!

Le escribe desesperado al canónigo Cortés de Madariaga:

Nuestra actual situación es tan urgente y apurada que si de Caracas no se remiten, como pido, 2.000 hombres bien decididos a defender el país, nos veremos acaso en la necesidad de abandonar al enemigo los valles de Aragua que son el semillero de nuestro tesoro, y quién sabe cuáles serán las consecuencias.

En el combate de los Guayos, en que actuaron 500 del lado patriota, “la mitad se pasó al enemigo y la otra mitad quedó totalmente

deshecha: era la tercera vez que en el espacio de cincuenta días arrebatada la traición la victoria a los patriotas”, dice el historiador Becerra. ¡La tercera vez y la quinta y la décima vez!

No paran ahí los problemas graves. “Tres Comandantes: Francisco de P. Tinoco, Santinelli y Schomberg, con la colaboración de una compañía de Pardos de Aragua, bajo el mando del coronel Mota, organizan un complot para apoderarse del Generalísimo y deportarlo”.¹³⁶ Descubren la conspiración a tiempo; aborta el golpe; pero en Caracas no se ordena ningún castigo para los culpables. ¡También la impunidad!

¡Aun falta lo peor! La fortaleza de Puerto Cabello, encomendada a Simón Bolívar, ha caído en poder de los españoles. Han operado en ello la resistencia de la mayoría de los habitantes del puerto, que son monárquicos; la acción del Cabildo, realista asimismo; la cooperación de los comerciantes, que mayores beneficios obtenían con el régimen monárquico anterior; y la traición de militares comandados por el teniente venezolano Francisco Fernández Vinoni.¹³⁷

¹³⁶ MIRANDA, FRANCISCO DE. *Colombeia...*: 106.

¹³⁷ El traidor Fernández Vinoni, que pasó a servir en los ejércitos realistas, cayó prisionero en la batalla de Boyacá, el 7 de agosto de 1819; Bolívar ordenó que fuese ahorcado inmediatamente! Dice el historiador Vicente Lecuna (*Bolívar y el arte militar*: 17), en referencia a Francisco de Azpúrua: “Como lo demostraron desde el principio de la revolución y en lo sucesivo, la mayoría de los habitantes de esta importante plaza fueron partidarios de España, y se manifestaron siempre fieles a sus opiniones y deberes como tales”. Capitulará el puerto, integrándose a la Venezuela independiente, once años más tarde, en noviembre de 1823.

Bolívar asumió el cargo de Comandante de la Plaza —el segundo cargo de mayor importancia en la milicia republicana— el 4 de mayo (1812). Se vio en seguida rodeado de enemigos. En el Ayuntamiento se hablaba de “la diabólica independencia”. El académico venezolano coronel Tomás Pérez Tenreiro escribe: “La plaza de Puerto Cabello vino a manos de la recién nacida República, gracias a la confusión de los primeros días. Pues en ella la proporción de afectos al Rey y al sistema monárquico eran muy superiores al partidismo republicano”. Y proporciona detalles: “En el castillo había diez presos políticos y 54 presos comunes; fusiles en depósito prácticamente no había; en cambio existía una batería de las de Plaza, y mil setecientos quintales de pólvora”; se habían acopiado víveres como para sostener un estado de sitio... Todo eso cayó en manos de Monteverde! A Bolívar se intentó asesinarle, mediante una invitación a sesión del Cabildo; Bolívar no acudió. Los días de combates fueron varios, desde que empezaron a disparar del Castillo sobre la plaza”.

Pedro Gual, que estuvo presente en el cuartel general mirandino, en La Victoria, narra lo que sigue:

En la Secretaría, al recibir la noticia de la caída de Puerto Cabello, el General se paseaba aceleradamente de un extremo al otro de la pieza; el doctor Roscio se pegaba fuertes golpes con los dedos de la una mano a la otra; el señor Espejo estaba cabizbajo y absorto en una meditación profunda y Sata y Bussy parado como una estatua. El General Miranda me dijo en francés: “Le Venezuela est blessé au coeur” —Venezuela ha sido herida en el corazón—, y añadió poco después: “hace poco lo teníamos todo seguro; ahora, todo es incierto y azaroso. Ayer Monteverde no tenía ni pólvora ni fusiles; hoy puede contar con 400 quintales de pólvora, plomo en abundancia y 3.000 fusiles”.

Bolívar le había mandado su S.O.S., que no dio resultado por la distancia que tuvo que recorrer el posta. Decíale:

Si V.E. no ataca inmediatamente al enemigo por retaguardia, esta plaza es perdida. Un oficial, indigno del nombre de venezolano, se ha apoderado del castillo y está haciendo un fuego terrible sobre la ciudad.

Después, llegó el parte de la derrota:

Después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenamiento mortal [...] Yo hice mi deber, mi General, y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa; nada me quedó por hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvaran la patria [...] Espero se sirva usted decirme qué destino toman los oficiales que han venido conmigo.

El historiador Pérez Tenreiro expresa:

Bolívar da muestras de su inmensa capacidad de reacción, presiona al enemigo con los fuegos de su artillería, envía propuestas, se bate con las tropas acorridas de Valencia, pero todos sus esfuerzos son inútiles, y se ve obligado a huir el día seis de julio de 1812. La suerte le deparó

la posibilidad de embarcarse en el bergantín Celoso, en el que, con unos cuantos oficiales, pudo llegar a La Guaira [...] En las fuerzas patriotas: el desgano, la insubordinación de los cuadros superiores, la falta de voluntad de combatir en el jefe y en los soldados, las pugnas y rivalidades que se centraban alrededor de la señera figura del Generalísimo, al cual le atribuían todos los males y no le daban mayor colaboración. Y, parejamente: la actitud de los grupos políticos que ya desconfiaban de la practicidad de imponer el sistema republicano y dentro de cuyos grupos ya había individuos aprestando correspondencia para pedir el real perdón.

Al día siguiente de conocida la noticia, Miranda recibe esta comunicación de Francisco Carabaño, desde San Casimiro: “El capitán Grosira, que cubría la altura inmediata a este pueblo, ha desaparecido en esta noche con toda la guarnición y pertrechos, dejando clavado el cañón. Sólo me quedan 200 hombres y rodeado de los mayores peligros”. ¡Las desertiones! Pedro Gual comenta: “Por esta desgracia de Puerto Cabello, los enemigos pueden dirigirse por la costa a La Guaira y, tomada, quedarnos circundados por todas partes y sin capacidad de recibir los refuerzos que esperamos”¹³⁸. El edecán de Miranda, Vicente Salías, escribe diez días después (18 de julio):

Las posiciones han cambiado: si atacan a Caracas y a La Guaira, ¿cómo podrá defenderse Caracas, donde no hay gente que pueda hacerla? La Guaira también está sin gente y si allí, por desgracia, perdiésemos la harina y los pertrechos de guerra, ¿con qué nos defenderíamos y con qué se proveería el ejército? Si se pierde la capital, el ejército se encontraría entre dos fuegos. El enemigo tiene ahora más municiones que nosotros, tiene fusiles, tiene caballería, etc.

¿Cuál es el espíritu de Miranda? ¿De vencimiento, de derrota, de pusilanimidad? Le dice a Pedro Gual:

Ahora es indispensable hacer esfuerzos extraordinarios, para salvar a Venezuela en el estado deplorable en que nos han puesto los traidores.

¹³⁸GUAL, PEDRO. “Testimonio y declaración”, publicación en Bogotá en 1843. En *América espera...*: 468.

Es preciso que viaje usted a los Estados Unidos a mandarnos los elementos que nos faltan. Por aquí, haremos todo lo posible.

El juicio de Miranda es exacto: los que han hundido todo han sido los traidores, declarados o no. Traidor es todo aquel que no ha admitido la independencia, y además todo aquel que titubea, en espera de oportunidades para adherirse al bando vencedor. En su vida, Miranda tuvo varios traidores: el francés Dupérrou (1796), el norteamericano Aaron Burr (1805); el capitán Juanico Sanz (1809); el cubano Pedro José Caro (1798); el marqués de Casa León (1812). Ahora, son muchos, son por miles; se han vuelto mayoría enemiga; ¡han traicionado a la República, no sólo a Miranda!

En este conflicto gigante, aparece una insurrección más: la de los negros de Barlovento.* Los esclavos, azuzados por hacendados agentes de Monteverde, se sublevaron en Capaya, Curiepe, Tupipa, Caucagua y otros diferentes puntos; les ofrecían tierras, libertad, dinero. Los principales agitadores se llamaban Gaspar González e Isidoro Quintero, españoles y varios criollos. Incendiaron, mataron, violaron, desatándose en barbarie, rumbo a Caracas. El conflicto dura varios días. Hay que producir el caos. ¡Los que quedan muertos o heridos, en esos lugares, son todos patriotas! ¡También en Guatire, a las puertas de la capital, han caído muchos, asesinados! ¡El mal, para que destruya, a corto plazo, tiene que ser abundante, en torrente! Los conservadores, los monárquicos, los tradicionalistas que se niegan a cambiar y que no entienden la libertad, han logrado desprestigiar la revolución política. ¡Esta es la gran verdad del momento! ¡La reacción realista dominaba ya casi todo el territorio de Venezuela!

* Escribe FEDERICO BRITO FIGUEROA, en su libro *El problema tierra y esclavos en la Historia de Venezuela* (Universidad Central, 2ª edición, 1985: 333): “En los momentos que Francisco Miranda es nombrado Dictador –formalmente, sólo de nombre– cuatro mil negros de Barlovento y Valles del Tuy marchan hacia Caracas, y en las plantaciones de cacao de Aragua y el Litoral Central, se observan síntomas de insurgencia: eco de la rebelión general que fraguan las esclavitudes de esta Provincia”. Había comenzado la revolución social que, paralelamente con la revolución política, duró largo en Venezuela. Los demás países americanos realizaron únicamente revolución política; y hubo algo de la social en el Río de la Plata, con los gauchos.

Convoca Miranda a los hombres con responsabilidad. Los comisionados del gobierno federal, del Congreso, del ejército, se reúnen en La Victoria y, al cabo de intensas discusiones, redactan un documento, el día 12 de julio (1812); su texto corresponde íntegro a la historia:

En este Cuartel General de La Victoria, a doce de julio de 1812, segundo de la Independencia, el Generalísimo de las armas de Venezuela, ciudadano Francisco de Miranda, teniendo presentes en su alojamiento a los ciudadanos infrascritos, miembros del Poder Ejecutivo Federal, diputado del honorable Congreso y mayor general de este ejército, ciudadano José de Sata y Bussy, funcionario del Poder Judicial de la Provincia de Caracas, Francisco Paúl, y el Director General de las Rentas de la Confederación y de la misma Provincia de Caracas, ciudadano Antonio Fernández de León, les manifestó el crítico estado de las cosas militares y políticas consecuente a la pérdida de la Plaza y Puerto de Cabello y costa de Ocumare y Choroni, ocupadas por el enemigo, menos por la fuerza de las armas que por el influjo de las perfidias, del fanatismo y de la falacia, que en lugar de disminuirse se aumentan y ofrecen nuevas ventajas al enemigo, sin que de las Provincias confederadas se haya recibido auxilio alguno, ni se espere fundadamente su recibo, estando las unas en poder del enemigo y las otras poco instruidas en los deberes del pacto federal, o preparadas en cuanto al verdadero estado de las cosas, o sin armas suficientes para auxiliar al ejército de la Confederación, que casi todo se compone de tropas y oficiales de estas provincias cuyas dos terceras partes, antes más que menos, se hallan en poder de los contrarios, con inclusión de todos sus llanos y haciendas de ganado, en tales términos que apenas queda libre de la invasión y ocupación del enemigo el partido capitular de la capital de Caracas y La Guaira, sin contar con los de las costas de Barlovento y valles de Capaya, a donde también ha penetrado el mal de la subversión en favor del enemigo. Por todas estas razones, por la penuria de armamento y ninguna esperanza de auxilios extranjeros, consultó el medio de la negociación con el comandante de las fuerzas enemigas, como necesario en las peligrosas circunstancias en que se halla la libertad de Venezuela para asegurar las personas y propiedades de todos los que aun no han caído en manos del enemigo; proponiéndole

un armisticio y la correspondiente estipulación que hiciese cesar el derramamiento de sangre, y trajese la paz conforme a la mediación ofrecida y publicada por la generosa nación inglesa, o su gobierno. Contestaron todos, adhiriéndose a la proposición del Generalísimo dejando a su prudencia y pericia militar y política la ejecución y cumplimiento. Se discurrió igualmente sobre el estado de las provisiones de boca, y sobre otros puntos conducentes a la salud pública; y firmaron todos los concurrentes con la mayor recomendación del sigilo:

FRANCISCO DE MIRANDA, ANTONIO FERNÁNDEZ DE LEÓN, FRANCISCO ESPEJO, JUAN GERMÁN ROSCIO, FRANCISCO PAÚL, JOSÉ SATA Y BUSSY.

Todos los firmantes aprobaron el armisticio; la determinación fue compartida; Miranda dictador, no era un déspota; consultaba, oía, acataba, aun a pesar de su inmensa autoridad. Tenía experiencia de capitulaciones: la de Pensacola, la de las islas Bahamas y de Amberes, en todas las cuales intervino directamente. Pero en aquellas tres había actuado como vencedor; ahora, estaba en la situación contraria. Vienen las negociaciones, que Monteverde acepta y propone dos condiciones, que Miranda rechaza: ausencia de plazo para iniciar las conversaciones y autorizar, sin oposición, la marcha de las tropas realistas hacia Caracas. Audacias de Monteverde! Interviene para solucionar el impasse el marqués de Casa León, ladino, huidizo. Al cabo de doce días, se llega al acuerdo final y se elabora el corto texto de la capitulación, el 25 de julio; la firman Domingo Monteverde y José de Sata y Bussy, representante de Miranda. Este no va en persona; hubiese sido destruir su orgullo! Monteverde, el audaz, el aprovechador de traiciones, ¡no valía ni para subalterno del dictador republicano!

Según el texto,¹³⁹ hay seguridades para los vencidos y, sobre todo, se fija en la cláusula décima el estricto cumplimiento de los términos acordados:

¹³⁹ El texto de la capitulación y los antecedentes pueden verse en la obra MIRANDA, FRANCISCO DE. *América espera...*: 462-468.

No se exigen otros rehenes, ni seguridades de una parte y otra, que la mutua fe y palabra de ambos, fiándose tanto el ejército y pueblo de Caracas de la del señor Domingo de Monteverde, que no duda que por ella sola se cumplirán religiosamente todas las promesas.

En el considerando inicial hay esta frase:

[...] el convenio hecho entre ambos, sobre la ocupación del territorio de la provincia de Caracas por el primero [Monteverde] y seguridad de la tranquilidad y propiedad de sus habitantes.

¿Seguridad? ¿Buena fe y palabra de honor de Monteverde, un pícaro, un perverso? Para Miranda sí bastaba su palabra; valía más que documentos; para el jefe español lo único que no servía para nada era su palabra, y la violó casi inmediatamente; la violó con desvergüenza y cinismo. La tranquilidad para los republicanos fue la de la cárcel; las propiedades quedaron confiscadas; se cometió, por añadidura, el crimen!

Apenas amanece el día 26, toma Miranda su caballo y se dirige a Caracas, a donde llega en la mañana del 27; informa a las autoridades de los pormenores de la capitulación; ordena doble paga a los oficiales inferiores y la tropa. Y, sobre todo, se entrevista con el capitán Pedro Antonio Leleux, que se ha ocupado durante diez días en llevar de La Victoria a Caracas todo el Archivo –63 gruesas carpetas–, libros y otros papeles de Miranda, a fin de empacarlos adecuadamente y remitirlos a La Guaira; irán por barco a Curazao. El oficial Carlos Soubllette, secretario y ayudante de Miranda le había escrito a Leleux:

[...] el general me manda recomendarte de nuevo que sus papeles y mapas que están en los cofres, los empapeles bien y los hagas transportar inmediatamente a La Guaira y remitirlos en el bergantín de Watson que está próximo a hacerse a la vela para Curazao; que éstos los dirijas y recomiendes a la casa Robertson y Belt, con particular encargo para que los conserven en su poder.¹⁴⁰

¹⁴⁰ VERNA, PAUL. *Op. cit.*: 91.

Su Archivo es más que su vida física: pertenece al porvenir, a la historia; él lo sabe; ¡él lo defiende porque es hombre histórico!

Sale de Caracas con algunos oficiales hacia La Guaira el 30, por la tarde; ¡entran a Caracas, esa misma tarde, las tropas de Monteverde! Choque simbólico de lanzas, en presencia del destino; Miranda va espiritualmente solo; los otros, que no ven la profundidad de la tragedia, son multitud. La amargura, frente al desafío petulante. ¡Una vez más, la historia encontrará que el triunfador será el solitario!

El drama va buscando un desenlace. Ya está el desenlace plasmado, cumplido: nadie lo sabe todavía; lo conocen sólo tres hombres que han mantenido comunicación desde antes: Monteverde en Caracas, Casas y Peña en La Guaira. Manuel María de las Casas es el Comandante Militar de La Guaira; el empleo se lo dio Miranda; como tiene alma de traidor desde que se firmó la capitulación, encontró que le convenía ponerse del lado de Monteverde; tuvo entendimientos con él. El abogado Miguel Peña, Gobernador Político de La Guaira, también colocado allí por Miranda se comunica con Casas; obra en acuerdo con él; actúa por odio al Generalísimo. Pedro Gual, testigo presencial, escribe: “Por una traición, la más infame, aquella plaza estaba ya vendida al enemigo”; añade luego: “La entrega del puerto de La Guaira fue pérfida”.

Se aloja Miranda en la Comandancia de Armas de la Plaza, o sea en la residencia del traidor Casas. Le esperaban al Generalísimo para la cena, que resultó borrascosa:

Un áspero debate —narra Picón Salas— se encendió mientras comían, cuando el honesto Pedro Gual y el coronel Juan Paz del Castillo exigieron de Miranda que explicara todo el alcance de la capitulación. El Generalísimo respondió con despectivo orgullo [...] Como buen inglés, el capitán del Sapphire, Haynes, quien asiste a la comida, quiere apaciguar la acalorada discusión, y otra vez invita a Miranda a acompañarle al barco. Pero él le replica que pasará la noche en tierra y sólo se embarcará al amanecer. Se para de la mesa, y el joven edecán Carlos Soubllette lo guía con su linterna a través del corredor, hasta el

*dormitorio. De la cena donde Las Casas—doblemente traidor a su jefe y a su huésped— algunos de los que ya traman la conjura salen a finalizar sus preparativos.*¹⁴¹

La historia se repite: en la cena final hay Judas, como diecinueve siglos atrás en Jerusalén. Bolívar no estuvo en la cena; ignoraba que Las Casas había ya entregado el puerto; tampoco el traidor asistió a la cena. ¡Todo se urdió afuera, en las sombras, frente al mar! (La Comandancia de Armas estaba en la antigua casa de la extinguida Compañía Guipuzcoana). El hombre oceánico que era Miranda, ahí tenía que soportar el tremendo golpe del azar! Aparentemente, todo cuanto va a producirse esa noche fue posible porque el General se negó a embarcarse en el *Sapphire*. Sólo aparentemente, porque la decisión de los oficiales era impedir que el General se embarcase; lo habrían atajado de cualquier modo, y aun con la violencia. ¡Esa, la exaltación de los ánimos!

Eran doce los de la conjura: Manuel María de las Casas, Comandante de Armas de la Plaza —¡traidor!—; Miguel Peña, Gobernador Político —¡traidor!—; coroneles: Simón Bolívar, Juan Paz del Castillo, José Mires y Manuel Cortés; tenientes coroneles Tomás Montilla, Rafael Chatillon, Miguel Carabaño, Rafael Castillo y José Landaeta; y el sargento mayor de la Plaza, Juan José Valdez. Landaeta, que comandaba la guarnición, había puesto vigilancia delante y en torno del edificio, reforzándola.

Hacia las tres de la mañana, los conjurados penetraron en la casa. El coronel Carlos Soubllette, secretario y ayudante del General, ha dejado narrada la escena en lenguaje frío, cortante, como de quien no tiene emoción alguna ante ese desenlace. ¿Constaba Soubllette en la lista de la conjuración?

Dormía profundamente Miranda —dice—, cuando Soubllette llamó a la puerta del aposento. ¿No es demasiado temprano?, contestó el General equivocándose sobre el objeto de aquel llamamiento. Advertido luego de su error, agregó tranquilamente: “Diga usted que esperen; pronto

¹⁴¹ PICÓN SALAS, MARIANO. *Op. cit.*: 247.

estaré con ellos". Una vez transmitida esta respuesta, los jefes no tuvieron inconveniente en esperar, pues todas las precauciones habían sido tomadas, y la casa como la calle entera estaban con vigilantes. Algunos minutos después se presentó el Generalísimo: estaba vestido de pies a cabeza, y en su semblante como en sus ademanes se revelaba la firme tranquilidad de su ánimo. Impetuosamente y sin preámbulos de ningún género, intimidó a Bolívar que se diese prisionero. Miranda entonces, tomando con su mano izquierda el brazo derecho de Soublette, que tenía en la mano una linterna, la levantó en alto, como para auxiliar su mirada, y después de haber reconocido uno a uno, a los circunstantes, profirió sencillamente estas palabras: "Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche". Y sin más, fue a entregarse a la guardia que lo esperaba en la puerta y que lo condujo, como estaba previsto, al Castillo de San Carlos.

Soublette nada hizo para proteger a su jefe; ¡lo entregó, mansamente! ¡Los oficiales subalternos se habían sublevado contra su General en Jefe!

Al clarear el día, llegó a La Guaira la tropa que, comandada por el capitán Cervériz, había sido despachada de Caracas por Monteverde para controlar el puerto e impedir la salida de barcos y personas. A su llegada, Miranda, prisionero de sus compañeros, pasó a ser prisionero de los españoles! Cayó en manos de España a los treinta años de haber sido perseguido por esa nación. ¡Tardía captura! ¡Ya la América hispana entera estaba sublevada, y esa gigantesca rebeldía la había creado y cultivado el glorioso prisionero de hoy en La Guaira, hasta volverla una guerra que terminará con la independencia!

Ante la historia, el momento en que Miranda recibía de su subalterno el coronel Bolívar la notificación de entregarse preso, hacíase una transmisión de poderes. La bandera mirandina pasó a manos de Bolívar; y el magno héroe de sesenta años entró en el ocaso víctima de una insurrección de coroneles, cuyo desenlace se debió a la acción ruin de dos traidores: Casas y Peña. Monteverde le premió a Casas, permitiéndole irse a vivir en el campo con su familia... Peña

también se entrevistó en Caracas con Monteverde, y Bolívar gestionó por medio de su amigo el comerciante español Francisco Iturbe un pasaporte para salir al exterior.

Dice Monteverde inmediatamente que el pasaporte le será otorgado a quien le prestó a España el servicio de haber apresado a Miranda. Contesta Bolívar, enérgico: “No lo prendí para servir al rey, sino para castigarlo”. Interviene en seguida Iturbe muy hábilmente: “¡Este joven no es más que un calavera; déjelo que se vaya!”. La prisión de Miranda, injustificable, es una página oscura en la vida del Libertador.*

El informe oficial de Monteverde al Consejo de Regencia de España decía:

No más llegar a Caracas, di inmediatamente la rigurosa orden de arrestar a los cabecillas sediciosos que se encontraban en La Guaira. Felizmente, antes de poder yo llegar a ese puerto, cosa que deseaba hacer con la mayor prontitud, Las Casas, por consejo de Peña y con la ayuda de Bolívar, había encarcelado a Miranda y arrestado a todos sus cómplices en el puerto. Fue una operación realizada por De Las Casas con riesgo de su vida, que hubiera perdido de fracasar en su intento. Las Casas cumplió su cometido de modo inmejorable [...] No tengo por menos que señalar los buenos servicios prestados por De las Casas, y también por Bolívar y Peña, por lo que los dejé en libertad; facilité a Bolívar su pasaporte para el extranjero, pues su influencia y sus relaciones aquí pudieran ser peligrosas en las presentes circunstancias.

* Comenzaron amigos y terminaron enemigos: tal el drama histórico entre Miranda y Bolívar. El nexo no duró sino dos años. Demasiado breve lapso para una fijación de trascendencia. Se encontraron tarde, en Londres (1810) y empezaron a vivir la vida política y revolucionaria en niveles distintos: el del hombre de sesenta años de muchos saberes y de vastísima experiencia, y el joven de veintisiete años, vehemente, agresivo, también cargado de conocimientos pero sin experiencia militar. Llegado el momento crítico, chocarán y la amistad se esfumará definitivamente!

Bolívar y los otros no aceptaron que Miranda hubiese capitulado; de ahí su insubordinación contra el Jefe y la prisión de éste. ¿Qué proyectaba Miranda, al capitular, visto que todo se le había hundido en torno? Se lo dijo a Pedro Gual: “Los realistas están empeñados en prenderle fuego al país primero que verle independiente, mientras que en nuestras filas no hay sino descorazonamiento, persistente estupor a raíz del terremoto, etc. Así que, miremos en dirección a la Nueva Granada, donde cuento con Nariño, quien es amigo mío. Con los recursos que podemos llevar con nosotros de acá, oficiales, municiones, etc., y los que probablemente se obtengan allá, entraremos en Caracas, sin correr los peligros de toda índole que se ciernen sobre nosotros en este preciso momento”. Pensaba, planeaba, aquello mismo que Bolívar, su sucesor, ejecutará cinco meses después, de Cartagena a Caracas, en la fulgurante “Campaña Admirable” de 1813. ¡Uno y otro líderes tenían una misma visión militar! Y una misma fe, y una única determinación: ¡la independencia de América!

Cuatro factores determinantes produjeron, irrevocablemente la capitulación mirandina. El primero de todos: la intriga, que incluye un celemin de malas mañas que caben, todas, en esta enumeración: envidia, perversidad, malevolencia, rencor, calumnia, difamación, odio. ¡Todo esto se ejercitó contra Miranda, desde 1782 hasta 1812, o sea por espacio de treinta años! En aquel entonces (1782), en La Habana, se le calumnió doblemente ante la Corte de Madrid, acusándolo torpemente de contrabandista y de haber mostrado fortalezas militares a un general inglés. De todo se le absolvió al cabo de dieciséis años; la justicia lerda no corrige el mal; ¡lo fortalece! ¿A qué se vio forzado Miranda si contra él se habían dado cinco órdenes de prisión? Huyó a los Estados Unidos, donde descubrió que la independencia de Hispanoamérica requería un líder: ¡él! ¡Y asumió esa responsabilidad valerosamente, genialmente! Entonces, todas las autoridades españolas en la América colonial recibieron la notificación de que el capitán Francisco de Miranda era un traidor a España; a la palabra traidor se le añadieron todos los malos epítetos posibles, y se ordenó su encarcelamiento. Nadie lo logró, en ninguno de los muchos países visitados por él. Fue necesaria una gran ruindad, la de Casas y Peña, para meterlo en prisión.

En Caracas se habló de la traición de Miranda desde 1783, en los medios oficiales españoles y en el mantuanismo, o sea en el patriciado criollo; en el clero, en los centros políticos. Los únicos que opinaban en contrario eran los afiliados a cenáculos, que se carteaban constantemente con el prócer residente en Londres. El pueblo, raramente informado, escuchaba la opinión oficial y la de los sacerdotes casi todos españoles.

Al producirse la magna hazaña mirandina de desembarco en Coro, en 1806, arreció la campaña contra el héroe. El obispo de Mérida hablaba, desde el púlpito o por boca de los curas párrocos, del Miranda hereje, ateo, monstruo, nuevo Belial, insensato, irreligioso; y decretaba excomunión para quienes leyese los Manifiestos libertarios que se distribuían. En Caracas, se le quemó a Miranda en efigie; se pisoteó la bandera por él enarbolada en La Vela de Coro, y se puso el precio de 30.000 pesos a su cabeza.

Esto hizo conciencia en muchas gentes; tornóse convicción. Cuando el marqués del Toro recibió de Miranda la carta del 20 de julio de 1808 —similar a la enviada al prócer argentino Rodríguez Peña—, la entregó al Capitán General español! Era una lucha solapada, constante, destinada a destruir a un hombre. ¡A un hombre que preconizaba independencia, libertad!

No sorprende que, al viajar los delegados de Venezuela a Londres, en 1810 —Bolívar, López Méndez y Bello— se les hubiese dado esta instrucción secreta: “Defenderse de Miranda, o aprovechar su concurso sólo de algún modo que sea decente a la comisión”. Tampoco sorprende que, una vez en Caracas, se le tilde de extranjerizante, por hallarse en compañía de Antepara, Molini, Leleux; más tarde le acusarán de querer vender el país a Inglaterra. Y la calumnia tomará mayor agresividad al advertir que en el ejército tiene el Generalísimo oficiales extranjeros: Rolichon, oficial de artillería; Joseph de Cayla, coronel de caballería; el capitán francés Chatillon; McGregor, Manuel Serviez. No toleran su cosmopolitismo; su saber les inquieta: los sapientes son indomables. Le ascenderán de General a Generalísimo, no por justicia sino apremiados por la situación

político-militar. No le incluirán entre los dirigentes del Congreso, ni le llevarán al poder: oportunamente estatuyeron en la Constitución que para ser gobernante se requería una larga e ininterrumpida estada en el país. Al hacerle Dictador le sabotearán los actos dictatoriales. Y no faltará quien se sepa contento cada vez que Monteverde alcance victorias.

Tiene en el gobierno, en el Congreso, un enemigo: Juan Germán Roscio. Cada vez que puede les recuerda a sus amigos los papeles de execración del gobierno español contra Miranda; daña así su reputación, mancha su crédito. Se queja públicamente del exagerado rigor mirandino al tratar de imponer disciplina en el ejército; sin embargo, Roscio aprobó los fusilamientos de canarios, en las sublevaciones iniciales contra la declaratoria de independencia. En junio de 1811, le escribirá a Andrés Bello, para informarle de

la difícil situación en que se ha colocado Miranda y las profundas desconfianzas que ha suscitado; lo acusa de vanidoso y engreído; de que no agradece los honores que se le tributan, ni se contenta con los cargos otorgados; está resentido porque no se aprobó su plan de Constitución y porque no se le ha concedido un alto cargo en la organización de los poderes públicos [...] el hallarse cultivando la opinión de los pardos ha reparado algo sus quiebras [...]; su actual conducta trae la desconfianza de la mayor y más sana parte del vecindario.¹⁴²

¡Toda una sociedad –la parte poderosa de ella– contra un hombre! Sus amigos y defensores, sólo una minoría social. ¿Cómo volverse fuerte, cómo salvarse?

Otro factor, conducente de modo directo a la capitulación, fue la falta de convicción libertaria de parte de las tropas. Hecho más grave que la carencia de armas, que también existía. Las deserciones eran constantes; en medio de la batalla, unos cuantos soldados y aun tal cual oficial inferior, se pasaban al campo contrario, si lo veían inclinado ya a la victoria. A veces, la traición de un contingente era

¹⁴² *Escritos del Libertador*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1968: Prólogo.

total. El día en que trató Miranda de poner severísima disciplina en esos hombres, se intentó llamarle al Congreso para que diese explicaciones; lo cual implicaba desautorización. Dos años más tarde, Bolívar se verá forzado al Decreto de Guerra a Muerte, para impedir definitivamente esos virajes y comandar tropas por entero leales. De poco servía contar con miles de soldados, si no se podía confiar en ellos de modo absoluto, ya que la lucha armada es a vida o muerte.

El terremoto del 26 de marzo, con los miles de muertos que produjo, hizo la unión de los realistas todos, ricos y pobres, contra los republicanos. La palabra “Castigo de Dios” circuló por entre ese mundo de fanáticos como corriente eléctrica que les imantara y atara, para hacerles más fuertes en la reacción. El hechizo religioso fue más potente que el de la libertad. Aun el arzobispo catalán Coll y Prat, cuando se le pidió que explicase a las multitudes el fenómeno físico, hizo cuanto pudo para dar largas a la solicitud oficial. La actitud hostil del pueblo asustado creció inconmensurablemente al repetirse el sismo a los dos días el Sábado de Gloria, casi con igual intensidad, y luego más tarde, el 24 de abril, a un mes de distancia del primero; las masas enloquecieron y maldijeron la revolución. Poco a poco fue acentuándose esa animosidad, por el duelo de centenares de familias, por la escasez de alimentos y la destrucción de las vías de comunicación; en suma, por la falta de esa paz sumisa en que antes se había vivido. ¡Los débiles aceptan cualquier paz! Los esclavizadores de pueblos lo saben, y actúan a mansalva.

Las incitaciones de los clérigos realistas fácilmente se abrieron paso en las temblorosas conciencias de la asustada población [...] Desde entonces la causa republicana comenzó a decaer visiblemente [...] En marzo de 1812 se inició la contrarrevolución que venían preparando Cortabarría desde Puerto Rico y el Capitán General Miyares, en Coro. El español Domingo Monteverde salió de Coro al mando de una expedición [...], etc.¹⁴³

¹⁴³ LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Bolívar*. Caracas: Ministerio de Educación, 1974: 83.

Hay que advertir que las palabras de Bolívar, sobre las ruinas del convento de San Jacinto, en Caracas –“Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca”– no fueron conocidas de todos sino diecisiete años más tarde, cuando el realista José Domingo Díaz publicó en Madrid sus *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*. Al ser ignoradas, no hicieron conciencia en la generalidad.

El último factor determinante de la rendición mirandina fue la pérdida de Puerto Cabello, Plaza encomendada al oficial de mayor confianza de Miranda: el coronel Simón Bolívar. Es necesario citar aquí la autoridad de Pedro Gual joven jurista caraqueño –tenía la misma edad que Bolívar–, patriota insigne que llegará al poder en Venezuela, y que era ya “una de las cabezas más justas y avisadas”. Dice él, en su *Testimonio* publicado en Bogotá en 1843: “Era yo miembro de la Legislatura Provincial de Caracas en 1812, cuando el General Miranda, después de la retirada de nuestro ejército de La Victoria me llamó a su lado [...]”. Añade, ya en referencia a la pérdida de Puerto Cabello:

Para comprender bien la sorpresa que debió causar en Miranda el oficio de Bolívar pidiéndole que atacara por la retaguardia, es preciso advertir que, al abrir la campaña lo primero en que se pensó fue en asegurar la Plaza de Puerto Cabello, previniendo a su comandante [a Bolívar] que por ningún pretexto mantuviese a Britapaja, Iztueta y demás prisioneros dentro de la fortaleza. Pero el coronel Bolívar no había dado todavía indicios de aquella actividad prodigiosa, de aquella sagacidad consumada, de aquellas concepciones sublimes, que desplegó después el General Bolívar [...] [O sea que Bolívar no obedeció]. El General Miranda refiriéndose al oficio del coronel Bolívar agregó: se me dice que ataque al enemigo; pero éste debe estar ya en posesión de todo; el oficio es del 1º del corriente, y hoy somos 5, ya puesto el sol.

Al otro lado del océano, muy lejos, está agitándose entre la derrota y el desastre Napoleón Bonaparte, que tanto nexo indirecto tuvo con Miranda. Invadió el Emperador a Rusia; los rusos se retiraron al interior e incendiaron la ciudad de Moscú. El Corso se aproxima a

su ocaso, inevitablemente. Fernando VII recuperará pronto el trono de España; pero, también inevitablemente, perderá América. ¡El azar, y el destino, se ponen del lado de los libres!

EL SOL SE OCULTA HIRVIENTE

Aquel cura creyó que se había muerto Don Quijote. Quien efectivamente se murió fue Alonso Quijano el Bueno, que nos trae completamente sin cuidado, pues como él vivieron, murieron confesados y con todos los sacramentos encima, millones de igualitos, como un buevo a otro buevo.

JUAN DAVID GARCÍA BACCA. *Ensayos y estudios.*

Los españoles apresaron en La Guaira a un gran triunfador; al más encumbrado vencedor en América. Lo que está desarrollándose en el continente Hispanoamericano, de México a Buenos Aires, obra suya es, inspiración suya, acción titánica suya llevada adelante por espacio de treinta años. Supo comprender la hora histórica americana. Cuanto va a seguir, a él le corresponde, por haber sido el iniciador, el impulsor, el de la colosal creación. El fue la revolución, desde el principio; gracias a él se mantuvo creciente, dinámica, arrolladora. No fue llevado al castillo de San Carlos un derrotado, sino un varón altamente glorioso. En las cárceles en que le tendrán durante cuatro años, hasta la muerte, demostrará inflexiblemente una dignidad altiva, una exigencia de justicia y una fortaleza de ánimo ajena a la más mínima debilidad. ¡Un prisionero de tal entereza, honra al hombre!

Del castillo de La Guaira le trasladaron, casi en seguida, a las bóvedas, a un calabozo y, de allí a las bóvedas del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello. Son sus palabras: “Por el largo espacio de cerca de ocho meses —de agosto de 1812 a marzo de 1813— he guardado el silencio más profundo, sepultado en una oscura y estrecha prisión, y oprimido con grillos”. Se le trata peor que a un criminal común; él, que tanto caminó por el mundo y que tan hondamente creyó en la libertad, ¡atado con grillos de hierro en los pies! El calor, la humedad, la pésima comida, lo lóbrego y lo maloliente, torturas son que Miranda sólo había encontrado en las cárceles de los déspotas en Europa. No le doblegarán; en sus sesenta y tres años parece invulnerable. Cuando se piensa que hasta los ingleses, que quemaron viva a Juana de Arco, se portaron de manera menos dura con Napoleón en Santa Elena...

Apenas obtenido el pasaporte de Monteverde, Bolívar se dirigió a Cartagena con algunos compañeros. Allí escribió un Mensaje al Congreso de la Nueva Granada (27 de noviembre de 1812), en el que le atacó a Miranda:

Nuestro ejército tuvo que rendir sus armas sacrificándose a los designios de su General, quien, por una inaudita cobardía, no logró las ventajas de la victoria, persiguiendo al enemigo, sino antes bien cometió la baja ignominiosa de proponer y concluir una capitulación que, cubriéndonos de oprobio, nos tornó al yugo de nuestros tiranos.

¡Miranda no era, no podía ser cobarde!¹⁴⁴ El día 29 de junio —un mes antes de su prisión— hubo un combate contra las fuerzas de Monteverde. El parte, suscrito por el coronel José de Austria, dice:

*El Generalísimo Miranda en persona, a la cabeza de unos cuantos lanceros, se lanzó en el fragor del combate; todos en su destacamento avanzaron con heroica determinación, forzando a los realistas a buscar su salvación en una desordenada y vergonzosa retirada.*¹⁴⁵

La acusación de que no hubiese perseguido al enemigo, provenía de criterios de guerra completamente diferentes. Miranda, como San Martín, como O'Higgins y otros, seguía los principios y normas militares vigentes entonces en España. Bolívar había estudiado la estrategia napoleónica.

Sobre la capitulación mirandina, la mejor justificación está en el referido Mensaje de Bolívar al Congreso Neogranadino y en la subsiguiente *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño*, veinte días después (15 de diciembre de 1812). En uno y otro textos enumera Bolívar “las causas que condujeron a Venezuela

¹⁴⁴ El historiador venezolano Vicente Lecuna escribió, refiriéndose a Miranda: “¿Fue cobarde un hombre que, en una noche trágica en Grand Pré, detuvo a la caballería prusiana y salvó un División Francesa en las Ardenas? ¿Fue un cobarde quien luchó en Jemmapes y Valmy, y quien por razón de su valor fue promovido consecutivamente a los rangos de Mariscal de Campo y Teniente General de Francia?”. Diario *El Nacional*, Caracas, marzo 4 de 1950.

¹⁴⁵ MARQUÉS DE ROJAS. *El General Miranda*. París, 1884: 699.

a su destrucción”: el no haber atacado a Coro —como lo pidió Miranda, en seguida de la toma de Valencia—: “la Junta de Gobierno, dice, ciegamente conducida por falsos principios de política, no arrancó, al nacer, las semillas de una guerra civil que debería algún día disolver el Estado; la dejó fortificar y tomar una actitud que logró subyugar después la confederación entera”. En el terremoto “perecieron, con la mayor desgracia, casi todos los soldados de la república, bajo las ruinas de cuantas ciudades ellos guarnecían, así en la capital como en las fronteras: ¡más de veinte mil almas!”. Como consecuencia, “la influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. Estos traidores sacerdotes se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa, porque la impunidad de los delitos era absoluta, la cual hallaba en el Congreso un escandaloso abrigo”. ¿Y cómo se hallaban las tropas? “Los milicianos que salieron al encuentro del enemigo ignoraban hasta el manejo del arma y no estaban habituados a la disciplina y obediencia; fueron arrollados al comenzar la última campaña”. Miranda fue acusado ante el Congreso de ser muy exigente en la disciplina y la obediencia; se le amonestó para que emplease menos rigor! ¡Con esta tropa tenía que combatir el Generalísimo! Por otra parte: “Los errores políticos cometidos muy culpablemente por el gobierno, tuvieron el influjo más directo en la catástrofe”. El Congreso aprobó el sistema federal, contra el cual combatieron varios, especialmente Miranda; “ese sistema federal despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos contra la capital”. Bolívar exclama: “¡Nuestra división y no las armas españolas nos tornó a la esclavitud!”. Y “el papel moneda remató el descontento de los estóolidos pueblos internos, que llamaron al Comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre”. ¡Todas estas declaraciones de Bolívar justifican muy ampliamente lo actuado por Miranda!

Tomada Caracas por Monteverde, lanzó éste una Proclama que decía:

¡Habitantes de Caracas! Una de las cualidades características de la bondad, justicia y legitimidad de los Gobiernos es la buena fe de sus promesas y la exactitud de su cumplimiento. El Gobierno actual de Caracas, fundado sobre estos principios, para él inalterables, se cree en la obligación de repetirlos para vuestra tranquilidad [...] Mis promesas son sagradas y mi palabra es inviolable.

¿Qué sucedió? Miranda, desde su prisión en Puerto Cabello, pudo al fin, a los ocho meses, dirigir un Memorial a la Real Audiencia de Caracas. Allí dice lo que sucedió:

A los dos días de restablecido en Caracas el gobierno español, y en los mismos momentos en que se proclamaba la inviolabilidad de la capitulación, se procedía a su infracción, atropellando y conduciendo a las cárceles a varias personas arrestadas con arbitrariedad [...] Se abren las listas de una proscripción casi general [...] Todas estas víctimas fueron conducidas al puerto de La Guaira: unos, montados en bestia de carga con albarda, atados de pies y manos; otros, arrastrados a pie, y todos amenazados, ultrajados, expuestos a las vejaciones de los que los escoltaban [...] Yo vi entonces con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: vi llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos estados, clases y condiciones, tratados como unos facinerosos; los vi sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras; vi la venerable ancianidad, vi la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin al propio sacerdocio, reducidos a grillos y a cadenas y condenados a respirar un aire mefítico que, extinguendo la luz artificial, inficionaba la sangre y preparaba una muerte inevitable [...]

¡Así cumplió Monteverde los términos de la capitulación! ¡Con infamia, con crueldad, con bajeza de sicario! Continúa Miranda:

Promulgada en Caracas la sabia y liberal Constitución de las Cortes de Cádiz, del 19 de marzo último, se ejecutan nuevas prisiones del mismo modo que las anteriores, y se llenan de presos las bóvedas de La Guaira y las cárceles de Caracas hasta el extraordinario número

de mil quinientas personas según estoy informado [...] En Cumaná, Barcelona y Margarita, son arrestadas, embarcadas y sepultadas en las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello infinidad de personas de todas clases y jerarquías, sin perdonar las respetables canas de la edad octogenaria, ni el venerable carácter del sacerdocio.

Y viene la altiva protesta del ilustre prócer:

La capitulación ha sido pública y evidentemente violada. Es casi tenido por delito de Estado el haber nacido en este continente. Yo reclamo el imperio de la ley; invoco el juicio imparcial del mundo entero. A V.A. dirijo mis clamores por la primera vez, en defensa de los habitantes de Venezuela. Así lo exige la rigurosa justicia, mi propio honor, comprometido altamente para con ellos en favor de su seguridad y libertad. La nueva Constitución me autoriza para reclamar su inviolable cumplimiento [...] Me presento a mi nombre y el de todos los habitantes de Venezuela, por la vía que me permite mi situación oprimida, para protestar cuanto de protestar sea, como y contra quien corresponda, todos los daños, perjuicios, atrasos y menoscabos que se han seguido y siguieren a cada uno de los presos en particular y a todos en general. Elevo mis quejas hasta el trono augusto de la nación [...] Suplico a V.A. se sirva en mérito de lo expuesto y en uso de sus superiores facultades, mandar que se ponga en libertad inmediatamente a todos los que se hallan en prisión con este motivo, declarando que no ha habido causa para semejante procedimiento, y que en lo sucesivo no puedan ser molestados ni perturbados en el goce de los derechos que respectivamente les concede la Constitución.

Desde la prisión continúa en pie de conductor. Ante un déspota bárbaro, ¿qué valor podían tener las alegaciones de un prisionero? ¡Las víctimas carecen de derechos! La Audiencia de Caracas, por orden del Capitán General ha reabierto el Proceso contra Miranda, tomándolo desde 1806... ¡El *Vae victis* de Breno!

1813 es el año de la soberbia irrupción de Bolívar, desde la Nueva Granada hacia Caracas, en la llamada “Campaña Admirable”. Llega a Mérida y la ciudad le proclama Libertador. Monteverde,

nervioso, preocupado, exige que le saquen del país a Miranda; y el 4 de junio, le llevan a la fuerza a Puerto Rico, a la fortaleza del Morro. Ya antes, varios patriotas han sido remitidos presos a España: el canónigo Cortés de Madariaga, Juan Germán Roscio, Francisco Isnardi, el capitán Juan Paz del Castillo y otros.

En Puerto Rico le tratan al prócer con crueldad menor, con menos saña. Le quitan los grillos, por orden del Capitán General de la isla, Salvador Meléndez, un hombre culto que aprecia a otro hombre culto. Permite que le visiten, le presta los periódicos de Cádiz. Conversa el preso frecuentemente con Andrés Level de Goda.

A los veinticinco días de llegado a esta prisión, envía a las Cortes de Cádiz una Representación, por medio del Presidente de la Cárcel. En el texto se queja de dos violaciones perpetradas en Venezuela: la de la Capitulación, y la de la Constitución de Cádiz. Su exigencia es esta: “Pido, señor, a nombre de los pueblos capitulantes de Venezuela, y del mío personalmente que se nos oiga, en reclamación de nuestros derechos, honor y perjuicios; mas, que esto sea ante hombres imparciales, y de ninguna manera nuestros infractores y opresores; bien sea pasando yo personalmente a España, o al mismo Venezuela ante los jueces que V.M. nombrase”. Nada le responderán; nada sabrá en todo lo que resta de año. Parecieran regir las palabras de Saint Just: “Nada hay de común entre usted, el preso, y nosotros los gobernantes. Una capitulación no es sino una forma predominante de la tragedia política moderna”.

En España se están viviendo acciones decisivas. El general inglés Wellington, a quien tanto conociera Miranda, ha abierto la ofensiva final contra los franceses. Los triunfos hispano-británicos de Vitoria y San Marcial significan la expulsión del rey José Bonaparte y la próxima restitución del trono a Fernando VII. Mientras Europa, tenaz, desata la sexta coalición contra Napoleón el Emperador. Europa quiere la libertad; América busca la libertad; en México, el cura Morelos abre su cuarta campaña contra el virrey español. El Paraguay, separado del Río de Plata, declara su Independencia. ¡Miranda prisionero está contemplando desde dentro su obra!

Y viene aquí la gran paradoja: Miranda vuelve a la España peninsular, a fines de aquel 1813 pero lo hace por propia petición. Siempre quiso, como hombre valeroso y seguro de sus actos, como persona poseedora de la justicia en pleno a su favor, ponerse cara a cara con el rey, con los ministros, con quienes fuese, para defender lo suyo con la requerida altivez. Le dirá a Fernando VII, desde La Carraca de Cádiz:

Debo manifestar a V.M. que mi venida a Europa fue en consecuencia de solicitud mía con el Capitán General de Puerto Rico, quien considerando esencialmente necesarios mis informes al Gobierno para el restablecimiento del orden y de la paz alterados en la provincia de Venezuela, y también porque sus habitantes me cometieron particularmente el encargo de hacerlo así al Supremo Gobierno [...] etc. [30 de junio de 1814].

Voluntariamente viajó a España a los veinte años; también por propia decisión se traslada ahora a ese país, donde no hallará justicia ni libertad, ¡sino muerte!¹⁴⁶

Para Miranda, el 1814 que comienza significa su entrada a la nueva cárcel de La Carraca, en Cádiz, de donde no saldrá.

Es entregado por el capitán del bergantín-correo *Alerta*, teniente Rafael Santisteban, como “reo político”, y como tal es encerrado, por orden del Capitán General Cayetano Valdés en el penal de las “Cuatro Torres” del Arsenal de La Carraca, al fondo de la bahía de Cádiz, al sudeste de la ciudad.¹⁴⁷ Se le asigna un cuarto aislado, en una de las esquinas de la azotea del edificio de dos pisos, de forma

¹⁴⁶ También el Gobernador de Puerto Rico había decidido deshacerse de Miranda. En una carta del 17 de noviembre (1813) le decía a su gobierno que “no era posible mantener allí por más tiempo la persona de Miranda..., ya que nada bastaba para precaver los celos que causaba un hombre enviado de Caracas con orden de echarlo a la mar en caso de aventurarse su seguridad... y que había determinado embarcarlo en el bergantín *Alerta*, para que fuese encerrado donde y como merecía”.

¹⁴⁷ HERMANO NECTARIO MARÍA. *La verdad sobre Miranda en La Carraca*. Madrid: Imprenta Juan Bravo, 1964: 57.

casi cuadrada; tiene una puerta que da a esa azotea y dos ventanas. “Esta pieza era la que ofrecía mayores ventajas para su seguridad y vigilancia”. El comandante general de La Carraca, Juan de Carranza, informó oficialmente: “Queda depositado en el piso alto de las cuatro torres y en cuadra separada el preso Francisco de Miranda, del que he hecho entrega al Capataz Mayor, y que dos individuos, en clase de sirvientes, observen su conducta, poniendo además un centinela a la puerta de la mencionada cuadra”. ¡Está bien vigilado! Se destinan diez reales diarios para su subsistencia; cuando tenga dinero, podrá pedir comida de la fonda que funciona en el Arsenal para empleados y obreros. También se le permite lo necesario para escribir —petición del preso—, ¡sometidas todas las páginas a la necesaria censura!

¿Por qué se le trata con relativo miramiento? Por tres razones principales: ha sido él quien ha pedido ser trasladado a España peninsular; para vigilarle mejor, y —lo más impresionante— porque ya para España no constituye peligro, en sentido político. Le apresaron en La Guaira sus propios compatriotas; ¡la revolución está en manos de éstos y no en las de Miranda! Tal vez se tomó en cuenta también el nivel de cultura y la edad del caraqueño; ¡quién sabe! Uno de los dos sirvientes, Pedro José Morán, le tomará tal afecto y se consagrará tanto a él, que su modesta vida, respetuosa, leal y desinteresada, parecerá de entrega y de absoluta voluntad de servicio al grande hombre. Tanto como la de Alsina, con Artigas.

Hay una deplorable coincidencia: Miranda había pedido ser llevado a Cádiz, porque el Gobierno español de la Regencia estaba allí; de ese modo, esperaba ser recibido, para discutir su caso y el de Venezuela sometida al déspota Monteverde. Pero la Regencia se trasladó a Madrid precisamente en esos días, ya que España iba a quedar libre de franceses. Esto no lo podría prever Miranda. Ni siquiera funcionaban ya las Cortes, que habían clausurado sus sesiones hacía más de tres meses. Sintióse el ilustre prisionero como aislado, como flotante en el espacio, sin asidero. El azar había operado en contra suya. Mallarmé ha dicho: “¡Oh los dados jugados desde el fondo de la tumba, entre dedos de fina noche!”. ¿Quién podría saber por anticipado la sentencia de los dados? Sobre los hombres pesa siempre el azar, mofándose de sus previsiones.

Hacia marzo —¡más de dos meses de cárcel!— entra Fernando VII a Madrid; reasume el poder. Nadie sospecha lo que prepara este monarca vengativo, lleno de pasiones, mediocre y falso, con alma de déspota. En el brevísimo lapso de cuarenta días ha preparado, y lo lanza a todo rumbo, su decreto de 4 de mayo de 1814, en que desconoce y deja sin vigencia la Constitución liberal de las Cortes de Cádiz y las leyes a ella relativas o de ella emanadas. ¡Ha vuelto a la Península el absolutismo! ¡Absolutismo es esclavizamiento! Las cárceles empiezan a llenarse tanto con los constituyentes como con todo elemento de espíritu libre. ¡La libertad ha sido borrada y los españoles, salidos apenas de la tremenda tragedia de la guerra contra Napoleón, soportan esta nueva desventura!

Para acercarse a los americanos, a quienes acaba de despojarlos de los derechos de igualdad constantes en la abolida Constitución, el Soberano envía una circular “con paternales expresiones y lisonjeras esperanzas”. Aún más: poco después expide un decreto “por el cual concede indulto general a todos los presos militares de España y de las Indias”. ¡Farsa sobre farsa! ¡Lo que prepara realmente es una expedición militar punitiva que partirá al año siguiente hacia Venezuela y la Nueva Granada, bajo el comando del general Pablo Morillo!

Miranda concibe esperanzas y se dirige al rey dos veces: le pide la libertad y, además, el permiso necesario para viajar a Rusia, donde tiene bienes de fortuna y la necesaria protección de aquel gobierno. ¡Obviamente, jamás se le contestó! En la carta primera se refiere a los sucesos de La Guaira; con inmensa nobleza no dice sino: “Fui privado de mi libertad”; ni una palabra contra sus apresadores, ni siquiera una referencia indirecta a la traición de que fue víctima.

Vansittart y Turnbull van a ser los únicos amigos con quienes se cartea en estos dos años y medio de prisión. Empieza Miranda a operar secretamente, por medio de una valerosa mujer que lleva y trae mensajes; se llama Antonia de Salis, que vive en la Isla de León, número 45. A Vansittart le dice en su primera carta: “La presente está escrita a escondidas y clandestinamente; habrá que entenderme por medias palabras y presumir el resto”. Le habla de la capitulación

y pide la influencia oficial inglesa para alcanzar su libertad; Inglaterra es la que le ha salvado a España de Napoleón. Se refiere a su archivo, que está en Curazao, y del dinero que fue con aquellos libros y papeles. De paso le pide que le entregue una carta “para mi ama de llaves, en la que confío plenamente; y sobra recomendarle mi pequeña familia”. Sara Andrews será para él, siempre, su ama de llaves, pero muy noble siempre.

Vansittart había sido informado ya muy ampliamente sobre la capitulación de Miranda, su prisión, etc., por A. I. Leleux, ayudante de campo del General y rescatador del Archivo. Como detalle novedoso le contó lo siguiente:

El Gobernador de La Guaira, Casas, parecía resuelto a seguir al General, si éste hubiese ordenado que le entregaran cuatro mil pesos en oro de los 22.000 que el General había embarcado como de su propiedad particular; esto le fue negado y sólo le ofrecieron 800, por la razón de que teniendo el General que proveer para un gran número, él no podía darle sino poco a cada uno. Casas no respondió; pero desde aquel mismo momento resolvió quedarse y hacer las paces con Monteverde. Conspiró, intrigó con algunos descontentos en el preciso momento en que el General se fue a acostar; y a las tres, en la madrugada, arrestó al General y lo trasladó a un castillo.

¿Qué era eso de los 22.000 pesos? Miranda le decía en la carta, a Vansittart:

Todos mis papeles están a salvo en Curazao, en la casa inglesa de los señores Robertson, Belt y Cía., así como mis libros, equipajes, 22.000 piastras de plata y 1.200 D. de oro. Le ruego recoger esto como se pueda.

Ese dinero era propiedad del Estado Revolucionario venezolano; Miranda lo puso en seguridad, para impedir que cayese

en poder de Monteverde. No llegó jamás a manos del prócer.¹⁴⁸ Como se advierte, Casas intentó cobrar su traición, y por anticipado. ¿No estaba ya en marcha su felonía desde días antes de la prisión de Miranda? cuando puso en los recibos que le otorgó Robertson, el siguiente texto:

Manténgase la anterior suma a la orden del Comandante en Jefe de las fuerzas de Su Majestad Católica en estas provincias, siendo la propiedad del Rey Nuestro Señor y tomada de su Real Tesoro. Caracas, 20 de agosto de 1812.

Un mes antes, para Casas ese dinero pertenecía a la revolución, y por eso pidió para sí 4.000 pesos, que Miranda se los negó, ya que tenía que atender a muchos. Además, planeaba el prócer continuar en la guerra, desde la Nueva Granada.

Y desde la Nueva Granada, en admirable coordinación mental, Bolívar con quinientos hombres, ha penetrado en territorio venezolano, en cumplimiento sin saberlo, tal vez, sin presumirlo quizá, que seguía una ruta ideada por Miranda. Ha entrado victoriosamente en Caracas. Se le ha otorgado el título de Libertador, en Mérida y luego en Caracas. ¿Luego? La reacción realista, muy poderosa; combates, desatada la ferocidad de la “guerra a muerte”. Los patriotas han sido derrotados en la primera y segunda batallas de La Puerta; se mueve por los llanos desafiante y feroz el caudillo Boves. Triunfo de Ribas en La Victoria: Mariño derrota a Boves en Bocachica. Siguen los choques. Boves marcha sobre Caracas; Bolívar, Mariño y otros oficiales, con su tropa y el pueblo caraqueño en masa salen en éxodo hacia el oriente del país. En Aragua de Barcelona tratan de detener a

¹⁴⁸ HERMANO NECTARIO MARÍA. *Op. cit.*: 38-44. En el acto de embarque de ese dinero, Casas exigió recibo a George Robertson. Esos vales le fueron endosados a Monteverde, quien hizo el reclamo, enviando a Curazao a su representante Francisco de Roo. Como hubiera resistencia de parte de Robertson, Roo endosó los recibos —eran dos— al comerciante de la plaza G. F. Lenz, quien se apropió de ellos, alegando que el Gobierno independiente venezolano le debía 15.000 pesos. Asimismo adujo el hecho de que esa suma no le pertenecía al gobierno español. Parece que el litigio fue llevado luego a Londres.

los hombres del acosamiento sanguinario, Bolívar y Bermúdez; son derrotados. Se produce entonces el desconocimiento de Bolívar, lo mismo que de Mariño, por los generales sus compañeros: Ribas, Bermúdez y Piar; los dos son apresados, pero logran salir del país, hacia la Nueva Granada de nuevo! La historia se repite, con una especie de riguroso fatalismo: Miranda apresado por Bolívar, significó el final de la Primera República de Venezuela; Bolívar, apresado por Ribas, Bermúdez y Piar, cerró la Segunda República de Venezuela! ¡Los analistas de la historia, cuánto se sorprenderán con estas fijaciones un tanto retaliativas, duras, impresionantes! Pero, esta segunda vez, no hubo una Carraca para el derrotado, sino la posibilidad de la libertad, que es lo mismo que la posibilidad infinita, cuando opera un genio! ¡Y seguirá la guerra, y se llegará a Ayacucho! Bolívar terminará lo que Miranda no pudo llevar a culminación. Los dos hacen una unidad en la historia.

¿Hubo en Madrid intención tardía de introducir lo jurídico, en el caso de Miranda? Parece que sí la hubo, porque el 29 de marzo de 1815 se le ordenó al Capitán General de Cádiz, Juan de Villavicencio, “formar la competente causa a Miranda, nombrando Fiscal a propósito”. Pero los documentos pedidos a Monteverde no fueron despachados nunca. Esa fue la otra patraña de este coronel español.

La injusticia, que no la justicia, iba por otros lares. La restitución de Fernando VII al poder significó la libertad del Papa Pío VII, prisionero de Napoleón; el Pontífice restableció la Inquisición y la Congregación del Índice para prohibir libros.

Injusta fue también la muerte del licenciado Miguel José Sanz, el nobilísimo amigo de Miranda. ¡Pereció asesinado; como le asesinaron también al prócer Francisco Javier Ustáriz!

¿Supo Miranda algo de todo esto? Se le vigilaba muy estrechamente. A Vansittart le presenta su queja en una carta: “Hasta desconozco lo que está pasando en el mundo en la actualidad”.

“No me dejan leer ni siquiera la *Gaceta de Madrid*. El miedo es el que atormenta el espíritu de estos bárbaros”. Se le somete a soledad. Sin embargo, “por casualidad”, o sea por el dinero que de cuando en cuando recibe de Inglaterra, logra conseguir unos cuantos clásicos “que me hacen pasar el tiempo útil y gratamente”: Horacio, Virgilio, Cicerón, Don Quijote de Cervantes, el Ariosto del Tasso; asimismo, un ejemplar del Nuevo Testamento; está en España! ¡Lectura de los antiguos, para un hombre que ha laborado porvenir: tan paradójico esto, como la condena a prisión, encadenado, de quien no hizo fuera sino actividad, dinámica!

¿Cuál el estado de ánimo del héroe sometido a cuatro paredes?

Soporto con paciencia esta execrable injusticia —le confiesa a Vansittart—, porque ella debe siempre revertir en honor y en beneficio de mi patria, cuyos intereses fueron siempre altamente apreciados por mí, dejando de lado las fechorías de algunos individuos.

No es sólo Vansittart quien se preocupa por Miranda. También el viejo amigo Turnbull hace contactos con el prisionero; remite sumas con relativa frecuencia. Y, con el propósito de tener certeza de las condiciones en que se encuentra el General, manda a su propio hijo, Peter, quien logra una comunicación más o menos directa. Le dice a su padre:

Le he encontrado en una cárcel de Cádiz, donde probablemente permanecerá toda su vida, a menos que se encuentren medios para conseguir su evasión. Le escribí hace unos días una carta en que me limitaba a darle noticias de la salud de sus amigos de Londres y que envié abierta, por intermedio del gobernador de esta plaza. Y se me ha comunicado, de fuente auténtica, que podré mencionar cuando llegue a Inglaterra, que por 1.000 libras esterlinas se conseguiría su libertad.

¡El gran proyecto es evadirse! La acción es posible, mediante el soborno a los guardias. Vansittart y Turnbull, a través del conocido conducto secreto, le ayudan. Sólo el cónsul británico en Cádiz, Sir Duff, tiene otra conducta, y es de tipo ruin:

Me ha negado la suma de cinco libras esterlinas, a más de insultarme [...] pues la carta u orden que a través de él me había enviado últimamente [Vansittart] con 100 libras la retuvo [al igual que un recibo por 150 piastras] sin enviarme el saldo. De haberlo hecho él, yo estaría actualmente fuera de todo embarazo y muy probablemente en Grafton Street, descansando, etc. Escribí en estos días a Ruthersford, en Gibraltar, pidiéndole un crédito por 200 libras esterlinas sobre cualquier casa de comercio de Cádiz [a excepción de la de Dull], pero aun no me ha llegado respuesta. Parece que la adversidad me acosa por todas partes y de todas maneras posibles [...] En fin, mi único amigo [si es que usted vive aun, para mi alivio], envíeme este crédito de 200 libras esterlinas, único remedio que me queda para sacarme de aquí, si llega a tiempo [...] El joven Peter Turnbull, que conoce Cádiz, podrá indicar el modo más seguro para hacerme llegar lo que pido.

Hay en Miranda espera y esperanza. La espera en un militar, es cosa normal. ¡La esperanza, siempre fue factor negativo; traiciona con excesiva frecuencia! Buena parte de la humanidad padece por esperanzada. La evasión era muy posible; los españoles habían quedado muy pobres por la guerra de largos años contra Napoleón; era fácil comprarlos. Y la ayuda solicitada a los amigos ingleses —en parte, cooperación secreta—, llegó, aunque con retardo a causa de las precauciones que había que tomar con cada carta.

A espaldas de Miranda, el mundo continuaba en su vértigo. Ya estaban en Venezuela, en la Nueva Granada, las tropas españolas comandadas por el general Morillo, para la expedición punitiva contra los rebeldes americanos. Bolívar, refugiado en Jamaica (Kingston), predecía el porvenir de las futuras naciones latinoamericanas, en celeberrima carta a su amigo Henry Cullen y buscaba la ayuda del Presidente de Haití, Pétion, para proseguir la guerra. Más al norte, en México, caía otro gran héroe, el clérigo Morelos, fusilado por los españoles. A mayor número de víctimas, mayor fortalecimiento de la decisión de libertad; ¡que era lo que no podían entender los colonizadores! Y muy lejos, en Europa, hundíase definitivamente el inmenso Napoleón, vencido en Waterloo. ¡Esta noticia, cuánto le

hubiese impresionado a Miranda! Los exégetas de la justicia inmanente, podrán advertir que se les ha aplicado una misma pena, la prisión, al mártir por la defensa de la libertad del hombre y al destructor de la libertad de los pueblos...

¡La causalidad, con esto, queda destruida!... ¡La consecuencia de la derrota napoleónica ha sido la constitución, en Europa, de la “Santa” Alianza; mediante ella, las naciones del Viejo Mundo podrán agredir mejor, pues operarán en conjunto!

El año 1816 había sido fijado para la fuga de Miranda. El fidelísimo criado Pedro José Morán tenía hechos ya, muy prolijamente, todos los enlaces. Los amigos de Londres aguardaban noticias un poco nerviosamente. ¿No conocía el mundo, no hacía mucho, que también Napoleón se había evadido de la isla de Elba? La penúltima carta de Miranda a Duncan Shaw y Compañía, para Vansittart, decía:

Hallándome ya mejor de mis calenturas [se supone que tuvo tifoidea], he dispuesto partir el miércoles o jueves próximo para aquel viajecito que usted sabe; todo está preparado con bastante cuidado para que lleguemos con toda felicidad a Gibraltar; pero como los moros nos son ahora enemigos, puede la casualidad llevarnos a uno de los puertos de Portugal, que están en frente del Estrecho tales como Lagos y otros, donde sea necesario fletar prontamente un bote o falucho con bandera inglesa, americana o de otro país que esté en paz con ellos, y para esto me sería muy útil que usted me enviase [por sí o por alguno de sus amigos de Cádiz] cuatro líneas de recomendación para algún comerciante de dichos puertos, que me ayudase [en tal caso] a despachar lo más pronto posible, y que al mismo tiempo, si yo necesitara más dinero que el que llevo para ello, tomase mi libranza de 200 pesos fuertes contra la Casa de Turnbull y Cía., de Gibraltar; con esto me parece que llevaré conmigo cuanto necesito para un éxito feliz, sin que usted pueda verse comprometido de ninguna manera. No retrase usted ni un punto el regreso de la señora A. con lo que le pido, y cuídemela ínterin viene a reunirse con nosotros. El nombre que debe usted usar siempre conmigo es José Amindra.

Todo estaba dispuesto minuciosamente. Pero algo sucedió, dentro de lo imprevisto. Y Miranda se apresuró a comunicárselo a su amigo:

Aunque dije a usted en mi antecedente billete del lunes último, que para hoy lo más tarde habíamos de partir para el viajecito que usted sabe, no ha podido esto verificarse por la razón que dirá a usted la señora A., que ahora lleva entrambos billetes. Con este motivo, y para que el negocio vaya con la mayor seguridad [como usted recomienda y yo deseo], ha sido necesario hacer el sacrificio de 300 pesos del dinero que yo tenía para dicho viaje; y así pido a usted que sin dilación me remita la misma cantidad con la señora A., para reponerlo y partirme, lo que debe verificarse dentro de tres días a más tardar, y que me traiga también la carta de recomendación para Portugal, si puede ser. Buen ánimo, y mande a su afmo. amigo.

Ya casi están las puertas abiertas; esos 300 pesos debieron de entregarse a un guarda de última hora, imprevisto, para comprarlo. Regresa la señora A., portadora de lo solicitado; se había retrasado un poco, también por alguna circunstancia inesperada. ¿Y qué encuentra? Que las calenturas de que se había sentido mejor el prócer, han golpeado de pronto y violentamente. Un ataque de apoplejía le tiene derribado al coloso en su pobre camastro; derribado y casi moribundo. ¡Los idus de marzo, nuevamente! La carta del criado Pedro José Morán a los señores Duncan, Shaw y Cía., el 2 de abril, es patética; en ella se habla del propio enfermo, del propio atrapado por el destino:

Mis venerados señores: Me obligan a dar a ustedes parte de la situación en que se halla mi amado amo, el Excmo. Señor Francisco de Miranda, las instancias del mismo para que se lo comunique a ustedes, a fin de que inmediatamente lo participen, sin la menor dilación, al señor Turnbull y demás señores de la plaza de Gibraltar. El día 25 en la noche, a las 11 de la misma, le acometió un ataque apopléjico que pensamos se lo llevase; volvió en sí, quedándole de resultas de esto una calentura pútrida con demasiada malicia; a las 48 horas acudió una inflamación a la cabeza y una fluxión a la boca, que le tienen en los

últimos trances de la vida; le asisto con el mayor cuidado, pues en su salud consiste mi felicidad; tengo recogidos sus papeles para en caso de que fallezca remitírselos a ustedes, a fin de que a su vez lo hagan a la plaza de Gibraltar. He hecho celebrar ya cuatro juntas de facultativos, y en todas ellas no me dan esperanza ninguna. Es cuanto tengo que comunicarles hasta esta hora, que son las 12 del día.

PEDRO JOSÉ MORAN.

Nota: Tendrán ustedes la bondad de contestar con el sobre a la señora consabida en la isla de León.

¡Qué grandeza de espíritu en este sirviente! ¡El dinero destinado a la evasión, está empleándose en juntas de médicos! ¡A veces los humildes son sublimes!

La vida del enfermo –vida sin vida, enfermedad sin esperanza– durará tres meses y medio más. Un proceso de larga postración agónica, probablemente en la enfermería del Arsenal, gracias al pago que también para esto debió haber hecho Morán. En la enfermería atendían mejor. Sólo una carta pudo escribir desde allí, el 25 de mayo, a su ama de llaves Sara Andrews, para confirmarle los términos de su testamento de 1810. Miranda nunca fue un sentimental... Esa noble, abnegada y valerosa británica va a quedarse sola y sin posibilidades económicas. Educará bien a sus dos hijos, sin embargo; y, cuando la pobreza la constriña, venderá la inmensa Biblioteca de Miranda, en subasta. Vivirá en la misma casa donde la dejó su compañero, hasta el final. La influenza la mató en pocos días; tenía 74 años. Sus hijos Leandro y Francisco la dejaron en 1824 –tenía 50 años–, para dirigirse a Bogotá, en la Nueva Granada.¹⁴⁹ ¡Murió en soledad!

¹⁴⁹ Leandro de Miranda Andrews, hijo mayor del prócer, mientras estuvo en Londres, mantúvose en contacto con los suramericanos. El diplomático Francisco Antonio Zea, en referencia a la obra *Colombia* que publicó en 1822, dice: “Respecto al bosquejo histórico de la Revolución, el editor le debe principalmente a su amigo don Leandro Miranda” (Cita de Ángel Grisanti en *El precursor Miranda y su familia*: 56). En Bogotá fundó el periódico *El Constitucional*, bilingüe, e ingresó a la Cancillería como Oficial Mayor. Durante diez años, en Caracas, fue Director del Banco Colonial Británico. Se casó con la venezolana Teresa Dalla Costa Soubllette y tuvo cuatro hijos. Muy adinerado, murió en París de 82 años. Un ir burgués de poco relieve intelectual! El genio no se hereda. Francisco de Miranda Andrews tuvo más, mucho más, del poderoso nervio vital audaz de su padre. Desembocará

Hay un preso que le visita frecuentemente a Miranda en la enfermería: el marino peruano Manuel Sauri, testigo de la agonía infinitamente larga del héroe. Por ese hombre modesto sabemos algo de los momentos finales del enfermo. Iba éste en alguna convalecencia, cuando de pronto, la noche del 13 de julio, volvió el ataque de apoplejía. En el lapso de los graves síntomas previos: dolor intenso de cabeza, silbido en los oídos, mareo, pérdida momentánea del conocimiento, “ofreciéronse a Miranda –le contó Sauri a Ricardo Becerra (*Ensayo histórico documental de la vida de don Francisco de Miranda*)–, apenas hubo recobrado sus sentidos, los auxilios de la religión, para lo cual acudió a la cabecera de su lecho el capellán del hospital R. P. Albar Sánchez de la orden de Santo Domingo, pero Miranda se negó a recibirlo y despidió al fraile con estas desabridas palabras que los circunstantes, Sauri entre ellos, oyeron distintamente: “¡Déjeme usted morir en paz!”. Añade Picón Salas: “Pero como poco después se inicia el coma agónico, las diligentes hermanitas del hospital consiguen que se le administre la extremaunción. Presencia ya Miranda con los ojos entelados y sin voluntad de rechazo, el grave ritual”. La muerte llegó para este coloso de la historia, a la una y cinco minutos de la madrugada, del día 14 de julio. ¡La fecha de la toma de la Bastilla!

Más allá del llanto, en las sombras de la noche, a la luz de un miserable candil, gime Pedro José Morán vencido también; solitario también para el resto de su existencia. La muerte produce consternación, silencio; hace beber a grandes sorbos el agua de la impotencia. La noche esa vez se hizo más profunda, y las olas del mar cercano cantaron la solemne salmodia por el difunto, que había sido un hombre oceánico. Apenas amaneció, Morán da la dura noticia, en una carta, a los señores Duncan y Shaw, y les cuenta: “No se me en turbulencia y asumiré su propio destino trágico. Valeroso, vehemente, alistóse en los ejércitos libertadores y partió al Perú en la División colombiana que llegó después de Ayacucho, por lentitud de Santander. Al producirse la sublevación del general Bustamante en Lima contra el Libertador, situóse noblemente en contra de los rebeldes y fue apresado; fracasada la traición, retornó Francisco en el Batallón Vargas a Bogotá, como teniente. Se bate en duelo con el Cónsul de Holanda, a quien mata. Huye a Venezuela. Andariego como su padre, llega a Popayán en 1829 e ingresa a las fuerzas revolucionarias del general Tomás Cipriano de Mosquera. Derrotado éste en Cerinza, Francisco cae fusilado. Tenía 25 años.

ha permitido por curas y frailes le haga exequias ningunas, de manera que, en los términos en que expiró, con colchón, sábanas y demás ropas de cama lo agarraron y se lo llevaron para enterrarlo; de seguida vinieron y se llevaron todas sus ropas y cuanto era suyo para quemarlo”. ¡Era, para todos ellos, los de La Carraca, la enfermería, el pueblo monárquico entero, un simple “reo de Estado”! Lo expresa la partida de defunción:

Certifico [dice el cura de la parroquia] que en el libro quinto de Defunciones del Arsenal de La Carraca, que se custodia en este Archivo, al folio ciento cincuenta y nueve vuelto, se halla la siguiente Partida: “En catorce de julio del año de mil ochocientos diez y seis, falleció en el hospital real, Arsenal de La Carraca, el particular de causa pendiente y Reo de Estado, Francisco Miranda, hijo de Sebastián, natural de Venezuela en Caracas, de estado soltero, edad de sesenta años, no testó, recibió el Santo Sacramento de la Extrema Unción y su cadáver fue sepultado en el Campo Santo de este Distrito, de que certifico...

BR. DN. JUAN FRANCISCO DE PAULA VERGARA.¹⁵⁰

Nadie habló en América, en su América qué estaba ya libertándose, de la muerte de Miranda. Ni los próceres que ese momento se hallaban combatiendo, en muy ardua guerra. Ni los civiles. El hombre que había sido el asombro del Nuevo Mundo, en los años en que lo incendiaba en rebeldía, para el cumplimiento de la magna revolución, entró en el gran círculo del silencio, sepultado por las voces segadoras de la ingratitud. Bolívar, en ánimo rectificatorio, olvidado ya de la injusta condena que de él hiciera en 1812, le hablará a Sucre, a distancia de nueve años, y le calificará a Miranda de “El más ilustre colombiano”. ¡Era, en verdad, el más ilustre americano! Veinte años más tarde —el 29 de julio de 1836— el rey de Francia Luis Felipe I, inauguró el Arco de Triunfo de la Estrella,

¹⁵⁰ El cementerio fue clausurado en 1870. Se hizo llamado previo a todos cuantos quisieran rescatar los restos de sus deudos. Por Miranda no se presentó nadie, y sus huesos fueron arrojados al osario común, donde hay ahora una cruz de hierro y una inscripción que dice: “Osario 1875” (Testimonio del Hermano Nectario María, en su obra ya citada).

en París, “A la gloria de los grandes Generales de Francia”. En el frontis derecho del majestuoso Arco, fue grabado el nombre de Miranda, junto a los de Lafayette, Grouchy, Villaret, Dillon, Charbonier, Valence, Tilly, Ferrand, Chazot, Dumouriez, Pichegru y otros. ¡Fueron los héroes en doscientas batallas! En Inglaterra, en Londres, el hijo del ministro Wellesley, Richard, a quien tanto distinguió Miranda en los días de la misión diplomática venezolana de 1810, dirá que ha recibido la noticia “con el mayor sentimiento”...

El desenlace de esta vida grande, desenlace de tragedia griega, sin salida posible, de fatalismo entero altamente cruel, no fue un final lúgubre, sino en la miseria hostil de la enfermería de Cádiz. Afuera, en el ancho lar de América que era su patria grande, en pie estaba ya la guardia de honor, para escoltarle solemnemente: cinco días antes, el 9 de julio, el Congreso de Tucumán había declarado la Independencia de las Provincias del Plata. Esos legisladores habían cumplido con Miranda, y a su lado estuvieron la noche del 14, en posición de firmes, orgullosos de su triunfo. Y cuando el cadáver fue llevado al cementerio, hubo para él un cortejo de muertos gloriosos asesinados aquel mismo 1816, por el general español Morillo: Camilo Torres, Francisco José de Caldao, Carlos Montúfar, Antonio Villavicencio, Tadeo Lozano, Manuel Rodríguez Torices, Antonio Baraya, Liborio Mejía. Con ellos, y con los ya millares de muertos por la libertad que él había vuelto conciencia en el hombre americano, penetró en el inmenso océano de la perennidad. Allá, como dice el *Libro de los muertos*, de Egipto, “no se cansará de ser eterno”.

Caracas, 1976-1985.

Bibliografía

ALDAO, CARLOS A. *Miranda y los orígenes de la Independencia americana*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de J. L. Rosso.

AMUNÁTEGUI, M. L. *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile, 1882.

ANTEPARA, JOSÉ MARÍA. *South American Emancipation*. London: R. Juigne, 1810.

ARCILA FARÍAS, EDUARDO. *El siglo ilustrado en América*. Caracas: Ministerio de Educación, 1955.

Archivo del General Miranda. La Habana: Editorial Lex, 1950. (24 volúmenes).

ARELLANO MORENO, ANTONIO. *Breve Historia de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1973.

BATLLORI, MIGUEL. *El abate Viscardo*. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953.

BECERRA, RICARDO. *Vida de don Francisco de Miranda*. Madrid: Editorial América, 1918. (2 volúmenes).

BIGGS, JAMES. *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*. (Traducido del inglés por José Nucete Sardi). Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1950.

BLANCO FOMBONA DE HOOD, MIRIAM. *El enigma de Sara Andrews, esposa de Francisco de Miranda*. Caracas: Banco Mercantil y Agrícola, 1980.

BRICE, ÁNGEL FRANCISCO. *La prisión del Generalísimo y el Coronel Bolívar; otros ensayos históricos*. Caracas: Tipografía Eneas, 1957.

BRICEÑO IRAGORRY, MARIO. *Casa León y su tiempo*. Caracas: Editorial Elite, 1946.

BRICEÑO PEROZO, MARIO. *Don Francisco de Miranda, maestro de libertadores*. Trujillo: Imprenta del Estado, 1950.

BRITO FIGUEROA, FEDERICO. *Historia Económica y Social de Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1973.

CARNICELLI, AMÉRICO. *La masonería en la Independencia de América*. Bogotá: A. G., 1970.

CARRASCO, RICARDO. *Francisco de Miranda*. Buenos Aires: Editorial Bell, 1951.

CLavery, EDOUARD. *Trois Precourseurs de l'Indépendance des Démocraties Sud-américaines: Miranda, Nariño, Espejo*. París: Imprinta Fernand Michel, 1932.

CÓRDOVA, DIEGO. *Miranda, soldado del infortunio*. México: Editor Beatriz de Silva, 1954.

CORTÉS, SANTOS RODULFO. *Antología Documental de Venezuela*. Caracas: Editorial Pregón, 3ª edición, 1971.

COVA, J. A. *Miranda, el venezolano del Fuego Sagrado*. Caracas: Tip. Vargas, 1949.

DALENCOUR, FRANÇOIS. *Francisco de Miranda et Alexandre Pétion*. París: Librairie Berger-Levrault, 1955.

DESCOLA, JUAN. *Los Libertadores*. París: Setheme Fajard, 1957.

DIETRICH, WOLFRAM. *Francisco de Miranda* (Traducción de Manuel López Rey). Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1942.

DREYFUS, FRANÇOIS. *El tiempo de las revoluciones*. París: Librería Larousse, 1968.

EDWARDS BELLO, JOAQUÍN. *Francisco de Miranda y otros personajes*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1970.

FERNÁNDEZ, DAVID W. *La familia de Miranda*. Caracas: Instituto de Estudios Históricos Mirandinos, 1972.

FERRER BENIMELI, JOSÉ A. *Los archivos secretos vaticanos y la masonería*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1976.

GÁLVEZ, MANUEL. *Don Francisco de Miranda*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1946.

GARCÍA LUTICO, S. J. *Francisco de Miranda y el antiguo régimen español*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1961.

GARCÍA BACCA, JUAN DAVID. *Los clásicos griegos de Miranda*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1967.

GARCÍA ROSSEL, CÉSAR. *Miranda y los ex-jesuitas desterrados: ensayo de interpretación histórica*. Caracas: Ediciones del Instituto de Estudios Históricos Mirandinos. Imprenta Nacional, 1970.

GRASES, PEDRO. *Miranda y la introducción de la imprenta en Venezuela*. Caracas: Cromotip, 1958.

_____. *El Colombiano de Francisco de Miranda y dos documentos americanistas*. Caracas: Instituto Nacional de Hipódromos, 1956.

_____. *La tradición humanística*. Obra 5. Barcelona: Seix Barral, 1981.

GRIFFIN, CHARLES CARBOL. *Aspectos económicos y sociales de la Época de Emancipación en Hispanoamérica*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1959.

GRIGULEVICH LAVRETSKI, JOSÉ. *Miranda: la vida ilustre del Precursor de la Independencia de la América Latina*. Caracas: Contraloría General de la República, 1974.

GRISANTI, ÁNGEL. *Miranda y la emperatriz Catalina la Grande*. Caracas: Empresa Gutenberg, 1928.

_____. *Miranda juzgado por los funcionarios españoles de su tiempo*. Caracas: Editorial Jesús Grisanti, 1954.

GRUNWALD, CONSTANTIN DE. *Société et Civilisation russes au XIXe. siècle*. París: Editions Seuil, 1975.

HENRÍQUEZ UZCÁTEGUI, GLORIA. *Los papeles de Francisco de Miranda*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983.

KEY AYALA, SANTIAGO. *La bandera de Miranda*. Caracas: Tipografía Vargas, 1950.

LEAL, ILDEFONSO. *Historia de la UCV. 1721-1981*. Caracas: Ediciones del Rectorado de la UCV, 1981.

_____. *El grado de bachiller en Artes de Andrés Bello*. Caracas: Ediciones de La Casa de Bello, 1978.

MIRANDA, FRANCISCO DE. *Colombeia* (Título de la segunda edición del *Archivo del General Miranda*). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1978 (Publicados 6 volúmenes hasta 1984).

PÉREZ TENREIRO, TOMÁS. *La pérdida de Puerto Cabello*. Caracas: Boletín de la Academia de la Historia, 1981.

PÉREZ VILA, MANUEL. *La formación intelectual del Libertador*. Caracas: Ministerio de Educación, 1971.

PICÓN SALAS, MARIANO. *Miranda*. Caracas-México: Editorial Aguilar, 1955.

PI SUNYER, CARLOS. *Miranda y Casanova*. Caracas: Instituto Nacional de Cultura, 1967.

ROBERTSON, WILLIAM SPENCE. *La vida de Miranda*. Caracas: Publicaciones del Banco Industrial de Venezuela, 1967.

RODRÍGUEZ DE ALONSO, JOSEFINA. *El siglo de las Luces visto por Francisco de Miranda*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1978.

ROJAS, ARÍSTIDES. *Miranda en la Revolución Francesa*. Caracas: Imprenta del Gobierno Nacional, 1889.

ROJAS, JOSÉ MARÍA, MARQUÉS DE. *El general Miranda*. París: Garnier, 1884.

ROSAS MARCANO, JESÚS. *El Times de Londres y la expedición de Miranda a Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1964.

RODRÍGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Miranda el visionario*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1944.

ROMERO, JOSÉ LUIS. *Pensamiento político de la emancipación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Nos. 23 y 24, 1977.

ROSCIO, JUAN GERMÁN. *Obras*. 3 vols., Compilación de Pedro Grases. Caracas, 1953.

RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Bolívar*. Madrid: Edime, 10ª edición, 1984.

_____. *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Madrid: Edime, 7ª edición, 1983.

SALAZAR LÉIDEZN, MISAEL. *Miranda y los problemas de opinión pública en 1806*. Caracas: Fundación John Boulton, 1972.

SALCEDO BASTARDO, J. L. *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 8ª edición, 1979.

_____. *Crisol del americanismo. La casa de Miranda en Londres*. Caracas: Lagoven, 1980.

_____. *Miranda (1781-1981). Doscientos años de trabajo por la libertad y por América*. Caracas: Italgráfica, 1981.

SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. *Breve historia de América*. Buenos Aires: Losada, 1965.

THORNING, JOSEPH F. *Miranda, ciudadano del mundo*. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1981.

VEJARANO, JOSÉ RICARDO. *La vida fabulosa de Miranda*. Bogotá: Librería Sudamericana, 1945.

VERNA, PAUL. *Pétion y Bolívar*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1980.

VILLANUEVA, CARLOS A. *Historia y diplomacia. Napoleón y la independencia de América*. Caracas, 1969.

Cronología

- 1750** Nace en Caracas, Venezuela, el día 28 de marzo. Primogénito del matrimonio del canario Sebastián de Miranda y la caraqueña Francisca Antonia Rodríguez. Se le bautiza con los nombres Sebastián Francisco.
- 1762** Ingresa al colegio de Santa Rosa de Lima, en Caracas.
- 1764** Comienza Cursos de Artes en la Universidad de Caracas.
- 1769** Pleito del padre del estudiante con los mantuanos caraqueños. El rey le dará la razón a Sebastián de Miranda, al año siguiente.
- 1771** Sale de La Guaira el 25 de enero, rumbo a Cádiz, a donde llega el 1º de marzo. Se instala en Madrid y toma profesores de matemáticas, idiomas y geografía. Conoce varios lugares. Comienza su *Diario*, que lo llevará 40 años.
- 1772** Por 8.000 pesos se le admite como Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa. Comienza su biblioteca en castellano, francés e inglés, en parte con autores prohibidos por la Inquisición.
- 1773** Se le envía de guarnición a las posesiones españolas del norte del África.
- 1774** Toma parte en la defensa militar de Melilla contra las fuerzas del Sultán de Marruecos.
- 1775** Terminada la defensa de Melilla solicita ascenso y condecoración; le son negados. Participa en una expedición contra Argel, que fracasa. Se inicia la amistad con el coronel Juan Manuel Cagigal, que será trascendente.
- 1775** Trasladado a Málaga y luego a Cádiz. Invitado, visita a Gibraltar, donde ingresa a la masonería.

- 1777** Se hace amigo en Cádiz del comerciante inglés John Turnbull, quien le ayudará hasta el final. Se le arresta por cuestiones baladíes.
- 1778** Nuevo arresto, por insubordinación. Se le concede permiso para trasladarse a Madrid donde, con una compañía de fusileros acompaña a la Reina Madre de Portugal como escolta, en Extremadura.
- 1779** Arresto de tres meses, por orden de su enemigo el coronel Juan Roca.
- 1780** Se le traslada a Cádiz y se le incorpora al Regimiento de la Princesa, Batallón Segundo, con el cual parte hacia La Habana, bajo el comando del mariscal Navia y el general Cagigal, su amigo. En La Habana se le nombra Capitán del Regimiento de Aragón y Edecán del General Juan Manuel Cagigal.
- 1781** Con una expedición a las órdenes de Cagigal, zarpa a reforzar el sitio de Pensacola, ocupada por los ingleses en la Florida. Pensacola capitula. Es la guerra de Independencia de los Estados Unidos contra Inglaterra, con ayuda de España y Francia. Por su acción militar destacada en la toma de Pensacola, se le asciende a Teniente Coronel.
- 1781** Es enviado a Jamaica para negociar el canje de prisioneros. Secretamente lleva el encargo de comprar buques.
- 1782** A causa de la misión secreta, que incluía condiciones también secretas, funcionarios de La Habana le acusan de contrabandista. Lo defiende y lo justifica el General Cagigal.
- 1782** Recibe de Caracas la célebre carta llamada de los mantuanos, firmada por Juan Vicente Bolívar –padre de Simón Bolívar, que nacerá el año siguiente–, Martín de Tovar y el Marqués de Mijares; le piden que encabece la insurrección contra las autoridades de Venezuela.

- 1783** En La Habana se urde una intriga contra Miranda, acusándole, ante la Corte de Madrid, de haber mostrado una fortaleza militar a un general inglés. La ninguna culpabilidad de Miranda será sentenciada en la Corte, pero al cabo de dieciséis años. Entre tanto, se ordena su prisión. Cagigal lo defiende y hasta decide trasladarse personalmente a Madrid para aclarar el punto. Ante el peligro de ser apresado y enviado a la Península, huye de La Habana, con el apoyo de Cagigal que sabe su inocencia, y se traslada a los Estados Unidos. Es su renuncia a España, para siempre.
- 1783** Nace en Caracas Simón Bolívar el 24 de julio. Poco antes, el 10 de junio, Miranda llega al puerto de New Bern, Carolina del Norte. En La Habana, se recibe la condena de la Corte a Miranda: pérdida de su empleo, fuerte multa y prisión por diez años en Orán, África del Norte.
- 1783** Inicia su larga visita de estudio a los Estados Unidos. Quiere conocer in situ los detalles de la guerra de emancipación norteamericana, cuyo tratado de paz acaba de firmarse en Versalles. Toma nexos con las personalidades más importantes, civiles y militares. George Washington le invita a su mesa en Filadelfia, dialoga ampliamente con Thomas Paine, John Adams, varios Generales de la guerra; visita fortines, sitios de batallas.
- 1784** Continúa su recorrido por los Estados de la Unión. En su visita a Nueva York conversa larga y reiteradamente con el coronel Hamilton y el general Knox, a los cuales, por vez primera en su vida, confía sus proyectos de independizar la América Española. Visita la Universidad de Harvard. Conoce a Samuel Adams, a Lafayette; va a la Universidad de Yale, a la Escuela de West Point. Y anota todo en su *Diario*, pormenorizadamente. Tiene conciencia de futuro.
- 1784** El 15 de diciembre se embarca, rumbo a Inglaterra.

- 1785** Llega a Londres el 1º de febrero, donde entra en contacto con numerosas personalidades británicas. Envía un Memorial al Ministro Floridablanca, en Madrid, quejándose de la persecución que se le hace y sincerándose de su conducta en La Habana.
- 1785** El 10 de agosto sale de Londres, en compañía de su amigo el coronel norteamericano William S. Smith, con dirección a Holanda. Lleva el propósito de visitar minuciosamente el Viejo Mundo, para perfeccionar sus conocimientos y sobre todo, estudiar las diferentes organizaciones políticas. La independencia de América le impulsa dinámicamente; es su obsesión central. El *Morning Chronicle* de Londres y otros periódicos publican grandes elogios del viajero.
- 1785** Anota en su *Diario* todo cuanto va observando en lo histórico, religioso, militar, artístico y social de cada sitio. En Holanda visita Rotterdam, La Haya, Leyden, Harlem, Amsterdam. Sigue luego a Hannover, Brunswick, Postdam. Obtiene permiso para asistir a las maniobras del ejército prusiano de Federico el Grande, en Berlín. Pasa lentamente por Meissen, Leipzig, Dresde, Praga y Viena. Es atendido muy detenidamente por el célebre compositor de música Joseph Haydn; Miranda es un maestro en la flauta. Su compañero Smith regresa a Londres, por habérsele terminado el permiso que obtuvo. Miranda continúa solo por Gratz, Leybach, Trieste, Venecia, Verona, Mantua, Parma, Módena y Bolonia. Aquí entra en contacto con los ex-jesuitas, expulsados de América por Carlos III; son partidarios de la independencia americana. En Florencia se detiene muchos días; hay mucho arte. A fines de año continúa hacia Pisa.
- 1786** Después de Pisa, Livorno, Siena y Viterbo, arriba a fines de enero a Roma, ciudad que ve y estudia durante un mes; allí se encuentra con más ex-jesuitas. Prosigue su recorrido del Viejo Mundo y pasa por Nápoles, Capua; visita las ruinas

de Pompeya; se embarca hacia Ragusa, Zante y Patrás; se detiene en Corinto y visita luego Atenas (sus estudios del idioma griego serán posteriores). Por la isla de Chios llega a Esmirna, atraviesa los Dardanelos y a mediados de año arriba a Constantinopla, donde se detendrá casi dos meses. Con un pasaporte del embajador de Austria al “Conde de Miranda”, se dirige a Rusia. En Kherson le someten a cuarentena. Ya al finalizar el año, es presentado allí al poderoso Príncipe Potemkin, ex-favorito de la emperatriz Catalina de Rusia. El Príncipe le invita a visitar a Crimea.

1787 De Crimea se dirige con el Príncipe, a la ciudad de Kiev, a donde ha llegado la Zarina Catalina; es presentado a la Soberana el 14 de febrero. Miranda es muy atendido por la Emperatriz, muy preferido; le invita al caraqueño a quedarse en Rusia y le nombra coronel del ejército ruso. Miranda le expone sus proyectos de independizar América; la inteligente soberana comprende la excusa y ofrece apoyo para tal empeño. Antes de despedirse, al cabo de cerca de tres meses, recibe Miranda una importante suma de dinero. Parte a Moscú después de Catalina, el 1º de mayo. Al cabo de cinco semanas, se dirige hacia Petersburgo (Leningrado), ciudad en la que permanecerá tres meses, agasajado por el heredero del trono y por la alta nobleza. El Encargado de Negocios de España, Pedro de Macanaz pide inútilmente la extradición de Miranda, que está protegido por la Zarina. Se entrevista nuevamente con Catalina, que le recibe en Tsarkoie-Selo y le informa de las pretensiones españolas contra él. Después de pocos días, Miranda se despide de la Soberana, la cual ha ordenado a sus embajadores en Europa que el coronel caraqueño sea protegido; viajará de incógnito y se llamará El Señor de Meran, caballero de Livonia.

1787 El 22 de septiembre llega a Estocolmo. Se entrevista con Gustavo III, rey de Suecia, invitado por éste. El 10 de noviembre llega a Cristianía, de donde parte a Gotemburgo. En Elsinor recuerda al príncipe Hamlet, de Shakespeare.

Antes de fin de año arriba a Copenhague; allí pasará más de dos meses, alojado en la embajada rusa, a cargo del barón de Krudener.

1788 En Copenhague consigue que el Príncipe Regente Federico modifique el régimen carcelario; ha visto crueldades increíbles! Después de visitar poblaciones menores, llega en marzo a Lubeck; luego a Hamburgo y Bremen, donde el Senado le ofrece un banquete. Pasa por Amsterdam, Zaandam, Utrecht y Haarlem. Hacia fines de mayo arriba a La Haya, que le entretiene por tres semanas. Y prosigue a Amberes, Bruselas, Lovaina, Aquisgran, Düsseldorf. Luego, más ciudades, en cada una de las cuales algo o mucho capta y anota en su *Diario*: Colonia, Bonn, Coblenza, Maguncia, Francfort, Worms, Mannheim, Heidelberg, Landau, Estrasburgo, Colmar, Basilea, Lausana, Zurich, Berna. Recuerda la hazaña de Guillermo Tell. El psicólogo de fama internacional Juan Gaspar Lavater, hace del viajero un admirable retrato escrito. En Rolle se entrevista con detenimiento con el historiador inglés Edward Gibbon. El 22 de septiembre se detiene en Lyon, donde hay una orden de captura contra él de parte de las autoridades francesas que han accedido a la presión española. Se salva por viajar de incógnito. Después de visitar cuatro o cinco ciudades francesas menores, entra en Marsella, donde conversa con el abate Raynal, propugnador de la independencia americana. De Tolón pasa a Niza y Génova, donde recibe al nuevo año.

1789 Realiza una visita especial al pueblo de Cogoleto, que él considera la tierra natal de Cristóbal Colón. Vuelve a Marsella; en Salon visita especialmente la tumba de Nostradamus. Pasa por Arles, Nîmes, Montpellier, Béziers, Narbona, Carcasona, Castelnaudary, Sorez, Toulouse. Burdeos le llama la atención durante tres semanas; le atienden todos. Conoce el castillo del barón de Montesquiou. Y toma la ruta de Nantes, Lorient, Brest, Saint-Malo,

Cherburgo, Caen, el Havre. Por Rouen arriba a París (24 de mayo). Está protegido por el embajador ruso Simolin. Conoce a Grimm, Marmontel, Barthélemy. Espera retornar pronto a Londres; el embajador ruso le otorga un pasaporte al señor “Meroff”. Por Chantilly, Senlis, Lille y Dunkerke, llega a Calais y Dover, donde se embarca para Londres. Ha terminado su gira de investigación y conocimiento por más de cuatro años.

1789 Llega a Londres el 18 de junio, y se entrevista inmediatamente con el embajador ruso Voronzof. Escribe muchas cartas de agradecimiento, en especial a Catalina II y a Potemkin. Estalla la Revolución Francesa: la Bastilla es tomada el 14 de julio. En agosto, los funcionarios de la embajada de España tienden una celada para apoderarse de Miranda: abren contra él un juicio por deudas, cuyo desenlace podría ser la extradición. Le salva el embajador ruso, que demuestra que Miranda está adscrito a la embajada de Rusia. Le ofrece un banquete el Lord Mayor de Londres (Alcalde). Traba relaciones de franca amistad con personalidades británicas de alta significación y poder. Sabe exactamente a dónde se dirige.

1790 Le explica en Londres a su amigo, el ex-Gobernador Thomas Pownall, la situación de las colonias españolas en América. Logra una entrevista privada con el Primer Ministro William Pitt, a quien expone durante tres horas la conveniencia de que Inglaterra apoye la independencia americana. Y le envía luego un amplio Memorial con numerosos anexos sobre la realidad de las colonias españolas y el sistema allí vigente. Mantiene correspondencia sobre la independencia hispanoamericana con su amigo norteamericano el general Henry Knox, Secretario de Guerra de los Estados Unidos. Su amigo Turnbull le ayuda económicamente. Nueva entrevista privada con el Ministro Pitt; asiste lord Grenville, sobre el proyecto de emancipación. En varias reuniones posteriores se analizan los problemas militares del caso.

Redacta Miranda un proyecto de Constitución para la América liberada; se lo presenta al Ministro Pitt. Hay un peligro de guerra entre Inglaterra y España, que termina en acuerdo. Miranda exclama: “He sido vendido por un tratado de comercio con España!”.

- 1791** En este año acentúa Miranda sus relaciones sociales. Le escribe a Pitt: solicita una pensión o un préstamo, por los documentos que ha presentado que son de inmensa valía para Inglaterra. Se entrevista con el Ministro. Continúa ayudándole económicamente Turnbull. Pitt le envía 500 libras. Solicita nuevamente una pensión; Pitt le ofrece otras 500 libras para dentro de dos meses. Miranda, con gran dignidad, responde que no es el dinero lo importante, sino la independencia de América, y le pide la devolución de todos los documentos. Conoce al embajador de Francia Talleyrand, por quien sabe detalladamente la situación de Francia.
- 1792** A mediados de marzo, Pitt le devuelve parte de los documentos y le envía 800 libras. Reclama Miranda la devolución total y declara nuevamente: “el dinero no ha sido nunca mi objetivo”. Ha cambiado de planes: lo que le niega Inglaterra —cooperación para la independencia americana—, ¡tal vez lo encuentre en Francia! Sin titubear, sale de Londres hacia París. Lleva cartas de recomendación para varias autoridades del gobierno: para el alcalde de París, Pétion, para los Diputados a la Asamblea Brissot, Gensonné, Massenet, del partido girondino. Conoce Ministros. Pronto se da cuenta de que la Francia revolucionaria no puede pensar en la emancipación de América y quiere regresar a Londres. Pero su destino es otro. El alcalde Pétion le propone que se quede en Francia, que se incorpore al ejército revolucionario; después, Francia podrá pensar en América! Acepta Miranda y recibe el grado de Mariscal de Campo. Se lo comunica al embajador ruso Voronzoff. La emperatriz Catalina se siente muy ofendida con esta decisión de Miranda

y le retira todo su apoyo. El 6 de septiembre sale de París a incorporarse al Ejército del Norte, cuyo Comandante es el General Dumouriez. El día 20 de septiembre se da la batalla de Valmy contra los ejércitos prusianos, que son derrotados. ¡Miranda es uno de los triunfadores de Valmy! Dumouriez le elogia y es ascendido el caraqueño a Teniente General. Se le llama a París, para consultarle sobre un proyecto de expedición al Caribe, a fin de fortalecer las posesiones de Haití y pasar luego a las posesiones españolas. Miranda contesta con la presentación del plan que le dio a Pitt; sólo que ahora quiere que actúen Francia y los Estados Unidos, y no Inglaterra.

- 1792** Retorna al frente y Dumouriez le confía el comando del ejército del Norte, con el cual Miranda toma la ciudad de Amberes. Es su segunda victoria. El rey Luis XVI ha sido ya condenado a la guillotina, lo mismo que su esposa la reina María Antonieta.
- 1793** Miranda asume el mando del ejército en Bélgica. Se le ordena apoderarse de Maestricht y fracasa. Dumouriez retoma el mando directo. En la batalla de Neerwinden es derrotado el ejército francés; se intriga contra Miranda, a quien se le quita el mando y se le exige que se presente ante la Convención Nacional para ser juzgado. Miranda le acusa a Dumouriez de ineptitud y de preparar la traición a la República. Dumouriez se pasa a los austríacos el 3 de abril. La acusación contra Miranda en la Convención toma nueve sesiones. Se defiende con elocuencia. Absuelto, es sacado en hombros por el pueblo. Pide que se le paguen sus sueldos; se instala con lujo en una mansión. Pero los jacobinos toman el poder, con Robespierre; comienza la persecución a los girondinos, se desata el Terror en París y en provincias de Francia; varios amigos de Miranda son guillotinado; a él le encierran en la prisión de La Force, donde permanece año y medio, con peligro de ser guillotinado un día u otro (9 de julio). Allí conoce a Delfina de Custine.

- 1794** Miranda emplea su tiempo sobre todo en lecturas y en enviar, inútilmente, memoriales a la convención. Cae Robespierre y es guillotinado (fines de julio). Exige su libertad, sin ser escuchado. Se le acusa ahora de ser agente del rey de España para el restablecimiento de los Borbones en Francia.
- 1795** Sale en libertad el 15 de enero. Imprime un folleto que hace circular en París, en justificación de su causa. En el salón de la marquesa de Custine conoce a Fouché y otros personajes. Le pagan parte de lo adeudado y vive con lujo. Publica otro folleto, titulado *Opinión del General Miranda sobre la situación actual de Francia y los remedios convenientes a sus males*. A mediados de año, se encuentra en los salones de París con Napoleón, 19 años menor que Miranda. Cree Napoleón que el caraqueño es un espía de España y de Inglaterra, y dice: “Es un Quijote que no está loco; tiene fuego sagrado en el alma”. El folleto último le acarrea enemistades. La Convención ordena su arresto; Miranda se esconde y envía comunicaciones de protesta. Le apresan a fines de noviembre; luego le ponen en libertad. El Ministro de Policía pide su expulsión de Francia. Se oculta y vive en la clandestinidad.
- 1796** A mediados de enero, publica su defensa en *Le Journal de Paris*. No cede; combate. Protesta por el allanamiento de su hogar, que ha quedado a cargo de su fiel ama de llaves Françoise Potier. El Gobierno, a fines de abril, decide no seguir persiguiéndole. Recibe la noticia de la muerte de Catalina de Rusia. Se publica algo sobre la sublevación en Venezuela de José Leonardo Chirinos, a quien condenan a muerte los españoles. Con la firma de “Un suscriptor” sostiene en *Le Journal de Paris* una polémica con Sebastián Mercier, que había atacado a los filósofos. Hace la defensa, sobre todo, de Voltaire.
- 1797** Van llegando a París emisarios de los diferentes puntos de Hispanoamérica, para recibir instrucciones conspirativas.

Todos pertenecen a la masonería. Miranda celebra reuniones secretas con ellos. Su permanencia en París se debe sobre todo a este entendimiento revolucionario. Se le persigue de nuevo; se esconde y decide retornar a Londres. El 22 de diciembre, los emisarios de América, en el “Acta de París”, confieren a Miranda el poder necesario para las gestiones encaminadas a lograr la independencia de América con el apoyo de Inglaterra y los Estados Unidos. Con anticipación es enviado a Londres el cubano Pedro José Caro, para preparar el ambiente en los sectores oficiales. Conoce de la revolución en Venezuela de Picornell.

- 1798** El 15 de enero llega Miranda a Londres. Ha salido de París disfrazado. Es recibido por el Ministro Pitt de una manera muy deferente. El Miranda que ha llegado trae el grado de General del ejército francés. Se reanudan las negociaciones; entrega al Ministro el Acta de París, que le confiere la representación de América; presenta numerosos documentos nuevos, informes y un proyecto para un Gobierno provisional. Usa Miranda ahora este título: “Nos, don Francisco de Miranda, natural de la ciudad de Santiago de León de Caracas, Agente Principal, Comisario y Comandante General en lo militar de las Provincias, Villas y Ciudades del Continente Hispanoamericano”. Su plan es continental; su conciencia es continental; su revolución es continental. Reanuda relaciones con el embajador ruso Voronzoff. Desde Londres envía nuevos emisarios de la revolución, entre ellos a O’Higgins.
- 1799** Publica la *Carta a los españoles americanos* del ex-jesuita peruano Juan Pablo Viscardo, muerto en Londres el año anterior. Es una página incendiaria, contra España. Le traiciona el Secretario de Acta de París, Dupérrou, quien vende documentos a Fouché y al embajador de España en Viena. Napoleón da el golpe de estado del 18 brumario y toma el poder de Francia como Cónsul. Las consecuencias del ascenso de Napoleón perjudican gravemente los planes

mirandinos; Inglaterra empezará a ocuparse sólo de Francia. El viejo amigo General Juan Manuel de Cagigal le escribe desde Madrid para informarle que Miranda ha sido declarado inocente y que en adelante se le considerará “un fiel vasallo de su Majestad el Rey”. ¡A los 16 años!

- 1800** El inicio del nuevo siglo significa para Miranda una serie de gestiones, pues desea retornar a Francia, para entrevistarse con Napoleón. ¡Con el apoyo de éste, puede realizarse la independencia americana! Toma a su servicio a la inglesa Sara Andrews, en quien tendrá más tarde dos hijos. Presiona enérgicamente ante el Ministro Pitt, sin éxito. Caro, el enviado a Londres antes del Acta de París, traiciona y delata ante la Corte de Madrid los planes de Miranda. Con dificultad obtiene pasaporte para salir de Inglaterra. Llega a París el 28 de noviembre y le informa de su llegada a Fouché, Ministro de Policía. Visita a sus antiguos amigos; a Delfina de Custine, que es ahora amante de Fouché.
- 1801** A los cuatro meses de llegado, Fouché lo encarcela, acusándolo de espionaje. Se defiende, aduciendo su proyecto de independencia de América, hecho que disgusta a Francia aliada de España. Se da la orden de expulsión, y Miranda sale de París a fines de marzo, hacia Holanda: un mes más tarde arribará a Londres y encontrará que Pitt ha caído y que ha sido reemplazado en el Ministerio por Addington. (Ha llegado a Francia, fugitivo de Venezuela por conspirar con Picornell, Gual y España, un venezolano que será eminente: Simón Rodríguez). Las nuevas conversaciones de Miranda con el gobierno británico se efectuarán a través del Ministro del Gabinete Nicolás Vansittart, uno de los más importantes y fieles amigos del caraqueño en Inglaterra. Presenta, por petición del Ministro, un Programa de Gobierno Provisional para América, un Reglamento Militar y una Proclama “A los pueblos del continente colombiano, alias Hispanoamérica”. Remite una lista de armas, equipos transportes, para una expedición de 15.000 hombres. Y llega

a presentarle al gobierno una propuesta concreta para iniciar la expedición “en dos semanas”. ¡Su tenacidad no tiene mengua! Ha superado todos los límites de la obsesión; se le ve hablar en nombre del futuro, creativamente! ¡Erige, solitario, su castillo ingente! ¡Pero la diplomacia internacional va por otras rutas, y Francia, Inglaterra, España y Holanda firman un tratado de paz en Amiens! Todo se le derrumba a Miranda, se hunde “en un espantoso estado de desolación e incertidumbre”. Nada hará el gobierno británico mientras dure la paz. Todo queda pospuesto. Inglaterra, sin embargo, quiere retenerle a Miranda y le señala una pensión de 500 libras anuales. Lee mucho; entre eso, *Les ages des Colonies* del abate du Pradt, contra el sistema colonial. Multiplica su correspondencia.

- 1802** Se consagra al estudio del griego y estudia luego los clásicos de Grecia, en su idioma. Bolívar, de 19 años, se casa en Madrid.

- 1803** Al romperse la paz de Amiens vuelven a producirse en Londres las reuniones de Miranda con Vansittart y otros integrantes del Gabinete. Renace el optimismo. Redacta Miranda un nuevo Memorándum, que sugiere abrir operaciones por Trinidad. Pero el Ministro Addington no se ha decidido. El día 17 de agosto se le notifica a Miranda oficialmente que no habrá ataque a las colonias de España, porque este país se ha declarado neutral. A pesar de esto, continúan las conferencias; Miranda presiona a todos cuantos puede. Nace el primogénito de Miranda, Leandro, hijo del ama de llaves Sara Andrews, el 9 de octubre.

- 1804** El día 1º de enero, Haití se declara independiente de Francia; las tropas de Napoleón en la isla han sido derrotadas. Miranda intensifica su correspondencia. Pitt vuelve a ser Primer Ministro; le entrega Miranda un nuevo Memorándum, en que le señala el peligro de Napoleón en América. Muere en los Estados Unidos, en duelo, su amigo

el coronel Alexander Hamilton; lamenta mucho esa muerte: era uno de los que iban a ayudarlo a los planes que ya tiene en mientes. Napoleón se corona Emperador en Notre Dame.

1805 Este va a ser un año determinante en varios sentidos. Hace Miranda un último intento de convencer al gobierno británico, y conferencia con Vansittart, Nepean y varios amigos; en Pitt hay titubeo. En agosto, Bolívar acompañado por su maestro Simón Rodríguez, jura en el Monte Sacro de Roma independizar a Venezuela. En Trafalgar, los buques de guerra británicos destruyen las armadas española y francesa coaligadas; muere en el combate el almirante inglés Nelson. Trafalgar significa para América, que España se queda sin flota para afrontar la revolución de sus colonias, tardará diez años en reponer sus buques, para la expedición de Morillo contra Venezuela y la Nueva Granada. Napoleón continúa afrontando con éxito las coaliciones europeas en su contra. Cansado de esperar y decidido Miranda a no detenerse, solicita de Pitt permiso para trasladarse al Nuevo Mundo. Pitt exclama: “Si el dinero tuviese importancia para Miranda, podríamos intentar retenerlo, pero es inútil pensar en esto: sus ideales están muy por encima de estas consideraciones”. Otorga el permiso y ordena que se le entreguen 1.600 libras. Miranda hace su testamento. Compra una imprenta.

1805 El 2 de septiembre parte hacia Nueva York, con el nombre falso de Mister Martin; le acompaña su secretario Tomás Molini; la travesía dura dos meses! Entra inmediatamente en actividad: necesita buques, armas, hombres, pertrechos. Samuel G. Ogden aporta 20.000 dólares; otros comerciantes, 2.500. Se traslada a Washington, a fin de tomar contacto con el gobierno y solicitar bien ayuda, bien autorización indirecta de modo que su empresa no sea obstaculizada. Jefferson, el Presidente, le recibe enseguida. Los Estados Unidos no pueden romper su amistad con España, país que

ayudó a la independencia. El ex-Vicepresidente Aaron Burr y otro político le traicionan a Miranda e informan de cuanto saben al embajador español Irujo.

1806 El 2 de febrero zarpa el buque *Leander* hacia Jacmel, en Haití, capitaneado por Thomas Lewis. El hijo de su gran amigo Smith viaja entre los voluntarios, compañeros de Miranda; llevan suficiente tripulación, armas. El acto histórico se define así: si ninguna nación quiere apoyarle a Miranda en la independización americana, el líder se lanza solo a la hazaña; abre operaciones de guerra personalmente; inicia, aunque muy modestamente, la gran guerra. Madrid, Venezuela, Cuba, son informados inmediatamente de la partida de Miranda. Lo aguardarán! A los 15 días, arriban a Jacmel, donde se adquieren las goletas *Bee* y *Bacchus*. De Jacmel pasan a Aruba. Parten hacia el puerto venezolano de Ocumare; tratan de desembarcar; atacados por dos buques españoles, mucho más poderosos, se combate, se salva el *Leander* y llega a Bonaire; las dos goletas son atrapadas, con 60 hombres, llevados a Puerto Cabello; diez condenados a muerte y los demás a prisión y trabajos forzados por varios años. Son los primeros mártires de la emancipación, casi todos norteamericanos. Miranda avanza a Barbados y luego a Trinidad (7 de junio). El Jefe de las fuerzas navales británicas Almirante Alejandro Cochrane le ofrece a Miranda todo su apoyo; también el gobernador de Trinidad, Hislop. El 25 de julio salen de Trinidad el *Leander* y nueve buques más; se les une otra fragata. Llegan los 11 buques a La Vela de Coro; desembarca la tripulación y se toma el fortín (2 de agosto). Marchan hacia la ciudad de Coro, con Miranda como jefe; la ciudad ha sido abandonada por la mayoría de sus moradores, que han huido por temor y por presión de las autoridades españolas. Se combate a orillas del río; hay muertos entre los patriotas. Se distribuyen proclamas, y se decide el retorno a los buques. Salen, rumbo a Aruba. Miranda ha demostrado que se podía desembarcar en tierra continental americana. Su hazaña constituye un

gran anuncio a todos los revolucionarios. Avanza hacia Barbados y llega a Trinidad (8 de noviembre), donde se aloja en una hacienda de propiedad de Cochrane.

- 1807** Le informan de que Popham, su amigo, ha comandado una expedición inglesa y se ha apoderado de la ciudad de Buenos Aires; condena esa acción, que no es independizadora. Espera inútilmente auxilios militares que no llegan ni de Estados Unidos ni de Inglaterra. Al cabo de casi un año, decide retornar a Londres, con su secretario Molini (Smith ha regresado antes).
- 1808** En Portsmouth es recibido triunfalmente, con repiques de campanas. Al otro día, 1º de enero entra a su casa de Grafton Street; conoce a su segundo hijo, Francisco, nacido el 27 de febrero de 1806. Se ve en seguida con los Ministros y autoridades, todos los cuales le dan un buen recibimiento. Han visto de lo que era capaz! Napoleón invade España; abdican a su favor tanto Carlos IV como su hijo Fernando, en Bayona. Miranda comunica inmediatamente a todos los Cabildos de América para que se constituyan en poder independiente. Presiona ante Inglaterra para que auxilie la revolución americana. El Gabinete inglés está decidido y le nombra al general Arthur Wellesley para que comande la expedición, con la armada que se encuentra en Cork. Pero se atraviesa el destino: los sublevados españoles contra Napoleón y contra su hermano José, que ha sido designado rey de España, piden auxilio a Inglaterra. Para los ingleses, lo primero es destruir a Napoleón. Y se ordena que la armada de Cork, en vez de ir a la América en expedición libertaria, parta a España (julio). Miranda se enfurece, protesta; nada puede hacer; exige la devolución de todos sus papeles. Conferencia con Wellesley. Su presión ahora es directa sobre los americanos.
- 1809** La incitación de Miranda para que se formen Juntas de Gobierno empieza a dar resultados concretos. América le

obedece a Miranda, el revolucionario. Las Juntas de Chuquisaca y de Quito son las primeras. Miranda toma nexo especial con los americanos residentes en Londres; así conoce al guayaquileño José María Antepara.

- 1810** Es el año de la insurrección general en América. Se constituyen Juntas de Gobierno en México, La Paz, Caracas, Buenos Aires, Bogotá, Santiago de Chile, Asunción, Guatemala, Santo Domingo. Era sabiduría política aprovechar el debilitamiento de España, donde gobierna un Consejo de Regencia que América no reconoce. Este Consejo declara a los hispanoamericanos hombres libres. Ya es tarde. América se alza entera contra España. ¡Miranda ha triunfado en su labor de treinta años! La Junta de Caracas envía a Londres tres comisionados: Simón Bolívar, Luis López Méndez y el secretario Andrés Bello, deberán conferenciar con el gobierno británico para obtener su apoyo. El introductor es Miranda, que ha creado ya un gran ambiente con la publicación, entre marzo y mayo, de su revista *El Colombiano*. Nada se consigue en concreto, pero Bolívar logra que Miranda retorne a Venezuela. Se adelanta Bolívar. Miranda llega a Caracas el 13 de diciembre; parte de su familia ha muerto; sólo vive una hermana, Ana Antonia. En algunos sectores de los mantuanos halla hostilidad; le defiende el grupo de Bolívar, que es poderoso. La Junta le nombra Teniente General de los ejércitos de Venezuela.
- 1811** El 2 de marzo se instala el Congreso Constituyente de Venezuela. Miranda concurre como diputado por la población de El Pao. Antes, ha sido Presidente de la “Sociedad Patriótica”, centro de la conspiración contra España. El Congreso declara la independencia de Venezuela el 5 de julio. Miranda firma el Acta. Gran parte de la Constitución es obra suya. Se adopta la bandera por él inventada e izada por vez primera en su expedición de 1806. Valencia se declara contra la independencia. Miranda la

somete militarmente. Propone que sigan las operaciones contra Coro y Maracaibo, ciudades que también se han opuesto a la independencia; se niegan los mantuanos de Caracas. Se reincorpora al Congreso. Se firma la nueva Constitución en diciembre 21. Miranda la firma, pero deja constantes sus objeciones al pie de la firma.

- 1812** Este será el año trágico para Miranda. El 23 de febrero el Congreso se traslada a Valencia, nueva capital federal, contra la opinión de Miranda. El Congreso elige nuevo Triunvirato; ¡el nombre de Miranda aparece en décimo lugar! El 26 de marzo –Miranda está en Caracas– se produce un gran terremoto en el país; hay más de veinte mil muertos. El clero y los promonárquicos pregonan el “castigo de Dios” por haberse sublevado los patriotas contra las “legítimas” autoridades españolas. El papel moneda ha aumentado el descontento; hay pánico en las gentes y en los ejércitos indisciplina. Las tropas de Miranda se pasan al bando contrario en pleno combate. Hay descontento general y varias sublevaciones. El Poder Ejecutivo le entrega a Miranda las facultades extraordinarias, el Congreso clausura sus sesiones. A fines de abril Miranda le nombra al coronel Bolívar comandante de la plaza de Puerto Cabello, donde está almacenado el parque. Bolívar es traicionado y pierde la plaza. El español Domingo Monteverde desembarca en Coro, procedente de Puerto Rico, e inicia la ofensiva española hacia el centro, apoderándose de Siquisique y Carora. Miranda, con su cuartel general en Maracay, trata de retomar a Valencia evacuada por los patriotas. Quiere disciplinar sus tropas; aumentan las deserciones. Hay choques con las fuerzas de Monteverde. Miranda se retira a La Victoria. Monteverde trata de tomar La Victoria por asalto, Miranda toma su espada y combate personalmente con su cuerpo de lanceros y rechaza a los realistas en combate de ocho horas. Ha reaparecido el héroe de Valmy! Se sublevan los esclavos de Barlovento. No hay salvación. Celebra en La Victoria una junta que le autoriza a capitular. La capitulación es firmada en San Mateo, el 25 de julio.

- 1812** Licencia al ejército, pagándole antes, y encarga a Leleux que se ocupe del Archivo del prócer, llevándole a La Guaira y embarcándolo en la corbeta inglesa de guerra *Sapphire*. Así se cumple y el Archivo se salva. Se dirige a Caracas y luego a La Guaira; Monteverde ocupa a Caracas. En La Guaira le instan a que se embarque en el *Sapphire*, pero prefiere quedarse a dormir en tierra. Hay un traidor: el Comandante Militar de La Guaira, Manuel María de las Casas, ha estado en comunicación con Monteverde y planea entregar la plaza y, a la vez, apresa a Miranda. Se vale del descontento de los oficiales a quienes les ha parecido inaceptable la capitulación, entre ellos Bolívar, y a las tres de la madrugada entre el 30 y el 31 de julio, le despiertan y le apresan estos oficiales. Se han sublevado los inferiores contra el jefe! Miranda despectivamente, exclama: “¡No saben hacer sino bochinchel!”, y se entrega. Le llevan a la cárcel del Castillo. Arriban las tropas españolas, con el comandante Javier Cervériz, y los presos pasan a poder de España! Miranda, al cabo de treinta años de persecución, cae al fin prisionero! Sus planes habían sido salir de Venezuela, dirigirse a la Nueva Granada donde contaba con Nariño, para volver a la guerra en Venezuela con los refuerzos neogranadinos. (Lo cumplirá Bolívar, seis meses más tarde, en La Campaña Admirable de 1813).
- 1812** Monteverde comenzó por violar todas las cláusulas de la capitulación. Miranda es cargado de cadenas en las bóvedas de La Guaira, donde le retienen por tres o cuatro meses. Le trasladan luego a las húmedas y lóbregas mazmorras del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, peores que las de La Guaira; también le cargan de cadenas!
- 1813** Encuentra manera de preparar y mandar un Memorial a la Real Audiencia de Caracas. Exige que se cumplan los términos de la capitulación y pide la libertad de todos los presos. La Real Audiencia envía una comisión y le encuentra encadenado; dos meses más tarde le quitan los grillos. En

Londres fracasan todas las gestiones que sus amigos hacen en su favor; Inglaterra continúa de aliada de España! La respuesta al Memorial es el traslado a la fortaleza del Morro, en Puerto Rico. Desde allí envía un Memorial a las Cortes de Cádiz; pide que se le mande a la Península. Se le encierra en La Carraca de Cádiz, a fines del año. Espera ser oído, hallándose en tierra peninsular. Fernando VII ha recuperado su trono.

- 1814** En La Carraca tiene dos personas que le vigilan y un guardia especial. Puede escribir cartas. Se comunica con sus amigos de Londres, que le envían dinero secretamente. No le permiten ninguna lectura; nada sabe de los sucesos del mundo. Turnbull le envía a su hijo, que le ve a Miranda sin lograr hablarle; sugiere que se le puede libentar con mil libras (soborno).
- 1815** Hacia mediados de año consigue unos libros clásicos latinos y otros.
- 1816** Se fija la fecha de la fuga: 11 de marzo; se aplaza; el 25, sufre un ataque de apoplejía. Le atiende su fiel sirviente Pedro José Morán. Se efectúan cuatro juntas de médicos, con el dinero destinado a la evasión. No hay esperanza. El 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla, fallece Miranda a la una de la madrugada. La partida de defunción dice: "Falleció el particular de causa pendiente y reo de Estado Francisco Miranda, hijo de Sebastián, natural de Benezuela en Caracas de estado soltero". Su cadáver, sepultado en el cementerio, fue arrojado a la fosa común en 1870, al ser clausurado el cementerio primitivo e inaugurado uno nuevo en otro punto. ¡Nadie en América habló de esta muerte!

INDICE

Galeato (Trece anotaciones para los informados)	5
Presentación	7
UNIVERSITARIO	11
MILITAR EN ESPAÑA	19
LOS INTRIGANTES	39
EN EL PAÍS DE LA LIBERTAD RACIONAL	61
VIVISECCIÓN DEL VIEJO MUNDO	81
EN LA FRAGUA BRITÁNICA	131
MARISCAL DE FRANCIA	149
ESPERANZA Y DESESPERANZA	179
LA HAZAÑA INCOMPRENDIDA	213
UNA VASTÍSIMA CONSPIRACIÓN	247
LA TEA OLÍMPICA	279
EL SOL SE OCULTA HIRVIENTE	323
Bibliografía	343
Cronología	349